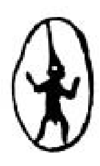

Glenda
Young
El extraño caso
del homicidio en el
SEAVIEW HOTEL
UN MISTERIO INDESCIFRABLE
¿Conseguirás
desenmascarar
al asesino
a tiempo
para la hora
del té?
NEWTON COMPTON EDITORES

Glenda Young

El extraño caso del homicidio en el Seaview Hote

Traducción de Raúl Rubiales



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

Índice

Para Grace y Alfie:
que siempre podáis disfrutar de la alegría
de unas vacaciones en familia en Scarborough.

Capítulo 1

Helen Dexter estaba sentada junto a la ventana en el Seaview Hotel, con la mirada perdida en el mar. El Seaview Hotel era su casa: un negocio de tres plantas, con diez habitaciones, situado en la zona de North Bay, en Scarborough. Se había pasado toda la noche allí, observando el exterior, con una botella de *whisky*.

No era algo que soliera hacer, quedarse despierta toda la noche bebiendo. Pero no todos los días organizaba una ceremonia en recuerdo de su difunto marido, que había sido el amor de su vida. Helen y Tom habían estado juntos durante más de treinta años: habían ido a la misma escuela, a los mismos clubs juveniles y se juntaban con los mismos amigos. Pero no fue hasta los últimos años de la adolescencia cuando finalmente empezaron a salir y se hicieron inseparables. Todo el mundo decía que estaban hechos el uno para el otro. Se casaron un día caluroso de julio, cuando ella tenía veintiún años y Tom veintitrés. El día de su boda, Helen prometió su amor a Tom delante de familiares y amigos, jurando profesarle su amor y cuidarlo hasta que la muerte los separase.

Cómo habían volado los años desde entonces. Helen tenía cuarenta y ocho y Tom habría cumplido los cincuenta en abril. Una meta que quedaría sin celebrar.

Después de la ceremonia de Tom, Helen había invitado a amigos cercanos y familiares al Seaview Hotel para comer algo y darle el último adiós al hombre al que todos habían adorado. A su alrededor quedaban los restos de salchichas envueltas en masa de hojaldre y vasos manchados de vino y cerveza. Su mejor amiga, Marie, se había ofrecido a limpiarlo todo antes de irse, pero Helen no se lo había permitido. Mientras la tarde se disolvía en la noche, había intentado disimular con todas sus fuerzas el alivio que había empezado a sentir cuando todo el mundo había comenzado a irse. Quería estar sola, ya que tenía muchas cosas en la cabeza.

Estiró las piernas a lo largo del asiento junto a la ventana y se dio cuenta de que tenía una carrera en las medias a la altura de la rodilla derecha. Sus pantorrillas brillaban luciendo auténtico nailon negro de siete denieres, suave, sedoso y echado a perder. Se recolocó la media melena detrás de las orejas y se vio en el reflejo de la ventana. Sus grandes ojos marrones le devolvían la mirada; le sorprendió que su aspecto no denotara lo cansada que se sentía. Su chaqueta negra colgaba de una silla y sus zapatos negros descansaban al final del asiento. Se los había quitado cuando todos se hubieron marchado,

pero, en cuanto Suki entró a husmear en el bar, tuvo que quitarlos del suelo. Suki tenía una obsesión con los zapatos: le gustaba mordisquearlos, y Helen debía ir con cuidado con lo que dejaba por ahí. Suki yacía en el suelo como si fuera un charco de caramelo líquido. Era una galga de carreras retirada, todo patas y ojos enternecedores.

Helen se giró para mirar por la ventana de nuevo. El sol empezaba a salir, pintando el cielo de un azul blanquecino.

Tom había estado enfermo durante meses, el cáncer lo había ido consumiendo por dentro a un paso implacable y cruel. Cuando Helen ya no fue capaz de lidiar con su dolor y sus cuidados, lo trasladaron al hospital St Paul. Lo había visitado a diario, a veces incluso se llevaba a Suki para que Tom pudiera verla a través del gran ventanal que había al lado de la cama. Suki se quedaba quieta fuera, ladeando la cabeza, observándolo. Cuando se acercaba el fin de su vida, Helen le prometió a Tom que seguiría regentando el Seaview Hotel, pero él estaba demasiado enfermo como para darse cuenta de que ella tenía los dedos cruzados cuando aquella promesa salió de sus labios.

El funeral íntimo, celebrado en la iglesia de St Mary y restringido solo a aquellos familiares que habían acompañado a Tom en sus últimos días, lo habría hecho sentir orgulloso. Después, en el crematorio, habían cantado su himno favorito, se habían intercambiado abrazos y se habían enjugado las lágrimas. Cuando el ataúd hubo desaparecido detrás de las cortinas, empezaron a sonar las primeras notas conmovedoras de su balada favorita de Elvis, su única petición. Había sido fan de Elvis toda la vida. Recostada en la pared del bar del Seaview Hotel, había una máquina de discos repleta de canciones de Elvis, pero nadie la había usado desde el día que ingresaron a Tom en el hospital. En ese momento, más de tres meses después del funeral, Helen todavía no se atrevía a encenderla por miedo a que las emociones la sobrepasaran si lo hacía.

Dio un sorbo al *whisky*. Después del funeral, se había sentido incapaz de sobrellevar la pena. Así que la hermana de Tom, Tina, la había invitado a quedarse con ella y su familia en su granja en una parte remota de Escocia, y Helen había aceptado la invitación de cabeza. La granja estaba situada en medio de la nada, lejos de Scarborough, lejos del mar, lejos de cualquier cosa que le recordara a Tom. Había echado la llave al hotel, atado a Suki en el asiento del coche, cargado el maletero, puesto el pie en el acelerador y conducido como una posesa. Sentía que no se alejaba lo suficientemente rápido.

Le había dicho a Tina que se iba a quedar solo unos pocos días, pero esos días se convirtieron en semanas, que, a su vez, pasaron a ser tres meses. Tina le había insistido en que se quedara para las Navidades y Helen había aceptado la invitación con gratitud; no podía enfrentarse

a pasar las fiestas sola. Estar en la granja resultó reparador para ella. Ayudaba a alimentar a las gallinas, paseaba con los perros por los campos y caminaba junto a los riachuelos cada mañana. Estar rodeada de los hijos adolescentes de Tina, con su energía y vitalidad, la había ayudado a sentirse más segura.

Cuando, al fin, se había sentido lo suficientemente fuerte como para volver a Scarborough, había decidido organizar una ceremonia en honor a su querido marido, una oportunidad de conmemorar su vida en un momento en el que estaba a punto de enfrentarse al futuro ella sola. Sin embargo, algo en algún rincón de su mente le preocupaba cuando hacía repaso de los invitados que habían ido al Seaview Hotel a tomar algo. Le llevó solo unos segundos recordar qué era. Dos de sus mejores amigas, Sue y Bev, parecían estar distantes la una de la otra, y Helen desconocía el motivo. ¿Acaso se lo había imaginado o Sue se había asegurado de que viéramos como abandonaba el bar cada vez que Bev entraba? Sacudió la cabeza para descartar el pensamiento. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

Dejó el vaso sobre la mesa y se pasó las manos por la cara. Todavía lucía el maquillaje, la máscara del día anterior. Pero no había nadie allí para ver el aspecto arrugado que debía de tener, aunque el reflejo de la ventana dijera lo contrario. Delante de un espejo, a la reveladora luz del día, sabía que su rostro suave y redondo estaría pálido y la piel bajo sus ojos oscura por la falta de sueño. El Seaview Hotel no tenía ninguna reserva pendiente. Cuando Tom ingresó en el hospital, Helen no se sintió con el valor ni la energía suficientes para gestionar el lugar; se le hizo demasiado cuesta arriba, incluso con la ayuda de su personal. Canceló todas las reservas y envió correos electrónicos con la noticia de que, debido a una situación familiar, el Seaview Hotel se iba a tomar un descanso.

Era ya principios de marzo, las vacaciones de Semana Santa estaban a la vuelta de la esquina y la temporada vacacional a punto de empezar; pero, por primera vez en décadas, el Seaview Hotel permanecía tranquilo. Cuando los decepcionados clientes a los que les había tenido que cancelar las vacaciones le preguntaron si podía recomendarles algún lugar en el que hospedarse, Helen les dio el número del hotel contiguo. Era el cuatro estrellas Vista del Mar, dirigido por Miriam Jones, una mujer que se creía a sí misma y a su hotel por encima del hotel de tres estrellas de Helen y Tom. Pero ya no eran Helen y Tom. Solo quedaba Helen, y eso la asustaba más de lo que se atrevía a admitir. Porque, a pesar de la promesa que le había hecho a Tom en su lecho de muerte, no estaba segura de si quería seguir con todo aquello. ¿Qué tipo de vida le esperaba a ella sola en un hotel destinado al ocio familiar?

Volvió a mirar por la ventana. La marea estaba subiendo, rompiendo

las olas espumosas. Los surferos más madrugadores, vestidos de negro de la cabeza a los pies para protegerse del frío glacial del mar del Norte, estaban dirigiéndose hacia la playa.

Helen a menudo sentía que su corazón nunca se recuperaría de la pérdida de Tom. Había sido su marido, su amante, su compañero del alma y su mejor amigo. Había sido durante décadas su vida, su todo. Al principio de su matrimonio, se había quedado embarazada dos veces, pero había perdido a ambos bebés –primero una niña y luego un niño– antes de nacer. Siempre la acompañó ese dolor, por lo que tanto ella como Tom acordaron que no se iban a exponer a más agonía intentándolo de nuevo. Fue entonces cuando compraron el Seaview Hotel. Pero, con la muerte de Tom, ¿podría seguir dirigiéndolo ella sola? ¿Quería hacerlo?

Sus pensamientos no se detenían; le daban vueltas por la cabeza y la mantenían desvelada por las noches. Tenía la mente completamente dispersa, pero debía centrarse, porque había gente que dependía de ella. Estaba Jean, la cocinera que Tom y Helen habían heredado cuando se hicieron cargo del hotel. Y también Sally, madre soltera, que se encargaba de la limpieza y que, hasta entonces, había dependido exclusivamente de cada moneda que ganaba en el Seaview Hotel. ¿Y de verdad podía quebrantar la promesa que le había hecho a Tom en el lecho de muerte y alejarse de todo lo que habían construido juntos? Todo el mundo le había recomendado que no tomara decisiones importantes mientras estuviera sumida en la pena. Pero cada día tenía que pelear contra el instinto de salir corriendo.

Soltó un profundo suspiro, volvió a dirigir la mirada hacia el mar y se perdió en la placidez de observar las olas, tan constantes como el ritmo de un latido. Y fue entonces cuando le sonó el teléfono.

–Buenas días. ¿Hablo con la señora Dexter? –preguntó una voz masculina grave.

Helen echó un vistazo al reloj de encima de la barra. Eran las 08:30 h. Se preguntaba qué tipo de persona llamaba por la mañana tan temprano. ¿Sería uno de sus proveedores? Tal vez fuera un cliente que quería hacer una reserva, sin saber que el Seaview Hotel estaba temporalmente cerrado, pese a estar colgado el aviso en la página web.

–¿Con quién hablo? –preguntó ella.

–Frederick Benson.

El nombre no le sonaba de nada.

–De la inmobiliaria Benson, del pueblo –añadió.

Helen notaba la cabeza enturbiada por el *whisky*, y los párpados le pesaban tras otra noche sin dormir; sentía todo el cuerpo como si hubiese hecho diez rondas en un cuadrilátero de boxeo.

–Deme un momento –respondió, dándose algo de tiempo para

prepararse para una conversación que no quería mantener. Se reclinó sobre el marco de la ventana y miró a los surferos. Scarborough estaba cobrando vida, con tráfico en la calle Marine y turistas madrugadores fuera de temporada que salían a dar un paseo. Sostuvo el teléfono a distancia durante unos segundos, intentando concentrarse, antes de volver a ponérselo en la oreja–. Helen Dexter, dígame –saludó tan animadamente como pudo.

–Ah, señora Dexter, ¿cómo se encuentra esta preciosa mañana? Y qué mañana más espléndida tiene pinta que va a hacer. Nada mal para esta época del año.

Frederick Benson hablaba con un júbilo forzado. Helen no conocía a ese hombre y, aun así, le hablaba como si fueran amigos de hace tiempo. Eso solo podía significar una cosa, y el corazón le dio un vuelco. Scarborough era un pueblo con varios hoteles, un lugar donde la propiedad de los negocios cambiaba de manos a menudo. Los agentes inmobiliarios del pueblo llamaban de vez en cuando para preguntarle si había pensado en usar sus servicios en caso de decidirse a vender. Se le erizó el vello de la nuca. Por lo general, aborrecía seguirle la corriente a una llamada comercial fuera cual fuera el momento, pero mucho más a las 08:30 h de la mañana y en el estado en el que se encontraba.

–Señor Benson, soy una mujer ocupada –le dijo mientras estiraba el brazo en busca del vaso de *whisky*–. Si pudiera ir al grano, le estaría muy agradecida.

Frederick Benson se aclaró la garganta.

–Ah, sí, por supuesto. Bueno, este es el caso: nos han dado una orden algo inusual con relación al hotel del cual usted y el señor Dexter son propietarios.

Helen se quedó callada. No iba a sacar nada bueno señalándole a alguien a quien no conocía que ya no había un señor Dexter.

–¿Qué orden? –preguntó confundida.

–Señora Dexter, antes de continuar, quisiera preguntarle en confidencia, por supuesto, si usted y su marido han llegado a plantearse la posibilidad de vender el Seaview Hotel.

–¿Vender? –dijo reservadamente–. ¿De qué va esto? ¿Está usted intentando hacerse con mi negocio?

–No de la manera que se puede estar imaginando.

Helen pensó que había oído una nota de advertencia en su voz, pero lo atribuyó al hecho de que necesitaba dormir. Había sido una noche muy larga.

–Señora Dexter, hemos recibido una oferta para comprar su propiedad.

–No está a la venta –respondió tajante.

Las palabras le salieron con más agresividad de la que esperaba.

–Nuestro cliente nos ha pedido que le consultemos si está dispuesta a vender.

Helen se incorporó.

–¿Quién es? –preguntó.

–Me temo que no puedo revelar esa información; es confidencial –contestó el señor Benson–. Pero ha ofrecido una suma importante. Está bastante por encima del valor de mercado para una propiedad como la suya.

Helen tuvo que aferrarse al respaldo del asiento junto a la ventana cuando el señor Benson le desveló la cifra. Era suficiente dinero como para poder empezar de nuevo. Podría comprarse un apartamento en la zona de South Bay de Scarborough, uno de esos lujosísimos con balcón con vistas al mar y un jardín para Suki. Se podría permitir vacaciones frecuentes, incluso un coche nuevo. Podría tener todo lo que siempre había soñado. Pero sería una vida vacía. Nada de lo que pudiera comprar le devolvería a Tom. Cerró los ojos con fuerza y se tragó el nudo que tenía en la garganta.

–Solo hay un inconveniente, señora Dexter –continuó el señor Benson–. El comprador ha estipulado que, si no recibe una respuesta antes de que acabe el día, retirará la oferta. Por eso la he llamado nada más llegar a la oficina, para que tenga todo el día para meditar su decisión. Cerramos a las cinco y media.

Estuvieron unos segundos en silencio antes de que Helen volviera a hablar.

–¿Por qué está tan interesado en comprar el Seaview Hotel? –preguntó–. Hay hoteles en venta por todo el pueblo. No tiene ningún sentido.

–No es en el negocio en lo que está interesado, señora Dexter.

–Quieren el edificio, ¿es eso? Pero podrían hacerse con cualquier otro en Scarborough. Algunos son más baratos que el Seaview Hotel, si estuviera en venta. Que no lo está –añadió a la defensiva–. ¿Y por qué deben saberlo antes de las cinco y media? ¿Por qué tanta prisa? Si tanto desean el edificio, me darían tiempo de sobra para poder meditar su oferta.

–Me temo que no tengo permitido aportarle más detalles –le informó el señor Benson–. Pero el tiempo corre, señora Dexter, y la decisión está en sus manos.

Capítulo 2

Helen permaneció bajo la ducha y dejó que el agua le cayera sobre la cabeza, el cuello y los hombros. Intentó concentrarse, intentó encontrarle sentido a lo que el señor Benson le había dicho, pero parecía demasiado extraño como para tomárselo en serio. Además, tenía que lidiar con la reseca y los efectos de otra noche sin dormir. No podía pensar con claridad; nada tenía sentido. Pero allí estaba: una oferta para comprar el Seaview Hotel. Una oferta que le podía permitir vivir holgadamente. ¿Sería capaz de aceptar una propuesta así?

Desde que Tom había ingresado en el hospital, le había pasado por la mente varias veces la idea de vender el hotel y empezar una nueva etapa, pero en ese momento sentía como si la estuvieran obligando a tomar una decisión. Era demasiado pronto para decidir, demasiado apresurado, pensó. No quería que la coaccionaran. Si algún día vendía el hotel, quería hacerlo tras haber examinado una oferta desde todos los ángulos posibles. Pero ahora le estaban diciendo que tenía menos de ocho horas y media para tomar una decisión. Era ridículo, y se sentía enfadada consigo misma por no hallarse con la mente despejada para pensar; sobre todo para tomar una decisión que le podía cambiar la vida.

Movió el cuello lentamente de lado a lado, dejando que el agua caliente le aliviara el dolor tras pasar una noche en el asiento junto a la ventana observando cómo la oscuridad aterciopelada desaparecía para dar paso a un nuevo día. Se preguntaba quién andaría detrás del Seaview Hotel y por qué. Solo podía ser una constructora, razonó, pero ¿por qué tenían a su hotel en concreto en el punto de mira? ¿Por qué no a cualquier otro?

El sitio bien lo merecía, por supuesto. Era uno de los ocho edificios de tres plantas de la calle Windsor Terrace, que subía hasta el punto más alto, por encima de North Bay. Los bloques se habían construido como casas privadas antes de que se reconvirtieran en hoteles durante el siglo XIX para albergar a los turistas fascinados por Scarborough, primer enclave turístico en la costa del país. Por aquel entonces la gente iba para disfrutar de las aguas de los balnearios. Tiempo después la atraían el *fish and chips*, los fines de semana soleados con brisa marina, los conciertos al aire libre y las dos gloriosas y anchas playas de arena.

A lo largo de Windsor Terrace, los hoteles se parecían entre sí en tamaño, pero estaban pintados de distinto color. El Seaview Hotel era

de un verde apagado, entre el rojo, el azul y el blanco de sus coloridos vecinos. Todos los hoteles tenían un sótano –en el del Seaview Hotel estaba el apartamento de Helen–, con puertas que daban a un patio al nivel del suelo. El bar de la planta baja tenía una ancha ventana para poder gozar del esplendor de las vistas del mar y la bahía. Si embargo, mientras que los hoteles en Windsor Terrace eran similares en tamaño y distribución, el Seaview Hotel tenía una peculiaridad: estaba situado al final de la fila de edificios, el último antes de que el terraplén se curvara hacia las ruinas del castillo de Scarborough. Al otro lado de la calle se alzaba el dilapidado hotel Glendale, que había echado el cierre hacía meses. Tenía las ventanas tapadas con tablas, y las malas hierbas crecían por entre las grietas del camino. Habían colocado un cartel de SE VENDE tras la marcha de los ancianos propietarios, y el lugar se había quedado vacío desde entonces.

Helen cerró el grifo y cogió una toalla. Se preguntaba si habría una conexión entre la fachada ruinosa del Glendale y la oferta que le habían hecho. Tenía que ser un promotor, pensó de nuevo. No había otra. ¿Quién, si no, iba a ofrecer una suma tan descomunal? ¿Y por qué tanta prisa?

Se secó y se puso el camisón sobre la piel húmeda y caliente, entonces cogió automáticamente el cepillo de dientes y se quedó paralizada. Era el cepillo de Tom el que tenía en las manos, no el suyo; lo había cogido por error. Le había comprado uno nuevo cuando lo habían ingresado en el hospital. Se lo había comprado todo nuevo en aquel momento. Gel, cepillo de dientes, jabón, pijama; todo nuevo y limpio. Lo que significaba que todas sus pertenencias todavía estaban allí: en el baño, en el dormitorio, en todos los lados donde posara la vista. Tom estaba presente en las zapatillas junto a su lado de la cama; en el armario, donde sus chaquetas rozaban con los vestidos de ella; en las canciones de Elvis de la máquina de discos. Y tenía su cepillo de dientes en la mano.

No podía soltarlo; sentía la mano paralizada, el puño con un agarre férreo. Se obligó a tragarse las lágrimas, no más llantos. Ya había llorado suficiente, tenía que pasar página. Tom no querría que se mortificara. Querría que siguiera con su vida, que disfrutara de cada minuto y le sacara partido a cada uno de sus días. El pecho se le estremeció mientras intentaba contener el sollozo. Poco a poco, con cuidado, devolvió el cepillo al estante. En algún momento debía empezar a quitar las cosas de Tom y a empaquetar su ropa, pero sabía que todavía no estaba preparada.

Media hora después, vestida con tejanos, botas y un forro polar, Helen ató la correa a Suki y salió a disfrutar de un agradable día de marzo. La perra paseaba obediente a su lado mientras caminaban por la playa. Los primeros días que Suki pasó con ellos tras adoptarla en la

protectora no pudieron soltarla de la correa; su instinto cazador era demasiado fuerte. Si advertía la presencia de otro perro en la distancia, salía disparada como una bala, y Helen y Tom tenían que perseguirla, sofocados y sin aliento, intentando que volviera. Ahora había mucha gente paseando por la playa, con su perro caminando al lado, persiguiendo piedras, brincando por las olas o cavando hoyos con las patas delanteras, esparciendo la arena por el aire.

Helen respiraba grandes bocanadas de aire de mar mientras caminaba.

–¿Adónde vamos a desayunar, Suki? –le preguntó a la perra.

Suki giró la cabeza al oír su nombre.

–¿Cómo dices, Suki? ¿Crees que deberíamos probar el Harbour Bar? Buena chica, esperaba que dijeras eso.

Helen miró su reloj. Como el señor Benson le había advertido, el tiempo iba pasando. Si quería aceptar la oferta para el hotel, debía decidirse pronto. El problema era que todavía no estaba segura de qué hacer. Frenó a Suki hasta que esta se paró y se sentó obediente sobre la arena. Helen giró la cara hacia el débil sol que intentaba asomarse por entre las nubes. Cerró los ojos, y el sonido del océano le rugió en la cabeza.

–¿Qué debería hacer, Tom? –susurró. La brisa arrastró sus palabras–. Ya sabes que no puedo seguir con el Seaview Hotel sin ti. Pero tampoco lo puedo dejar atrás. Necesito una señal. Si puedes oírme, si sabes por lo que estoy pasando, ayúdame, Tom, por favor.

Esperó, con el ansia de notar el contacto de su mano sobre su brazo, su cara cercana a la suya, su respiración en la oreja. Pero solo la acompañaban el rugido del océano y el susurro del viento que bailaba por encima de la arena.

–Venga, vamos a desayunar.

Helen siguió Foreshore Road hacia una cafetería pintada de un amarillo y un rojo brillantes. El Harbour Bar era el reclamo favorito de los turistas, que acudían allí para comer helados que habían sido premiados, novedades de pastelería americana, *sundaes* de chocolate bien coronados de nata, o gofres calientes que chorreaban sirope.

–Un bocadillo de beicon y un café americano, por favor –le pidió a la camarera, de edad avanzada y enfundada en un uniforme amarillo chillón–. Me sentaré fuera con la perra. ¿No tendréis un par de salchichas para ella?

La camarera le guiñó el ojo.

–Veré lo que puedo hacer.

Helen ató la correa de Suki alrededor de una de las patas de la mesa y se sentó en una silla. Los transeúntes que salían para darse una vuelta por Foreshore Road llenaban la calle. Era una mañana de jueves de principios de marzo, pero le parecía que había muchos más

turistas de lo habitual para esa época del año. La buena previsión del tiempo para el fin de semana tal vez tuviera algo que ver, pensó Helen. En la mesa de delante de la suya había un ejemplar doblado del *Scarborough Times*. Lo cogió y examinó el titular, que avisaba de una huelga de basureros en el pueblo.

Al cabo de unos pocos minutos, una taza de café humeante llegó junto al bocadillo de Helen. La camarera colocó en el suelo, al lado de Suki, un plato de metal con pedazos de salchicha.

–Muchas gracias –dijo Helen.

–No hay de qué –contestó la camarera, sin moverse. Estaba de pie con los brazos en jarras observando el ajetreo del puerto–. Una mañana preciosa, ¿no crees?

–Espléndida –coincidió Helen.

–No querría vivir en ningún otro lugar. Me encanta Scarborough. Hay mucho trajín esta mañana, por lo que se ve. Probablemente sea la convención que celebran en el balneario este fin de semana la que está atrayendo a tantos turistas.

–¿Qué convención? –preguntó Helen.

Normalmente estaba al corriente de los eventos que tenían lugar en el pueblo, pero, al haber estado en Escocia durante tanto tiempo, se había quedado al margen de lo que ocurría.

La camarera se rio.

–¿Cómo que «qué convención»? Se trata del mayor evento que jamás haya visto Scarborough.

Helen le dedicó una mirada desconcertada y se encogió de hombros.

–¿Acabas de aterrizar de Marte o qué? Va a ser todo un fenómeno. Hace meses que compré las entradas para el gran concierto del sábado.

–¿Quién toca? –preguntó Helen.

–El mismísimo Rey del Rock –respondió la camarera simulando reverencia.

A Helen se le encogió el corazón. Se acababa de acordar. Con todo lo que le había ocurrido en los últimos meses, lo había arrinconado en la parte trasera de la mente. Tom le había hablado con entusiasmo de ello cuando lo anunciaron, antes de que enfermara.

–Vienen imitadores de Elvis de todo el mundo –continuó la camarera–. Va a ser una pasada. Deberías ir y divertirte, querida. Perdona que te lo diga, pero parece que te iría bien distraerte un poco.

Capítulo 3

Las canciones de Elvis Presley habían formado parte de la banda sonora de la vida de Helen y Tom. Habían pasado noches felices bailando con su música en el bar del hotel. Todos los veranos el Seaview Hotel organizaba noches de Elvis, fiestas de Elvis y concursos de disfraces de Elvis. Tom se vestía con su traje blanco, movía las piernas y retorcía los labios, en un intento terrible de imitación de Elvis que nunca había ganado un premio por más ganas que le pusiera. Y madre mía si lo intentaba. Pero era incapaz de afinar, esa era la perdición de Tom; sin embargo, eso no le impedía cantar con la música de la máquina de discos. Se sabía cada palabra, cada nota, cuándo tenía que parar, cuándo jalear al público en el momento de mayor intensidad de la música y cuándo aflojar lentamente el ritmo con la voz entrecortada. Helen disfrutaba viendo a su marido en su salsa, gozando de cada segundo de aquellas noches de verano. Ella le seguía la corriente, lo alentaba y bailaba en sus brazos mientras el Rey del Rock sonaba en el salón.

–A tu padre le habría encantado la convención de Elvis, ¿no crees? –le dijo Helen a Suki entre sorbos de café; Suki estaba demasiado ocupada comiéndose la salchicha como para responder.

Justo cuando Helen estaba a punto de catar su bocadillo de beicon, su teléfono sonó con un número que no reconocía. Respondió deslizando el dedo sobre la pantalla.

–¿Hola?

–¿La señora Dexter? –preguntó una mujer.

–Sí.

–La llamo del crematorio Greenland para informarla de que ya puede pasar a recoger las cenizas del señor Thomas Dexter. Llevamos tiempo intentando contactar con usted, desde el funeral.

–¿Ya están? ¿Ah, sí? Oh, lo siento. He estado fuera y no he respondido al teléfono.

–Bueno, están aquí para que pase a buscarlas, señora Dexter. Cuando quiera reclamarlas, simplemente pregunte en el mostrador y traiga alguna identificación.

Helen colgó.

–¿Tú qué piensas, Suki?

Esta vez Suki levantó la cabeza y la ladeó. Helen se acabó el café, le pagó a la camarera y decidió darse un paseo hasta Greenland con Suki y aprovechar al máximo el buen día que hacía.

Estaba a punto de irse cuando el móvil le vibró con un mensaje de

texto. Era de la inmobiliaria Benson, y el semblante se le ensombreció mientras leía. El señor Benson la apremiaba a llamarlo para aceptar la oferta por el Seaview Hotel antes de que fuera demasiado tarde. Sus palabras hicieron que un escalofrío le recorriera el cuerpo. ¿Qué quería decir con «demasiado tarde»? Las 17:30 h era la hora límite que le había dado, ¿no? El mensaje era seco, algo usual en un texto, eso lo sabía, pero había un deje de soberbia en aquellas palabras que la hacía sentir incómoda. Metió el teléfono en el bolso y echó a andar.

Cuando llegó al crematorio, comprobó el teléfono de nuevo, sorprendida por encontrar otro mensaje de Benson. En esta ocasión se trataba de un mensaje en el buzón de voz, todavía más hostil que el mensaje de texto, en el que el señor Benson la atosigaba para que le diera una respuesta. Helen se preguntó a qué estaría jugando y quién estaría moviendo los hilos. ¿De verdad alguien deseaba tanto el Seaview Hotel como para obligar al agente inmobiliario a enviarle textos y a llamarla regularmente y de forma agresiva? ¿Qué diantres estaba pasando? Sacudió la cabeza como intentando ignorar al señor Benson por el momento. Tenía algo más importante que hacer.

Había algo reconfortante en el crematorio, pensó Helen. La paz y tranquilidad del recinto, con el césped cortado y las copas de los árboles, contribuyeron a relajar su mente después de los inquietantes mensajes del señor Benson. Dentro de la pequeña sala, la operación de obtener la urna fue rápida y eficiente. Helen mostró su carné de identidad y a cambio recibió una recia bolsa de cartón negro con asas. La levantó del mostrador y notó su peso por primera vez.

–Vaya –dijo con un soplido–. Nadie te advierte de lo que van a pesar las cenizas de un difunto.

La joven de detrás del mostrador esbozó una sonrisa débil e intentó hacer ver que era la primera vez que le hacían ese comentario.

Sosteniendo la correa de Suki en una mano y la bolsa en la otra, Helen se alejó de los terrenos del crematorio. Esperaba que le resultara extraño, incluso espeluznante, el hecho de llevar los restos de su marido en una bolsa. Pero aquello la reconfortaba de una manera que no había imaginado. Al fin Tom estaba de vuelta con ella, y sabía que solo había un lugar adonde podía llevarlo.

–¿Volvemos a la playa, Suki? –dijo en voz alta–. A papá le encantaba ese lugar, ¿verdad? Vamos a llevarlo allí por última vez.

Helen permaneció inmóvil en la arena dorada de la playa de South Bay, con las olas burbujeando a sus pies y Suki a su lado. A su alrededor se repartían los salones recreativos, los quioscos de algodón de azúcar y de caracoles de mar, puestos de *fish and chips*, tiovivos, barcos pirata, paseos en burro y trampolines. La brisa arrastraba los gritos del bingo que tenía detrás, y vio dos patitos y a dos señoras rechonchas. Con cada puñado áspero que esparcía en la arena, con

cada ola que se acercaba para llevarse a Tom, las lágrimas se le derramaban por el rostro.

–Estás con tus bebés ahora –le susurró al aire.

Entonces la urna quedó vacía y las cenizas esparcidas por completo.

Se quedó quieta un rato en silencio antes de devolver la urna a la bolsa, entonces se empezó a alejar de la playa. Le echó un vistazo al reloj y el corazón le dio un vuelco cuando vio la hora; era mucho más tarde de lo que creía, casi la hora de comer. No había pensado seriamente en la oferta del señor Benson, y este le había vuelto a escribir para exigirle una respuesta. Quien fuera que estuviera detrás del Seaview Hotel lo quería desesperadamente. Pero ella no podía pensar con claridad, todavía no. Ay, le iría bien el dinero, por supuesto, y todo lo que le podía traer si decidiera vender. Pero que la obligaran a tomar una decisión en cuestión de horas era algo que la sobrepasaba. Para tratar de centrarse, decidió volver al Seaview Hotel y empezar por limpiar el desorden del bar.

Cuando llegó a casa, lo primero que hizo fue poner agua a hervir y prepararse un café para despejarse la mente, que seguía nublada por haber tomado demasiado *whisky* y no haber dormido suficiente. El aire fresco y el paseo con Suki la habían espabilado un poco, pero no lo bastante como para que pudiera llegar al final del día sin más cafeína. Otra llamada del agente inmobiliario la paró en seco, pero en esta ocasión la cogió.

–Ah, señora Dexter. –La voz de Benson se derramó lentamente en su oído–. Parece ser que ha estado ignorando mis mensajes. Llamaba para saber si ya ha tomado una decisión en lo que concierne a la venta del Seaview Hotel.

Helen notó como le brotaba la rabia. La estaban obligando a tomar una decisión cuando todavía no le había prestado a la oferta la atención que merecía.

–Todavía no, señor Benson.

–¿Y cuándo cree que estará en condiciones de darme su respuesta?

Helen meditó un momento.

–Más o menos cuando esté usted en condiciones de explicarme la razón por la que el comprador la necesita tan rápido –replicó ella.

El señor Benson soltó una risita ahogada y dijo que no podía aportarle esos detalles, y le suplicó que le devolviera la llamada antes de la hora límite.

Helen lanzó el móvil sobre una silla. No le iban a meter prisas con eso, no importaba lo que dijera el señor Benson. Si el comprador estaba tan desesperado por echarle mano al Seaview Hotel, entonces seguramente habría otras ofertas en el futuro, ofertas que no se sentiría tan presionada a aceptar, en el caso de que decidiera poner a la venta el hotel. Se preparó un sándwich y llenó el cuenco de la

comida de Suki.

Era media tarde cuando empezó a retirar los platos y los vasos –muchos vasos– del salón. Lo bajó todo a la cocina usando el antiguo montaplatos que habían heredado cuando adquirieron el Seaview Hotel. El montaplatos era lento y ruidoso, pero le ahorraba tener que subir y bajar las escaleras cargada con pesadas bandejas. Cargó el lavavajillas y entonces volvió al salón con un abrillantador y una bayeta. Al traste el día que se quería pasar recuperando horas de sueño. En su mente no paraba de dar vueltas a la llamada del agente inmobiliario.

Se obligó a mirar el reloj. Apenas le quedaban dos horas para comunicarle su decisión. No podía llamarlo todavía, no cuando seguía sin estar segura.

Abrillantó las mesas, entonces sacó la aspiradora y le dio una pasada a la alfombra, succionando cachitos de patata y migas. Otra mirada nerviosa al reloj la advirtió de que le quedaban noventa minutos. Luego setenta y cinco. Continuó matando el tiempo mientras intentaba obligarse a tomar una decisión. Suki estaba tumbada sobre la alfombra del bar observando sus idas y venidas. Cuarenta minutos. Quería mudarse y vender, ¿no? ¿No era eso lo que se había dicho a sí misma que iba a hacer? Treinta minutos. Se obligó a detenerse y quedarse quieta. El sol, que había estado peleando con las nubes todo el día, al final había conseguido abrirse paso y, solo durante un segundo, un rayo de luz se filtró en la estancia, bañando la máquina de discos con una luz suave y dorada. Helen se acercó lentamente a ella. Con cada paso que daba, el corazón le martilleaba. Sabía lo que iba a hacer.

Los botones de metal cedieron bajo su tacto. Número 158, la canción de Elvis favorita de Tom de todos los tiempos. Era la canción que había sonado en su boda, cuando él la había rodeado con sus brazos y la había sujetado firmemente en la pista de baile, susurrándole al oído, moviendo suavemente su cuerpo contra el de ella, mientras las palabras del Rey del Rock caían como polvo de estrellas a su alrededor. La máquina de discos cobró vida y las primeras notas flotaron en el aire. Era una canción lenta, una balada, una que Helen no había oído desde hacía meses. La música comenzó a inundar el bar, y Helen no estaba segura de si se había sentado por voluntad propia o bien había caído en la silla que tenía al lado. Las piernas parecían cederle al tiempo que la melodía la envolvía y le estrujaba el corazón. Se elevó en un tremendo *crescendo* antes de irse apagando lenta y tranquilamente, y entonces se desvaneció.

Helen no se podía mover. Suki pasó silenciosamente por encima de la alfombra para acercarse a ella y descansó la cabeza sobre su regazo justo cuando sonó el teléfono. Helen apartó con cuidado la cabeza de la perra y cogió el aparato.

–Seaview Hotel–dijo con la voz más firme que pudo.

Se sentía vulnerable, triste, con las últimas notas de la canción todavía en la mente. La voz de un hombre respondió de inmediato.

–¿Hola? Llamaba para preguntar si tienen alguna habitación libre para este fin de semana.

Helen abrió la boca para responder, para decirle que no, pero la interrumpió de golpe el hombre, que no se detuvo ni para coger aire.

–Sé que dice en la página web que están cerrados temporalmente, pero es una emergencia, de otro modo no les habría molestado, y les pido disculpas. Necesitamos algún lugar en el que hospedarnos este fin de semana, y todo está lleno. Ya me he alojado en el Seaview Hotel antes, conozco el hotel, y me preguntaba si, ya sabe, tal vez habían reabierto y no habían actualizado la página web, y si hubiera alguna posibilidad, quiero decir, por pequeña que sea, de que puedan alojarnos durante dos noches. Como le he dicho, no se lo pediría si no estuviéramos desesperados.

–Lo siento, estoy… –Helen intentó intervenir, pero sin demasiado éxito.

–Lo he intentado en todos los demás sitios. Son mi última esperanza. Somos un grupo que venimos para la convención de Elvis, una banda de imitadores de Elvis, y tocamos el sábado por la noche en el balneario. Se suponía que habíamos reservado unas caravanas en Cayton Bay, pero Elvis Seis cometió un error en la reserva; no se le dan bien los ordenadores…, ya sabía que tendría que haberlo hecho yo, y ahora no tenemos dónde quedarnos.

–¿Elvis Seis?

–¿No se lo he dicho? Somos doce en la banda. Nos llamamos los «Docelvis».

–¿Los Docelvis?

Un sonido extraño emergió de la boca de Helen, y le llevó unos segundos comprender que estaba riendo. Hacía mucho tiempo que no tenía un motivo por el que sonreír y, mucho menos, por el que soltar una carcajada.

–Soy Jimmy –se presentó el hombre–. También conocido como Elvis Uno. Así que, mmm…, ¿tendría alguna habitación libre?

Helen miró el reloj. Quince minutos.

–¿Hola? –inquirió Jimmy–. ¿Hola? ¿Sigue ahí?

Suki se sentó a los pies de Helen, levantando la vista hacia ella. Catorce minutos. Helen miró la máquina de discos que brillaba con la luz débil del sol.

–Tenemos… tengo diez habitaciones –dijo rápidamente, antes de que pudiera cambiar de opinión–. Algunos de vosotros tendréis que compartir. El desayuno está incluido.

Oyó como Jimmy soltaba un enorme suspiro de alivio. Sacó un bloc

de notas y un bolígrafo, y apuntó los doce nombres y la hora de llegada del día siguiente; entonces añadió una nota para sí misma, un recordatorio de que tenía que llamar a Sally y a Jean nada más colgar el teléfono. Pero había otra persona con la que se tenía que poner en contacto antes. Con cuatro minutos de tiempo, marcó el número de la inmobiliaria Benson.

–Señora Dexter –arrulló Frederick Benson con un profesionalismo adulador–. Qué placer oírla. Supongo que me llama con buenas noticias, ¿no?

–Bueno, son buenas noticias para mí, señor Benson, sí.

–Maravilloso. Sabía que entraría en razón. Déjeme que prepare el papeleo y…

–No, señor Benson, no va a necesitar ningún tipo de papel. Porque, por más cuantiosa que sea la oferta, le llamo para decirle que el Seaview Hotel no está en venta.

Se hizo un silencio. Helen notó cómo el señor Benson se quedaba sin aliento antes de aclararse la garganta y hablar de nuevo. Y ya sin rastro alguno del tono amigable que había empleado antes.

–Muy bien, como quiera –le dijo–. Pero déjeme que le advierta que mi cliente no estará contento con su respuesta, señora Dexter. Me temo que ha cometido un terrible error.

Capítulo 4

A Helen no le había gustado el tono de voz del señor Benson, pero atribuía su frialdad al hecho de que probablemente contara con una comisión considerable por la venta del Seaview Hotel y estuviera algo más que indignado.

–¿Qué es lo que he hecho, Suki? –preguntó.

Se sorprendía hablándole a la perra más que nunca desde la muerte de Tom, aunque Suki se limitaba a ladear la cabeza. Helen suspiró. Tras meses de aquí para allá, preocupada y con ansiedad por si debía vender o quedarse, al final había tomado una decisión. O más bien, la reserva de los Docelvis lo había hecho por ella.

Docelvis. El nombre le esbozó una sonrisa en los labios, algo que no había ocurrido demasiado en las semanas anteriores. Cuando canceló las reservas después de que ingresaran a Tom en el hospital, las habitaciones del Seaview Hotel se habían dejado desnudas. Había lavado toda la ropa de cama y la había doblado y guardado, y nadie había puesto un pie en las habitaciones. Se tenían que limpiar todas, así como los baños y el comedor. Helen sabía que no podía hacerlo todo sola. Únicamente podía hacer una cosa. Cogió el teléfono y llamó a la mujer en quien confiaba ciegamente y que se conocía el Seaview Hotel como la palma de la mano.

–¿Jean? ¿Cómo estás? Soy Helen.

–Helen, querida –respondió Jean amablemente–. Estoy bien. ¿Cómo estás tú? ¿Cómo fue la ceremonia de Tom? Siento no haber podido ir. No me atrevía a dejar sola a mi madre en el geriátrico, tal como tiene las piernas.

Sobre las piernas de la madre de Jean no había mucho más que Helen no supiera ya. Era el tema preferido de Jean y lo sacaba a colación a menudo. Jean era una mujer práctica de York que trabajaba en el Seaview Hotel como cocinera. Había trabajado para los dueños anteriores y, cuando Helen y Tom se hicieron con la dirección del lugar, les había mostrado cómo funcionaban las cosas. Rozaba los setenta, era bajita y fornida, con un rostro redondeado y rechoncho, y unas gafas que siempre le resbalaban y no paraba de subirse por el puente de la nariz. Tenía el pelo rubio corto, y era un terremoto de mujer que mantenía la cocina impecable.

Su madre vivía en un geriátrico, donde padecía de las piernas, y Jean hacía muchos años que era viuda. El Seaview Hotel era su vida, y se enorgullecía de su trabajo en él, especialmente de los desayunos que preparaba. Su desayuno inglés completo andaba de boca en boca

en el pueblo; al menos eso era lo que creía Jean después de leer una valoración en la web que lo mencionaba: Fantástica localización. Desayuno maravilloso. Lo recomiendo. ¡Volveremos! Cuando Tom se la mostró, le encantó y le pidió que se la imprimiera, y desde entonces estaba colgada en la puerta de la nevera, sostenida por un imán con la forma del trenecito de North Bay. Los desayunos de Jean consistían en elaboraciones modestas: sencillas salchichas, beicon y huevos con todo tipo de guarniciones. Helen no olvidaría jamás la mirada que les dedicó cuando ella y Tom le sugirieron un día que podía añadir gachas de avena o arenque ahumado como alternativa. Jean se mostró inflexible. Les dijo que o preparaba lo que se le daba bien, o no preparaba nada. Los arenques y las gachas nunca se hicieron sitio en su menú.

–¿Tu madre sigue sin estar bien, entonces? –preguntó Helen.

–Ha entrado y salido del hospital varias veces –suspiró Jean–, pero no te preocupes por mamá. ¿Cómo estás tú, querida? Cuéntame todo lo de la ceremonia.

–Fue tan bien como cabía esperar –explicó Helen–. Fue bonito, ¿sabes? Solemne, una verdadera celebración de su vida.

–¿Pusisteis aquella canción de Elvis, como él quería?

–Así es, Jean. La misma que sonó en su funeral. No hubo ningún par de ojos que no estuvieran empañados de lágrimas.

–Has perdido a uno de los buenos con Tom, pero creo que eso ya lo sabes –apuntó Jean.

–Era el mejor. Jamás conoceré a nadie como él. Tampoco es que quiera.

–Ah, eso lo dices ahora. Estás de luto. Tardarás tiempo en recuperarte, pero lo conseguirás tarde o temprano. Lo llevarás contigo siempre, como una piedra en forma de corazón en el bolsillo. Al menos así fue para mí cuando se fue mi Archie. Bueno, ¿qué puedo hacer por ti, querida?

–Me estoy planteando reabrir el hotel.

Hubo un silencio, y Helen pudo imaginarse a Jean en el comedor de su pequeño adosado en Dean Road asimilando la noticia.

–Claro que sí, muchacha –habló al fin–. Sabía que lo harías.

En ocasiones Helen se preguntaba si Jean la conocía mejor que ella misma.

–¿Cuándo?

–Bueno… –empezó a decir Helen–, te aviso con poca antelación. Acabo de recibir una reserva que llenará las diez habitaciones. Es un grupo de hombres.

–Ay, Helen, ¿no será una despedida de soltero? –Jean suspiró–. Ya sabes los problemas que ocasionan. Pensaba que tú y Tom habíais dejado de admitir despedidas en el hotel.

–No, son imitadores de Elvis, una banda de doce. Los «Docelvis», se llaman.

Jean estalló en carcajadas. Su risa era contagiosa y desató, de nuevo, la de Helen.

–Lo sé, menudo nombre, ¿verdad? Doce Elvis en el hotel. Y lo que es todavía más disparatado… –Hizo una pausa–. ¿Estás preparada?

–Venga, suelta lo que quieras. Crecí en Hull y tengo la piel lo suficientemente dura como para que me lances lo que sea.

–Vienen mañana y se quedan dos noches.

–¡¿Mañana?! –gritó Jean.

Helen cruzó los dedos y esperó. Solo había silencio, así que siguió hablando.

–Voy a llamar a Sally para ver si puedo conseguir que venga a ayudarme con la limpieza mañana a primera hora. Con las tres aquí, lo conseguiremos. ¿Qué me dices, Jean? ¿Vendrás a ayudarme?

–¿Mañana? –Jean pronunció la palabra con un gemido en esta ocasión.

–Tienen prevista la llegada por la tarde –informó Helen, intentando con todas sus fuerzas consolar a la mujer–. Tendré tiempo de sobra para ir a comprar todo lo que necesitamos: galletas, té y café para el desayuno, jabones y cosas para las habitaciones. Es casi como si empezáramos de cero. Vamos, Jean. Por favor. No puedo hacerlo sin tu ayuda.

–¡Hay que ver, chica! Eres una jefa dura, que lo sepas –repuso Jean–. Pero allí estaré. Puedes contar conmigo, como siempre. ¿A qué hora quieres que esté allí? ¿Va bien a las siete?

Helen bajó los hombros cuando empezó a relajarse al fin. Le dio las gracias en voz baja al techo.

–A las siete va perfecto. Gracias, Jean. Eres un ángel.

La siguiente llamada, sin embargo, no fue tan directa.

–¿Sí? –respondió una vocecilla.

–Hola, Gracie. ¿Puedo hablar con tu madre?

–Mamá está en el baño.

Helen intentó contener la risa.

–Soy la tía Helen –dijo, usando el título honorario que Gracie le había otorgado tan pronto como la pequeña había empezado a hablar–. ¿Cómo estás, Gracie?

–¡Tía Helen! –chilló Gracie–. ¡Tía Helen! He ido a la escuela hoy.

–¿Ah, sí? ¿Y qué has hecho en la escuela?

–Algo de mates y dibujar un poco, y pelearme también con Adam porque dijo que estaba sentada en su silla, pero no era verdad, tía Helen, no era verdad y me ha dicho… me ha dicho…

Helen oyó la voz de Sally de fondo.

–Dame el teléfono, Gracie. ¿Hola?

–Sally, soy Helen. ¿Cómo estás?

–Helen, hola. Perdona. Gracie me ha cogido el teléfono mientras estaba, mmm…, en la cocina. No debería dejarlo por ahí tirado. Cuando empieza a hablar, su verborrea no tiene fin. Estoy bien. ¿Tú qué tal? Quiero decir, después de la ceremonia de Tom y eso.

–Voy haciendo…, bueno, lo mejor que puedo. Gracias, Sally. Escucha, me preguntaba si estás disponible para trabajar ya.

–Ay –dijo Sally–. Gracie, deja eso. Suelta al gato. No, no le tires de la cola. Ya sabes que no le gusta que le hagas eso. ¡Gracie, no! Perdona, Helen, ¿qué decías?

–Te preguntaba si estás trabajando o no, y si te gustaría volver aquí.

Se produjo un silencio.

–¿Sally? ¿Sigues ahí?

–Si te soy sincera, Helen, no estaba segura de cuándo volverías a abrir, o ni siquiera de si lo harías después de, ya sabes, Tom y demás –confesó Sally vacilante–. Y ya sabes lo atada que estoy con Gracie, que tengo que ganar dinero para mantenernos. Y con el Seaview Hotel cerrado durante un tiempo, necesitaba dinero, así que…

A Helen se le encogió el corazón.

–¿Me estás diciendo que tienes otro trabajo?

–En el hotel Traveltime. Lo siento, Helen. Tuve que hacerlo. Tengo que pagar mis clases nocturnas del instituto y la ropa de Gracie, que crece a un ritmo que ni te imaginas, y el alquiler de este diminuto piso, además de los billetes de bus, comida y…

–Lo entiendo, Sally, de verdad.

El hotel Traveltime apareció en la mente de Helen. Era un edificio cuadrado en las afueras del pueblo, cerca de la ronda, uno de los nuevos locales pertenecientes a cadenas hoteleras que se estaban extendiendo como una plaga por los enclaves turísticos de la costa del país. Los hoteleros de negocios pequeños y tradicionales no miraban con muy buenos ojos las cadenas hoteleras, puesto que ofrecían a precios más baratos que ellos habitaciones básicas. Ninguno de los hoteles Traveltime tenía detrás a un dueño o dueña, sino a un mánager de atención al cliente, que, de todos los sitios posibles del mundo, estaba instalado en Düsseldorf y al que solo se podía contactar por teléfono. Algunos ni siquiera tenían mostrador para el registro de entrada; los huéspedes insertaban su tarjeta de crédito en una máquina –¡una máquina!– en el recibidor para obtener la llave de la habitación. Y ninguno ofrecía desayuno. Lo único que proporcionaban era una cama y un televisor en una habitación encalada cuadrada, con un cubículo de plástico por baño. Todas las habitaciones eran idénticas a la contigua, a la de arriba y a la de abajo. Ninguna tenía buenas vistas; de hecho, a menudo los hoteles Traveltime se situaban en la zona más apartada, barata y agreste de la población.

Helen se quedó pensativa un momento.
–¿Cuánto te pagan?
–El salario mínimo, ¿qué iba a ser si no?
–Te añado cincuenta peniques la hora –propuso Helen rápidamente.
–Que sea una libra. ¡Gracie, no tires de las orejas al gato! –gritó Sally.
–Sesenta peniques –ofreció Helen.
–Ochenta.
–¿Setenta y cinco?
–¡Hecho! ¿Cuándo quieres que empiece?
–¿Cómo lo tienes para mañana a las siete? –dijo Helen, y aguantó la respiración.
–Me cago en la leche, Helen, menos mal que avisas con tiempo.
–Tenemos a doce imitadores de Elvis que vienen mañana por la tarde y se quedan dos noches. Tocan en el balneario; hay una convención de Elvis este fin de semana.
–No puedo irme de Traveltime sin más –repuso Sally–. Tendré que comprobar si tengo que avisarles con tiempo. Se han portado bien conmigo hasta ahora.
–¿Bien? ¿Cómo? –preguntó Helen.
–Me dieron una maravillosa aspiradora nueva. –Sally se rio–. Y un bonito cubo amarillo.
–¿Has firmado el contrato de trabajo? –quiso saber Helen.
–Tengo un contrato de cero horas –respondió Sally con tristeza.
–Entonces no les debes nada.
–Pero es demasiado arriesgado para mí dimitir con ellos solo por la promesa de trabajar para ti un fin de semana. Por más que me gustaría volver, Helen, no puedo dejar Traveltime por apenas dos días de limpieza tras el paso de los doce Elvis.
–Entiendo lo que dices –convino Helen, pensando con rapidez. Sabía que tenía que recuperar a Sally en ese instante o la perdería para siempre–. Bueno, no sería solo para el fin de semana. Un hotel es para toda la vida, no solo para los Elvis.
–¿Me estás diciendo que seguirá abierto cuando se hayan ido?
–Eso es exactamente lo que digo –le aseguró Helen, afianzando la decisión con cada palabra que pronunciaba–. Y te ofreceré un contrato hasta el final de la temporada de verano.
Otro silencio. Helen sabía que Sally se estaba tomando su tiempo para pensárselo.
–Entonces estaré allí a las siete. ¿También vuelve Jean?
–Sí, seremos las tres trabajando juntas de nuevo, como en los viejos tiempos.
–¡Gracie! –gritó Sally–. Suelta al gato y sácale el lápiz de la oreja. ¡Ya! Lo siento, Helen, tengo que irme. Está torturando al pobre

animal. Te veré mañana, ¿vale? Mira, sé que las cosas serán distintas, ya sabes, sin Tom. Pero aquí me tienes, Helen. Y vendrán días mejores.

–No te pega nada ser tan profunda.

–¿Profunda? ¿Yo? Ah…, mmm… No, quería decir que la previsión del tiempo para este fin de semana parece ser muy buena para esta época del año.

El rostro de Helen se arrugó en una sonrisa. Inmediatamente sintió una punzada de culpa por sentirse feliz, por primera vez, sin Tom.

Capítulo 5

Esa noche Helen durmió mejor de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Estaba emocionada por el fin de semana y la llegada de los nuevos huéspedes. Más que eso, estaba contenta de estar volviendo a cierta normalidad, aunque, sin Tom, le iba a llevar algo de tiempo acostumbrarse a esa nueva vida.

Sin embargo, mientras Helen dormía profundamente, en la oscuridad de la noche algo se movía fuera del hotel. Suki levantó las orejas y abrió los ojos. Cruzó lentamente la sala de estar hacia las puertas que daban al patio. De ellas colgaban unas pesadas cortinas, pero apretó el morro por el agujero de en medio husmeando, escudriñando y con todo el cuerpo en alerta. El sonido de algo que se rompió la sobresaltó, y profirió un gruñido grave, preparada para ladrar. Pero le siguió el silencio y se relajó. Volvió a la habitación y se tumbó en el suelo a los pies de la cama mientras Helen seguía roncando, dichosamente ajena a todo.

A la mañana siguiente Helen se despertó descansada y feliz. Ay, todavía añoraba a Tom y a menudo estiraba el brazo en la cama en busca del calor de su cuerpo. Pero aquella mañana se sentía renovada y revitalizada como hacía mucho tiempo que no ocurría. Tenía un propósito que cumplir ese día que empezaba: la reapertura del Seaview Hotel era un nuevo comienzo, y tenía muchas ganas de ver a Sally y a Jean. Sería diferente sin Tom, de eso no cabía duda. Y como solo serían tres personas trabajando en vez de cuatro, resultaría más duro; debían aunar esfuerzos como nunca antes habían hecho. Pero Helen estaba convencida de que podía lograrlo; tenía un equipo fantástico junto a ella.

Dirigió la mirada hacia el reloj que había al lado de la cama. Eran las 06:00 h. Disponía de una hora para ducharse, desayunar y sacar de paseo a Suki por la playa antes de que llegaran Jean y Sally. Se puso la bata, cruzó la habitación y abrió las cortinas para permitir que entrara la luz. En ese momento descubrió un tiesto roto en el suelo. Se le había salido la tierra junto a los brotes verdes de narciso. Intentó descubrir el motivo. El aire no podía haberlo tumbado: el patio estaba cubierto y, por más racheado que fuera el viento de Yorkshire, rara vez hacía acto de presencia allí. ¿Habría saltado un gato durante la noche y lo habría hecho caer? Imposible. Era un tiesto pesado y lleno de tierra. Quizá había sido un perro o un zorro.

Se quedó mirando los escombros. Había algo en la tierra, en la

manera como estaba esparcida, aplastada contra el pavimento…

Se le cortó la respiración cuando advirtió la silueta de una huella, y se le desbocó el corazón. Alguien había estado en el patio durante la noche. Un escalofrío helado le recorrió el cuerpo entero mientras las palabras de Frederick Benson le vinieron a la mente. Le había dicho que estaba cometiendo un terrible error al no aceptar la oferta por el hotel. ¿Acaso alguien la estaba asustando para conseguir que lo vendiera? ¿Era eso lo que pretendían aquellos mensajes amenazadores y aquellas llamadas? ¿O se trataba solo de una pura coincidencia, tal vez un intruso cualquiera que había intentado entrar?

Se arrebujó en la bata, abrió las puertas del patio y salió hacia el aire fresco de la mañana. Aparte del tiesto roto, nada más estaba fuera de su lugar. Inspeccionó las manillas de las puertas en busca de cualquier indicio de haber sido forzadas, pero tenían el mismo aspecto de siempre. Suki la siguió fuera, olfateando el aire. Helen echó un vistazo alrededor, en busca de alguna pista sobre quién podía haber estado allí, pero el patio no revelaba nada.

De vuelta dentro, se preparó un café, tostó pan y comprobó su teléfono. Tenía un mensaje largo de su mejor amiga, Marie:

¿Cómo estás, cariño? Dame un toque cuando quieras. Solo quería decirte que pienso en ti, te mando amor, y espero que estés bien. Me pregunto si notaste algo extraño entre Sue y Bev durante la ceremonia. Creo que han discutido. A su edad deberían saber comportarse. Bueno, a NUESTRA edad, quiero decir, no lo olvidemos. Por aquí anda todo bien. Daran pasa mucho tiempo fuera por trabajo, y por eso no pudo ir a la ceremonia, no sé si te lo había dicho. Y cuando por fin está en casa, está siempre cansado y, no sé, ¿distante? Me encantaría veros a ti y a Suki. Quizá vaya para dar un paseo por la playa contigo un día de estos, ¡solo tengo que encontrar los zapatos adecuados! Te quiero, besos.

Sonrió ante la imagen de Marie ofreciéndose a acompañarla a dar un paseo, pues su amiga nunca iba andando a ningún sitio si podía evitarlo. Estaba casada con su coche: un pequeño descapotable de color rojo cereza, con la capota negra, de 1960. Y en cuanto a encontrar el calzado adecuado, Helen nunca había visto a Marie llevar nada que no fueran tacones de, por lo menos, diez centímetros de alto, normalmente rojos, con hebillas y caros.

Suki había desaparecido mientras Helen leía el mensaje, y acababa de regresar con una de las zapatillas de Tom en la boca y se había

dejado caer con las patas entrelazadas delante de ella.

–Suki, ¡suéltala! –le ordenó.

Suki levantó la cabeza y Helen le quitó rápidamente la zapatilla de la boca. Se preguntó de nuevo cuándo sería el momento adecuado para empaquetar las cosas de Tom. ¿Llegaría alguna vez?

Volvió a dirigir la vista hacia las puertas del patio. ¿Debía informar a la Policía sobre el intruso? Negó con la cabeza. Podían haber sido solo unos niños correteando como locos y tirando las cosas al suelo. Además, ya tenía suficiente en la cabeza con la reapertura del Seaview Hotel y la llegada de los imitadores de Elvis. Lo último que necesitaba, precisamente ese día, era involucrar a la Policía. Desde que habían ingresado a Tom en el hospital, había sopesado la idea de instalar cámaras en las puertas delantera y trasera, pero no le había parecido importante hasta ese momento. Siempre se había sentido segura y protegida, pero ya no vivía acompañada. ¿Sería hora de volver a pensar en la seguridad?

Se duchó y luego se secó la media melena delante del espejo del dormitorio. Era el mismo peinado que había llevado siempre: rápido de secar y fácil de cuidar, y le hacía resaltar sus grandes ojos marrones, o al menos eso era lo que Tom le decía siempre. Se lo cortaba y arreglaba una vez al mes en Chez Margery, la única peluquería a la que acudía y en la que confiaba para mantener su cabello como a ella le gustaba. Se vistió y luego abrochó la correa al collar de Suki. Justo cuando salieron por la puerta, avistó a su vecina Miriam, del Vista del Mar.

Miriam era una mujer de edad indeterminada, aunque Helen creía que tendría, como mínimo, sesenta y cinco años, que no le pesaban en absoluto, con su largo pelo gris siempre rizado con elegancia. Lucía unas gafas enormes que la hacían parecer una Brigitte Bardot que envejecía grácilmente, si los Bardot hubiesen vivido en Yorkshire Norte y Brigitte se hubiese dedicado a dirigir un hotel en la costa. Estaba de rodillas puliendo el cristal de la puerta de entrada. Helen no pudo evitar fijarse en que, incluso tan pronto por la mañana, iba completamente maquillada y lucía el cabello perfectamente arreglado.

Helen se arrebujó en su chaqueta polar y ocultó la melena bajo un gorro.

–Buenos días, Miriam.

Miriam dejó lo que estaba haciendo y levantó la mirada. Sonrió a Helen y entonces se levantó, enderezando la espalda.

–Buenos días –respondió ella enérgicamente–. Qué bien que hayas vuelto de Escocia. ¿Cómo lo llevas?

Helen sabía que se tendría que acostumbrar a ese tipo de preguntas.

–Voy tirando. Gracias por echarle un ojo a esto mientras estaba fuera. Miriam, ¿has oído algo esta noche? ¿Algún ruido?

Miriam negó con la cabeza.
–¿Qué tipo de ruido?
–Algo que se rompía, supongo. No un cristal, sino un tiesto. Cuando me he levantado esta mañana, una de las macetas de mis narcisos estaba hecha añicos en el patio.
–¿No habrá entrado un gato?
Helen no quería alarmar a Miriam, así que no le dijo nada de la huella.
–Voy a reabrir hoy. Solo durante el fin de semana, para ver cómo va.
–Bien hecho, querida –celebró Miriam–. Yo también estoy llena este fin de semana. Es la convención de Elvis y vienen muchos fans. Por supuesto, solo acepto a los más distinguidos, nada de esa chusma que se acaba quedando en cualquier antro.
Le dedicó una mirada crítica a la puerta del Seaview Hotel, un detalle que no le pasó desapercibido a Helen.
–La semana pasada se hospedaron las refinadas señoritas de la academia Cheltenham durante uno de sus viajes para experimentar las vacaciones en Yorkshire –continuó–. Siempre es un placer tenerlas aquí. Son unas huéspedes tan exclusivas que se niegan a alojarse en otro sitio que no sea mi Vista del Mar. Bueno, el mío es el único hotel de por aquí con reseñas constantes de cuatro estrellas.
Helen había leído algunas de las reseñas del Vista del Mar en la página web de críticas de alojamientos turísticos CriticHotel. Obtener buenas reseñas en esos portales era esencial para hoteles como los que regentaban Helen y Miriam, y era importante mantener sus valoraciones altas. Sin embargo, algunas de las opiniones del Vista del Mar dejaban mucho que desear: Fantástica localización, impresionantes vistas al mar. Habitación cómoda. ¡Pero cuidado con la mujer que dirige el local, es una pesadilla! Una auténtica bruja. Una de las reseñas incluso definía a Miriam como «toda una harpía».
–Deberías hacer algo con la categoría de tres estrellas del Seaview Hotel, Helen. –Una queja de Miriam que no era nueva–. Estás afectando a toda la calle. Somos una zona de cuatro estrellas, y el tuyo es el único hotel aquí que no da la talla.
Helen no quiso pasar por alto la altivez de Miriam sin hablarle de sus propios huéspedes.
–Bueno, no eres la única con huéspedes distinguidos, yo tengo a mis imitadores de Elvis, que llegan esta tarde.
–¿Imitadores?
–Son doce. Una banda de tributo a Elvis que se llama «Docelvis».
Miriam hizo una mueca.
–Espero que no pongáis esa espantosa música de *rock and roll* ni organices una de tus fiestas.
–No lo he pensado todavía –dijo Helen.

–Te agradecería enormemente que no armarais demasiado alboroto, querida. No quiero que mis huéspedes se molesten. El Vista del Mar es un establecimiento exclusivo. Por cierto, el periódico local cree que los basureros se pueden declarar en huelga. Si siguen adelante, no quiero que uses mis cubos de la basura de atrás cuando se llenen los tuyos.

–Nunca haría eso, Miriam –repuso Helen, ofendida.

Oyó un gemido que provenía de Suki a su lado; era el sonido que emitía la perra cuando estaba emocionada y feliz. Sabía que Suki se debía de estar muriendo de ganas de correr por la arena. Sin embargo, antes de dirigirse a la calle, se giró de nuevo hacia Miriam, que estaba acabando de limpiar los cristales de su puerta.

–Miriam, ¿has oído algo sobre que los agentes inmobiliarios Benson quieran comprar propiedades por aquí?

–No, y los ventilaría rápido si me lo propusieran –contestó Miriam–. ¿Te han dicho algo a ti?

–Sí, pero creo que solo era un promotor tanteando el terreno.

Miriam señaló con el dedo al otro lado de la calle, hacia el destartalado hotel Glendale.

–Aunque es curioso que lo preguntes. La semana pasada vi a un par de hombres trajeados entrar allí. No le di la mayor importancia, si te soy sincera, y lo olvidé por completo hasta ahora. ¿Quizá lo hayan vendido? Qué más da, no me puedo quedar aquí todo el día de cháchara, tengo que empezar el desayuno, y a mis huéspedes les gustan los cruasanes recién hechos y salidos del horno.

Desapareció dentro del edificio y Helen se dirigió hacia la playa de North Bay.

–¿Cruasanes para el desayuno? –le preguntó Helen a Suki; ya se podía imaginar la opinión que tendría Jean sobre eso.

Capítulo 6

La mañana pasó en un trajín de limpiar, pulir y frotar. Pusieron sábanas limpias en todas las camas, en los baños colocaron toallas y alfombrillas recién lavadas, y abrieron las ventanas de las habitaciones para dejar entrar el aire sorprendentemente cálido de ese día de principios de marzo. El pronóstico del tiempo parecía haber acertado, pensó Helen; quizá le esperaban días más brillantes por delante. Las tres trabajaron como tanques militares: imparables, impávidas, sin permitir que nada se interpusiera en su camino. Conocían sus tareas y cómo debían llevarlas a cabo. Cuando llegó la hora de la comida, las diez habitaciones ya estaban listas, y Sally incluso había puesto la mesa con mantel y cubiertos, lista para el desayuno del día siguiente. Helen encontró una antigua foto de Tom vestido con su traje blanco de Elvis. La besó con suavidad y luego la colgó en la pared, detrás de la barra del bar.

–Deséame suerte, Tom –susurró.

Se sentó a la mesa de la cocina con Jean y Sally.

–Buen trabajo, chicas –las felicitó.

Preparó café para las tres y abrió un paquete de galletas de chocolate digestivas. Suki se tumbó debajo de la mesa, con la esperanza de que le cayera alguna migaja.

–¿Vas a estar bien tú sola, muchacha, cuando lleguen los huéspedes? –preguntó Jean mientras mojaba una galleta en su taza.

–Estaré bien –respondió Helen.

Y la verdad era que se sentía con fuerzas para recibir a los huéspedes en el hotel por primera vez desde hacía meses. También sabía que su gestor del banco estaría feliz de saber que el Seaview Hotel había reabierto. Quedaba dinero en la cuenta del negocio para ir tirando, pero solo el justo.

Sally se levantó y se quitó el delantal.

–Tengo que ir a buscar a Gracie –dijo.

–Dale un beso de mi parte –le pidió Helen–. Y gracias por todo lo que has hecho hoy. No podría haber reabierto sin ti ni Jean.

–Ya sabes, somos el *hashtag* GrandEquipo, ¿no? –rio Sally.

–¿Somos un *hash* qué? –preguntó Jean mientras se subía las gafas por el caballete de la nariz.

–Tienes que hacerte una red social, Jean –le espetó Sally.

–No pienso hacer eso –repuso Jean con un resoplido.

Helen sonrió. Ay, cuánto había echado de menos su compañía.

–¿A qué hora llegan? –se interesó Jean–. ¿Estás segura de que no

necesitas que me quede y te ayude con el registro?

–Sobre las dos. O al menos eso es lo que Elvis Uno me dijo ayer por teléfono.

–¿Elvis Uno? –se sorprendió Sally–. ¿Qué son, los Red Arrows?

Helen se encogió de hombros.

–Cada uno tiene un número, por lo que se ve. Posiblemente sea más fácil que recordar sus nombres.

Sally se puso el abrigo y Helen le dio un abrazo cálido.

–Gracias de nuevo, Sally.

Jean cogió otra galleta de chocolate y la hundió en su taza.

–Bueno, si estás segura de que no me necesitas, me iré a casa después de acabarme el café. Llamaré a mamá a la residencia, a ver cómo están sus piernas.

Cuando Jean se hubo ido también, Helen se tomó un momento para disfrutar del silencio después del ajetreo de la mañana. Se hizo un sándwich, le dio de comer a Suki y abrió el portátil para gestionar las reservas que empezaban a llegar desde que había actualizado la página web. Pero había un correo electrónico que le causó preocupación. Era una notificación de CriticHotel en la que se le informaba de que habían dejado una nueva reseña del Seaview Hotel. La debía de haber escrito alguien que se había hospedado hacía tiempo, porque el lugar no había estado abierto desde la muerte de Tom, y de eso hacía más de tres meses. Pinchó en el enlace para leer la reseña y se quedó boquiabierta:

Lugar lamentable. Sucio. La comida es una basura. Per
sonal incompetente. Antipático. No os alojéis en él.

Se quedó mirando la pantalla incrédula. La fecha en que el usuario, Porgy42, decía que se había hospedado en el Seaview Hotel era de la semana anterior. ¡Pero eso era imposible! Se desplazó hacia abajo de la página para ver si había algún enlace en el que pudiera enviar una queja y que le quitaran esa reseña. Pero, si existía, era difícil de encontrar. Se estaba frustrando con la página web y su falta de transparencia, y podía notar cómo los pelos de la nuca se le empezaban a erizar. Al fin encontró el enlace y envió la queja, por la que recibió un correo electrónico automático de confirmación en el que le indicaban que habían recibido su mensaje y lo tramitarían durante los próximos días.

Justo en ese momento sonó el timbre de la puerta. Cerró el portátil y subió las escaleras, cerrando la puerta tras de sí para que Suki no saliera del sótano. Mientras se acercaba a la puerta delantera, vislumbró a un grupo de hombres al otro lado de los paneles de cristal: los primeros huéspedes que tenía el Seaview Hotel desde hacía meses, los primeros desde que Tom había muerto. Se detuvo delante

del espejo del pasillo y se quedó contemplando su reflejo. Su cabello estaba tan limpio y brillante como siempre. Llevaba puesto un ligero toque de maquillaje, solo lo suficiente como para que su tez no fuera demasiado pálida, y sus grandes ojos marrones le devolvían su mirada luminosa. Sonrió satisfecha con su aspecto, y entonces se colocó una sonrisa de bienvenida en la cara.

–Vamos, Helen, puedes hacerlo –susurró.

Pasó la llave por la puerta, la abrió de par en par y miró al grupo de doce hombres. Había hombres mayores, jóvenes, delgados y gordos. Había hombres calvos y hombres con el pelo grisáceo. Uno estaba fumando y dos se cogían de la mano. Ninguno de ellos se parecía a Elvis. Un hombre alto, que ella supuso que debía de tener más o menos su edad, con el pelo oscuro y una cara agradable y cercana, dio un paso adelante con la mano extendida.

–Elvis Uno a su servicio –la saludó–. O me puede llamar Jimmy, si lo prefiere.

Jimmy era apuesto, de una robustez que había dejado atrás su mejor momento. Helen entrevió alguna tonalidad gris en su cabello negro y se fijó en las líneas alrededor de su boca y en la manera en que sus ojos centelleaban cuando sonreía, y sonreía mucho. Se sorprendió encajándole la mano durante un momento más largo de lo necesario, y él no parecía querer retirarla. Helen sintió un aleteo en el estómago cuando sus ojos se encontraron con los suyos y se reprendió a sí misma por ser tan ridícula. ¡Estaba actuando como una colegiala enamoradiza! Solo era la emoción por la llegada de los Docelvis, ¿no?

–Me llamo Helen –se presentó con una amplia sonrisa. Entonces se dirigió hacia los otros hombres–: Por favor, entrad.

A medida que cada miembro de los Docelvis se adelantaba, Jimmy los iba presentando.

–Este es Elvis Dos –dijo mientras un hombre joven con sobrepeso jadeaba en el umbral y usaba las paredes como apoyo.

–Soy Kev. Un placer conocerla.

Le estrechó la mano a Helen.

–Elvis Tres es Alan, y Elvis Cuatro es su hermano Stuart. Compartirán habitación.

–Es un placer estar aquí, señora.

Alan hablaba arrastrando las palabras, en lo que Helen supuso que sería un intento de acento americano, aunque más bien parecían traídas por la marea de Gales.

–Ignore a mi hermano, intenta hablar como Elvis todo el rato –intervino Stuart, aferrando la mano de Helen.

–Elvis Cinco es Brian –informó Jimmy.

Una oleada de *aftershave* empalagoso golpeó a Helen segundos antes de que un hombre ancho y fornido, de unos sesenta y algo de años y

con el cabello corto color castaño, pasara por su lado.

–Tiene un sitio encantador aquí –le dijo, mientras echaba un vistazo general alrededor del vestíbulo. Se giró hacia Helen y la miró de arriba abajo, repasándola también. Hubo un momento en que sus ojos se posaron en sus pechos y se quedaron allí durante más segundos de lo debido, haciéndola sentir incómoda–. Qué buenos paisajes hay aquí –añadió, como si ella no lo supiera.

Helen volvió a sonreír mientras el siguiente Elvis entraba.

–Elvis Seis es Gran Al –continuó Jimmy, como una madre gallina exhibiendo sus polluelos y esperando la aprobación de Helen.

–Buenas tardes –saludó Gran Al; Helen se preguntaba de dónde le vendría el apodo, puesto que era el más bajo de todos.

–Elvis Siete es Mandarina, el mejor cantante de todos nosotros.

Un hombre rollizo de mediana edad, con mechones pelirrojos y la cara salpicada de pecas, entró en el vestíbulo. Le dedicó una sonrisa amable a Helen.

–Un sitio encantador –dijo educadamente.

–Elvis Ocho, ¿dónde estás? –llamó Jimmy–. Apaga el cigarrillo y ven aquí, Davey.

Un hombre joven se acercó y asintió hacia Helen. Era delgado, demasiado enclenque como para ser Elvis incluso en los días de su traje blanco, pensó Helen. Tenía el cabello castaño largo atado en una coleta, y sus brazos desnudos lucían una colección de pulseras de cuentas coloridas que tintineaban.

–Elvis Nueve es el joven Colin –explicó Jimmy.

Colin entró dando brincos como un cachorrillo emocionado, con los ojos como platos, mirando a su alrededor como si nunca hubiese estado en un hotel antes. Parecía el más joven de todos.

–Qué pasada de sitio, ¿no? Me encanta Scarborough. Mi madre y mi padre solían traerme aquí cuando era pequeño. Hacía años que no venía. ¿Todavía está abierto el minigolf ese tan chulo en el paseo marítimo, el que tiene un faro en el último hoyo? Conseguí un hoyo en uno una vez, y gané un delfín como premio. Uno de plástico, quiero decir, no uno real, eso no estaría bien. Un delfín real, ¿te lo imaginas?

Helen vio como Jimmy le dedicaba una mirada a Colin, y el muchacho bajó las revoluciones.

–Elvis Diez es Bob, y Once es su marido, Sam.

Los dos hombres, cogidos de la mano, vestían una camisa de cuadros a juego y tejanos. Uno de ellos era alto y lucía una barba cuidadosamente recortada.

–Yo soy Bob –se presentó.

–Y yo Sam –añadió el hombre más bajo.

–Y por último, pero no por eso menos importante, Elvis Doce.

Un hombre de unos cincuenta años, bien vestido con un traje azul oscuro y una corbata también azul, entró en el vestíbulo, que en ese momento estaba abarrotado de gente, maletas y portatrajes, que Helen suponía que contenían los conjuntos de Elvis.

–Pero me puede llamar Tim –dijo, ofreciéndole la mano.

–Y ya hemos terminado, estamos todos –concluyó Jimmy, sonriendo–. Los Docelvis están en casa.

Helen soltó una carcajada. Nunca durante todos los años que llevaba regentando el Seaview Hotel había recibido a unos huéspedes como aquellos. Tenía claro que Jimmy estaba al mando, un jefe de exploradores que cuidaba de su tropa.

–Dejadme que os registre a todos y os daré las llaves de vuestras habitaciones –anunció ella.

Se ocupó del papeleo, repartió las llaves y envió a los Elvis a sus habitaciones. Jimmy esperó hasta que hubo terminado con todos. Solo entonces dio un paso adelante para coger su propia llave.

–¿Me comentó por teléfono que ya se había hospedado aquí antes? –le preguntó Helen.

–Ah, hace muchos años –respondió Jimmy–. La recuerdo a usted y a su marido, y las fiestas de Elvis que solían organizar. Tenían una máquina de discos en la pared, si la memoria no me falla, llena de sus canciones.

–Todavía está ahí –le dijo ella.

–A mi pequeña le encantaban esas fiestas. Siempre insistía en bailar con su marido, decía que era clavadito a Elvis con su peluca negra y el traje blanco.

Miles de visitantes habían cruzado las puertas del Seaview Hotel durante años desde que Helen y Tom lo habían comprado. Observó con detenimiento el rostro de Jimmy. Era una cara amable, una cara atractiva y amigable, pero no una de la que se acordara.

–¿Su marido y usted siguen organizando fiestas de Elvis? –preguntó.

Helen dejó lo que estaba haciendo y cerró los ojos durante un segundo para recomponerse. Eso era algo a lo que se tendría que acostumbrar.

–Me temo que murió a finales del año pasado –respondió.

Jimmy bajó la vista a la alfombra.

–Siento mucho oír eso. Lo recuerdo como un hombre muy agradable.

–Gracias –dijo Helen–. Lo era.

Jimmy paseó la mirada alrededor del vestíbulo, entonces dio un paso hacia el bar.

–Recuerdo algunos buenos momentos aquí, algunas fiestas fantásticas por la noche –continuó–. Pero la vida nos cambia a todos. Mi mujer y yo nos separamos hace años.

–¿Y su hija pequeña? ¿Cuántos años tiene ahora? –quiso saber Helen.

–Casi treinta –contestó.

Entonces giró la cabeza, dando por zanjada la conversación.

–Aquí tiene, está en la habitación ocho –le informó Helen, pasándole dos llaves unidas a una leontina blanca de plástico–. Está en la parte trasera, pero tiene vistas al pueblo y a la playa de South Bay. La otra llave es para la puerta de la calle; puede entrar y salir en cualquier momento. Si usted o cualquiera de sus amigos tienen algún problema, pueden llamarme al móvil. Vivo en el piso de abajo.

Jimmy cogió las llaves y se le iluminaron los ojos.

–La número ocho –dijo con aprobación–. El cumpleaños del Rey. Algo me dice que este va a ser un fin de semana que nunca olvidaré.

Capítulo 7

Mientras los hombres se instalaban en sus habitaciones, Helen se dirigió al bar. Miró la foto de Tom y susurró «todo bien de momento», entonces se fue al asiento junto a la ventana y se sentó, observando la playa de North Bay y el cabo rocoso de Salby Ness.

La voz de una chica joven le llegó desde la calle.

–¡Odio Scarborough, es repulsivo!

Se asomó para ver quién estaba hablando mal del pueblo que ella adoraba. Fuera del Vista del Mar, un hombre y una mujer estaban ocupados descargando maletas y bolsas de su coche. El hombre era delgado y bajo; llevaba unas gafas pequeñas y redondas, y tenía unos mechones de pelo gris esparcidos por la cabeza. Helen se percató de que cojeaba. La mujer que tenía al lado parecía más joven, enérgica y atractiva, con el pelo corto, teñido de platino. Junto a ellos, pulsando frenéticamente en el teléfono, había una chica joven que Helen supuso que sería su hija. Debía de tener unos doce o trece años, y lucía un largo cabello castaño y una bonita cara redondeada.

–Daisy, ven y ayúdanos a tu madre y a mí con el equipaje –le ordenó el hombre, pero la chica ignoró la petición; en ese momento tenía el móvil pegado a la cabeza.

–¡Claro, a ti no te importa, tú te puedes quedar en casa! –chilló al aparato–. Solo porque eres la mayor. No es justo. Yo también me quería quedar en casa. ¿Por qué tenía que venir a Scarborough? Esto es una porquería. No hay nada que hacer.

–¡Daisy! –la llamó la mujer con severidad–, deja de hablar con tu hermana y ven a ayudar.

–¡No! –gritó Daisy–. Odio Scarborough y os odio a vosotros.

Una vez que la familia en disputa hubo desaparecido dentro del Vista del Mar, Helen observó el mar ondulante y pronto se perdió en sus pensamientos sobre Tom. Cuando sus recuerdos amenazaban con empañarle los ojos de lágrimas, oyó a alguien toser. Se giró y vio a Jimmy en la puerta.

–Pasa. No tienes por qué ser tan formal. Solo estaba aquí pensando en… –dejó la frase a medias. A partir de ese momento, debía haber dos versiones de Helen: la directora servicial y amable, y la otra, la Helen real, que tenía que aprender a ser lo suficientemente dura y fuerte como para enfrentarse a su futuro por sí sola. Se encaminó hacia la barra–. ¿Qué te pongo?

–Ah, nada, al menos no para mí –dijo Jimmy–. Estoy esperando a los chicos para ir a respirar un poco de brisa marina y comer *fish and*

chips. Pero si le va bien les pediré que nos encontremos aquí esta tarde, digamos sobre las seis, y nos tomaremos algunas copas antes de ir al pueblo. Tenía pensado que fuéramos a por un curri esta noche y luego a buscar algún sitio con karaoke. A los chicos les encanta el karaoke, sobre todo al joven Colin. Cuando se levanta para cantar, es difícil conseguir que se vuelva a sentar.

–Suena divertido –comentó Helen–. El Scarborough Arms suele tener karaoke, y el Black Bull también.

–¿Sigue abierto el Newcastle Packet en el paseo marítimo? –preguntó Jimmy.

–Ah, sigue ahí; ese lugar es toda una institución aquí en Scarborough –respondió Helen–. También tienen karaoke.

Jimmy se quedó pensativo un momento.

–Tal vez lleve allí a los muchachos. No actuamos en la convención hasta mañana por la noche, así que estaría bien tener libre hoy para ser nosotros mismos antes de empezar a trabajar mañana.

–¿Es tu trabajo, entonces, imitar a Elvis? –quiso saber Helen.

Estaba intrigada por conocer más detalles.

Jimmy retiró una silla de una de las mesas.

–¿Puedo? –preguntó.

Helen asintió.

–Por supuesto.

Se sentó a una distancia respetable de ella mientras seguían hablando.

–Para mí, es un trabajo a tiempo parcial –le explicó–. Me retiré tempranamente de mi trabajo como informático y no he vuelto a echar la vista atrás desde entonces. He sido un fan del Rey desde, bueno… –su rostro se arrugó con una sonrisa–, desde que tengo memoria. Mi madre solía decirme que vine al mundo bailando al son de su música.

Bajó la vista al suelo y Helen vio como el rubor le subía por el rostro. Jimmy tenía algo que hacía que ella confiara en él. Tenía una manera de actuar que era discreta y humilde, y aun así era el claro líder de los Docelvis, el que los mantenía a todos bajo control.

–A la mayoría de los chicos, ser Elvis les hace ganar dinero de una manera u otra, y algunos de ellos actúan también en conciertos de tributo a otros cantantes, por ejemplo, a Roy Orbison. Lo único que necesitan es una peluca diferente.

Helen soltó una carcajada mientras Jimmy seguía hablando.

–Actuamos como los Docelvis en conciertos y festivales, pero, cuando los honorarios se tienen que dividir en doce partes, no da para mucho. Además, algunos de los fans en esos conciertos pueden llegar a ser obsesivos, y las cosas a menudo se van de madre. Recuerdo a un tipo en particular que se puso especialmente desagradable cuando no

le dejamos entrar en la *green room*. Apuntó con un cuchillo a Gran Al y tuvimos que llamar a la Policía, pero resultó un hombre escurridizo que se esfumó antes de que llegaran los polis. –Jimmy se estremeció al recordarlo–. Hemos tenido que salir corriendo de conciertos perseguidos por hordas de mujeres gritonas y un buen número de hombres que nos acosaban. A veces puede dar bastante miedo. Y bueno, a algunos de los chicos, los más jóvenes, les encanta toda esa atención.

–¿Y a ti? –preguntó Helen.

–Lo único que quiero hacer después de un concierto es sentarme con los pies en alto y tomarme una taza de té. Kev, el muchacho grande que vino detrás de mí cuando llegamos, Elvis Dos, es lo que llamamos un «Elvis cómico»; lo imita por las risas y las pintas gratis. Trabaja a tiempo completo como fontanero. Y en el extremo opuesto se encuentra Alan, el que está con su hermano Stuart. En estos momentos Alan vive y respira como Elvis. Bueno, ya lo oyó cuando cruzó la puerta. Cree que cada palabra que escapa de sus labios suena como la diría el Rey, y no hemos tenido el valor de hacerle ver la realidad. Está feliz, así que… ¿por qué desengañarlo?

Se oyeron unos pasos en las escaleras, puertas que se cerraban, y uno a uno el resto de los miembros de los Docelvis se reunieron en el vestíbulo. Jimmy se levantó y le sonrió a Helen.

–¿A las seis va bien en el bar?

–Os veré a todos a esa hora –contestó ella.

Helen se giró hacia la ventana y vio como los hombres se alejaban del Seaview Hotel. Se quedaron en un corrillo en la acera, algunos señalaban hacia arriba de la calle, otros hacia abajo, intentando decidir cuál era la mejor ruta que debían tomar. Finalmente, cinco de ellos se encaminaron hacia la derecha encabezados por Jimmy, cuatro giraron a la izquierda y dos cruzaron la calle para observar las imponentes vistas, dejando a uno de los hombres en los escalones del hotel. Era Brian, el que la había examinado de arriba abajo y la había hecho sentir incómoda. Supuso que los dos hombres que contemplaban el paisaje lo estarían esperando, y se quedó perpleja cuando estos empezaron a alejarse sin él. Vio que comprobaba su teléfono y se dio cuenta de que no paraba de mirar hacia el otro lado de la calle, observando como los demás desaparecían. Cuando ya no estaban a la vista, hizo algo de lo más peculiar. Bajó los escalones del Seaview Hotel, pero, en vez de alejarse, se giró hacia el Vista del Mar.

Qué raro, pensó Helen. A través de la pared que separaba el Vista del Mar del Seaview Hotel, oyó como Brian llamaba a la puerta de Miriam. Helen negó con la cabeza. ¿En qué estaba pensando? Tenía mejores cosas que hacer que cotillear lo que hacían su vecina y uno de sus huéspedes. Ya estaba a punto de alejarse, cuando oyó que se abría

la puerta del Vista del Mar y la voz de Miriam resonó.
–¡Maldito cretino!
Helen caminó hacia el pasillo y apretó la oreja contra la pared.
–Tenemos que hablar –dijo Brian con firmeza.
–No tengo nada que decirte.
Helen notaba que el corazón se le aceleraba mientras la conversación proseguía.
–Miriam, por favor.
–¿Qué quieres? ¡Baboso hijo de puta!
Helen se quedó sin aliento. Nunca antes había oído a su vecina soltar un taco, pero en ese momento las obscenidades surgían copiosamente de su boca. Miriam, que siempre hablaba con mucha pomposidad, parecía haber aprendido a hablar junto a una verdulera soez.
–Estaré en el pueblo durante un par de días, tengo algunos negocios que atender. Es una pura coincidencia, te lo juro, pero me hospedo aquí al lado. No podía dejar de pasar a verte estando tan cerca.
–¿Te alojas en el Seaview Hotel? ¿En ese vertedero?
Helen se quedó con la boca abierta.
–No está tan mal –dijo Brian.
Ella asintió.
–La mujer que lo regenta parece una tía pulcra –añadió.
A Helen la habían llamado de muchas maneras con el paso de los años, pero aquella era nueva. Ya podía imaginarse la reseña en línea: «Vistas fantásticas, desayuno maravilloso, la dueña es una tía pulcra». Se tuvo que tapar la boca para evitar soltar una risita.
–Será mejor que entres –dijo Miriam–. Pero solo porque me niego a que cuchicheen sobre mí, y, si alguien te ve en mi puerta, tendrá su oportunidad de oro.
Helen oyó como se cerraba la puerta. Rezó para que no se fueran al bar del Vista del Mar, donde no podría oírlos. Afortunadamente, todo apuntaba a que Miriam no iba a permitir que Brian tuviera el lujo de acceder más adentro de su preciado dominio.
–No tengo tiempo para cháchara, Brian. Dispara. ¿Qué haces aquí?
Hubo unos segundos de silencio antes de que respondiera.
–He venido para darte esto.
–¿Crees que con eso se arregla todo? ¿Después de todos estos años? Bien, pues estás muy equivocado. Ya no soy la tonta sensible que solía ser, Brian. No me puedes engatusar con dinero.
Helen abrió los ojos como platos. ¿Por qué le estaba ofreciendo dinero a Miriam?
–Mira, ten, tengo más –le ofreció Brian.
Se produjo otro silencio hasta que Miriam habló.
–No importa cuánto me ofrezcas, no lo aceptaré, ni ahora ni nunca.

Ya te dije en su momento que no quería nada de ti, y hablaba en serio.

–Miriam, amor mío…

–No te atrevas a llamarme así –le soltó Miriam–. ¡No te atrevas, joder! Perdiste el derecho a llamarme de ninguna manera el día que nos abandonaste. Han pasado más de treinta y cinco años, Brian. Ni una vez, ni una sola vez durante todo este tiempo nos has enviado dinero ni a mí ni a nuestra hija. Y ahora te presentas de improviso, llamando a la puerta.

Helen notó que le cedían las rodillas por la sorpresa de lo que estaba oyendo. Escuchar a hurtadillas estaba mal, y lo sabía. No podía estar husmeando en la vida privada de Miriam, pero era incapaz de contenerse.

–¿Cómo está? –preguntó Brian.

–¡Está con treinta y siete putos años, así está! –gritó Miriam–. No me ha ido mal a mí sola. Lo he hecho bien con mi hija.

–Nuestra hija –la corrigió Brian.

–¡Es mi hija! –rugió Miriam–. ¿Dónde estabas tú cuando necesitaba zapatos nuevos o ropa nueva? ¿O cuando tenía hambre y lloraba por comida? ¿O cuando necesitaba a su padre? ¿Dónde estabas tú cuando yo necesitaba a mi marido?

La boca de Helen, que se había quedado abierta durante la conversación, se cerró de repente. No sabía que Miriam hubiera estado casada. Habían comentado algo sobre una hija, según recordaba, pero Miriam le había dicho que trabajaba en España.

–Conseguiste el divorcio, como querías –repuso Brian–. Al menos te di eso.

–Es la única cosa que me diste, joder –dijo Miriam–. Vete, Brian. No te lo volveré a pedir. Y si no te vas, llamaré a la Policía. Estoy segura de que estarán interesados en lo que tengo que contarles.

–No tienes nada contra mí –afirmó Brian.

–¿Nada? ¿Qué te parece décadas de negligencia? ¿Qué te parece años de eludir el pago de la manutención de tu hija? ¿Qué te parece usar direcciones fraudulentas para evitar que mi abogado pudiera ponerse en contacto contigo cuando necesitaba dinero para alimentar a nuestra hija, a la que abandonaste cuando tenía solo dos años? Eres un cabrón podrido. Eso es lo que eres. Podrido hasta la médula. Lárgate, Brian. Venga, vete.

Helen oyó un altercado en el pasillo.

–No digas que no he intentado enmendar mis errores, Miriam –le dijo Brian.

–¿Con apenas doscientas libras casi cuarenta años tarde? No me hagas reír.

Se abrió la puerta, entonces se oyó otra refriega, como si un cuerpo estuviera empotrado contra la pared.

–Si cambias de opinión, Miriam…

–Eso no va a ocurrir.

–Estaré aquí al lado durante dos noches.

–Ahueca el ala. Por mí, como si te quedas en la luna.

–¿Le dirás a nuestra hija que me has visto? ¿Le transmitirás mi amor?

–Ni hablar.

–¡Miriam, por favor!

–Vuelve arrastrándote a la cloaca de la que has salido.

–No lo dices de verdad –imploró Brian.

–Oh, ya lo creo que sí –le aseguró Miriam–. No quiero volverte a ver. Desearía que nunca hubieras venido aquí. De hecho, ¡desearía que estuvieras muerto!

Capítulo 8

Helen estaba a punto de bajar a su apartamento cuando captó un destello rojo a través de los paneles de cristal de la puerta de entrada. Se asomó fuera y vio a su amiga Marie aparcando su coche deportivo. Saludó con la mano y esperó con la puerta abierta. Mientras Marie salía del coche y se acercaba a ella, Brian salió hecho una furia del Vista del Mar.

Marie era la amiga más antigua de Helen. Llevaba el pelo castaño largo y lucía un estilismo caro; se mantenía en forma gracias a sus visitas regulares al gimnasio; llevaba ropa de diseñadores conocidos y una buena capa de maquillaje, y dirigía un salón de manicura que tenía mucho éxito. Helen a veces se sentía un poco desaliñada a su lado; siempre había sido así, desde que eran mejores amigas en el colegio, y de eso hacía ya mucho tiempo. Marie era alta y delgada, mientras que Helen tenía una estatura media y un cuerpo que las revistas femeninas describían como de forma de pera. Aunque no había estado comiendo demasiado bien desde que Tom enfermó, e incluso había perdido más peso durante el luto, su cuerpo no estaba tonificado como el de Marie. Tenía la apariencia y sentía en sus carnes cada gramo de sus cuarenta y ocho años, mientras que Marie podría pasar por cinco años más joven.

Y si la cara de Helen era redonda y pálida, la de Marie era delgada y olivácea, con los pómulos marcados por el maquillaje más caro que podía comprar. Su pelo era largo y voluptuoso, ondulado a la perfección; parecía que acabara de salir de un salón de belleza de lujo después de pasar por todos los tratamientos posibles. Helen, en comparación, llevaba la misma media melena que lucía desde que era una niña y no sentía ninguna necesidad de cambiar su aspecto, aunque había veces, normalmente los días en los que Marie llegaba flotando a su vida envuelta en una nube de perfume caro, en las que sentía una punzada de arrepentimiento por no prestarle más atención a su apariencia. Pero, aunque lo hiciera, sería una necia por pensar que podría llegar a verse tan glamurosa como su amiga. No tenía tiempo que dedicarle a su pelo y su maquillaje cuando tenía un hotel que dirigir. Tener un aspecto presentable y cordial era lo único que importaba. Además, Tom siempre le había dicho que no cambiaría nada de su apariencia, y eso le bastaba a Helen. Pero Tom ya no estaba, no había nadie que le dijera que lo estaba haciendo bien o que tenía buen aspecto.

Helen saludó a su amiga y recibió de buena gana los brazos de

Marie. Se sentía bien abrazada. No intercambiaron ninguna palabra; su abrazo ya decía todo lo necesario.

–Ven abajo, pondré a calentar la tetera –dijo ella.

–Ese tío con el que me acabo de cruzar que salía de la puerta de al lado era un viejo baboso –comentó Marie mientras la seguía escaleras abajo–. Me ha mirado de arriba abajo mientras pasaba por su lado y me ha meneado la lengua. Asqueroso viejo pervertido.

–No se aloja allí, se hospeda aquí –le informó Helen–. Me hizo eso cuando llegó, salvo lo de la lengua. Debo de estar perdiendo mis encantos. Qué más da. ¿Café o té?

–Mejor café. No he dormido mucho. Daran llegó a casa borracho a la una y media y se sentó en el piso de abajo con la tele encendida.

Helen nunca había sentido simpatía por Daran, el marido de Marie. Creía que fanfarroneaba demasiado, siempre presumiendo del mucho dinero que ganaba, aunque no sabía exactamente a qué se dedicaba. Siempre estaba fuera por trabajo. A menudo se preguntaba qué le veía Marie, aparte del dinero, por supuesto.

–¿Cómo está? –le preguntó Helen.

Marie se encogió de hombros.

–Igual que siempre. Cuando no sale por ahí a beber o a tirar su dinero en el casino, se va de vacaciones para jugar al golf en la Costa del Sol con esos sospechosos colegas exiliados en España, o bien está trabajando. No lo veo nunca y, si te soy sincera, su ausencia me va de perlas. De hecho, creo que ha encontrado a otra mujer.

–¿Cómo lo sabes?

–En las raras ocasiones en las que está en casa, viene con ese olor en la piel, empalagoso, como de perfume de fresa.

–¿Se lo has preguntado?

–¿Te digo la verdad? Ya no me importa. No hay amor entre nosotros. De hecho, no lo hay desde hace años. –Se agachó, se quitó sus zapatos de tacón alto de color escarlata y empezó a masajearse los dedos de los pies–. Estos zapatos me están matando –se quejó–. En fin, la vida me va mejor cuando Daran no está. No tenemos nada que decirnos. No sé por qué me casé con él.

–Yo sí –afirmó Helen sabiamente–. Y si eres honesta contigo misma, tú también lo sabes. Había medio millón de razones por las que fuiste detrás de Daran Clark, y todas tenían forma rectangular con la cara de la reina.

–Bueno, mucho dinero puede nublar la vista de una chica. ¿Qué más puedo decir?

–Que te nublara la vista no importa, lo que sí debería importarte es que tuvieras que hacer la vista gorda con sus chanchullos.

Marie movió la mano como restándole importancia.

–Pero tengo mi propio salón de manicura…

–Que él compró para ti –la cortó Helen.

–Pero está a mi nombre, Helen, igual que mi coche. Si llegara a pasar algo entre Daran y yo, puedo contar con el salón de manicura para tener ingresos. Así pues, ¿qué más da si me gasto su dinero en decorar la casa a mi gusto o en los muebles que me agraden? ¿Qué hay de malo? He convertido nuestra casa en un palacio.

Helen colocó la cafetera y dos tazas sobre la mesa de la cocina.

–¿Pero no te sientes sola? –le preguntó–. ¿No preferirías que fuera un marido decente? ¿Cuándo fue la última vez que los dos hicisteis algo juntos, como ir a dar un paseo o cogeros de la mano? ¿Cuándo fue la última vez que te llevó a comer fuera?

Marie ignoró las preguntas y siguió frotándose los pies doloridos.

–Más te vale quitar los zapatos del suelo o la perra se los agenciará –la avisó Helen–. Ayer llevaba una de las zapatillas de Tom en la boca. Conseguí quitársela antes de que la hiciera pedazos.

–¡Ay! –Marie se estremeció–. Saliva de perro por todos lados. No sé cómo puedes aguantarlo.

Helen vertió el café en las tazas.

–Estaría perdida sin Suki.

Entre sorbos, le contó a Marie todo sobre la extraña oferta de los agentes inmobiliarios Benson. Entonces le habló de los Docelvis, de la reapertura del hotel y del tiesto roto, así como de la huella en la tierra. Y también le explicó que había esparcido las cenizas de Tom en la playa. Marie era buena escuchando e intervenía justo en los momentos oportunos y se quedaba callada cuando debía.

–¿Qué pasa entre Bev y Sue, entonces? –preguntó Helen al final–. Cuando estuvieron aquí después de la ceremonia de Tom, era como si ninguna de las dos pudiera soportar estar en la misma habitación que la otra.

–A mí que me registren –contestó Marie–. Lo único que sé es que llevan sin hablarse una semana, y ninguna de las dos me quiere decir qué ha ocurrido –se inclinó por encima de la mesa hacia Helen y siguió en un susurro–; pero he oído que el marido de Bev la ha abandonado.

–¡No! –exclamó Helen–. ¿No deberíamos ir a ver a Bev para asegurarnos de que está bien?

Marie se reclinó en la silla y le dio un sorbo a la taza.

–Yo prefiero dejar que se saquen las castañas del fuego ellas solitas.

–Ay, a veces puedes ser muy desalmada –la amonestó Helen–. Puede que la llame luego.

–¿Te apetece salir a cenar por el pueblo esta noche? Pago yo –se ofreció Marie.

–Querrás decir que paga la tarjeta de crédito de Daran –se rio Helen.

–Al menos le sacaré todo el provecho que pueda –dijo Marie

mirando su reloj–. Podríamos ir al café Eat Me.

Helen negó con la cabeza.

–No puedo. Trabajo esta noche en el bar. Tengo que servirles bebidas a los imitadores de Elvis.

–¿Hay alguno soltero? ¿Y atractivo? –preguntó Marie.

–Eres una mujer casada, Marie Clark. ¿Quién actúa ahora como una vieja pervertida? –se mofó Helen.

–Bueno, ¿están de buen ver o no?

La cara de Jimmy fue lo primero que le vino a la mente a Helen, junto con su ademán amable y agradable, y la manera en que le había hecho sentir cuando había llegado. Decidió no decir ni una palabra de eso a Marie, ni a nadie; todavía estaba de luto por Tom y no le parecía que fuera adecuado admitir que se había… –¿qué era exactamente?– encaprichado como una adolescente de uno de sus huéspedes.

–Algunos están bastante bien –le respondió–. Dos están casados el uno con el otro. Pero ninguno se parece a Elvis. Aunque, bueno, todavía no los he visto vestidos como él.

–Nunca le vi el atractivo, si te soy sincera. Ya sabes que nunca he sido muy adepta a la música. –Marie alargó la mano por encima de la mesa, cogió la de Helen y la miró a los ojos–. Oye, ¿de verdad vas a estar bien?

–¿Sin Tom, te refieres?

–Y dirigiendo este lugar tú sola.

–Tengo a Jean y a Sally.

Suki gimoteó debajo de la mesa.

–Y a Suki. –Helen apretó la mano de Marie–. Y te tengo a ti como mi mejor amiga en la que puedo confiar, y a Sue y a Bev, cuando solucionen su asuntillo.

–¿Qué me dices de doña repipi, la de aquí al lado? ¿Ha venido a darte el pésame? –le preguntó Marie, metiendo los pies de nuevo en los zapatos–. Me costaron una fortuna estos, y me aprietan mucho los dedos.

–¿Miriam? Hablamos un poco en la puerta esta mañana. –Helen le dedicó una mirada llena de admiración a los tacones de aguja escarlata, entonces posó la vista sobre sus botas negras desgastadas–. ¿Cuál es tu opinión sincera sobre este sitio, Marie?

–¿Scarborough? ¡Me encanta!

–Me refiero al hotel.

–¿Por qué lo preguntas?

–Antes he oído algo que no debía. Alguien se ha referido a él como un «vertedero». Y han dejado una reseña en línea en la que dicen que es «lamentable» y «sucio». Creo que se han equivocado de hotel, ya sabes que este no ha estado abierto desde antes de Navidad.

–Bueno, eso son chorradas –dijo Marie restándole importancia–. El

Seaview Hotel siempre está impecable y limpio como una patena. Espero que estés controlando el tema con la web para que quiten la reseña. No pueden decir eso de ti.

–¿Entonces crees que este sitio está bien como está?

Marie se tomó su tiempo antes de contestar.

–Bueno… –empezó a decir titubeando.

–Suéltalo, venga –la azuzó Helen–. Tú no eres de las que se muerden la lengua.

–Solo es que está un poco…

–¿Qué? Por el amor de Dios, Marie, ¡dímelo!

Marie se mordió el labio y respiró hondo antes de contestar.

–Está atrapado en un túnel del tiempo. Ea, ya lo he dicho. Cuando entras por la puerta, es como volver a los ochenta, y no lo digo como algo bueno.

Helen se echó hacia atrás en la silla, dándose un momento para asimilar las palabras de Marie.

–¿Crees que debería redecorarlo?

–Eso es. Y creo que deberías actualizar las cortinas, las alfombras, la ropa de cama, todo. Mesas, vajilla y manteles nuevos. Quiero decir que todo está muy limpio y ordenado, pero necesita renovarse. Ya no tiene un aspecto fresco. Y deberías intentar lograr esa cuarta estrella. Ay, Dios, ¿me he ido de la lengua? Lo siento, pero me lo has preguntado y no puedo evitar ser franca…, ya sabes cómo soy cuando me dan rienda suelta. Es solo que creo que vas a tener que modernizarte, sobre todo si el nuevo hotel Traveltime abre en la calle…

–¿Qué? –dijo Helen sorprendida, al tiempo que levantó la mano para evitar que Marie dijera nada más.

–El nuevo hotel Traveltime –explicó Marie–. ¿Lo has oído, no? Traveltime está interesado en comprar el Glendale para convertirlo en uno de los alojamientos de su cadena.

–¿Cómo lo sabes? –inquirió Helen.

–Daran me lo contó la semana pasada.

A Helen se le cayó el alma a los pies.

–Me hicieron una oferta ayer para vender –le confesó–, pero el agente inmobiliario no me quiso revelar quién era el comprador y me exigieron una respuesta ayer mismo. ¿Crees que la cadena Traveltime y la oferta para comprar este hotel pueden estar relacionadas?

–Podría ser. Deberías intentar averiguarlo. Es lo que haría yo –respondió Marie.

Helen se quedó pensativa un momento. Sí, ese era el estilo de Marie: coger al toro por los cuernos. Era una mujer que conseguía lo que se proponía. Helen deseaba poseer la mitad de la determinación de Marie.

Su amiga se acabó de beber la taza.

–Gracias por el café, Helen. Lo siento, pero debo volver al salón.

Se abrazaron en el umbral de la puerta.

–Guárdame a un Elvis, el más atractivo. –Marie le guiñó el ojo mientras se marchaba–. Y recuerda: averigua qué se trae entre manos Traveltime.

–Lo haré, te lo prometo –aseguró Helen.

Observó cómo el coche deportivo se alejaba. Entonces divisó a Brian dirigiéndose hacia el Seaview Hotel y se le hizo un nudo en el estómago.

–Buenas tardes –saludó ella tan alegremente como pudo, forzando una sonrisa.

–Ah, señora Dexter –dijo Brian mientras entraba–. ¿Podríamos hablar un momento en privado?

–¿Está todo bien con tu habitación? Espero que no haya ningún problema. Sé que la ducha puede dar algún quebradero de cabeza, pero, si giras el grifo hasta el tope, no tendrás problema.

–No se trata de la ducha, señora Dexter –repuso firmemente.

A Helen no le gustaba la manera en que hablaba y se sentía conturbada por su mirada severa. Él no podía imaginarse que había estado escuchando su conversación con Miriam, así que ¿de qué iba aquello?

–Tengo que hablar con usted en privado –insistió.

–Podemos ir al bar –propuso ella.

Brian se acomodó en una silla y Helen se sentó enfrente, pero no lo suficientemente apartada como para evitar su nube empalagosa de *aftershave*. Era corpulento y ancho de hombros, y, cuando se sentó, su estómago se abultó contra la chaqueta de cuero marrón que llevaba puesta. Iba bien afeitado y tenía el rostro rollizo, de cabello oscuro con una calva en la coronilla. Tenía un aspecto respetable en todos los sentidos, pensó Helen, era el tipo de hombre anticuado que parece un abogado o un gerente de banco. Pero había algo en él que no le gustaba, y mucho menos después de lo que había oído a hurtadillas a través de la pared. Se dio cuenta de que llevaba una alianza. Helen sentía algo más que curiosidad y un toque de nerviosismo por lo que le iba a decir.

–Déjeme que le sea sincero –empezó él–. Obro en nombre de una parte interesada. –Rebuscó en su chaqueta y sacó una cartera grande de piel de color azul, que colocó sobre la mesa entre los dos–. Hay cinco mil libras en metálico ahí dentro, señora Dexter, y son para usted.

Helen miró la cartera con suspicacia.

–¿Para mí?

–Y hay mucho más de donde procede eso. Por supuesto, espero algo

de usted a cambio.

Helen se irguió en la silla y apretó los pies contra el suelo. Las palabras abandonaron sus labios en un tono bien medido.

–No soy ese tipo de mujer y el Seaview Hotel no es ese tipo de hotel. Sea lo que sea por lo que piensas que estás pagando, te equivocas. Dirijo un establecimiento decente, así que guárdate el dinero y no vuelvas a insultarme.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero Brian la agarró de la muñeca y la paró en seco.

–Suéltame –le ordenó entre dientes.

Una sonrisa maliciosa se esbozó en los labios del hombre.

–Ay, señora Dexter. No le estaba ofreciendo comprar sus encantos femeninos, por más atractivos que sean. Le estoy ofreciendo comprar su hotel.

Capítulo 9

–No está en venta –mascullló Helen.

Brian aflojó el agarre de la muñeca. –Todo está en venta, al precio adecuado. Incluso su precioso hotel.

–¿Quién te crees que eres? –dijo Helen, elevando la voz. Lo miró con desconfianza–. ¿Qué está pasando?

–Digamos que un amigo mío está interesado en quitarle este lugar de las manos.

–¿A qué te refieres?

–Me refiero a que represento a alguien que quiere comprar el Seaview Hotel, señora Dexter.

Helen notó que se le desbocaba el corazón mientras intentaba procesar sus palabras. ¿Por qué le estaba proponiendo uno de sus huéspedes comprarle el hotel?

–¿Tiene esto algo que ver con Benson? –inquirió, haciendo todo lo posible por pensar con claridad.

–¿Benson? ¿Quién es Benson?

–El agente inmobiliario del pueblo.

–Primera vez que oigo su nombre –afirmó él.

La mente de Helen iba a mil por hora. Dos ofertas, una detrás de la otra, de dos fuentes distintas eran demasiada coincidencia para su gusto. Había algo que le olía mal en todo aquel asunto, algo de lo que no era consciente. Estaba confundida, y en ese estado mental no la ayudaba para nada la actitud de Brian, que la hacía sentir vulnerable. ¿Trabajaba para la persona que le había hecho la oferta original?

–¿Quién quiere el hotel? Te exijo que me lo digas ahora mismo –ordenó ella, aparentando una voz autoritaria.

–Ya se lo he dicho, es un amigo mío. –Brian esbozó una sonrisa de superioridad–. Eso es todo cuanto puedo decir.

Helen se había sentido nerviosa momentos antes, incluso un poco asustada. Pero en aquel instante la sonrisita de Brian había conseguido sacarla de sus casillas. Estaba enfadada.

–¿Te crees que esto es un juego, verdad? Ahí sentado con tu sonrisita. Bien, pues te estás metiendo con la mujer equivocada, Elvis Cuatro o como sea que te llames.

–Brian, y soy Elvis Cinco.

Helen se inclinó hacia él hasta que estuvo a solo unos centímetros de distancia de su rechoncha cara. El *aftershave* le picaba en la garganta. Le empujó el hombro con el índice todo lo fuerte que pudo y, con cada palabra que le espetó a continuación, le iba clavando el dedo de nuevo.

–Déjame-en-paz. –Se puso en pie. Le dolía el dedo y se preguntó si Brian lo habría llegado a notar siquiera a través de su gruesa chaqueta–. El Seaview Hotel no está ni estará nunca en venta. Y le puedes decir a la persona que sea que te haya dado ese dinero que se lo puede meter por donde le quepa. –Cuadró los hombros, con los brazos puestos en jarras y fulminándole con la mirada–. ¿Entendido?

Brian tuvo la decencia de mostrarse algo aturullado, y Helen supo que había ganado la batalla, aunque no la guerra que estaba teniendo lugar contra unos combatientes desconocidos. ¿Quién estaba detrás del Seaview Hotel y por qué lo ansiaba tanto? ¿Serían los de Traveltime? El corazón le martilleaba en el pecho, pero estaba decidida a no ser la primera en dar su brazo a torcer.

–Te he preguntado si lo has entendido.

–Alto y claro –refunfuñó entre dientes.

Helen señaló con la cabeza hacia la puerta del bar.

–Largo.

–Bien, me iré –accedió Brian–. Pero debo advertirle, señora Dexter, que mi amigo no es el tipo de hombre que acepta un no por respuesta.

–¡Largo! –gritó Helen.

El hombre se fue sin añadir nada más. Helen oyó sus pasos mientras se alejaban escaleras arriba. Esperó hasta oír que la puerta de su habitación se abría y se cerraba, y se dejó caer en una silla, con las piernas temblorosas. Se quedó sentada durante un rato intentando recomponerse, preguntándose qué iba a hacer. ¿Debía llamar a la Policía? ¿Pero qué les diría si lo hacía? ¿Que un imitador de Elvis, de mediana edad, le había ofrecido dinero para comprar el hotel? Sacudió la cabeza. Era absurdo; solo se reirían de ella. Pero eso, sumado a lo del tiesto roto y la huella en la tierra, la inquietaba. Se colocó una mano sobre el pecho para tranquilizarse después del encontronazo y miró la foto de Tom detrás de la barra.

–¿Qué debo hacer? –preguntó en voz alta, pero Tom solo le devolvió la mirada en silencio.

Cuando se hubo calmado, se levantó y se dirigió hacia la ventana, intentando encontrarle alguna lógica a lo ocurrido. Vio a alguien sentado en un banco sobre el acantilado que había frente al hotel, pero no estaba observando el mar, deleitándose con las vistas. En vez de eso, estaba mirando directamente hacia el bar del Seaview Hotel. Iba vestido con un abrigo negro con la capucha levantada y, cuando se dio cuenta de que lo habían divisado, se levantó de un salto y echó a correr con las manos en los bolsillos y las piernas flacuchas golpeando la acera. Eso ya era la gota que colmaba el vaso, otra conmoción, otro incidente alarmante. Cogió una copa de detrás de la barra, la presionó contra el dispensador de *brandy* y se la bebió de un trago.

«Todavía estoy de luto –se dijo seriamente–. Por eso las cosas no

tienen sentido. No soy yo misma. ¿Acaso no me advirtió todo el mundo que iba a ser así? Tengo que tranquilizarme y dejar de ver sucesos extraños donde no los hay». Pero la realidad era que, después de lo que acababa de suceder con Brian, estaba completamente atemorizada.

Bajó las escaleras. Suki la estaba esperando con los restos de la zapatilla de Tom colgando de la boca.

–¡Oh, Suki, no! –gritó.

Suki soltó la zapatilla, embadurnada de saliva.

–Eso era de papá –la reprendió Helen.

Suki ladeó la cabeza.

–Ay, Suki. No es culpa tuya, sino mía por haberla dejado en un lugar donde la pudieras encontrar.

Deslizó la zapatilla debajo del sofá, fuera del alcance del animal, abrió su portátil e hizo clic en el navegador para teclear «hoteles Traveltime». Entre los fragmentos publicitarios sobre los alojamientos, encontró la web corporativa que estaba buscando. Escudriñó sus páginas buscando al dueño de la compañía, y allí estaba su foto sonriente en la pantalla: un hombre con cara de ratón, llamado Leon Weber. El nombre no le sonaba de nada; no lo había oído antes.

Cerró el navegador y abrió su correo electrónico con la esperanza de que la rutina de hacer algo tan ordinario la ayudara a calmarse. Había más reservas realizadas para las vacaciones de Semana Santa e incluso para el verano, algo que la complació muchísimo. También tenía un mensaje de la página web de reseñas, y esperaba que fuera una respuesta a su queja. Pero no era eso, sino una notificación para avisarla de que tenía un nuevo comentario. Clicó en el enlace con la mano temblorosa, nerviosa por lo que podría encontrar.

Lo ciento, este hotel no es bueno. No lo recamiendo.

Lo había dejado alguien que se llamaba Pudding&Pie. Helen envió otra queja, y en esta ocasión con palabras más contundentes.

Cuando hubo limpiado su bandeja de entrada y se hubo asegurado de que todas las reservas estaban recogidas en su bloc de notas, se giró hacia Suki.

–Vamos, creo que a ambas nos iría bien un poco de aire fresco.

En solo unos minutos, estaba bajando los escalones del Seaview Hotel. Cuando miró al otro lado de la carretera hacia el Glendale, se le heló la sangre. Había allí dos hombres. Ambos le daban la espalda, pero reconoció la chaqueta marrón de Brian y su corpulencia. No sabía quién era el otro hombre. Era más alto que Brian, más joven y delgado, con un cabello oscuro y orejas de soplillo. Iba vestido con lo que le pareció un traje brilloso barato. Los observó durante un momento, preguntándose si tendría las suficientes agallas como para

encaminarse hacia allí y exigirles que le dijeran qué estaba pasando.

–Vamos, Suki –soltó al fin, tomando una decisión.

Empezó a dirigirse hacia los dos hombres, pero, a medida que se acercaba, pudo oír voces altas y palabras airadas pronunciadas a gritos. Se escondió detrás de un buzón rojo brillante de correos e hizo todo lo posible por pasar inadvertida, rezando para que la pareja no se girara y la descubriera.

–¡Se suponía que tenías que conseguir que esa estúpida perra lo vendiera, Brian!

–Es mucho más dura de lo que parece. No se mostró interesada ni lo más mínimo por el dinero. Me aseguró que el sitio no está en venta ni lo estará nunca.

–¿Y ahora tengo que volver con el jefe y decirle que no puede tener su nuevo hotel Traveltime? –dijo el otro hombre, sacudiendo la cabeza–. No tenemos ninguna oportunidad de hacer algo con este vertedero sin demoler el Seaview Hotel. Necesitamos el terreno para un aparcamiento, o el trato se va al garete. Ya sabes lo estrictas que son las ordenaciones urbanísticas hoy en día. El jefe no va a estar contento contigo, Brian.

Helen se enfureció con vehemencia detrás del buzón. ¡Así que por eso tenían interés en su hotel! ¡La cadena quería echarlo abajo para construir un aparcamiento!

–Ya te lo he dicho, he hecho todo lo que estaba en mi mano. No cambiará de opinión –insistió Brian.

Desde su escondite detrás del buzón, Helen vio como Brian le devolvía la cartera azul. El otro hombre se la metió dentro de la chaqueta.

–Le has fallado, Brian. Estará muy decepcionado. Y ya sabes cómo se pone el jefe cuando no consigue salirse con la suya.

Brian se fue echando chispas en dirección al pueblo, entonces el hombre del traje barato se metió en un Porsche negro y desapareció con un derrape. Helen observó como el coche se alejaba a toda velocidad, con las sienes palpitándole y la mente trabajándole a toda velocidad tratando de encajar las piezas del puzle después de lo que acababa de escuchar.

–Ven, Suki –dijo ella, tirando de la correa de la perra.

Quería llegar a la playa rápidamente; necesitaba el espacio abierto para pensar y encontrarle un sentido a lo que acababa de ocurrir. ¿Quién era el hombre del Porsche? ¿Sería el mismo Leon Weber? ¿O acaso Leon Weber era el hombre al que aquellos dos se habían referido como el «jefe»? ¿Y qué papel jugaba Brian? ¡Nada tenía sentido!

Cuando llegaron a la arena, Helen soltó a Suki de la correa y la perra puso rumbo a la orilla mientras ella intentaba pensar con calma.

Volvió a recordar otra vez lo que había oído. La persona que quería el Seaview Hotel debía de ser despiadada si el hombre que estaba con Brian era uno de sus lacayos y ganaba lo suficiente como para permitirse un Porsche. Este había mencionado a alguien como el «jefe», y un escalofrío le recorrió la espalda. No le gustaba cómo sonaba en absoluto. Si ese jefe era rico y poderoso, ¿qué podía hacer una mujer normal y corriente como ella para evitar que le echara mano a su hotel? Si se negaba a vender, ¿intensificaría las amenazas, enviaría a alguien más intimidante que Brian la próxima vez? Se estremeció al pensar en lo que sería capaz de hacer con el fin de conseguir lo que quería, que era claramente el Seaview Hotel. Su Seaview Hotel.

El mar rugía mientras caminaba; las gaviotas graznaban por el cielo, al tiempo que sus pensamientos se atropellaban en su mente. A medida que iba asimilando la realidad de la situación –que alguien, quien fuera, estaba dispuesto a amenazarla para conseguir que vendiera–, empezó a sentirse alarmada. No podía protegerse contra alguien así. Lo único que podía hacer era avisar a la Policía, pero sospechaba que, si lo hacía, se reirían de ella por espiar a uno de sus huéspedes, y más desde detrás de un buzón. Todo el asunto sonaba ridículo, pero inquietante y escalofriante también.

Al final del paseo, volvió a atarle la correa a Suki para regresar al Seaview Hotel, nerviosa por qué o quién podía encontrarse allí. Desde la muerte de Tom, había sentido a menudo una vulnerabilidad que no había experimentado nunca antes; y en esta ocasión se sentía más sola que nunca y sin saber qué debía hacer.

Capítulo 10

De vuelta a su apartamento tras el paseo, Helen le dio de comer a Suki y recogió la zapatilla de Tom. La pareja que Suki había mordisqueado hasta hacerla pedazos todavía estaba debajo del sofá, donde la había dejado fuera de la vista de la perra. Se agachó, la sacó y se sentó con ambas zapatillas en las manos. Todavía no estaba preparada para empaquetar las cosas de Tom y deshacerse de su ropa, aunque sabía que debía empezar por algo. Se dirigió hacia la cocina y levantó la tapa del cubo de la basura, lista para dejar ir la primera parte de él. Cerrando los ojos, se apretó las zapatillas contra el pecho y dejó que le cayeran de las manos.

Tuvo el tiempo justo para revisar el correo electrónico y darle de comer a Suki antes de disponerse a trabajar detrás de la barra. Se sintió aliviada al ver que no habían dejado más reseñas falsas, pero también decepcionada de que no hubiera ninguna respuesta por parte de la web. Se cambió los tejanos y la camiseta por un vestido azul que había sido uno de los favoritos de Tom, y empezó a maquillarse. Se sentía extraña por abrir el bar sin él a su lado. No sabía bien si tomarlo como una meta que superar o como un obstáculo que sortear. Pero él estaría allí, se recordó a sí misma; estaría justo detrás de ella, mirándola desde lo alto, vigilando desde la pared.

Le echó un vistazo al reloj. Todavía le quedaba media hora antes de que la necesitaran arriba. Suki estaba dormitando al lado del sofá. Helen cogió el teléfono y marcó el número de su amiga Bev.

–¿Bev? Soy Helen, ¿cómo estás?

–Ah, Helen. Hola. Oye, siento no haberte llamado. He pasado unos días, mmm, difíciles. ¿Necesitas algo? ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

–Estoy bien, de verdad, todavía lloro hasta quedarme dormida de vez en cuando, pero es algo nor…

–Normal, sí –la interrumpió Bev.

–Bev, ¿puedo preguntarte algo?

–Ya sabes que me puedes preguntar lo que quieras.

–Vi a Marie esta tarde y me dijo que había intentado ponerse en contacto tanto contigo como con Sue, pero que ninguna de las dos le queríais decir qué estaba pasando.

Bev soltó un largo suspiro.

–No me encuentro muy bien últimamente.

–¿Qué ocurre?

–Probablemente no sea nada. Solo estoy un poco cansada.

–¿Has ido al médico?
–Tengo cita la semana que viene. –Hubo un silencio durante unos segundos antes de que Bev volviera a hablar–. ¿Cómo está Suki?
–Ah, está en buena forma. Me mantiene cuerda, si te digo la verdad, gracias a todos los paseos por la playa y el tener que darle de comer. Me hace seguir una rutina, que es…
–Justo lo que necesitas –la interrumpió de nuevo Bev–. Creo que la ceremonia de Tom fue bien y el funeral, agradable. La iglesia estaba preciosa; esas flores que pusieron eran maravillosas.
A Helen se le hizo un nudo inesperado en la garganta.
–Sí, lo eran –confirmó–. Mira, Bev, ¿está pasando algo más que quieras contarme entre tú y Sue?
Se extendió el silencio.
–¿Bev? ¿Sigues ahí? Es solo… que, después de la ceremonia de Tom, cuando estabas aquí, parecía que no os hablarais, y me preguntaba si habíais discutido. ¿Puedo hacer algo para ayudar?
–Clive se ha ido –respondió Bev.
Helen se irguió en la silla.
–¿Se ha ido?
–Nos hemos separado.
–Dios mío, lo siento –dijo Helen.
Estaba conmocionada por confirmar las sospechas sobre el matrimonio de Bev que le había comentado Marie.
–No te preocupes, es mejor así. Se ha ido con su madre hasta que arreglemos las cosas. Los niños todavía no lo saben; están fuera, en la universidad. Vamos a reunirlos y a hablar con ellos el fin de semana que viene cuando estén en casa.
–¿Hay alguna opción de que vuelva?
–No quiero –contestó Bev firmemente.
–¿Hay alguien más involucrado? –preguntó Helen.
–Mira, Helen, de verdad que no estoy en condiciones de hablar. Estoy pasando por diez calvarios; mi vida se ha puesto patas arriba… –A Bev se le cortó la respiración–. Lo siento, perdóname. Lo que me está pasando a mí no es nada comparado con lo que estás sufriendo tú. No puedo ni imaginármelo. Estabais hechos el uno para el otro. Y yo también quiero eso, ¿sabes? Quiero sentirme igual de feliz con alguien como tú lo eras con Tom.
Helen apretó los ojos. Ese no era el momento de romper a llorar.
–Llámame cuando estés preparada para hablar, ¿de acuerdo?
–¿Has contactado con Sue? –le preguntó Bev.
–No, ¿crees que debería hacerlo?
–Se ha ido a uno de sus retiros de yoga.
–¿Cómo lo sabes? ¿Ya os volvéis a hablar?
–Le he mandado un mensaje –respondió Bev–. Le están realineando

los chacras y vaciando la cuenta bancaria. Esa mujer se comporta como una necia. Le gusta mezclarse con esos yoguis *hippies* o como sea que se llamen. Creía que tenía más cabeza.

–Todos necesitamos tener algo en la vida que nos haga feliz. Yo debería saberlo mejor que nadie, pero todavía no sé si he hecho lo correcto.

–¿Por qué? ¿Qué has hecho?

–He reabierto el Seaview Hotel, y este fin de semana soy la anfitriona de doce imitadores de Elvis.

Bev estalló en carcajadas.

–¡No me digas!

–Como lo oyes. De hecho, debería irme. Tengo que subir al bar, llegarán para tomarse unas copas pronto.

Helen dejó a Suki cabeceando y subió las escaleras. Se sorprendió al ver que cuatro hombres ya estaban allí: solo eran las 17:40 h.

–Lo siento, amigos. –Sonrió, preparándose mentalmente para ser la grácil anfitriona después del día infernal que había tenido–. Supongo que os estáis muriendo de sed. ¿Qué os pongo?

Mientras servía dobles de cerveza y *gin-tonics*, el bar se empezó a llenar. Los hombres estaban animados, ansiosos por disfrutar de la noche en el pueblo.

–¿Podemos usar la máquina de discos, señorita?

Levantó la vista, mientras servía un vodka con cola en un vaso de tubo, y se quedó mirando la máquina. Había estado tan ocupada durante todo el día que no había pensado en ella ni un momento, y, por supuesto, aquellos hombres querrían usarla tras ver las canciones de Elvis que contenía. Se obligó a sonreír. Tenía que haber una primera vez para que la máquina volviera a la vida. Delante de ella estaba el hombre que, según le había dicho Jimmy, siempre hablaba como Elvis, pero, por más que lo intentaba, no conseguía dar con su nombre.

–¿Elvis Tres, verdad? –se aventuró.

–Alan Brown a su servicio, señorita –dijo arrastrando las palabras–. Mi hermano Stuart y yo compartimos la habitación diez al final de las escaleras. Tiene unas vistas increíbles.

Helen encendió un interruptor detrás de la barra y la máquina de discos se iluminó. Alan se dirigió hacia ella, el primero en seleccionar una canción.

–Una de mis favoritas de todos los tiempos y, sin duda, una que me entusiasma cantar ya sea sobre el escenario o fuera de él –le dijo.

La música sobrevoló el bar, aportándole un aire de júbilo al Seaview Hotel que no había tenido desde hacía meses. Algunos de los hombres tararearon la melodía, otros siguieron el ritmo con los pies o bien se mecieron con las bebidas en las manos. Un cúmulo de emociones

borboteaba dentro de Helen. No estaba segura de si reír o llorar. Era terriblemente doloroso oír de nuevo las canciones favoritas de Tom y, aun así, sentía una especie de alegría extraña al ver como sus huéspedes disfrutaban con la música. ¿No era ese el objetivo del Seaview Hotel? ¿Lo que ella y Tom habían querido conseguir y para lo que habían trabajado tan duro? Tragó saliva con dificultad, y les dio la espalda a los hombres mientras trataba de recomponerse. Cuando se giró, Jimmy estaba esperando para que lo atendiera. Helen sonrió al verlo, pero entonces Brian entró en la sala y la sonrisa se desvaneció de su rostro.

–Para mí solo una botella de cerveza, la que tenga –le pidió Jimmy.

–¿Brian? ¿Qué quieres? –preguntó Helen tan educadamente como fue capaz.

Brian pidió bruscamente una botella de cerveza rubia, entonces giró la cara, descartando cualquier intento de conversación. Helen le llenó el vaso de cerveza, observándolo cuidadosamente, en busca de cualquier signo, cualquier pista, que le pudiera dar algún detalle más de su persona, pues claramente se trataba de alguien que era más que un mero imitador de Elvis. Justo entonces, la canción de la máquina cambió.

–De la película *G. I. Blues*, de 1960 –afirmó Jimmy, rápido como una bala.

–*Wooden Heart* es un bombazo –añadió Brian.

Mientras sonaba la canción, Helen siguió escudriñando a Brian.

–¿La cantas en el escenario? –le preguntó.

Parecía sorprendido de que se estuviera dirigiendo a él directamente.

–Sí. ¿Y qué? –dijo; Helen vio la mirada que le lanzó Jimmy.

–Esos modales, Brian –le dijo en voz baja–. No te olvides de que somos huéspedes en el hotel de la señora Dexter. –Miró a Helen–. De hecho, Brian la canta maravillosamente. Incluso se atreve con el fragmento en alemán a media canción; es su segunda lengua.

–Crecí en Düsseldorf –explicó Brian, tirando nervioso del cuello de su camisa.

Cogió el vaso de cerveza de la barra y se alejó para buscar un asiento.

¿Düsseldorf? Una campana distante sonó en los recovecos de la mente de Helen. ¿No era allí donde tenía la sede central la cadena Traveltime? Justo cuando intentaba encontrarle alguna lógica, Jimmy se inclinó hacia ella.

–Perdone por esto –se disculpó–. Brian tiene algunos problemas en casa. Su esposa está enferma; tiene que guardar cama, la pobre. Hablaré con él más tarde. No debería mostrarse descortés en ningún momento, sobre todo cuando está representando a los Docelvis, y

mucho menos con alguien que ha sido tan hospitalaria como usted.

Le sonrió, y Helen notó ese aleteo familiar en el estómago que había sentido cuando le había puesto la vista encima por primera vez. Se reprendió a sí misma de nuevo por estar tan prendada de ese hombre.

Cuando hubo servido a todo el mundo, Helen se sentó en un taburete detrás de la barra. Miró a la otra punta de la sala hacia Jimmy y se preguntó si debería contarle lo de Brian y su oferta de dinero por el hotel. Pero entonces descartó el pensamiento. No era asunto de Jimmy y no tenía por qué saberlo.

Se sirvieron más bebidas, sonaron más canciones, y los hombres acabaron entonando juntos una canción de Elvis antes de levantarse para irse. Mientras se iban marchando del bar, Brian se acercó a paso tranquilo hacia la barra, vigilando por el rabillo del ojo a sus compañeros, que se dirigían hacia la puerta. Se posicionó entre Helen y sus colegas de banda, y habló en voz baja, como si no quisiera que lo oyeran.

–Por favor, que el personal de limpieza no entre en mi habitación. Preferiría que no me molestaran. Tengo preparada la ropa del espectáculo y no quiero que nadie la toque.

–Por supuesto –dijo Helen con tanta educación como pudo, aunque un atisbo de duda le corrió por la mente.

¿Estaba intentando ocultar algo? Sacudió la cabeza para librarse de un pensamiento que le vino de repente. Nunca había fisgoneado en las habitaciones de sus huéspedes en todo el tiempo que había regentado el Seaview Hotel, y no iba a empezar a hacerlo ahora. Se dijo a sí misma que se controlara y dejara de ser tan paranoica.

–¡Elvis Cinco, siempre estás de cháchara con las mujeres! –gritó una voz.

Helen se giró y vio al muchacho más joven, Colin, sonriendo.

–Venga, Brian, deja en paz a la dueña –bromeó–. Lo que pasa en Scarborough se queda en Scarborough, ¿eh?

–Brian, deja de importunar a la señora Dexter –le riñó Jimmy.

Colin y Brian salieron del bar, pero Jimmy se quedó.

–No puedo hacer otra cosa que disculparme –le dijo con una sonrisa arrepentida–. Son hombres adultos, pero a veces es como lidiar con un puñado de niños grandes.

Capítulo 11

Cuando la dejaron sola en el bar, Helen recogió vasos, recolocó sillas y limpió mesas. Se giró hacia la foto en la pared y la resiguió con los dedos.

–Ya hemos pasado la primera noche, Tom –le dijo.

Pensó en contarle lo de los planes de Traveltime de demoler el Seaview Hotel para construir un aparcamiento. Si embargo, sabía que él no tendría mucho que decir, así que se quedó callada.

Cuando el bar estuvo ordenado y los vasos limpios, se dirigió hacia su apartamento y se encontró a Suki yendo arriba y abajo, rechinando los dientes, una señal inequívoca de que necesitaba salir. Helen se puso su forro polar con cremallera por encima del vestido, cogió su sombrero y la bufanda, y ató la correa al collar de Suki. Una vez fuera, vio que la marea había subido y supo que no valía la pena bajar a la playa. En lugar de eso, siguió la calle King's Parade hacia el North Riding, el *pub* favorito de Tom, donde le encantaba sentarse en el pequeño y cómodo sofá de la esquina del fondo. Solía llevarse a Suki y charlar con el dueño del *pub* sobre cervezas y cervecerías locales. Suki tiró de la correa cuando llegaron al *pub*; su instinto la llevaba hacia dentro, como siempre había hecho con Tom.

–Esta noche no, Suki –la detuvo Helen–. Nunca más.

Giró hacia Victoria Road y dejó atrás la bolera, a un lado, y el campo de golf, al otro. Oyó el sonido de un crujido detrás de ella y lo que le parecieron unos pasos, pero, cuando se dio la vuelta, se sorprendió al no encontrar a nadie. Detectó una sombra que se movía por detrás de los setos que marcaban la linde del campo de golf y tragó saliva con dificultad, intentando tranquilizarse.

–¿Quién anda ahí? –preguntó, en vano.

Volvió sobre sus pasos, inquieta por el pensamiento de que tal vez alguien la estuviera siguiendo, después de todo lo que había ocurrido. Pero no había rastro de nadie.

–Debe de ser mi imaginación, que me vuelve a jugar malas pasadas –dijo en voz alta a Suki, consciente de que era a ella misma a la que estaba intentando convencer.

Siguió bajando la pendiente hasta Peasholm Park, echando vistazos hacia atrás solo por si acaso. El parque había sido diseñado con una temática oriental, con preciosos jardines, cascadas y un campo de minigolf. Había sido uno de sus lugares preferidos para pasear con Tom, cogidos de la mano y comiendo helado los días de verano. En el centro del parque había un lago tranquilo donde se podían alquilar

botes a pedales de color verde y rojo diseñados para que parecieran dragones chinos. En aquel preciso momento estaban atados al embarcadero, meciéndose sobre el agua, con sus cabezas de dragón inclinándose hacia ella mientras pasaba por su lado. En medio del lago había un templete al que solían acudir a tocar bandas de músicos; transportaban a los intérpretes y sus instrumentos hasta el escenario mediante los botes dragontinos. Más allá del templete había una isla con un antiguo puente de madera sobre un riachuelo. Helen había paseado por la isla muchas veces con Tom. Era un lugar bonito, iluminado con guirnaldas de luces las noches de verano.

Empezaba a hacer frío, y su fino vestido bajo el abrigo apenas le proporcionaba calor. Después de haber paseado a Suki alrededor del lago, se encaminó hacia la salida, lo que suponía tener que cruzar unas filas de bancos de madera de color verde. Un grupo de adolescentes estaba sentado allí, fumando y riendo. Un hombre y una mujer contemplaban el lago, con el brazo del hombre rodeando los hombros de ella. Helen levantó la vista hacia el cielo, ya medio oscurecido, y hacia las estrellas, que estaban allí prendidas como si fueran diamantes. Vio como la luz de la luna se reflejaba en la superficie del lago y sintió el silencio del parque envolviéndola en la noche aterciopelada. Qué hubiera dado por que Tom estuviera a su lado.

–Te echo de menos –susurró.

Cuando llegó al quiosco Buttercup, reparó en un hombre sentado solo, a una cierta distancia del lago. No le prestó demasiada atención hasta que este la llamó por su nombre.

–¿Señora Dexter?

Se giró para mirar quién era.

–¿Jimmy?

Él le dedicó una parodia de saludo militar.

–Elvis Uno a su servicio.

Helen se acercó a él y se sentó a un lado en el banco de la fila de delante. Suki se echó en el suelo frío y duro.

–¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás con los chicos?

Jimmy soltó una carcajada.

–Los dejé bebiendo en el *pub* Newcastle Packet. Colin estaba en su salsa en el karaoke. Stuart y su hermano tuvieron una riña por alguna nimiedad. Brian desapareció y se fue por su cuenta. Tim estaba al teléfono con su esposa; la echa muchísimo de menos. Mandarina se marchó a la convención en el *spa* para encontrarse con unos amigos. Y Bob y Sam se fueron en busca de un bar de ambiente. Los demás, o bien están camelando a alguna mujer o se están emborrachando. Yo no pintaba nada allí. No bebo mucho últimamente. Me temo que me estoy haciendo demasiado mayor o que me he quedado demasiado

anclado en mis costumbres como para salir de noche con los chicos.

–Bueno, ya me advertiste que eran como «un puñado de niños grandes» –le dijo Helen.

–No me lo recuerde.

Jimmy suspiró.

–Pero ¿qué te ha traído al parque?

Él dio una palmadita al banco.

–He venido a ver a mi viejo.

Helen le dedicó una mirada desconcertada.

–Esparcimos sus cenizas aquí hace quince años.

–¿En el parque?

–Justo aquí, debajo de este asiento. A papá le encantaba Scarborough; conocía este lugar como la palma de su mano. Sus padres solían traerlo aquí para las vacaciones cuando era un crío. Se hospedaban en una casa para invitados en Trafalgar Square. Cuando murió, mi madre, mi hermana Jenny, mi hermano Jack y yo vinimos a Scarborough a pasar un fin de semana largo y lo trajimos con nosotros, en su urna. Hicimos todas aquellas cosas que mi padre había amado: fuimos a su *pub* favorito, comimos *fish and chips* en el paseo marítimo, nos tomamos unos helados en el quiosco Buttercup y observamos la batalla naval en miniatura en el lago. Papá solía sentarse aquí y escuchar las bandas de música. Justo aquí, en este asiento. Cuarta fila por atrás, tercer asiento. Este era su sitio, solía decir. Siempre se dirigía a él en línea recta, y pobre del que ya estuviera sentado en él. Se dedicaba a lanzarle miradas perversas a quien fuera.

–Se ve que era un hombre de carácter –dijo Helen.

–Uy, ya lo creo. Y también era un gran fan de Elvis.

Ambos se sumieron en el silencio y se quedaron observando el lago, donde el reflejo de las coloridas luces encordeladas alrededor de la orilla brillaba sobre el agua de debajo.

–Esparcí las cenizas de mi marido esta semana –informó Helen–. En la playa de South Bay.

–Es un lugar precioso Scarborough –reconoció Jimmy.

Helen sonrió.

–Como una muchacha que ha nacido y crecido en Scarborough, no me queda otra que estar de acuerdo. Bueno, será mejor que vuelva a casa ya.

–¿Puedo acompañarla, señora Dexter?

–Con una condición.

Jimmy se la quedó mirando.

–Que me dejes de llamar «señora Dexter». Por favor, llámame Helen.

Mientras caminaban, hablaron sobre Scarborough y la convención de Elvis que tenía lugar en el *spa*, y Jimmy le dio detalles sobre los

conciertos de los Docelvis.

–Es una actuación de noventa minutos con un intervalo. Empezamos a capela y acabamos a ritmo de *rock and roll* hasta que el público termina bailando por los pasillos.

–¿Dónde tenéis los instrumentos? –preguntó Helen; no recordaba haber visto ninguno cuando la banda llegó al Seaview Hotel.

–¿Instrumentos? –se rio Jimmy–. Usamos música grabada. Muchos de nosotros no sabemos tocar una melodía, aunque Mandarina es muy bueno con la guitarra, y uno o dos más pueden tocar el piano. Pero no usamos instrumentos en la banda. Me temo que no es más que un truco.

–¿Cuánto hace que estás con los Docelvis?

–Probablemente demasiado tiempo. Pero es algo que no abandonas hasta que te ves forzado a ello. Hay una lista de espera de personas listas para unirse en cuanto alguno de nosotros lo deje. Así que, una vez que estás fuera, se acabó, no hay vuelta atrás.

–Haces que suene como si fuera una sociedad secreta –le dijo Helen.

–Puede ponerse bastante intenso –masculló Jimmy sombrío, con la mirada fija hacia el frente.

Mientras caminaban de vuelta al hotel, Helen vio un póster pegado en una farola, en el que se leía una súplica desconsolada de alguien que buscaba ayuda para encontrar un gato perdido. Cuando llegaron al Seaview Hotel, giró la llave en la puerta y ya estaba a punto de entrar cuando la del Vista del Mar se abrió de golpe. Miriam se quedó en el umbral observándolos y, según el parecer de Helen, estaba tan exasperadamente glamurosa como siempre. Se preguntaba de dónde sacaba el tiempo su vecina para acicalarse con tanta excelencia, teniendo que dirigir también un hotel. Solo Dios sabe que a veces los días parecen no tener suficientes horas.

–Ay, Helen, querida. Te han llegado dos paquetes –le informó Miriam, echándole un vistazo a Jimmy, que estaba a su lado– mientras estabas de paseo con tu, mmm…, amigo.

Helen se encrespó por lo que Miriam parecía estar insinuando.

–¿Paquetes? ¿A esta hora?

–Los entregaron en el Grand Victoria por error, y alguien de allí los trajo a pie. Me ofrecí a guardarlos después de que no obtuvieran respuesta en tu puerta. Debe de haber un nuevo repartidor en la ruta que todavía no sabe distinguir entre los dos hoteles.

Helen chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco. No era la primera vez que sus paquetes acababan siendo entregados en el Grand Victoria, y viceversa.

–Discúlpame, Jimmy –dijo, preparándose para pasar por su lado y bajar los escalones; pero Jimmy se le adelantó.

–Ya te los traigo.

–Miriam, te presento a Elvis –dijo Helen.

Miriam se tensó.

–Ah. Así que eres uno de los imitadores, ¿no?

Arrugó la nariz. Jimmy extendió la mano para que se la encajara, pero ella se limitó a mirarla como si fuera un trapo sucio y la dejó colgando en medio del aire. Helen sintió que el estómago le daba un vuelco por la vergüenza que debía de estar pasando Jimmy. Él retiró la mano y se la pasó por el espeso cabello negro, como si esa hubiese sido su intención desde un principio.

–Sí, soy Elvis Uno, Jimmy Brown. Encantado de conocerla –se presentó.

Helen estaba impresionada por lo educado que estaba siendo con Miriam, especialmente cuando ella había sido tan grosera con él. Miriam le entregó dos cajas de cartón marrón y luego cerró la puerta sin mediar palabra. Jimmy volvió al Seaview Hotel y le dio las cajas a Helen.

–Gracias, Jimmy.

Él señaló con la cabeza hacia las escaleras.

–Creo que me iré arriba. Mañana es un gran día. Hay mucho que preparar. ¿A qué hora es el desayuno?

–Entre las ocho y las nueve y media –le informó Helen.

Jimmy se quedó pensativo un momento.

–Recuerdo, de cuando solía venir aquí hace años, que los desayunos eran algo por lo que valía la pena levantarse de la cama. Y o bien era el desayuno inglés completo, o nada; al menos eso era lo que decía tu cocinera.

–Y así es exactamente como sigue siendo. –Helen se rio–. Todavía tenemos la misma cocinera. Le haré llegar tus cumplidos.

–Buenas noches, entonces, señora Dex… –Jimmy se quedó callado–. Helen.

–Buenas noches, Jimmy. Que duermas bien.

Jimmy subió las escaleras y Helen se fue al bar con Suki. La larga caminata las había dejado a las dos hechas polvo. Suki se desplomó en forma de ovillo al lado del asiento de la ventana, y Helen se sentó en él.

–Parece un buen hombre, ¿verdad, Suki? –dijo ella, rascando a la perra detrás de las orejas y arrancándole gimoteos de placer.

Pensó en lo mucho que había disfrutado hablando con Jimmy, alguien que no la conocía tanto como sus amigas, que ignoraba el luto profundo que tenía por Tom o lo difícil que le resultaba obligarse a mirar hacia delante y retomar el control de su vida. Le había sentado sorprendentemente revitalizador.

Mientras estaba allí sentada, oyó unos ruidos fuera, la voz de una chica.

–Odio este sitio; quiero volver a casa. Echo de menos a todos mis amigos. Mira…

Se asomó a la ventana y vio a los huéspedes de Miriam, que encauzaban el camino hacia el Vista del Mar; la misma familia que había visto descargando el coche unas horas antes: la madre con el cabello corto plateado y el padre que cojeaba. Su hija, Daisy, sostenía el teléfono hacia su padre, suplicándole que mirara algo en la pantalla.

–Daisy, entra y cállate, ¿vale? –la reprendió la madre–. No has dejado de quejarte desde que hemos llegado aquí.

–Eso es porque quiero irme a casa –dijo Daisy enfurruñada.

Helen no podía estar más aliviada de que aquella familia se estuviera hospedando con Miriam y no en el Seaview Hotel.

Miró las dos cajas que le habían enviado. Reconoció el logo de la empresa de productos para mascotas en la más pequeña y sabía que debían de ser las vitaminas que había pedido por internet para Suki. La segunda caja no tenía ningún logo, solo una etiqueta escrita en la parte delantera dirigida a la «Señora Dexter, del Seaview Hotel». No estaba esperando nada; no había pedido nada más. Quitó el precinto de la tapa de la caja y levantó una de las solapas de cartón. Dentro, un arrugado papel marrón de embalaje cubría el contenido. Helen estaba perpleja. ¿Qué podría ser? Echó otro vistazo a la caja, pero no había nada, ni siquiera un sello que le pudiera dar alguna pista acerca del lugar desde donde había sido enviado. Levantó el papel marrón de dentro de la caja y descubrió un peluche barato, de esos que se podían ganar en una feria o en alguna de las salas de bingo del paseo marítimo. Era un peluche de un perro de dibujos animados, hecho con pelo marrón, no muy distinto al color de Suki. Y entonces vio la aguja que perforaba la barriga del muñeco. Parecía una pequeña aguja de punto que atravesaba el juguete. Soltó un grito ahogado y dejó caer el perro al suelo. Suki pensó inmediatamente que se trataba de un juego y saltó para atraparlo.

–¡No lo toques! –gritó Helen.

Cogió el peluche del perro antes de que Suki llegara, con el corazón desbocado y las rodillas temblorosas.

Mientras tanto, fuera del Seaview Hotel, una figura delgada con un abrigo negro y la capucha levantada pasó caminando lentamente por el lado del hotel, mirando hacia el bar.

Capítulo 12

Helen no durmió bien esa noche. Antes de irse a la cama, había comprobado dos veces los cerrojos de todas las puertas, y ello después de tomarse un *brandy* para calmar los nervios. ¿Acaso habría sido algún chiste de mal gusto? ¿Guardaría relación con Traveltime y su oferta de compra del Seaview Hotel? ¿Estaría Brian detrás de todo aquello?

Cuando se despertó a la mañana siguiente, lo primero que sintió fue el olor arremolinándose en su nariz, el inconfundible aroma del beicon y las salchichas que se cocinaban en la parrilla. Eso solo podía significar una cosa: Jean ya estaba trabajando. Se sintió segura al saber que había alguien más allí, aliviada de no estar sola después de los perturbadores sucesos del día anterior. Decidió apartar el maldito perro de juguete en un rincón de su mente, junto con Brian y Traveltime. Pero había un problema: los rincones de su mente empezaban a estar terriblemente llenos y ocupados. Se obligó a esbozar una sonrisa; no iba a permitir que aquello la derrotara, Tom no lo habría querido, y estaba decidida a afrontar el día con valentía. Hacía bastante tiempo que no se servía en el Seaview Hotel el famoso desayuno inglés completo de Jean.

–Volvemos a las andadas, Tom –susurró mientras salía de la cama y se ponía la bata.

Asomó la cabeza por la puerta de la cocina. Sin duda alguna, allí estaba Jean, vestida con su delantal de flores y su pelo rubio corto oculto bajo el gorro negro de chef. Tenía un cuchillo en la mano y estaba entretenida cortando una montaña de setas. Una fuente grande llena de huevos marrones estaba dispuesta sobre la encimera, lista para la sartén. Si alguien le pedía algo distinto, Jean podía de mala gana dedicarse a pocharlos o incluso a prepararlos revueltos, pero eso era todo cuanto estaba dispuesta a divergir de su norma. En el comedor, los huéspedes se podían servir ellos mismos zumo de fruta y cajitas de cereales con te o café como antesala a las salchichas, judías, beicon, huevos, tomates, setas, pan frito y *hash browns*. Y como concesión para aquellos que no comían carne, un concepto que costaba que Jean comprendiera: una caja de salchichas vegetarianas esperaba en la nevera, por si acaso. Después del desayuno caliente, si los huéspedes tenían más hambre, había pequeños tarros de cristal con mermelada de albaricoque o de fresa y porciones envueltas de mantequilla para untarlas sobre una tostada.

–Buenos días, Jean. Dichosos los ojos. Sienta bien volver a cierta

normalidad.

Jean se subió las gafas por el puente de la nariz y le echó un vistazo a Helen.

–Buenos días, querida. Madre mía, pareces cansada.

Helen se apretó las palmas contra la cara y se frotó los ojos.

–Ya ves, Jean. Dame media hora para ducharme y sacar a Suki. ¿Todo bien?

–Todo en orden, capitana. –Jean sonrió–. Sienta bien estar de vuelta.

–¿Cómo tiene tu madre las piernas? –preguntó Helen.

–Nada bien.

Jean suspiró. Ladeó la cabeza y volvió a cortar setas con un poco más de vigor que antes.

En el transcurso de la hora siguiente, los hombres empezaron a bajar las escaleras. Parecía que el día iba a estar despejado y el cielo lucía un azul pálido. Mientras Jean cocinaba, Sally y Helen se quedaron en la entrada del comedor, como unas guardianas ataviadas con sendos uniformes de flores con el logo del hotel –una ola curvada y un sol sonriente– bordado a la altura del pecho derecho. Algunos de los hombres cruzaron la calle para disfrutar de las vistas, que atraían a los huéspedes como un imán. Otros estaban sentados en el bar, revisando sus teléfonos y leyendo folletos de las próximas actividades en Scarborough: obras en el teatro Stephen Joseph o nuevas exposiciones en la galería Woodend y el museo Rotunda.

Jimmy fue el primero que entró en el comedor, como un general que guiaba a sus tropas.

–Buenos días, Helen.

Eso era lo que Tom habría querido, pensó Helen, su preciado Seaview Hotel en funcionamiento de nuevo. Mientras los hombres iban desfilando, cada uno ofreciendo un saludo educado, Helen se sintió más segura que nunca de haber tomado la decisión correcta. Jamás podría vender el Seaview Hotel, ni por todo el oro del mundo. ¿En qué diantres había estado pensando? Era cierto que el luto le hacía actuar a uno de una manera bien extraña.

Cuando todos los hombres se hubieron sentado, Helen le sonrió a Sally.

–¿Preparada? –le preguntó.

Sally le guiñó un ojo.

–¡Vamos a ello!

El desayuno pasó en un trajín de platos y tazas, teteras y pan frito, una petición aceptada de tostadas con judías, dos peticiones rechazadas de gachas de avena, y varias peticiones de té. La comida caliente de la cocina se enviaba al comedor mediante el montaplatos antes de llevarse hacia abajo los platos sucios. Helen y Sally

trabajaban eficientemente, en silencio, cumpliendo sin esfuerzo su papel. Pero faltaba alguien en el comedor. Solo once miembros de la banda estaban presentes.

–¿Va a bajar Brian? –le preguntó Helen a Jimmy cuando le colocó el plato delante.

Jimmy no parecía estar preocupado.

–Se querrá levantar tarde. Supongo que bajará después.

Mientras Helen cargaba el montaplatos con la vajilla sucia, Sally se acercó a ella. La mención a Brian le hizo recordar a Helen que le tenía que decir lo que el hombre le había pedido la noche anterior.

–No hace falta limpiar la habitación siete esta mañana. El cliente ha pedido que no lo molesten; dice que tiene su ropa de Elvis colgada y no quiere que nadie la toque.

–Muy bien –repuso Sally–. En cuanto se marchen, empezaré con las habitaciones.

–Gracias, cielo.

–¿Helen?

Ella se giró para mirar a Sally.

–Me alegro de estar de vuelta.

No era la primera vez aquella mañana que Helen se tuvo que reprimir las lágrimas.

Alan se acercó hacia donde las dos mujeres estaban hablando.

–Madre de Dios, este ha sido un majestuoso festín –expresó con su peculiar acento arrastrado–. Por favor, transmítanle mis felicitaciones a la cocinera.

Y, con eso, se encaminó hacia su habitación, dejando a Sally boquiabierta.

–Sí, habla como Elvis –susurró Helen–. Ya te acostumbrarás.

Con el desayuno terminado, el comedor se quedó vacío. Algunos de los hombres volvieron al bar, pero la mayoría subieron a sus habitaciones.

–Nos reuniremos en el vestíbulo a las diez –los informó Jimmy mientras se dispersaban.

–¿Vais todos a la convención hoy? –preguntó Helen.

–No, hasta la noche no. He pensado mostrarles Scarborough a los chicos, llevarlos de viaje con el trenecito de North Bay y tal vez subir al monte de South Bay con uno de los funiculares y bajar con otro. Hay mucho por ver. Algunos de ellos no han estado aquí nunca y no tenemos que estar en el *spa* hasta las seis. Nuestro concierto es a las ocho, pero quieren sacarnos algunas fotos publicitarias, a los doce, antes de subir al escenario. El alcalde va a venir para darnos la mano y hacerse una foto con nosotros para el *Scarborough Times*, y tenemos asignado un tiempo para encontrarnos con los fans. Deberías venir.

–¿Yo? –dijo Helen, sorprendida–. Pero no tengo entrada.

–A mí me sobran –repuso Jimmy. Se giró hacia Sally–: ¿Te gustaría venir también?

Sally miró a Jimmy y luego a Helen.

–Ay, no…, no puedo. Tengo que cuidar de mi niña pequeña. Está con mi madre mientras trabajo y no le puedo pedir que se quede con ella también esta noche. Además, la verdad es que no soy fan de Elvis.

Jimmy cogió una bocanada de aire exageradamente grande, se apretó las manos en el corazón y fingió tambalearse hacia atrás.

–¿Que no eres fan? ¡Me rompes el corazón! ¿Tú qué opinas, Helen? ¿Quieres un par de entradas gratis para ti y tu amiga?

Helen no podía recordar la última vez que había salido por la noche. Había sido mucho antes de que Tom cayera enfermo, de eso estaba segura. Así que, dado que todos sus huéspedes estarían fuera esa noche en el concierto, decidió aprovecharlo al máximo.

–Sí, iré. Gracias, Jimmy, te lo agradezco.

En la cocina, en el piso de abajo, Helen ayudó a Jean a limpiar platos y cuencos. Las noticias locales en la radio estaban informando sobre las novedades en torno a la amenaza de huelga de los basureros.

–¿Te gustaría salir conmigo para ver a los imitadores de Elvis esta noche, Jean? Me acaban de dar dos entradas. Podríamos pasarlo bomba…, ¿qué me dices?

Jean se sacó el delantal de flores por encima de la cabeza y lo dobló con cuidado.

–No puedo, cariño. Tengo que ir a visitar a mamá al geriátrico, y voy a estar hecha polvo el resto del día. Pero te lo agradezco. ¿No te puede acompañar alguna de tus amigas? Es una pena que se pierda esa entrada.

Helen sabía que no serviría de nada llamar a Sue, puesto que estaba fuera en el retiro de yoga, y un concierto en honor a Elvis definitivamente no era lo que más le gustaría a Marie. Decidió intentarlo con Bev, pensando que una noche fuera de casa podía ser justo lo que necesitaba su amiga, pero la llamada se fue directamente al buzón de voz. Helen le dejó un mensaje, pidiéndole que le devolviera la llamada, luego se unió a Sally en el piso de arriba para limpiar las habitaciones, cambiando toallas y haciendo las camas. Oyó unos ruidos que provenían de la habitación 7 y supuso que Brian ya se estaría levantado.

Cuando acabó todo, puso una tetera al fuego en la cocina y preparó café. Sally se sentó en una silla junto a la mesa.

–Bueno, esto es mejor que trabajar para Traveltime –dijo–. De verdad, me alegro mucho de haber vuelto.

–Tengo tu contrato preparado para que lo firmes –le indicó Helen, deslizando un sobre marrón por la mesa.

Sally sacó las hojas de papel de dentro del sobre y las leyó, entonces

levantó la vista hacia Helen.

–¿Me ofreces trabajo garantizado hasta el año que viene? Qué maravilla, Helen. Me dijiste que sería solo para la temporada de verano. ¿Qué ha cambiado?

–No voy a cerrar, Sal. Tengo que mantener este sitio a flote.

–¿Por Tom? –preguntó Sally.

Helen asintió.

–Por Tom, por mí y por mi gestora del banco. –Sonrió–. Escucha, estoy pensando en ir a por las cuatro estrellas para el hotel. Me he estado informando sobre ello, y tendría que redecorar y actualizar este sitio, incluso quizá instalar cámaras de seguridad en las puertas trasera y delantera.

Había estado dándole vueltas al tema de la seguridad más que nunca desde que había descubierto el tiesto roto en el patio. Además, también estaba el extraño que rondaba fuera del hotel, observando el bar, y encima el inquietante peluche de perro marrón atravesado por la aguja de hacer punto. Si quería enfrentarse al futuro con todas sus fuerzas, tenía que sentirse segura.

–Todavía no me puedo permitir hacer nada –continuó–, pero, si tenemos una buena temporada de verano, podría plantearme hacer algunos cambios antes de Navidad.

–Buena idea –convino Sally.

–Sally, ¿crees que el Seaview Hotel está un poco anticuado? –Helen hizo una mueca–. ¿Un poco ochentero?

–Bueno, yo no soy nadie para opinar, pero…

–Venga –la animó Helen amablemente.

–Bueno, si de verdad quieres que te sea sincera, entonces sí. Está limpio como una patena, de eso me encargo yo; pero lleva años con el mismo aspecto viejo y cansado.

–¿No estamos todas viejas y cansadas? –Helen suspiró y miró alrededor de la cocina–. Piensa que ir en busca de la cuarta estrella significará que tendré que obligar a Jean a ampliar la oferta del desayuno.

Sally soltó una carcajada.

–Buena suerte con eso.

Mientras iba pasando el día, el móvil de Helen seguía en silencio, sin ninguna llamada ni mensaje de Bev. Durante su paseo con Suki esa tarde, Helen tomó una decisión: se armaría de valor y se iría al *spa* ella sola. Tenía que haber una primera vez para salir y hacer cosas sin Tom, así que… ¿por qué no esa misma noche?

Se cambió la ropa por unos tejanos negros y zapatos de tacón –era la primera vez que vestía elegante desde hacía meses–, luego se fue al baño para empezar a peinarse. La visión del cepillo de dientes de Tom la detuvo en seco. Se quedó mirando el cepillo de plástico azul como

retándolo a una pelea, entonces lo cogió, volvió a la habitación y, antes de que pudiera cambiar de parecer, lo metió en el cajón donde Tom guardaba sus calcetines. Cerró el cajón con fuerza y se hundió en la cama, con el corazón desbocado. Primero había tirado sus zapatillas a la basura… y luego eso. ¿En qué estaba pensando? Qué cruel se sentía, eliminando a Tom cachito a cachito de su vida, cuando lo que más quería en el mundo –más que nada– era volver a estar con su marido.

Capítulo 13

Peinada y maquillada, Helen se quedó contemplándose en el espejo de la habitación. La mujer que le devolvía la mirada llevaba puestos unos tejanos negros con zapatos de tacón y una camisa de manga larga blanca decorada con ribete de volantes y estampada con nomeolvides. Se colocó la sedosa media melena marrón detrás de las orejas.

–Has perdido demasiado peso –le dijo a la mujer del espejo.

Apenas le sorprendía. Después de que ingresaran a Tom en el hospital, no había tenido tiempo de cocinar en casa, por lo que solía pedir comida para llevar: un sándwich de una de las tiendas de Eastborough o una caja de patatas fritas del restaurante más cercano de *fish and chips*. En Scarborough, siempre había alguno a mano. Y luego, después de la muerte de Tom y de haberse mudado a Escocia con su hermana, no era capaz de comer nada en absoluto; lo único que quería hacer era llorar. Pero lentamente, con el apoyo y el cariño incondicional de Tina, además de su fantástica comida casera, empezó a recobrar el apetito. También acostumbraba a salir a pasear a diario con Tina, y ayudaba en la granja, y todo el aire fresco y la quietud habían obrado milagros en ella. Pero todavía le faltaba un buen trecho para recuperar la talla que había tenido.

Cogió un cinturón y lo pasó por las trabillas de sus tejanos.

–Me estoy convirtiendo en ti, Suki, nada más que piernas enclenques y ojos grandes –le dijo a la perra, que estaba echada en el suelo–. Lo siguiente será castañetear los dientes si no voy con cuidado.

Se dirigió al bar y encendió el interruptor para poner en marcha la máquina de discos. Escogió una canción tranquila y conmovedora, y cantó la letra. Jimmy le había dicho que los Docelvis se reunirían allí vestidos con los trajes del espectáculo, preparados para partir en masa. Habían reservado unos taxis para recoger a todo el mundo a las 17:45 h para el corto trayecto hasta el *spa*, y habían invitado a Helen para que se uniera a ellos. Pero el concierto no empezaba hasta las 20:00 h, y no estaba segura de qué iba a hacer hasta entonces. No quería deambular por ahí pareciendo una fanática. Además, los Docelvis tenían que saludar al alcalde y reunirse con sus fans.

Sabía que había un bar en el *spa*, así que podía esperar allí mientras ellos estuvieran ocupados. O incluso quizá podía darse un paseo, puesto que la noche era agradable. La bahía de South Bay al lado del *spa* estaba tranquila, y pensó en bordearla hasta pasar el acantilado del funicular y las casetas de la playa donde había estado, en su día, la

piscina de agua salada exterior. Había aprendido a nadar allí cuando era niña, ataviada con sus brazaletes de color naranja chillón y un gorro de plástico rosa. Habían demolido la piscina hacía décadas y, en su lugar, quedaba un ancho espacio abierto desde el que se podía ver todo South Bay en una panorámica que quitaba el hipo. La zona era antigua, formada por calles estrechas atestadas de casitas de pescadores alrededor del puerto, al lado de alegres atracciones y restaurantes de *fish and chips* dispuestos a lo largo del paseo marítimo. Y, por encima de todo eso, se elevaba el magnificente castillo ubicado en lo alto del acantilado, con vistas a ambas bahías.

La canción de la máquina se acabó y Helen estaba a punto de escoger otra cuando oyó que varias puertas se cerraban en el piso superior, con el consiguiente ruido de pasos. Caminó hasta el vestíbulo y, mientras los hombres descendían, se quedó boquiabierta por la impresión. Nunca los había visto vestidos como Elvis.

–Tenéis un aspecto… –Se quedó callada, demasiado conmocionada como para hablar. Cada uno de ellos lucía una estampa absolutamente deslumbrante–. Estáis increíbles –dijo al fin.

Había un Elvis gordo, un Elvis delgado, un Elvis hawaiano, un Elvis de Las Vegas, un Elvis preso y un Elvis soldado con un uniforme de color caqui y una gorra con visera. Había un Elvis vestido con cuero negro, como en su famoso espectáculo de reaparición de 1968. Había patillas, cuellos altos, pelucas negras, zapatos de gamuza azul, bufandas de seda y camisas escarlata desabrochadas para mostrar pechos peludos y ombligos; había también pañuelos para el cuello, cinturones anchos, gafas descomunales, maquillaje abundante y lápiz de ojos oscuro. El problema era que, ocultos tras las pelucas, las gafas y Dios sabía qué más, Helen no podía distinguir quién era quién. Se sintió aliviada cuando uno de los Elvis, vestido con el icónico traje blanco, dio un paso adelante y empezó a hablar. En ese momento reconoció a Jimmy.

–Alineados para la inspección de uniforme. Ya sabéis cómo va la rutina –les dijo.

Helen observó mientras los hombres se posicionaban en un semicírculo en el bar. Jimmy pasó de una punta de la línea a la otra asegurándose de que cada miembro de los Docelvis fuera vestido apropiadamente.

–Todos presentes y correctos –proclamó. Entonces, se giró hacia Helen–: ¿Qué te parecen mis chicos? –preguntó orgulloso.

–Estáis todos increíbles. O sea, absolutamente fantásticos.

Y era verdad. Pero lo que se guardó para sí misma era que, a pesar de las pelucas y las ropas, los gruñidos, los labios torcidos y las piernas temblorosas, ninguno de ellos se parecía de verdad al Rey del Rock and Roll. Tenían el aspecto de un puñado de hombres vestidos

con unos impresionantes disfraces, listos para una buena noche de fiesta.

Fuera, un coche tocó el claxon.

–Los taxis están aquí –dijo el Elvis hawaiano.

Helen se hizo a un lado mientras los hombres desfilaban hacia la calle. El Elvis de Las Vegas fue el primero.

–¡Elvis ha abandonado el edificio! –gritó al salir del hotel.

Lo siguió un Elvis vestido con traje blanco.

–¡Elvis ha abandonado el edificio!

El Elvis de la reaparición de 1968 fue el siguiente.

–¡Elvis ha abandonado el…!

–Ya basta con eso, chicos –lo cortó Jimmy con voz severa–. Estoy seguro de que la señora Dexter no quiere oírlo más.

–Ah, pero sí quiero. –Helen se rio–. ¡Es lo mejor que ha ocurrido en el Seaview Hotel en años!

Dos Elvis enfundados en sendos trajes blancos iguales, con una banda de color verde esmeralda brillante que les bajaba por el pantalón, salieron juntos, uno con el brazo por encima de los hombros del otro.

–¡Elvis ha abandonado el edificio! –gritaron Bob y Sam.

Un Elvis de mayor edad y más voluminoso caminó desde el bar hasta el vestíbulo. Llevaba puestos unos pantalones blancos y una chaqueta de satén azul con puños elásticos. Tenía una bufanda azul de satén alrededor del cuello. Cuando sus ojos se clavaron en los de Helen, ella respiró el aroma empalagoso, y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Era Brian. Se dio cuenta de que fue el único de los doce hombres que salió del hotel en silencio.

Los primeros tres taxis se llenaron y partieron. Eso dejó a Helen aguardando el último coche fuera del Seaview Hotel, junto con Jimmy y Brian. Mientras esperaban, un Porsche negro llegó lentamente. Helen reconoció al conductor como el hombre de Traveltime con el que había estado discutiendo Brian fuera del Glendale. Justo entonces, Brian se agarró la tripa y se inclinó hacia delante.

–Jimmy, creo que he comido algo durante el almuerzo que está discutiendo con mi estómago. Tengo que ir al baño.

–Espabila –lo azuzó Jimmy, señalando la carretera–. El taxi ya viene. Te esperamos.

–No, es mejor que vayáis sin mí. Os seguiré lo antes posible. Cogeré otro taxi.

–No me voy a ir sin ti.

Brian se sacó las llaves del bolsillo.

–Jimmy, por favor. De verdad que no me encuentro demasiado bien.

Volvió a subir los escalones del hotel justo cuando el taxi se detuvo enfrente.

–Venga, vamos –arengó Jimmy; aguantó la puerta trasera abierta para Helen y se sentó en el asiento del copiloto.

–¿Dirección a la convención del *spa*? –preguntó el conductor.

–Lo más rápido que pueda, amigo –dijo Jimmy nervioso, consciente del tiempo.

En la parte trasera del taxi, Helen se giró hacia el Seaview Hotel. Brian seguía en el umbral, lo que le pareció raro después de que les hubiera dicho que tenía una necesidad imperiosa de ir al baño. ¿Por qué estaba allí quieto? Entonces vio como bajaba de nuevo los escalones hacia la calle. El Porsche se detuvo al lado del bordillo y él desapareció dentro. No era de su incumbencia lo que hicieran sus huéspedes, Helen era consciente de ello. Pero después de lo que había ocurrido antes sus sospechas no dejaban de aumentar.

–Jimmy…

–¿Qué pasa?

Señaló hacia el Porsche a través de la luna trasera mientras el taxi cogía velocidad.

–Acabo de ver a Brian subirse a ese coche.

–¿Estás segura de que era él?

–¿Cuántos Elvis hay en la calle a estas horas de la noche? Claro que era él.

–Dé la vuelta –ordenó Jimmy al conductor–. Siga a ese Porsche.

Pero, para cuando el taxi hubo dado un giro completo y se dirigió de nuevo al Seaview Hotel, ya no había ni rastro del coche.

–Espere aquí un momento –le pidió Jimmy.

Salió del coche de un salto y subió los escalones a toda prisa, abrió la puerta y desapareció dentro del hotel. Helen lo siguió y oyó como llamaba a Brian.

–No está aquí, ¿verdad? –dijo Jimmy cuando no obtuvo respuesta.

–Voy a buscar la llave maestra; podemos mirar en su habitación.

Mientras bajaba las escaleras, sintió que Jimmy le gritaba al taxista:

–¡Será algo más que un momento!

Con la llave maestra en la mano, Helen se dirigió directamente a la habitación 7, con Jimmy a la zaga. El hombre aporreó la puerta voceando el nombre de Brian, por si acaso estuviera dentro. Pero, como solo obtuvo silencio, le pidió a Helen que abriera. Ella giró la llave y luego se hizo a un lado para dejar que Jimmy entrara.

–¡No está aquí! –chilló–. ¿Adónde narices habrá ido? No puede haberse esfumado. Vamos, tenemos que llegar al *spa* lo antes posible. Tal vez haya aparecido por allí.

Helen cerró la habitación, se metió la llave en el bolso y se dirigió de nuevo hacia el taxi. Jimmy estuvo dándose golpecitos con la mano en la rodilla impacientemente todo el trayecto. En solo diez minutos, se detuvieron delante del gran edificio ornamentado victoriano. Lo

habían erigido alrededor de la fuente del balneario de Scarborough y, en su día, había sido muy majestuoso. Seguía siendo un edificio precioso, uno de los puntos de referencia de Scarborough, con una impresionante terraza exterior donde tocaba la orquesta del *spa*. En la actualidad se usaba como recinto para el entretenimiento familiar, y aquel fin de semana de marzo alojaba la convención de Elvis.

Jimmy pagó al conductor, y entonces ofreció el brazo a Helen mientras salía del coche. Ella no recordaba que nadie hubiera hecho eso por ella antes, ni siquiera Tom. Era un gesto encantador, anticuado, que apreciaba.

Los demás diez miembros de la banda los estaban esperando en el vestíbulo del *spa*. Jimmy se acercó a ellos dando zancadas, porque la ocasión así lo precisaba.

–¿Dónde está Brian? ¿Ha aparecido? ¿Alguien lo ha visto?

Las cabezas hicieron señales negativas. Nadie lo había visto desde que habían salido del hotel.

–¿Quién tiene un teléfono?

–Yo tengo el mío aquí, señor –dijo Alan.

–Llama a Brian. Descubre dónde está y dile que arrastre su culo gordo hasta aquí ya.

Helen se percató de que se intercambiaban miradas nerviosas.

–No responde –informó Alan.

–Inténtalo de nuevo –ordenó Jimmy.

–¿Adónde habrá ido? –preguntó el Elvis soldado–. ¿Quieres que vuelva al hotel para ver si puedo encontrarlo?

Jimmy miró su reloj.

–No tenemos tiempo. Esperemos que aparezca antes de que empiece el espectáculo. Alan, sigue llamándolo.

–Jimmy, ¿puedo hablar contigo un momento, en privado? –preguntó Helen.

El hombre tenía el rostro sofocado y estaba nervioso y sudoroso. Helen lo agarró del brazo y discretamente lo condujo lejos del vestíbulo hasta un lugar apartado detrás de la gran escalinata.

–Mira, no quiero preocuparte, pero…

–¿Qué ocurre? –preguntó Jimmy alterado.

–Es sobre Brian. Hay algo que creo que deberías saber.

Capítulo 14

Helen estaba a punto de contarle a Jimmy lo del hombre del Porsche negro y la conexión de Brian con Traveltime, pero, antes de que tuviera la oportunidad de pronunciar palabra alguna, Alan se acercó a ellos corriendo.

–Siento mucho interrumpiros a ti y a la señorita, Jimmy, pero el mismísimo alcalde nos está esperando.

–Voy enseguida –dijo Jimmy. Irguió la espalda, luego sacudió hacia delante los hombros y los brazos, sacando los puños de la camisa y haciendo que el cuello se mantuviera levantado–. Me tengo que ir –se disculpó con Helen–. Con suerte, Brian aparecerá pronto.

–Yo también lo espero –afirmó Helen, sonando más confiada de lo que en realidad estaba.

Se quedó mirando mientras los Docelvis se dirigían hacia una habitación acordonada por una cuerda roja colgada entre dos postes de latón. Un hombre robusto y calvo desató un extremo de la gruesa cuerda para dejar que los hombres entraran. Helen echó un vistazo a su reloj. Disponía de casi dos horas antes de que empezara el concierto. Desde el vestíbulo podía ver el café-bar Farrer, que estaba abierto para tomar algo antes del espectáculo. Tenía un aspecto tentador, con sus luces parpadeantes y las ventanas que daban al mar; pero estaba vacío, y a Helen no le apetecía demasiado ser la única clienta. Ya le estaba costando mucho salir por primera vez desde la muerte de Tom, y no se sentía tan valiente como para sentarse sola en un bar. Deseaba que Bev le hubiese devuelto la llamada. Podrían haber ido juntas al bar, compartir una botella de vino y aprovechar el tiempo para mantener una conversación entretenida. Pero Bev no la había llamado ni enviado ningún mensaje, así que Helen estaba allí más sola que la una.

Salió y sorteó la terraza para dar una vuelta por el paseo marítimo. La noche refrescaba después de un día tan cálido, y se arrebujó en la chaqueta mientras observaba la bahía de South Bay, que titilaba con el alumbrado mientras la oscuridad caía. Los salones recreativos del paseo marítimo centelleaban con sus luces rojas y verdes al lado de carteles de neón en los que se publicitaban bingos y tragaperras. Detrás de ellos, en lo alto del acantilado, las luces de las cafeterías y los bares brillaban como purpurina esparcida junto a las del centro del pueblo y el puerto. Y, presidiéndolo todo, se alzaba el castillo de Scarborough, una construcción sólida y formidable, iluminada por focos desde el acantilado.

Pasó por el lado de la taquilla del funicular que hacía el recorrido hacia arriba y abajo del acantilado, entre el *spa* y el hotel Esplanade. Allí era donde se alojaban los visitantes más pudientes de Scarborough, así como en el lujoso Crown *spa*, un edificio adornado de color blanco que a Helen le recordaba a una tarta de bodas glaseada. La taquilla del funicular estaba cerrada, tal como esperaba a aquella hora de la noche, pero un cartel con letras coloridas aseguraba que era el funicular más antiguo del Reino Unido y que abriría al día siguiente por la mañana.

–Te echo de menos, Tom –susurró en el aire nocturno.

Pensó durante unos segundos en bajar a la playa, aprovechando que la marea estaba baja, pero rechazó la idea; los tacones altos que llevaba puestos no eran el calzado más adecuado para abrirse camino por la arena. Empezó a notar el frío con intensidad y decidió volver al *spa*. Quizá hubiera algún rincón tranquilo en el bar donde se pudiera sentar y pasar desapercibida.

Mientras desandaba el camino, comprobó que el lugar se iba animando con gente que llegaba para el espectáculo. Algunos se dirigían hacia el bar y otros iban directamente a sus asientos dentro del salón de conciertos. Helen sentía que todavía era demasiado pronto como para ir a buscar su butaca; iba a tener que envalentonarse y entrar en el bar. Cuando cruzó la puerta, vio a una mujer con el pelo plateado corto regañando a una chica joven, y las reconoció como las huéspedes de Miriam. Se preguntó si aquella familia dejaría de discutir en algún momento. Helen tuvo que esperar detrás de ellas en la cola para entrar en el bar y no le quedó más remedio que pegar la oreja.

–No quiero entrar, mamá –se quejó Daisy furiosa.

–Harás lo que te digan, jovencita –replicó su madre.

–Pero es música de vejestorios. ¿Sabes lo que dirían mis amigas si descubrieran que estoy aquí para ver un concierto de Elvis? ¿Elvis? ¿En serio? ¿A quién se le ocurrió llamarlo así? Es imposible que ese sea su nombre real.

–Ya sabes que tu padre es un fan de Elvis.

–Ah, no vaya a ser que el pobre se ponga triste, ¿verdad? –dijo Daisy sarcásticamente–. Y lo que quiero yo, a eso ni caso.

–Ya me puedes ir bajando el tonito –la avisó su madre.

Helen vio como Daisy se sacó el teléfono del bolsillo trasero y empezó a teclear, zanjando la discusión. La cola iba avanzando educadamente y en silencio. Delante de Helen, ya les tocaba el turno a las huéspedes de Miriam.

–Una pinta de Wold Top IPA para mi marido –pidió la mujer–. Un *gin-tonic* para mí. Y…, Daisy, ¿qué quieres beber?

–Un vodka triple con extra de vodka –contestó Daisy sin levantar la

vista del móvil.
Helen reprimió una sonrisa.
–Una Coca-Cola –le dijo su madre al camarero.
Cuando les hubieron servido las bebidas, Daisy cogió su refresco de la barra y la mujer hizo lo mismo con la cerveza ambarina y la copa de ginebra del tamaño de una pecera.
–Vamos, Daisy, hay una mesa libre al lado de la ventana. Papá no tardará mucho.
–¿Adónde ha ido? –preguntó Daisy.
La mujer le dedicó una mirada iracunda.
–A conseguirte el helado con el que has estado dando la lata todo el maldito día –respondió, apenas incapaz de contener la rabia–. Ahora ve hacia allí, coge la mesa y siéntate.
Se giró hacia Helen y negó con la cabeza.
–Señor, dame fuerzas. Adolescentes, ¿eh? ¿Quién los querría?
Un escalofrío recorrió la espalda de Helen. «Yo los tendría», pensó ella. Sus bebés tendrían ahora unos veinte años; tal vez incluso fuera abuela. Consiguió esbozar una sonrisa débil dirigida a la atormentada madre, antes de que el camarero le preguntara qué quería tomar, sacándola de su ensimismamiento.
Pidió una copa grande de vino blanco seco y se retiró hacia una mesa para dos. Se colocó de modo que pudiera contemplar el bar entero, entonces levantó la copa y murmuró «salud» entre dientes. Se preguntaba si Brian habría aparecido ya y deseaba con todas sus fuerzas que así fuera. Aunque su opinión sobre él no fuera demasiado buena –y debía admitir que después de cómo le había hablado era todavía peor–, no quería que Jimmy y los demás chicos se llevaran una decepción. Sorbió el vino lentamente, hojeando la guía turística de Scarborough que había cogido en el vestíbulo. Había anuncios a página completa del trenecito de North Bay y del parque acuático Alpamare en las afueras del pueblo. Entonces giró la página y se le heló la sangre.
Allí, delante de ella, había un anuncio a doble página de un nuevo alojamiento de Traveltime en el centro del pueblo. Mostraba el aspecto que, según un artista, tendría uno de esos preciosos hoteles victorianos con terraza por los que Scarborough era reconocido, una vez que Traveltime se hiciera con él. Las imágenes publicitarias eran impresionantes, eso tenía que admitirlo, con exuberantes árboles verdes y personas vestidas elegantemente paseándose por el hotel. Le pareció que Traveltime se había obcecado con comprar tantos edificios antiguos como pudiera para convertirlos en hoteles sin alma. Con razón estaban tan empecinados en hacerse con el Seaview Hotel, si querían añadir el Glendale a su cadena.
Giró la página y leyó sobre excursiones guiadas en bicicleta por el

bosque Dalby y sobre los pingüinos del acuario Sea Life Centre. Había un anuncio del precioso hotel Crown *spa*, que mostraba los distintos tipos de tratamientos de belleza que los huéspedes podían disfrutar en sus instalaciones ubicadas en un entorno de lujo, así como también anuncios de hostales más pequeños regentados por familias. Una idea le pasó por la mente, y se metió el folleto en el bolso. Bueno, si estaba pensando en conseguir las cuatro estrellas, tal vez había llegado la hora de valorar publicar anuncios en la guía que los turistas cogían en el *spa*.

Media hora antes de que comenzara el espectáculo, salió del bar y caminó hacia el salón de conciertos. Había un murmullo previo en el aire conforme se iba llenando la sala. Era un recinto anticuado, con cortinas de terciopelo rojo que ocultaban el escenario. Miró su entrada y se dirigió hacia la parte delantera, donde tenía el asiento en mitad de la fila C.

–Disculpe, gracias. Disculpe, gracias –fue diciendo mientras se abría paso a lo largo de la fila, haciendo que aquellos que ya estaban sentados tuvieran que recoger bolsas, abrigos, chuches y bebidas cuando se levantaban para dejarla pasar.

Cuando llegó a su asiento, se quitó la chaqueta, se sentó y se alisó la camisa. Justo cuando se estaba poniendo cómoda, una mujer en la fila de atrás le dio unos golpecitos en el hombro.

–Disculpe, creo que aquel hombre está intentando llamar su atención –le dijo.

Helen miró en la dirección en la que apuntaba la mujer y vio a Jimmy en el pasillo entre las butacas. Parecía preocupado, pensó, y le hacía señales para que se acercara. Cogió su bolso y la chaqueta, y se dirigió hacia él, haciendo que todo el mundo tuviera que levantarse de nuevo. ¿Qué diantres había ocurrido que le pudiera preocupar tanto?

–¿Qué pasa? ¿Ha llegado Brian? –le preguntó.

–No –susurró Jimmy, mirando nervioso alrededor–. No está aquí y tenemos que subir al escenario en poco menos de veinte minutos. Necesitamos a otro Elvis. No podemos salir ahí como los Oncelvis; seríamos el hazmerreír.

–Tiene que haber alguien que conozcáis que os pueda ayudar.

–Solo conocemos a una persona en Scarborough –dijo Jimmy.

Se la quedó mirando largo y tendido hasta que Helen le adivino la terrible idea.

–No –replicó rápidamente–. Ay, no. No, no, no.

–Sí, Helen, puedes hacerlo.

–No puedo.

Jimmy colocó las manos sobre sus hombros.

–Necesitamos a alguien en quien podamos confiar.

–¡Pero no sé cantar! –repuso con la voz aguda.

–No hace falta. Nosotros lo haremos por ti. Brian apenas tenía un solo, y yo lo cantaré en su lugar. Únicamente serás una corista. El público necesita ver a doce de nosotros, Helen, y te conoces todas las canciones. Por favor, estoy desesperado.

–¡Pero no me parezco en nada a Elvis! No estoy vestida; no tengo la ropa. ¡Ni siquiera soy un hombre!

Jimmy dejó caer las manos de sus hombros.

–Lo sé. Hay una mujer detrás del escenario que trabaja en vestuario; ella te ayudará a dar el pego.

–No, Jimmy. No puedo.

–Helen, por favor, te lo suplico. Es solo hasta que Brian se digne a aparecer. Puedes salir del escenario en cuanto llegue.

Todavía protestando, Helen sintió que Jimmy tiraba con amabilidad de su brazo, y entonces, sin explicarse cómo, sus piernas la estaban haciendo andar por el pasillo. Antes de darse cuenta, estaba en el lateral del teatro y cruzando una puerta cubierta por la cortina de terciopelo rojo, siguiendo una señal verde que indicaba el camino hacia la parte posterior de las bambalinas.

–Lo único que tienes que hacer es quedarte atrás; sigue a Colin. Baila como lo haga él. Si tienes dudas, agita los brazos y bamboléate de lado a lado, da algunas vueltas.

–¿Ya está? –dijo Helen y tragó saliva.

–Bueno, hay algo más…

Se puso tensa y lo fulminó con la mirada.

–¿El qué?

–Para nuestra última canción, tienes que llevar una falda de hojas con cáscaras de coco mientras bailas el hula a lo largo del escenario. Hace que el público enloquezca.

Helen notó que le cedían las rodillas.

–¿Cocos?

–Venga, Helen, por favor –le suplicó Jimmy.

Lo miró y le vio los ojos empañados de lágrimas. Sabía lo mucho que aquello significaba para él.

–¿De verdad soy tu única esperanza para salvar el espectáculo? –preguntó.

Él asintió.

–Créeme, no te lo pediría de no ser así.

Respiró hondo una y otra vez para armarse de valor.

–Está bien, lo haré. Madre mía, debo de haberme vuelto loca.

«Si al menos Tom pudiera verme», pensó. Sabía exactamente lo que le diría que tenía que hacer.

Le sonrió a Jimmy y gritó con toda la fuerza de sus pulmones: –¡Elvis está en el edificio!

Capítulo 15

Una mujer joven, vestida de negro de la cabeza a los pies, con unas espesas cejas negras y un cabello oscuro recogido de manera caótica sobre la cabeza, miró a Helen de arriba abajo.

–Soy Alison, la encargada de vestuario –le informó–. Supongo que tienes una treinta y ocho, ¿no?

–Recientemente he perdido un poco de peso –empezó a decir Helen–. Normalmente uso la talla…

Pero se detuvo repentinamente cuando una cinta métrica se enrolló alrededor de su cintura y la oprimió. Se quedó muda y con los brazos estirados mientras Alison le medía las caderas y el pecho.

–Ven conmigo –le ordenó Alison–. No tenemos mucho tiempo. Me han avisado de esto en el último minuto.

–A ti y a mí –dijo Helen.

Siguió a Alison a lo largo de pasillos oscuros que giraban.

–Aquí –señaló Alison, abriendo una puerta que conducía a una pequeña habitación llena de estantes desde el suelo hasta al techo.

En la habitación hacía calor, olía a sudor y, en el centro, había un perchero lleno de ropa. Helen vio sobre los estantes cabezas de maniquí que lucían pelucas de Marilyn Monroe, de Elvis, de Bowie, así como llamativas gafas de Elton John. Alison sacó una peluca negra de uno de los estantes y, para el pavor de Helen, dos cáscaras de coco, una falda de hojas y una guirnalda hawaiana hecha de flores. Luego rebuscó por el perchero y le pasó una chaqueta de nailon roja y unos pantalones blancos.

–Esto es lo que llevarás puesto la mayor parte del espectáculo. Deberían irte bien. La canción hawaiana es al final de la segunda parte. Con un poco de suerte, el Elvis que falta ya habrá aparecido por entonces y no necesitarás la falda de hojas y el sostén. Normalmente, lo hace como una escena cómica.

–¿Has visto a los Docelvis actuar antes? –preguntó Helen.

–Solo por internet. Venga, tienes que cambiarte ya –la urgió Alison–. Deben subir al escenario dentro de quince minutos. Vamos a tener que apañarnos con lo que tenemos.

–¿Dónde está el probador? –preguntó Helen.

–Estás en él. Venga, desvístete. Te ayudaré a equiparte.

–¡¿Tengo que cambiarme aquí?! –exclamó Helen.

Echó un vistazo alrededor de la habitación diminuta.

–Esperaré fuera –le dijo Alison–. Avísame cuando te hayas puesto la ropa, y entonces te colocaré la peluca.

Helen se enfundó rápidamente aquel traje, al que le sobraban dos palmos teniendo en cuenta su delgada figura, y entonces abrió la puerta.

–¿Qué opinas? –preguntó.

–Opino que tengo cinco minutos para hacer que te veas lo más parecida posible a Elvis. Estate quieta mientras te arreglo, y luego te llevaré al escenario.

Alison trabajó con rapidez, en cuclillas, para cogerle el dobladillo con alfileres a aquellos pantalones tan largos.

–¿Cómo has acabado en esta situación? –quiso saber.

–No tengo ni idea –respondió Helen–. Lo único que sé es que me da pavor salir al escenario.

–No tengas miedo. Bebe un poco de esto.

Helen bajó la vista. En su mano libre, Alison sujetaba un vaso de plástico que contenía un líquido oscuro de aspecto familiar.

–¿Es vino tinto? –se sorprendió–. ¿De dónde ha salido?

–Como encargada de vestuario, he aprendido a gestionar mis propios recursos. Siempre tengo una o dos botellas aquí. Te acelerará el motor. Solo ten cuidado de no manchar los pantalones.

Helen no estaba segura de si quería acelerar su motor, pero no le haría ningún daño empezar por poner en marcha los limpiaparabrisas. Le dio un buen trago al vino mientras Alison trabajaba a su alrededor, poniendo alfileres y remetiendo la ropa para que le quedara bien.

–Turno de la peluca –le dijo.

Justo en ese instante, una voz incorpórea reverberó por la estrecha habitación desde un altavoz en lo alto de la pared.

–Diez minutos para empezar. Diez minutos para empezar.

Helen se acabó el vino de un trago, y Alison hizo su magia con la peluca, fijándola con cinta adhesiva.

–No menees la cabeza con demasiada energía –le advirtió–. ¿Lista para subir al escenario?

–¿Qué hago con mi bolso y mi ropa?

–Déjalos aquí. Cerraré con llave; nadie los tocará.

–Gracias, Alison. Eres muy amable.

–Sígueme. Rápido –dijo Alison mientras caminaba a un ritmo parecido a una carrera por entre los pasillos oscuros.

Cuando llegaron a los bastidores, Alison entregó a Helen a otra mujer joven, igualmente vestida de negro de la cabeza a los pies, también con unas espesas cejas negras y un cabello oscuro recogido de manera caótica sobre la cabeza. Llevaba unos cascos con un micrófono colocado al lado de la boca y sujetaba un portapapeles.

–Ella es Amelia, la regidora. Se encargará de ti.

–Gracias –dijo Helen con un hilo de voz.

–Tienes un aspecto fabuloso –afirmó Amelia.

—¿De verdad?
—Cinco minutos para empezar. Cinco minutos para empezar —volvió a tronar la voz.
Helen cerró los ojos y se tomó un instante para hacer acopio de valor. Cuando los abrió, Jimmy y sus hombres estaban delante de ella.
—Estás fantástica, Helen —le dijo Jimmy—. Gracias por hacer esto por nosotros.
—¿Alguna novedad de Brian? —preguntó ella, con la esperanza de que tal vez hubiera aparecido y no tuviera que salir a escena.
—Lo he estado llamando, pero no responde —intervino Alan.
—¿Y su familia? ¿No puede ser que se haya ido a casa?
Helen se percató de que Jimmy y Colin se intercambiaron una mirada.
—Pues, mmm…, no hemos llamado a su esposa. No está bien. No queremos alarmarla por nada hasta que no sepamos realmente lo que está ocurriendo —le explicó Jimmy.
—Un minuto para apertura de telón. Un minuto para apertura de telón.
—Esa es nuestra señal. ¡Vamos! —los animó Jimmy—. Helen, quédate atrás y hazlo lo mejor que puedas, es lo único que te pedimos. No te imaginas lo agradecidos que te estamos todos por salvarnos el espectáculo.
—De verdad, es usted una dama maravillosa —añadió Alan.
Los once Elvis y Helen subieron al escenario, que todavía seguía oculto al público tras la cortina roja. Jimmy ocupó su lugar al frente; los demás se colocaron en filas detrás de él, con Helen justo al fondo. Podía oír al público detrás de la cortina, se podía imaginar su emoción mientras esperaban para ver a la banda actuar. Solo deseaba que no se decepcionaran demasiado si se daban cuenta de que ella iba con el pie contrario.
—¡Damas y caballeros! —sonó una voz por todo el auditorio—. Esta noche estamos encantados de traerles no a uno, ni dos, ni tres…
Helen podía oír al público uniéndose a aquella letanía que avanzaba hacia su *crescendo* final.
En la fila de delante, Alan giró la cabeza hacia ella.
—¿Todo bien ahí detrás, señorita?
—… ni cinco, ni seis, ni siquiera siete… —seguía reverberando la voz.
Helen levantó ambos pulgares como respuesta.
—… ni diez, ¡ni siquiera once Elvis!
En aquel punto, el público se estaba volviendo loco.
—Esta noche os traemos a… ¡Docelvis!
El público rugió, aplaudió, gritó, voceó y silbó. El telón empezó a subir lentamente, y el escenario se bañó de luz. Helen parpadeó. Había esperado ver cientos de caras mirándola, pero estaba

deslumbrada por el resplandor. Curiosamente, sin embargo, eso ayudó a que se calmara.

Jimmy le había dicho que los Docelvis siempre comenzaban con una canción a capela, y cuando esta inició, ella se dedicó a articular las palabras. Eso le dio la confianza para empezar a cantar y moverse igual que lo estaban haciendo Colin y Alan. Siguió cada uno de sus movimientos, imitando sus pasos. Y entonces el público se puso de pie, animando y aplaudiendo. Lo había logrado, había superado el primer número. Se permitió un instante para recuperar el aliento. Sin tener ni la más remota idea de qué canción sería la siguiente, mantuvo la vista fija en Colin y Alan, preparada para copiar lo que fuera que hicieran. En la parte delantera del escenario, Jimmy era un artista consumado y tenía al público en la palma de la mano.

–Damas y caballeros, permítanme, eh…, presentarles a la banda –dijo.

Uno a uno, los miembros de los Docelvis dieron un paso adelante para hacer una reverencia cuando Jimmy los nombraba. El corazón de Helen martilleaba con tanta fuerza que parecía que se le iba a salir del pecho.

–Y ahora, damas y caballeros, déjenme que les presente a un miembro especial de la banda. Esta noche, y por hoy solamente, demos una fuerte ovación a la mismísima Helen Dexter, de Scarborough, como… ¡Elvis!

Se inclinó en su sitio de la última fila, con un aplauso estridente de fondo. Y entonces llegó el momento de otra canción, un número más movido. La melodía empezó a sonar y la multitud se puso como loca.

Helen pasó la primera mitad del espectáculo cantando y bailando. Estaba demasiado nerviosa como para disfrutarlo, consciente de que su único papel era cumplir con el número de miembros y no decepcionar a los Docelvis. Cuando llegó el descanso, fue la primera en salir del escenario. Nada más estar entre bastidores, Alison apareció a su lado, remendando y doblando su ropa y recolocándole la peluca.

–¡Intentad contactar con Brian de nuevo! –gritó Jimmy tan pronto como hubo salido del escenario.

Alan sostuvo su teléfono en alto.

–Lo estoy llamando ahora, Jim, pero me temo que no hay respuesta.

–¿Quieres que suba al escenario otra vez para la segunda parte? –le preguntó Helen a Jimmy.

–Sí, por favor. Helen, escucha, antes me dijiste que tenías que contarme algo sobre Brian. ¿Qué era?

–Dejémoslo para después del espectáculo –le dijo Helen.

No quería alterar a Jimmy más de lo que ya estaba por la desaparición de Brian, especialmente cuando tenía que volver a salir

para actuar.

Después del intervalo, las luces del auditorio se apagaron y un silencio se adueñó del público. El telón subió al ritmo de un tambor. El público estalló y saltó de sus butacas. Estaban bailando, cantando y agitando los brazos en el aire. Helen empezó a relajarse, incluso comenzó a pasárselo bien. Cuando sonó la penúltima canción, la regidora Amelia le hizo señales desde los bastidores. Allí estaba: su pie para salir del escenario contoneándose, quitarse la camisa de seda y los pantalones, y ponerse la falda de hojas y los cocos.

–Quédate quieta y déjame que me encargue yo –le ordenó Alison mientras le quitaba la ropa a Helen y la ayudaba a cambiarse–. Jimmy me ha dado la instrucción de que lo único que tienes que hacer es cruzar el escenario de izquierda a derecha bailando el hula cuando empiece la canción, y luego hacerlo otra vez en dirección contraria al final. ¿Crees que podrás hacerlo?

Helen tragó saliva.

–Toma, bébete esto –le ofreció Alison.

Helen cogió el vaso de plástico lleno de vino tinto y le dio un trago bien largo.

–De verdad, tienes muchos recursos.

Y de nuevo se vio encima del escenario, pero en esta ocasión en la parte delantera junto a Jimmy. Extendió los brazos hacia un lado, luego hacia el otro, en su mejor intento de un baile hula, con su falda de hojas ondeando al ritmo de los bongós. Cuando salió del escenario, se quedó entre bambalinas hasta el final de la canción y entonces volvió a salir contoneándose. Los chicos hicieron su saludo final y luego abandonaron el escenario en fila, dejando al público gritando por más.

–Démosles un momento antes de hacer el bis –dijo Jimmy.

Amelia avanzó un paso, aferrando nerviosa su portapapeles.

–Me temo que no podéis volver a salir –les anunció.

–¿Por qué no? –inquirió Jimmy.

Dos hombres de gesto adusto se adelantaron. Uno era alto y de aspecto distinguido, con el pelo canoso; el otro era bajo, con el rostro redondo y regordete, y el cabello oscuro.

Helen desvió la mirada del uno al otro.

–¿Qué ocurre?

–¡Otra! ¡Otra! –chillaba el público.

El hombre alto se aclaró la garganta.

–Soy el detective Hutchinson y él es mi colega, el agente Hall.

–Buenas tardes a todos –los saludó Hall.

–Según la información que nos ha proporcionado la gerente del *spa*, a su banda le falta un imitador de Elvis que supuestamente tenía que actuar con ustedes esta noche –dijo Hutchinson.

–Correcto –convino Jimmy–. Se llama Brian McNally. ¿Qué ha hecho ahora?

–Me temo que esta noche se ha encontrado el cuerpo de un hombre vestido de Elvis. –Hutchinson abrió su cuaderno–. Llevaba puesta una chaqueta de nailon azul y pantalones blancos.

Helen soltó un jadeo.

–Sí, eso es lo que llevaba puesto Brian –añadió Jimmy–, además de sus zapatos de gamuza azul. Agente, solo para aclararlo, cuando dice que han encontrado un cuerpo, ¿quiere decir…?

–Sí, señor. Se ha encontrado un hombre muerto flotando en el lago de Peasholm Park. Creemos que es el Elvis que les falta.

Capítulo 16

El público seguía ovacionando y gritando por un bis mientras la noticia demoledora calaba entre las bambalinas. Amelia musitó algo en el micrófono que tenía al lado de la boca, y al cabo de unos segundos una voz retumbó por el auditorio: –Damas y caballeros, ¡los Docelvis han abandonado el edificio!

Detrás de la cortina de terciopelo rojo, el público emitió un rugido tremendo y las luces de sala se volvieron a encender.

–¿Cómo ha muerto? –preguntó Colin–. Quiero decir, si es que es Brian.

Los hombres dispararon más preguntas:

–¿Cayó en el lago?

–¿Ha sido un suicidio?

–¿Quién lo ha encontrado?

–¿Cuándo ha sido?

Hutchison sostuvo las manos en alto pidiéndoles silencio.

–No podemos dar más detalles hasta que sepamos realmente quién es, lo que significa que necesitamos que alguien identifique el cuerpo.

Helen observó como los hombres se movían incómodos y se intercambiaban miradas nerviosas.

–Yo lo haré –se ofreció Jimmy.

–¿Y cuál es su nombre?

–James Brown.

Hutchinson intentó reprimir una sonrisa, pero sin éxito.

–Elvis Presley me está diciendo que su nombre real es James Brown. Ahora ya sí que lo he oído todo.

Helen dio un paso adelante y se cruzó de brazos.

–Es muy probable que estos hombres hayan perdido a un buen amigo esta noche. Lo mínimo que puede hacer es mostrar un poco de respeto –dijo con brusquedad.

Hutchinson la fulminó con la mirada, y Helen notó que le subía el rubor por el cuello.

–Muy bien, señor Brown. Vaya con mi compañero.

–Por aquí, señor –dijo el detective bajo.

Helen se quedó mirando mientras Jimmy se alejaba con él.

–El resto tendrá que venir a comisaría conmigo –informó Hutchinson.

–¿Estamos arrestados? –preguntó Sam

–Claro que no.

–Entonces, no hace falta que le diga que no tenemos que ir a

comisaría. Estamos todos muy afectados y le agradeceríamos enormemente el poder volver a nuestro hotel. Si tiene que tomarnos declaración como testigos, tal vez pueda hablar con nosotros allí.

Hutchinson lo miró con mala cara.

–Parece saber mucho sobre leyes, muchacho.

–Más me vale. Soy abogado –repuso Sam fríamente.

Hutchinson asintió lentamente, asimilando la información.

–¿Dónde se hospedan?

–En el Seaview Hotel, un lugar maravilloso –contestó Alan.

Hutchinson se lo quedó mirando durante un buen rato.

–¿Se está burlando de mí, hablándome de esa manera?

–No, señor –dijo Alan, bajando la vista.

–Es mi hermano Alan, y así es como habla –intervino Stuart–. No tiene intención de ser irrespetuoso.

Hutchinson desvió de Alan su acerada mirada.

–¿Así que todos se hospedan en el Seaview Hotel? ¿Es el que está en Windsor Terrace?

Helen se adelantó.

–Sí, es ese. Es mi hotel. Estos hombres son mis huéspedes.

La mirada de Hutchinson bajó hacia los cocos de Helen y carraspeó.

–Señorita…, tal vez quiera cubrirse con algo antes de salir.

–Mi ropa está en el vestuario –dijo rápidamente–. Iré a cambiarme.

Fue en busca de Alison y la encontró detrás del escenario.

–¡Gracias a Dios! –exclamó entre jadeos–. Necesito mi ropa lo antes posible.

–Acabo de oír lo que ha ocurrido –comentó Alison–. No me lo puedo creer.

Helen la siguió hasta la habitación en la que apenas unas horas antes se había cambiado los tejanos y la camisa.

–Esperaré fuera y cerraré con llave cuando hayas acabado –dijo Alison–. Y si necesitas algo para aliviar el susto, hay una botella de tinto detrás de la peluca de Tina Turner.

Cuando Helen acabó, siguió a Alison de vuelta al auditorio, donde los otros diez integrantes de los Docelvis esperaban sentados. Hutchinson estaba de pie delante de ellos.

–¿Todo listo, señorita? –le preguntó cuando Helen se acercó a ellos.

–Soy señora –lo corrigió Helen–. Señora Dexter.

–Como prefiera –respondió tajante–. Síganme, por favor.

Helen y los Elvis hicieron lo que les pidió, todos demasiado aturdidos como para hablar. Helen se sentía mareada. Si el fallecido resultaba ser Brian, sabía que tendría que contarle a la Policía lo de la discusión con el hombre de Traveltime y la oferta para comprar su hotel. Se preguntaba si Brian habría estado metido en problemas antes, puesto que Jimmy había dado por hecho que lo habían

arrestado. «¿Qué ha hecho ahora?», les había preguntado a los detectives.

Una furgoneta de la Policía los esperaba fuera del *spa*. Hutchinson abrió la puerta trasera.

–Todo el mundo dentro –ordenó–. Usted no, señora Dexter. Puede sentarse delante. Le será más cómodo.

Uno a uno los hombres subieron al vehículo. Kev, que era de tamaño generoso, necesitó ayuda, al igual que Gran Al, el hombre más bajito del grupo. No había asientos en el interior.

–No nos queda otra, chicos, vamos a tener que acomodarnos en el suelo –dijo Sam.

Cuando todo el mundo estuvo sentado, la furgoneta cobró vida con un rugido.

–¿No pondrá las luces azules y la sirena, verdad? –preguntó Davey.

–Espero que no –respondió Bob.

En la parte delantera, Helen no despegaba los ojos de la carretera.

–¿Lleva mucho tiempo cantando con la banda de los Elvis, señora Dexter? –le preguntó Hutchinson mientras conducía.

–No. Solo lo he hecho esta noche como un favor.

–¿Cuánto hace que los conoce?

–Desde ayer.

–¿Alguno de ellos le pareció extraño?

Helen se lo quedó mirando.

–Hay diez hombres vestidos como Elvis sentados en la parte trasera de la furgoneta. La mayoría de ellos se ganan la vida fingiendo ser el Rey del Rock and Roll, y uno de ellos incluso habla como Elvis. No sé qué opinará usted, detective Hutchinson, pero todo ello es ya de por sí muy extraño.

–No hay ninguna necesidad de emplear ese tono enojado, señora Dexter –respondió él con un tono que ella habría catalogado justo de eso, de enojado.

Hutchinson condujo el resto del camino en silencio antes de detener el vehículo enfrente del Seaview Hotel.

–Todo el mundo fuera –ordenó, abriendo la puerta.

Les llevó un rato a los Elvis salir de la furgoneta con sus capas y pelucas. Helen metió la llave en la cerradura de la puerta del Seaview Hotel, y fueron desfilando hacia dentro del hotel.

–Vamos a subir a nuestras habitaciones para quitarnos la ropa del espectáculo –le dijo Sam a Hutchinson–. Nos encontraremos con usted en el bar dentro de unos pocos minutos y podrá hacernos las preguntas que quiera. Eso siempre y cuando el hombre muerto sea de verdad miembro de nuestra banda.

Mientras los hombres subían las escaleras, Hutchinson se acomodó en una de las sillas. Helen encendió las luces del bar.

–¿Le gustaría beber algo? –le ofreció ella.

–No debería, estoy de servicio.

Ella presionó un vaso contra el dispensador de *brandy*.

–Disculpe si yo me tomo una copa. Ha sido una noche infernal.

Hutchinson paseó la mirada alrededor del bar.

–Es un lugar muy bonito. Me recuerda a algo.

–¿A los ochenta? –masculló Helen entre dientes.

Se acabó el *brandy* de un trago, luego apoyó ambas manos en la barra mientras esperaba a que el calor del alcohol le subiera por la garganta.

–¿El Elvis desaparecido compartía habitación con alguien? –preguntó el detective.

–No, tenía su propia habitación doble al final de las escaleras, la número siete.

–Manténgala cerrada –le pidió–. Por si acaso el fallecido resultara ser su huésped. Los forenses tendrán que inspeccionarla y llevarse sus pertenencias como pruebas.

–¿Los forenses? ¿Pruebas? –se escandalizó Helen.

–La escena del crimen es Peasholm Park, pero tendremos que examinar dónde estuvo antes de su muerte. Sus pertenencias podrían ofrecernos pistas cruciales.

Lentamente los hombres empezaron a bajar por las escaleras. Sus capas y pantalones de Elvis, hebillas y cinturones habían sido reemplazados por tejanos y camisas.

–¿Va todo bien, señorita? –le preguntó Alan a Helen cuando entró en el bar.

–Eso creo, aunque ningún doctor me daría «Elvis-to» bueno. Disculpa el juego de palabras.

–Estamos todos muy apenados, señora Dexter.

–¿Te gustaría una copa, Alan? Invita la casa. Lo que queráis, chicos, solo tenéis que pedirlo.

–Vaya, muchas gracias. Un poco de *whisky* podría ayudarnos, maldita sea.

Helen se entretuvo sirviéndoles bebidas fuertes a los hombres. Casi habían pasado dos horas cuando el detective Hall y Jimmy llegaron al Seaview Hotel. Primero oyó el coche fuera y luego el sonido de la puerta abriéndose mientras los hombres entraban en el hotel; entonces vio que Jimmy tenía el rostro ceniciento. Helen no esperó a que se lo pidiera: sirvió un *whisky* doble y lo deslizó por la barra. Jimmy se lo acabó de un solo trago. Tenía clavadas en él todas las miradas. Levantó la vista y, con un leve asentimiento, confirmó los peores temores de todos.

–¡No! –gritó Colin.

El silencio se extendió durante unos segundos.

Sam se giró hacia el detective Hutchinson.

–¿Dijo que lo encontraron flotando en el lago del parque?

–Eso es, señor.

–Entonces, ¿cómo murió? ¿Cayó al agua? ¿Qué ocurrió?

Los detectives se intercambiaron una mirada. Hutchinson tosió nerviosamente.

–Lo encontraron flotando bocabajo. Lo habían estrangulado con su bufanda.

–¿Todavía llevaba puesto su traje de Elvis? –preguntó Colin.

–Sí, todavía estaba vestido de Elvis –confirmó Hutchinson.

–No del todo –intervino Jimmy con voz sombría–. Le faltaban los zapatos de gamuza azul.

Capítulo 17

–¿Van a dragar el lago para ver si…? –empezó a decir Sam.

Hutchinson suspiró con impaciencia. –Sí, vamos a dragar el lago. Es lo primero que haremos por la mañana. Esperamos encontrar los zapatos y, con suerte, algunas pruebas que ayuden a explicar lo ocurrido.

–A veces paseo a mi perra por el parque de noche –intervino Helen–. Suele haber otras personas con perros. ¿Nadie vio nada?

–Al parecer, no –contestó el agente Hall–. La mayoría de la gente de Scarborough estaba en el concierto de Elvis. Era un evento muy esperado en el pueblo desde hace meses. El parque, como cualquier otro lugar del pueblo esta noche, estaba desierto.

Mandarina se acercó a Jimmy y le puso una mano en el hombro.

–Alguien va a tener que llamar a la mujer de Brian.

–La Policía ya ha llamado a su hija para darle la noticia a la familia –dijo Jimmy.

–Debería llamar yo también a su hija –se ofreció Mandarina.

–Buena idea.

Mandarina se dirigió al comedor y cerró la puerta para hacer su llamada en privado. Unos momentos después volvió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

–Ha sido la peor llamada telefónica de toda mi vida.

Helen sirvió otro *whisky* y deslizó el vaso en su dirección.

–¿Qué tiene que preguntarnos? –se dirigió Sam a los detectives.

–Tomaré declaraciones individuales. Aunque crean que no saben nada de lo que ha pasado esta noche, nos sería útil que nos contaran un poco sobre el fallecido, sobre el tipo de hombre que era.

–Dejen de llamarlo el «hombre», el «fallecido». Su nombre era Brian –soltó Gran Al con la voz cargada de congoja.

–Brian, mmm…, sí –se corrigió Hutchinson–. Tenemos que averiguar qué sabían de él, cuándo lo vieron por última vez, qué opinión les merecía, qué dijo, si tenía algún enemigo, ese tipo de cosas.

Gran Al negó con la cabeza.

–¿Enemigos? ¿Brian? No, se equivoca de hombre. Era de los que no le harían daño ni a una mosca.

Helen se preguntó si los Docelvis conocían de verdad cómo era su colega.

Hutchinson se levantó del asiento.

–Me instalaré en el comedor, al otro lado del pasillo, si le parece bien, señora Dexter.

–Ningún problema. ¿Quiere que le lleve un café?

–Sí, por favor –respondió–. Agente Hall, quédate aquí y envíamelos para declarar uno a uno.

Helen tragó con dificultad.

–¿Me tomarán declaración a mí también?

–Sí –confirmó Hutchinson.

Helen se tomó otro trago de *brandy*.

–Entonces me gustaría ser la primera –intentó que la voz no le temblara–, porque…

Notó que le cedían las piernas y tuvo que sujetarse a la barra.

–¿Porque ha bebido demasiado? –dijo Hutchinson en un intento desafortunado de chiste.

Nadie se rio; todos estaban mirando a Helen.

–Porque sé algo sobre Brian, algo que nadie más de esta habitación sabe.

–¿Les vas a contar lo del Porsche negro? –preguntó Jimmy.

–Les voy a contar todo.

–Creo que será mejor que me acompañe al comedor, señora Dexter.

El agente Hutchinson eligió una mesa en el centro de la habitación, desde la cual podía ver todo el vestíbulo a través de los paneles de cristal de la puerta. Helen apartó los cubiertos que Sally había dispuesto con elegancia sobre la mesa para el desayuno del día siguiente.

–Muy bien, señora Dexter. Empecemos por el principio; puede contarme todo lo que sepa.

Al comenzar titubeó un poco; era la primera vez que le hablaba a alguien sobre la amenazante oferta de Brian para comprar su hotel. Pero una vez que hubo empezado, las palabras le salieron como un torrente. Hutchinson garabateaba algunas notas en su cuaderno mientras ella hablaba. Le contó lo de la extraña propuesta de los agentes inmobiliarios Benson, le habló de la oferta de dinero de Brian y de la cartera de piel azul, de cómo la había agarrado de la muñeca y también de la discusión de Brian con aquel hombre fuera del hotel Glendale, del que sospechaba que trabajaba para Traveltime. Entonces le explicó lo que había ocurrido unas horas antes, cuando Brian había fingido no encontrarse bien para evitar subirse al taxi que los tenía que llevar al *spa*.

–¿Y qué le parecía él como persona? ¿Actuaba como cualquier otro huésped? –preguntó Hutchinson.

Helen negó con la cabeza.

–Era lascivo.

–Las… ¿qué?

–Lascivo –repitió Helen.

Observó como el bolígrafo del agente Hutchinson garabateaba en el cuaderno, en un intento de deletrear la palabra antes de rendirse.

–¿A qué se refiere exactamente? –inquirió.

–Ya sabe, era un baboso. Algunos hombres lo son; te miran a los pechos en vez de a la cara cuando les hablas. Era uno de esos. Un asqueroso. Mi mejor amiga Marie vino de visita ayer y él pasó por su lado justo cuando ella entraba. Me dijo que le hizo lo mismo a ella. Incluso le dedicó un gesto obsceno con la lengua. Quiero decir, ¿qué tipo de pervertido hace eso?

–¿Le parecía un hombre atractivo?

–¿Qué tiene que ver eso con lo demás? –dijo Helen, levantando la voz.

–Entonces, ¿no correspondió a sus insinuaciones libidinosas?

Helen se echó hacia atrás en la silla, se cruzó de brazos y se quedó mirando al agente Hutchinson con ojos pétreos, dándole la respuesta.

–Pero hay algo más que debería contarle.

–Adelante.

–Creo que tuve un intruso en casa esta semana. Me levanté y descubrí que se había caído un tiesto pesado en mi patio. Y había una huella impresa en la tierra que se había esparcido por el suelo. Probablemente no tenga nada que ver con lo que ha ocurrido esta noche… Quiero decir, no puede ser, ¿verdad? Y entonces vi a alguien que observaba el bar desde la calle. Seguramente fuera solo un niño, pero, si tenemos en cuenta todo lo sucedido, y más lo de esta noche, la verdad es que tengo el alma en vilo.

–¿Hay algo más fuera de lo común que haya presenciado?

Asintió.

–Recibí un paquete con un juguete, un perro de peluche del mismo color que mi galga.

–¿Un perro de peluche? ¿Qué tiene que ver eso con un asesinato?

–Quizá nada, pero el perro tenía una aguja que lo atravesaba. Creo que me lo enviaron como advertencia de parte de quien sea que está detrás del Seaview Hotel. No había nada en la caja que delatara quién la había enviado: ningún sello, ninguna dirección, nada.

–¿Todavía la tiene? Me la llevaré conmigo para que la examine la Policía forense. Investigaremos al repartidor también y llamaremos a la inmobiliaria Benson para descubrir quién hizo la oferta para comprar su hotel.

Hutchinson garabateó más notas en el cuaderno y luego levantó la vista hacia Helen.

–Supongo que tiene cámaras de seguridad en las instalaciones, ¿no?

–No.

–Entonces, piense en colocarlas.

Alguien llamó a la puerta del comedor. Helen se giró y vio a Hall.

–Hutch, las forenses han llegado.

–Muy bien, gracias, colega. –Hutchinson miró a Helen–. ¿Les podría

mostrar en qué habitación se alojaba el fallecido?

–Por supuesto –contestó.

–¿Ha estado alguien más en la habitación, aparte del fallecido? ¿El personal de limpieza tal vez?

–No. Él me pidió expresamente que la limpiadora no entrara allí. Dijo que tenía preparada su ropa para el espectáculo y que no quería que nadie la tocara.

–Vaya, no me diga –musitó Hutchinson, tomando un apunte.

–Jimmy entró, solo durante unos segundos, cuando volvimos aquí en busca de Brian después de ver que se subía al Porsche. Pero no tocó nada, lo estuve mirando todo el rato que estuvo dentro.

–¿Puede recordar algún número o letra de la matrícula del Porsche?

–Lo siento, no.

–Pero ¿está segura de que era un Porsche?

–Oh, sí, bastante segura. Mi amiga Marie…

–¿La que vino de visita ayer?

–Sí. Tenía uno parecido, aunque el suyo era de un rojo brillante. Ahora conduce un descapotable rojo de los años sesenta.

El agente Hutchinson se tensó.

–Conozco ese coche. Es el único de su tipo en Scarborough. ¿Cuál es el apellido de su amiga?

–Clark. ¿Por qué?

–¿Tiene alguna relación con Daran Clark?

–Está casada con él. ¿Por qué pregunta sobre Marie?

–No es por ella –aclaró Hutchinson–. Es su marido el que nos interesa. Su nombre no para de sonar en comisaría, relacionado una y otra vez con algún tipo de asunto sospechoso.

–Bueno, yo no sé nada de eso –dijo Helen, aunque no estaba sorprendida por oírlo.

–Bien, creo que ya se puede marchar y guiar a las forenses hasta la habitación, señora Dexter. Cuando salga, pídale al agente Hall que me envíe a James Brown.

Helen hizo como le pidió y condujo a dos mujeres jóvenes hacia la habitación 7. Abrió la puerta de par en par y ellas le pidieron que se fuera. Bajó las escaleras y volvió al bar.

–¿Alguien quiere otra copa? A mí no me iría mal una.

Su ofrecimiento fue secundado por cada uno de los hombres que había en la habitación; incluso el agente Hall se tomó un vaso de naranjada y un paquete de frutos secos tostados. Cuando todo el mundo tuvo los vasos llenos, Helen se excusó y bajó a su apartamento. Como imaginaba, Suki la estaba esperando al lado de la puerta, castañeteando los dientes.

–Ay, mi amor, lo siento. Debes de querer salir, ¿verdad? Vamos, te sacaré a la hierba. No podemos dar un paseo, pero te lo compensaré

mañana por la mañana, te lo prometo.

Ató la correa de Suki a su collar y salió. El aire frío la golpeó con fuerza, y Helen respiró hondo.

–Esto es demasiado –susurró hacia la fría noche–. ¿Por qué tiene que ocurrir esto justo cuando empiezo a arrancar de nuevo?

Helen había vivido en Scarborough toda su vida y aquella era la primera vez que se había topado con la Policía. Estaba asustada. Un asesinato era algo que se suponía que se oiría en las noticias, se leería en los diarios o se vería en la televisión en algún drama del domingo por la noche. Cerró los ojos con fuerza. Quizá si los mantenía apretados el suficiente rato, al abrirlos descubriría que todo había sido un sueño.

Mientras Suki olisqueaba la hierba de la acera y estiraba las piernas, Helen le dio la espalda al mar, se apoyó contra la barandilla de metal azul y miró el Seaview Hotel. Una lámpara estaba encendida en la habitación donde el equipo de forenses estaba trabajando. Vio las luces tenues del bar. Y entonces la puerta se abrió y salió Jimmy. Lo observó mientras sacaba su teléfono del bolsillo. Vio como la luz le iluminaba el rostro y empezaba a hablar, y se preguntó con quién estaría manteniendo la conversación.

Tiró de la correa de Suki.

–Vamos, Suki, volvamos dentro.

Jimmy seguía de pie en los escalones, hablando por teléfono. Cuando Helen pasó por al lado, él apartó la cabeza, pero, aun así, pudo captar un fragmento de la conversación: –Está hecho. Todo va a salir bien.

Entonces bajó los escalones y se alejó del hotel con el móvil apretado contra la oreja.

Helen entró en el Seaview Hotel. En el pasillo, Gran Al estaba saliendo del comedor.

–El poli quiere volver a hablar con usted –le dijo a Helen.

–¿Te ha dicho el motivo?

Él negó con la cabeza.

Helen llevó a Suki hasta el comedor.

–Lo siento, le prometí traerle café y me he olvidado por completo. Tengo muchas cosas en la cabeza.

–No es café lo que quiero, señora Dexter. Por favor, siéntese.

Helen se sentó. La silla todavía estaba caliente del pequeño trasero de Gran Al. Suki se tumbó debajo de la mesa, demasiado cerca de las botas del agente Hutchinson para el gusto de Helen. Cuando vio que la perra se disponía a lamerle las botas, tiró de la correa. Lo último que necesitaba era que empezara a mordisquearlas.

–¿Qué ocurre? –preguntó.

–Cuando hablamos antes, me dijo que su amiga Marie vino a

visitarla y se cruzó con el señor McNally, el fallecido, cuando él salía del hotel. Me preguntaba si me podría dar algunos detalles más sobre el aspecto que tenía el fallecido cuando se marchó del Seaview Hotel.

–Oh –exclamó Helen con un jadeo y negando con la cabeza–. No. No salía de aquí. Salía de la puerta de al lado, del Vista del Mar.

–Pero se hospedaba aquí. ¿Por qué iba a salir de otro hotel?

Helen se desplomó en la silla.

–Lo había olvidado por completo. Con todo lo que ha ocurrido, de verdad que se me ha pasado.

–¿Qué es? Si sabe algo, ahora no es el momento de guardarse ningún tipo de información.

Helen respiró hondo y lo miró directamente a los ojos.

–Salía de la puerta de al lado después de tener una discusión con la mujer que regenta ese lugar.

–¿Y cómo lo sabe? ¿Se lo dijo ella?

Bajó la vista hacia la mesa.

–Los estaba escuchando a hurtadillas a través de la pared.

–¿Es algo que haga a menudo?

Se irguió en la silla.

–No. No lo había hecho nunca antes.

–¿Y entonces por qué lo hizo esta vez?

–Porque oí a la propietaria gritando y soltando palabrotas. Es algo que ella no hace nunca. Y estaba intrigada por saber qué ocurría.

–¿Y los oyó discutir?

–Cada palabra.

–Señora Dexter, sacarle información es lo más parecido a sacarle sangre a una piedra.

–¿Se cree que estoy orgullosa de escuchar a escondidas a mi vecina y a mi huésped?

–Limítese a contarme lo que oyó.

–Bueno, Miriam (que es el nombre de la propietaria) dijo algo sobre que él aparecía de la nada después de treinta y pico años, y claramente no estaba contenta de verlo. Se ve que habían estado casados.

El agente Hutchinson garabateó ávidamente en su cuaderno.

–Entonces discutieron durante, no sé, ¿diez minutos?, ¿media hora?

–Unos cinco minutos o así –apuntó Helen.

–¿Levantaron la voz?

Helen asintió.

–¿Estaba enfadada?

–Sí.

–¿Alguien más los oyó discutir?

–¿Cómo voy a saberlo?

–¿No había nadie más con usted?

–No, estaba sola.

–¿Y cómo acabó la discusión?

–Ella le soltó que no quería volverlo a ver nunca y luego añadió…

Se quedó callada mientras un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar las palabras de Miriam.

–Señora Dexter –dijo Hutchinson exasperado–, por favor, continúe.

Helen lo miró a los ojos.

–Dijo que ojalá estuviera muerto.

Capítulo 18

El agente Hutchinson cerró su cuaderno.

–Creo que voy a intercambiar algunas palabras con esa tal Miriam. ¿Cuál es su apellido?

–Jones, Miriam Jones.

–¿Y regenta el establecimiento de aquí al lado?

–Sí, lleva allí más tiempo de lo que hemos estado nosotros en el Seaview Hotel.

–¿Quiénes sois «nosotros»? –preguntó el agente.

Helen cerro los ojos y se tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Su luto era como el océano dentro de ella, siempre moviéndose, revolviéndose, con la marea subiendo y bajando; a veces tormentoso, rara vez calmado, pero siempre allí. Era una ola de oscuridad y dolor que la amenazaba con sobrepasarla cuando menos lo esperaba. Alargó la mano hacia la cabeza de Suki y la rascó entre las orejas para ayudarse a sí misma a calmar su corazón desbocado.

–Mi marido y yo dirigíamos este sitio juntos. Murió hace unos meses.

–Lo siento mucho –dijo Hutchinson.

Helen lo miró a los ojos.

–Gracias.

El agente se puso en pie y Suki se abalanzó a por sus botas, intentando sin éxito cerrar la mandíbula alrededor de los talones.

–¡Suki, mala! –la reprendió Helen.

Siguió al detective Hutchinson hasta el bar, donde aquel le pidió al agente Hall que continuara con los demás testimonios.

–Voy aquí al lado a hablar con la propietaria.

Helen echó un vistazo al reloj de detrás de la barra. Se acercaba la medianoche y sabía que era poco probable que su vecina estuviera todavía despierta. Miriam se acostaba pronto, con el pretexto de que necesitaba dormir para mantener su belleza. A Helen se le revolvió el estómago de los nervios. ¿Había hecho lo correcto contándole al detective lo que había oído? Se dijo a sí misma que no había tenido otra opción. Al fin y al cabo, se trataba de un asesinato, lo más grave de entre los asuntos policiales. ¿Pero habría proferido Miriam, en serio, su amenaza?

Helen se acomodó en una silla con Suki al lado. Oyó como Hutchinson llamaba a la puerta del Vista del Mar. Podía imaginarse a Miriam con los rulos y la bata, perpleja al encontrarse a un detective en su puerta, probablemente muerta de miedo. Y ya suponía lo que la

mujer pensaría de ella cuando el agente Hutchinson le revelara que la había escuchado a hurtadillas discutiendo con Brian. Perdida en sus pensamientos, Helen se percató de que alguien se había sentado a su lado.

–Parece rendida.

Helen esbozó una sonrisa débil.

–Cuando llamaste a la hija de Brian, ¿te dijo si se lo contaría a su madre esta noche?

Mandarina asintió lentamente.

–Pobre mujer –suspiró.

Se oyó un sonido en las escaleras, y Helen fue a ver qué sucedía. Las dos agentes de la Policía científica estaban bajando, ambas cargando grandes bolsas blancas. Una se dirigió directamente afuera y la otra se giró hacia ella.

–Hemos cogido todas las pertenencias del fallecido. Tiene la habitación disponible para hacer como desee, limpiar o lo que sea. Aquí ya hemos acabado. No la molestaremos más.

–Gracias –dijo Helen.

Estaba a punto de bajar hacia su apartamento para irse a dormir cuando Colin, Sam y Bob, que estaban sentados al lado de la ventana, se giraron y señalaron hacia fuera.

–¡Mirad, la está metiendo en la furgoneta! –gritó Colin entusiasmado.

–¿La está arrestando? –preguntó Bob.

–Se la llevarán para interrogarla –intervino Sam.

Todo el mundo se juntó en masa alrededor de la ventana para ver lo que estaba pasando. Cuando Helen descubrió lo que ocurría, no podía creer lo que veían sus ojos. En la calle, Hutchinson sujetaba la puerta trasera de la furgoneta de policía y Miriam, con el rostro pétreo, subía a ella. Le empezaron a palpitar las sienes. No sabía si podría aguantar toda aquella situación mucho más.

–Me retiro ya, chicos –les dijo–. Os veo en el desayuno.

–Buenas noches, Helen –respondieron al unísono los hombres.

Esperó fuera del comedor hasta que Davey salió de testificar, y entonces asomó la cabeza por la puerta.

–¿Me necesita para algo más?

El agente Hall sonrió al verla.

–No, creo que tengo todo lo que necesito. ¿Han acabado las forenses con la habitación?

–Se acaban de ir.

–Entonces puede retirarse, señora Dexter.

Helen cerró la puerta con cuidado y bajó las escaleras.

La mañana siguiente amaneció fría, húmeda y oscura. Helen se despertó con el aroma embriagador de las salchichas y el beicon que

se cocinaban en la parrilla, pero se le cayó el alma a los pies cuando pensó que tenía que darles a Jean y a Sally las trágicas noticias sobre su huésped. Se quedó tumbada, escuchando los ronquidos suaves de Suki.

–¿Qué está pasando, Tom?

Se suponía que los Docelvis se tenían que marchar después del desayuno, puesto que habían reservado solo dos noches. ¿De verdad podía encargarse de las tareas para preparar el Seaview Hotel una vez que se hubiesen ido, dejando listo el lugar para recibir a nuevos huéspedes, después de lo que le había ocurrido a Brian? Todavía le quedaban unas cuantas semanas de tiempo para respirar, ya que la llegada de los siguientes clientes no estaba prevista hasta el inicio de las vacaciones de Semana Santa. Le inquietaba que pudieran cancelar las reservas al enterarse de que habían asesinado a un hombre que se estaba hospedando en el Seaview Hotel; seguro que algunos lo harían. Pero la vida tenía que continuar, se dijo a sí misma. Era lo que Tom habría querido.

Se apremió a recordar los motivos por los que no había vendido y había apostado por seguir adelante, recordó lo que aquel lugar había significado para Tom, y se dijo, una vez más, que el Seaview Hotel era su vida. Apenas dos días antes se había estado preparando para recibir a sus primeros huéspedes y dirigir el sitio ella sola. Pero ahora, después de la muerte de Brian –no, peor aún, después de su asesinato–, ¿podía la vida en el Seaview Hotel volver a la normalidad de nuevo? El asesinato llegaría a las noticias. Ya podía visualizar los titulares, que girarían en torno a la muerte del Rey del Rock and Roll en la reina de los parajes costeros. Apretó los ojos con fuerza. ¿Mencionarían los diarios el Seaview Hotel? Tendría que lidiar con ello cuando llegara el momento. Y las noticias ya no solo estaban en los periódicos; se abrían paso en internet, con titulares sensacionalistas, cibercebos y un escaso interés en contrastar su veracidad.

Soltó un gruñido y tiró de un cojín hacia ella para rodearlo con los brazos. Notó que algo le golpeaba suavemente la espalda y supo inmediatamente lo que era. Se dio la vuelta.

–Buenos días, Suki –dijo mirándola a sus ojos grises vidriosos–. Cómo desearía ser tú en estos momentos. Solo me tendría que preocupar de si me sacan a pasear y me dan de comer. Bueno, te prometí un buen paseo esta mañana después de habernos saltado el de anoche, y eso es lo que vas a tener.

Se dio una ducha rápida, se vistió y se fue a la cocina. Jean estaba ocupada abriendo una lata de judías de tamaño industrial.

–Buenos días, Jean. ¿Cómo están las piernas de tu madre?

–No muy bien, Helen. He estado yendo y viniendo del geriátrico y

no he tenido ni un minuto para mí desde que me fui de aquí ayer. Nada más llegar a casa por la noche me fui directamente a la cama y me quedé frita al tocar la almohada.

–¿Te has enterado de lo que pasó anoche?

–¿Anoche? No. ¿Qué ocurre?

–¿No has oído las noticias ni las has visto en la televisión esta mañana?

–No suelo perder mucho el tiempo con las noticias. ¿Qué ha pasado?

–Tal vez quieras sentarte, Jean –propuso Helen.

–¿Tan malo es?

–Eso me temo.

Helen le contó a Jean lo del imitador de Elvis muerto que habían encontrado flotando en el lago de Peasholm Park.

Jean se quedó boquiabierta y luego se santiguó.

–Hostia puta.

Helen retiró una silla de la mesa de la cocina.

–¿Qué he hecho, Jean?

Jean la miró con suspicacia.

–No lo sé, cariño. ¿Qué has hecho?

–Este lugar. ¿En qué estaba pensando? Quería mantenerlo abierto y pensaba que podía hacerlo, ya sabes, pensaba que todo iría bien; pero ahora le ocurre una cosa tan horrible a uno de nuestros huéspedes y no sé si puedo con ello. No estoy segura de poder seguir adelante.

Jean se dirigió como una exhalación a su lado y le puso un brazo por encima de los hombros.

–Puedes seguir adelante y lo harás –dijo con amabilidad mientras Helen empezaba a llorar–. Vamos, cariño, no derramemos más lágrimas. Después de la muerte de mi Archie, creía que nunca sería capaz de dejar de llorar, pero lo hice, y tú lo harás también. No puedes permitir que esto te bloquee. Y no estás sola, así que ya te estás librando de esa absurda idea ahora mismo. Nos tienes a Sally y a mí. Pase lo que pase, somos un equipo nosotras tres.

A los pies de Helen, Suki gimoteó.

–Y también tienes a ese chucho patilargo. –Jean sonrió–. Vamos, cielo, tranquilízate.

Helen se secó las lágrimas.

–Gracias, Jean. Voy a salir para despejar la mente dando un paseo por la playa con Suki y, en cuanto vuelva, te ayudaré con el desayuno.

–No hace falta, tesoro. Lo tengo todo bajo control –le aseguró Jean.

Helen se puso en pie y la abrazó.

–No sé qué haría sin ti.

Mientras Helen bajaba los escalones del Seaview Hotel se subió la cremallera de su forro polar hasta el cuello. Hacía un día realmente aborrecible, con el típico tiempo de marzo, después del clima cálido y

suave que habían tenido el día anterior. Una mujer joven, a la que no había visto nunca antes, estaba caminando por Windsor Terrace hacia ella. Sostenía un paraguas negro enorme contra la lluvia que caía. Llevaba unos tejanos, zapatillas deportivas y una gabardina marrón con una bufanda negra enrollada en el cuello. Su larga melena castaña ondeaba alrededor de su cara por el viento. Cuando llegó al Seaview Hotel, se detuvo, bloqueándole el paso a Helen.

–¿Señora Dexter?

Helen levantó la vista, sobresaltada.

–¿Sí?

–Ah. ¿Es usted Helen Dexter? ¿La propietaria del Seaview?

Había algo en la manera en que hablaba aquella chica que le inquietaba a Helen.

–¿Quién es usted?

–Rosie Hyde, del *Scarborough Times*. Me gustaría hablar con usted un momento sobre el asesinato de Elvis anoche. Según mis fuentes, el fallecido se hospedaba en su hotel.

–¿Es periodista? –dijo Helen estupefacta–. No tengo nada que decirle.

–Señora Dexter, por favor. ¿Aunque sea una palabra? ¿Una frase? ¿No quiere contar su versión de la historia?

–No hay ninguna historia –le espetó Helen–. Lo que hay es un hombre muerto a quien su familia y amigos lloran. Ahora, por favor, muestre algo de respeto.

Pero la chica no estaba dispuesta a darse por vencida.

–Señora Dexter, ¿cuánto hace que regenta el Seaview Hotel?

–Déjeme en paz –contestó Helen.

Intentó apartarla de un empujón, pero el enorme paraguas le ponía difícil la maniobra.

–¿Mantendrá el hotel abierto, después de unas circunstancias tan trágicas y terribles?

–Quítese de en medio –le ordenó Helen.

Pero la chica no se movía. Era tenaz, eso debía reconocérselo. Justo cuando estaba pensando en volver al hotel y salir por la puerta trasera, oyó una voz detrás de ella: –La denunciaré por acoso si sigue actuando así.

Se giró y vio a Jimmy, que caminaba hacia ella.

–Jimmy, me las puedo apañar perfectamente yo sola –masculló Helen.

Jimmy alargó la mano e inclinó el paraguas de la chica, salpicándole la cara de lluvia. No fue un gesto amenazante, era casi cómico, pero hizo que la joven periodista se cabreara como una mona.

–¿Quién acosa a quién ahora? –replicó, secándose el agua de la cara.

–Salga de mi propiedad o la denunciaré a la Policía –le advirtió

Helen.

La periodista fulminó con la mirada a Jimmy, luego rebuscó en el bolso de piel negro que le colgaba del hombro. Sacó una pequeña tarjeta blanca y se la ofreció a Helen.

–Si cambia de opinión y quiere hablar, aquí tiene mi número.

Helen cogió la tarjeta, la rasgó en dos y la devolvió a la mano de la chica.

–Se pueden ir usted y su maldito número a tomar por saco. No tengo nada que decirle.

Capítulo 19

La periodista se fue hecha una furia.

–Gracias, Jimmy, pero de verdad que podía encargarme yo sola. –Lo siento. Supongo que me he metido sin pensarlo. No he dormido nada esta noche. La muerte de Brian nos ha trastornado a todos; ninguno de nosotros está en sus cabales. Por eso estoy despierto tan temprano. Pensaba dar un paseo para despejar la mente antes del desayuno.

Helen y Jimmy echaron a andar con Suki entre los dos. El viento y la lluvia los azotaban mientras bajaban a la playa. Helen vio que Jimmy tenía la mirada perdida en el oscuro y agitado mar.

–Imagino que los chicos volverán a casa después del desayuno. Cuando te fuiste a dormir anoche, la Policía nos dijo que podíamos irnos, pero he decidido quedarme durante unos días más en el Seaview Hotel, si te parece bien.

La propuesta pilló a Helen por sorpresa.

–Bueno, no tengo ninguna reserva más hasta Semana Santa, así que puedes quedarte el tiempo que desees hasta entonces. Pero ¿no quieres irte a casa?

–No tengo nada por lo que regresar –le dijo, evitando su mirada inquisitiva–. La muerte de Brian ha sido un golpe duro para mí, si te soy sincero. Me gustaría quedarme por si la Policía descubriera alguna pista. Anoche me dijiste que tenías que contarme algo sobre él. ¿Es lo mismo que le contaste a la Policía?

–Así es, pero hablemos más tarde, cuando todo el mundo se haya ido y mi personal haya acabado también. Será mejor que no nos oiga nadie.

Cuando llegaron a la playa, Helen soltó la correa de Suki y la perra dio brincos hacia las olas.

–¿Crees que esa periodista te volverá a importunar? –preguntó Jimmy.

–Espero que no.

–Si es así, házmelo saber.

Helen le lanzó una mirada fulminante.

–Gracias, pero soy mayorcita como para cuidarme yo sola.

No quería sonar desagradecida, pero sentía profundamente que aquello era algo de lo que había de encargarse ella misma. Tenía que demostrarse que podía superar cualquier publicidad negativa que pudiera afectar al Seaview Hotel a causa de la muerte de Brian. Debía mantener la cabeza bien alta y enfrentarse a todo tipo de cosas a partir de ese momento.

Jimmy asintió.

–Está bien. Tomo nota. Mira, será mejor que vuelva. Hace frío y no me he traído el abrigo.

Se dio la vuelta y deshizo el camino. Helen continuó sola, pensando en Brian y Miriam, en Brian y Traveltime, en todo lo que había ocurrido. Sus pensamientos se revolvían como las olas en el mar. Y mientras revivía la discusión que había escuchado a hurtadillas entre Brian y Miriam, mientras evocaba cada frase, cada palabra que podía recordar, otra pieza del rompecabezas apareció, como si no tuviera ya bastantes cosas en la mente. Recordó lo que el agente Hutchinson le había preguntado. Quería saber si alguien más había oído cómo discutían Brian y Miriam. Le había dicho que no, que estaba sola; de eso estaba segura. Todos los miembros de los Docelvis se habían ido del Seaview Hotel. Pero… ¿y si alguien dentro del Vista del Mar había oído a Miriam deseándole la muerte a Brian? ¿Y si alguien la había oído acusándolo de ser un falso y un fraude? Y si alguien más había oído las duras palabras que se habían lanzado mutuamente, ¿qué podía hacer esa persona con aquella información?

Ya de vuelta en el Seaview Hotel, Helen secó el agua del mar del abrigo de Suki. Luego se atavió con la chaqueta con el logo del sol sonriente y se dirigió a la cocina. Sally ya estaba allí, y le lanzó los brazos a Helen.

–Jean me acaba de contar lo del hombre muerto. No me lo puedo creer.

–Yo tampoco. –Helen suspiró–. Nada de todo esto parece real.

–¿Los demás siguen teniendo previsto irse esta mañana? –preguntó Jean mientras contaba *hash browns* en una bandeja grande metálica.

–Sí. Por lo visto, la Policía no tiene que hacerles más preguntas y se pueden marchar.

–Tienen una coartada irrefutable, ese es el motivo –dijo Jean sabiamente–. Estaban encima del escenario en el momento del crimen, ¿no es así?

–Hay algo más que tengo que contaros. Anoche la Policía se llevó a Miriam para interrogarla.

Jean y Sally se la quedaron mirando. Jean permaneció completamente inmóvil, con un *hash brown* en la mano.

–¿La Miriam de aquí al lado? ¿Esa Miriam?

Helen asintió.

–Siempre supe que algo en ella no me olía bien –dijo Jean mordazmente–. Todos esos aires y esa pomposidad que se da. Te hace pensar qué esconde debajo.

–Había estado casada con él…, con el fallecido, quiero decir.

–¡No! –Jean meneó la cabeza y chasqueó la lengua sonoramente–. No lo habría imaginado nunca. Es verdad lo que dicen, nunca sabes lo

que ocurre en una casa de puertas para adentro.

–¿Cómo sabes que estaban casados? –preguntó Sally.

–Los oí discutir con todo su ser, gritaron todo lo alto que pudieron. Se les oía claramente a través de la pared.

Se guardó para sí misma la parte en la que había tenido que pegar la oreja a la pared para poder escucharlos. Tampoco les mencionó que Miriam le había deseado la muerte a Brian. Todavía se sentía culpable y nerviosa por haber escuchado a escondidas. Pero ¿y si Miriam de verdad había matado a Brian? Sabía que no podría guardarse lo que había oído.

–Me pregunto si la habrán retenido toda la noche –dijo Sally–. ¿Creéis que la han arrestado?

–Iré a comprobar cómo está más tarde –repuso Helen–. Las forenses vinieron anoche y despejaron la habitación siete. Me dijeron que podíamos entrar a limpiar. No volverán.

Sally arrugó la nariz.

–No me acaba de hacer gracia la idea de tener que limpiar la habitación de un fallecido.

Jean se subió las gafas por el puente de la nariz y le dedicó a Sally una mirada severa.

–No seas tan boba, muchacha –le soltó.

Helen y Sally tomaron sus respectivas posiciones fuera del comedor mientras los hombres empezaban a desfilar para el desayuno. Ninguno de ellos tenía aspecto de haber disfrutado de un sueño reparador. Sus rostros estaban arrugados; los ojos, empañados y rojos. Cada uno de los hombres asintió hacia Helen o le dedicó una débil sonrisa. Comieron en silencio, y Helen y Sally se afanaron en limpiar sus platos.

Cuando hubieron terminado de desayunar y acabaron de hacer las maletas, se dirigieron al vestíbulo y le devolvieron las llaves a Helen. Ella les dijo que, debido a las circunstancias, no les iba a cobrar la estancia, pero todos insistieron en pagar. Cada uno de ellos le dio un abrazo, muchos la besaron en la mejilla y algunos incluso lloraron. Helen tuvo que tragarse sus propias lágrimas. Desde la muerte de Tom, había estado haciéndolo a menudo.

–Queríamos, esto…, darle una muestra de nuestro agradecimiento –dijo Alan–. Por todo lo que hizo anoche por nosotros en el escenario. Nos salvó el pellejo, señorita. No habríamos podido actuar sin usted.

Le dio una pequeña bolsa de papel con rayas blancas y rosa fosforito. Helen reconoció el logo: era de una tienda de baratijas de Foreshore Road.

–No es más que un detallito –le explicó Alan.

–Ay, no hacía falta que me comprarais nada –dijo Helen.

–Esperamos que, con esto, se acuerde de los Docelvis –añadió

Mandarina.

Como si Helen se fuera a olvidar. Abrió la bolsa y sacó una figurita de Elvis de plástico, vestido con un traje blanco y un micrófono negro en la mano.

–Si le aprieta la cabeza, mueve las caderas. ¡Es lo más! –exclamó Alan.

Helen colocó el Elvis de plástico sobre una mesa y le presionó la cabeza. Sin dilación, meneó las caderas de lado a lado.

–Gracias a todos, lo guardaré como un tesoro.

–Considérelo un talismán de buena suerte –intervino Mandarina.

Lentamente y en silencio los hombres recogieron su equipaje, le dieron un abrazo de despedida a Jimmy y dijeron adiós antes de abandonar el Seaview Hotel. Helen se quedó en la puerta con el corazón en un puño y Jimmy a su lado, observando cómo se marchaban los diez hombres. Qué diferente a su ruidosa y jovial llegada hacía menos de dos días. Muchas cosas habían pasado desde entonces. Uno de los hombres había muerto en las circunstancias más horribles, dejando a Helen insegura una vez más sobre su futuro en el Seaview Hotel. Además, era el turno de limpiar todas las habitaciones y, al igual que Sally, no deseaba para nada entrar en la número 7.

Más tarde, aquella misma mañana, Helen y Sally se encontraban delante de la habitación de Brian. La habían dejado para el final.

–¿Preparada? –preguntó Helen.

Sally asintió. Helen abrió la puerta de un empujón. Ninguna de las dos quería ser la primera en entrar. Se quedaron en el umbral, asomándose.

–No parece que haya nada raro –constató Sally–. Vacía.

–Las forenses se llevaron todas sus pertenencias –le dijo Helen. Entonces entró en la habitación. A pesar del viento feroz de fuera y de la lluvia que llenaba el aire, se dirigió hacia la ventana y la abrió de par en par–. Esta habitación necesita airearse. –Se dio cuenta de que Sally no se había movido–. Si no quieres entrar, ya la limpiaré yo. No quiero que te sientas incómoda.

Sally metió un pie en la habitación.

–Estoy bien –respondió, para nada convencida–. No me asusta una habitación vacía.

–No hay nada de qué asustarse –repuso Helen con amabilidad–. Durmió aquí, nada más. Mira, yo cambiaré la cama y limpiaré aquí, y tú puedes hacer el baño. ¿Qué te parece?

Sally asintió y se fue hacia el baño adyacente con el cubo y los guantes de goma mientras Helen empezaba a quitar las sábanas. Tiró de una almohada hacia sí y sacó la funda. Apestaba al *aftershave* que había usado Brian, completamente empalagoso. Su cara rechoncha le vino a la mente; lo vio mirando lascivamente sus pechos, meneándole

la lengua a Marie, agarrándola de la muñeca. Un escalofrío le recorrió la espalda. Cogió la segunda almohada. Aquella también desprendía un olor fuerte, pero no era del *aftershave* de Brian. Era distinto, un olor dulzón que le recordó a un chicle de fresa. Pero eso no era todo. Había mechones de pelo en la almohada, pelos largos tan oscuros como el azabache. No le llevó mucho rato a Helen deducir que Brian debía de haber compartido la cama con una mujer, una que usaba un intenso perfume de fresa y tenía una larga melena morena.

Se quedó paralizada. No, no podía ser, ¿o sí? ¿Acaso no había mencionado Marie algo sobre un perfume de fresa? ¿No había mentado que ese era el aroma del que llegaba impregnado Daran cuando regresaba de estar en el pueblo? Sacudió la cabeza para rechazar esa coincidencia. No había dormido bien esa noche; su mente le estaba jugando malas pasadas. Pero, aun así, algo parecía no estar en su sitio.

Cuando Helen y Sally acabaron la tarea, se fueron a la cocina, donde Jean tenía la tetera puesta para hacer café. Un paquete de galletas estaba abierto sobre la mesa.

–¿Todo limpio y desempolvado? –preguntó Jean, y se metió una galleta en la boca.

Helen tomó asiento, cogió su teléfono y le mandó un mensaje a Marie:

¿Has visto las noticias del Elvis muerto? ¿Estás libre?
Necesito hablar. ¿Te han dicho algo Bev o Sue?

Marie le respondió de inmediato:

Estoy conmocionada y aturdida. ¿Estás bien? Me pasaré
esta tarde. No me han dicho ni pío ninguna de las dos.
P. D.: Creo que Daran está teniendo la crisis de los
cuarenta. Vino a casa con unos zapatos de gamuza azul.

Capítulo 20

–Disculpa, Jean, ¿qué decías? –preguntó Helen, mirando su teléfono desencajada.

Era imposible que el marido de Marie tuviera alguna conexión con el asesinato de Brian, ¿no? Pero, si era inocente, ¿qué hacía con sus zapatos?

–Te he preguntado si estaba todo limpio y desempolvado.

A Helen le temblaban las manos cuando dejó el móvil sobre la mesa. Se obligó a mirar a Jean, a responderle, mientras su mente daba vueltas a lo que acababa de leer.

–Sí, ya está todo –dijo.

Jean se acercó a ella, y Helen giró rápidamente el teléfono para ocultar el mensaje de Marie. Necesitaba tiempo para pensar sobre lo que acababa de saber. Se sentía como si estuviera uniendo mentalmente las piezas de un rompecabezas mientras llevaba puestos unos guantes de boxeo.

–¿Estás bien, cielo? –se interesó Jean–. Te has quedado blanca como la cal.

–Estoy bien, gracias, Jean. –Helen se obligó a esbozar una sonrisa y volvió al trabajo–. La habitación siete está aseada de nuevo, aunque voy a tener que pedir que cambien la cerradura.

–Solo Dios sabe dónde acabó esa llave –dijo Jean–. Probablemente esté en lo profundo del lago de Peasholm Park, aunque vete a saber. Puede que se perdiera, pero más nos vale pecar de precavidas.

–Me ha puesto los pelos de punta estar allí dentro después de lo que le ha pasado a ese pobre hombre –reconoció Sally.

Helen sirvió café en tres tazas de cerámica azules que ella y Tom habían comprado en la Coast Art Gallery, en el cercano pintoresco pueblo de Cloughton. Fue una mañana de otoño, fría y soleada, en que habían hecho crujir las hojas del aparcamiento. Era extraño, pensó, cómo algo tan ordinario como una taza podía desatar una avalancha de emociones. Le pasó una a Jean y a Sally, y rodeó la suya con las manos.

–Escuchad las dos. He tenido un encontronazo con una periodista esta mañana. Estaba intentando remover la basura del asesinato y hacer que salpicara al Seaview Hotel. Os lo digo por si acaso vuelve. Si es así y os ve a cualquiera de las dos saliendo del hotel, puede que se abalance sobre vosotras en busca de una declaración.

–No conseguirá nada de mí –aseguró Jean, y acto seguido hundió una galleta en su taza.

–Yo tampoco diré nada –afirmó Sally.

–Ah, Jean, tenemos un huésped que se quedará durante unos días.

Jean arqueó las cejas.

–Pensaba que no ibas a aceptar ninguna reserva hasta el inicio de Semana Santa.

–No lo iba a hacer, pero uno de los imitadores de Elvis quiere quedarse, el que está en la habitación ocho. Creo que está triste por lo ocurrido y quiere permanecer aquí por si acaso la Policía descubre alguna pista. –Helen hundió los hombros–. Tal vez le tendría que haber sugerido que se fuera a otro sitio. Ojalá supiera qué es lo mejor. Desde que Tom ingresó en el hospital, no ha transcurrido ni un solo día en el que no me haya pasado por la cabeza vender este lugar. ¿Sabéis? He estado a esto de venderlo –dijo, sosteniendo el pulgar y el índice a un centímetro de distancia–, incluso he recibido una oferta decente de Benson. ¿Conocéis el hotel Glendale, al otro lado de la carretera?

–¿Ese vertedero? –dijo Sally–. Lleva años vacío.

–La cadena Traveltime le tiene echado el ojo. Quieren comprar el Seaview Hotel para derruirlo y convertirlo en un aparcamiento.

–Qué me dices –exclamó Jean–. ¿Y no nos contaste absolutamente nada?

–No sabía qué hacer, Jean. Pero después de ir a recoger las cenizas de Tom y de esparcirlas por la playa regresé aquí, me senté en el bar y estuve meditando un buen rato. Cuando llegó la reserva de los Docelvis, decidí volver a abrir e intentar que este sitio siguiera en marcha. Fue una decisión tomada por impulso. Entonces os llamé a las dos para preguntaros si querríais trabajar aquí de nuevo. Creía que tenía el coraje de llevar las riendas del Seaview Hotel yo sola.

Jean cogió otra galleta.

–¿Me estás diciendo que todavía te estás planteando lo de vender y que puede que nos quedemos sin trabajo? –preguntó Sally.

Helen la miró.

–Estoy diciendo que creía haber tomado la decisión correcta manteniendo abierto el Seaview Hotel. Pero ahora…

–Sabía que iba a haber un pero. –Sally suspiró–. Lo sabía.

–Han asesinado a uno de nuestros huéspedes –repuso Helen, levantando la voz–. ¿Cómo narices voy a salir de esta? La periodista no va a darse por vencida y, si no le doy una declaración, lo más probable es que se invente una. Ya sabes cómo son los periódicos.

–Es el *Scarborough Times*, querida, nada del otro mundo –intervino Jean. Apartó a un lado la taza y el paquete de galletas, y giró la silla para mirar de frente a Helen–. Ahora escúchame –dijo seriamente–. Tom y tú transformasteis este lugar en algo especial, y yo no voy a permitir que te rindas. Deja que la Policía solucione lo que tenga que ver con el fallecido y no te involucres. Aunque mencionen el hotel en

los diarios, al final será agua pasada, y tampoco es que lo mataran aquí. Sí, puede que hayas perdido algunos clientes; a algunas personas les dará reparo alojarse aquí. Pero, con el tiempo, se olvidará lo que ha ocurrido. Recuerda mis palabras.

–Coincido con Jean –añadió Sally–. Tienes que seguir adelante y aspirar a las estrellas.

–Aprecio que me intentéis consolar… –empezó a decir Helen.

–No te estoy intentando consolar –la interrumpió Sally–. Me refiero a que tienes que ir a por la cuarta estrella para el Seaview Hotel y mostrarle a Scarborough que vas en serio. Muéstrale a todo el mundo que no tienes miedo a mantenerte firme y que no te van a quitar de en medio por algo que no ha sido culpa tuya.

–Tienes razón, no ha sido culpa mía, ¿verdad? –masculló Helen con un hilo de voz–. Es solo que me siento tan…

Sally señaló hacia las puertas del patio.

–Sal ahí fuera con la cabeza bien alta.

–Vamos, Helen, puedes hacerlo –la alentó Jean.

–Te ayudaremos en todo lo que podamos –prometió Sally–. No puedes rendirte antes de haber empezado siquiera.

Helen cerró los ojos y se tragó el nudo que tenía en la garganta. Los abrió y vio que sus amigas la estaban mirando, esperando que dijera algo.

–¿Y bien? –preguntó Sally.

–¿Qué harás entonces? –habló Jean–. ¿Cerrar y esconderte? ¿O seguir adelante y agarrar tus cuatro estrellas por el cogote?

A Helen le dio un vuelco el estómago.

–No va a ser fácil, y no me puedo permitir hacer grandes reformas hasta el final de esta temporada…

–¿Significa eso que lo vas a hacer? –preguntó Sally, con una sonrisa.

Helen cogió la mano de Sally con su mano izquierda y la de Jean con la derecha.

–¿Qué es esto, una sesión espiritista? –rio Jean.

–Más bien piensa en ello como nosotras tres mirando hacia el futuro.

Sally retiró la mano y le dio un puñetazo al aire.

–¡Sí!

Jean colocó la mano libre sobre la de Helen.

–Bien dicho, muchacha. Has tomando la decisión acertada. Sé que estás pasando una muy mala racha, querida. Además de la muerte de Tom, ocurre esta cosa tan horrible, y te sientes como si no te fueras a recuperar nunca. Pero déjame que te diga que, si te rindes ahora, no te lo podrías perdonar jamás.

–¿De verdad crees que estoy haciendo lo correcto? –preguntó Helen.

Jean se levantó, se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla.

–Sé que lo estás haciendo. Y si Tom estuviera aquí, haría lo mismo.

–Juntó ambas manos con una palmada–. Muy bien. No me puedo quedar aquí todo el día de cháchara. Tengo que subir al geriátrico a ver a mi madre, van a probar una nueva medicación para sus piernas. Y esta tarde echan una película de Burt Reynolds en la televisión y pienso apoltronarme para verla. Volveré por la mañana para hacer el desayuno.

–¿Y yo qué, Helen? –preguntó Sally–. ¿Quieres que vuelva si solo hay que limpiar una habitación?

Helen se irguió en la silla.

–Sí. Quiero que vuelvas. Sé que no hay mucho trabajo, pero firmamos un contrato y no voy a romper mi palabra.

Cuando Jean y Sally se fueron, Helen apareció por el bar por si acaso Jimmy estaba esperando para hablar con ella. Sin embargo, el local estaba vacío, y se sintió aliviada. No estaba preparada para mantener una conversación sobre Brian. Lidiaría con Jimmy a su debido tiempo. Colocó la figura de plástico de Elvis sobre la barra, debajo de la fotografía de Tom; luego se quedó de pie con los brazos en jarras, mirando por la ventana hacia el gris mar del Norte, sopesando una idea. Una vez que hubo tomado una decisión, supo que, cuanto antes la llevara a cabo y se deshiciera de ella, mejor. Así que salió del Seaview Hotel en dirección al Vista del Mar.

Cuando se abrió la puerta, Miriam la miró desde el pasillo, pero no era la mujer que ella conocía. Su largo pelo ondulado, normalmente brillante, estaba recogido en una coleta. Tenía los ojos rojos y la cara lánguida y pálida. Era la primera vez que Helen la veía sin todo el maquillaje y sin sus inconfundibles gafas. Aunque normalmente vestía ropa lujosa y elegante comprada en los grandes almacenes, en ese momento llevaba puesto un traje informal de velvetón negro.

–Ah, eres tú –dijo en voz baja.

Helen no estaba acostumbrada a verla con un aspecto tan vulnerable y perdido, y le cayó el alma a los pies.

–He venido para ver si estabas bien.

Miriam aguantó la puerta abierta de par en par.

–Será mejor que entres.

Helen se adentró en el Vista del Mar. Su disposición era un reflejo de la del Seaview Hotel, pero con distinta decoración. Si el pasillo del Seaview Hotel era de color pastel y beis, el del Vista del Mar estaba decorado con un papel floral asfixiante, del tipo que Jean describiría como «emperifollado».

–Ven abajo, podremos hablar en privado.

Helen siguió a Miriam hasta su apartamento, donde había más grabados florales, demasiados para el gusto de Helen. Unas fucsias obscenamente rojas colgaban, capturadas y enmarcadas, de la pared, enfrentándose a los tulipanes amarillos de los cojines y a las rosas de

damasco que trepaban por las cortinas. Miriam le indicó a Helen que se sentara en una punta del sofá, tapizado con motivos de hiedra que zigzagueaban. Tiestos con helechos de todas las formas y tamaños salpicaban la habitación, dotándola de un aspecto pantanoso y tropical que hizo que Helen sintiera claustrofobia. Miriam se sentó en el sillón enfrente de ella.

–Creo que me debes una explicación –le dijo–. Me he pasado la noche en comisaría, acusada de asesinar a mi exmarido. Y la Policía no ha acabado conmigo todavía. Dicen que soy una persona posiblemente implicada en el caso. –Se llevó la mano al corazón con un movimiento enérgico–. ¿Implicada? ¿Yo? –Parecía estar desanimada, como una hoja marchita atrapada entre la flora y fauna de su sala de estar–. Incluso me han prohibido que salga del país. Dicen que hay riesgo de fuga.

–Miriam, yo…

–Oíste nuestra discusión, lo sé. No hizo falta que la Policía me dijera quién había estado escuchando. Solo podías ser tú; el ruido viaja a través de estas paredes. ¿Por qué te crees que me quejo de la música de tus fiestas de Elvis cada verano?

–Lo siento –se disculpó Helen–. De verdad.

Y era cierto. Se sentía fatal. Lo único que quería era que los estridentes cojines del sofá se la tragaran y se la llevaran lejos.

–No tenía intención de escuchar.

–Pero lo hiciste.

Helen asintió. No tenía ningún sentido mentir.

–Lo hice. Y luego no pude quitarme de la cabeza lo que había oído. No tuve más remedio que contárselo a la Policía después de lo que ocurrió anoche.

Miriam tardó un rato en responder.

–¡Ay, las palabras que se dicen cuando estamos enfadados! La de problemas que nos pueden acarrear.

–Sé que solo era una manera de hablar. Sé que no lo decías en serio.

–¡Pero sí lo dije en serio! –gritó Miriam–. Me habría ido de perlas si Brian no hubiese vuelto a aparecer en mi vida. ¿Lo quería ver muerto? Sí, así es, de todo corazón. –Miró a Helen con los ojos entrecerrados–. ¿Pero lo maté? No.

–Tenía que venir a disculparme. Me siento fatal.

–Bueno, eso te enseñará a no meter las narices en los asuntos ajenos, ¿verdad?

Helen vio un atisbo de la antigua Miriam y tuvo que reprimir una sonrisa.

–Escucha, Miriam. Me gustaría hacer algo para reconciliarnos.

–¿El qué?

–Solo tengo un huésped aquí al lado; se quedará durante unos días.

No voy a reabrir del todo hasta el inicio de las vacaciones de Semana Santa. Mi chica de la limpieza, Sally, es competente, trabajadora y muy inteligente, y va a tener que esperarse de brazos cruzados hasta entonces porque no voy a tener suficiente trabajo para mantenerla ocupada. Si necesitas ayuda aquí, házmelo saber, y podemos llegar a algún tipo de acuerdo sobre el pago por su trabajo. Eso la tendría ocupada hasta que yo pueda reabrir por completo.

–Muy generoso por tu parte –dijo Miriam, sopesando la oferta–. La Sociedad de Arreglos Florales de Durham viene a mitad de semana, y ya tengo algunos huéspedes aquí, una familia con una hija joven.

–¿Los que siempre se están gritando?

–Ah, los has oído, ¿no es así? –Miriam sonrió con ironía–. El pobre hombre no se ha podido tomar el desayuno esta mañana tras oír la noticia sobre Brian en la radio. Que sepas que nadie de mi personal sabe sobre mi conexión con Brian, o dónde he pasado la noche –se quedó mirando a Helen–, y me gustaría que siguiera siendo así. Te estaría muy agradecida si no se lo mencionaras a nadie. Cuanto antes pase esto al olvido, mejor. No voy a permitir que afecte a mi negocio.

–Por supuesto –afirmó Helen.

–Lo que ocurrió anoche me ha pasado factura. Ya no soy tan joven como antes y es justo decir que me iría bien un par de manos extra. Esa tal Sally… es una persona honrada, ¿verdad? He tenido problemas en el pasado con chicas jóvenes que trabajaban aquí y se llevaban cosas que no debían.

–Sally es un diamante, tan honrada como ella sola –le aseguró Helen.

Miriam se levantó y, con un movimiento de la mano hacia la puerta que llevaba a las escaleras, indicó que su audiencia con Helen había llegado a su fin.

Capítulo 21

Helen volvió rápidamente al Seaview Hotel, ansiosa por resguardarse de la lluvia y el frío viento. Todavía no había ni rastro de Jimmy en el bar, así que se fue a su apartamento, abrió el portátil y empezó a gestionar el correo electrónico. La animó ver que habían entrado nuevas reservas. Las introdujo en su bloc de notas, con la esperanza de que no las cancelaran al cabo de unas semanas si se mencionaba alguna conexión entre el Seaview Hotel y la muerte de Brian. Había unos cuantos mensajes de la página web de reseñas: notificaciones de que habían dejado nuevos comentarios, pero seguía sin respuesta a su queja sobre las reseñas falsas. Con el corazón en un puño, se obligó a clicar en el enlace a la página, preparándose para recibir más comentarios negativos. Pero, cuando leyó la primera opinión, empezó a recuperar los ánimos:

Gran desayuno, imponentes vistas, lugar agradable, y la señorita que lo regenta es todo un encanto. Lo reco miendo encarecidamente, sí.

Solo podía haber sido un miembro de los Docelvis el que lo hubiera escrito desde el móvil mientras volvía a casa en el tren. Parecía ser Alan, así que lo leyó arrastrando las palabras tipo Elvis. Envalentonada por eso, pinchó en otra:

Limpio, buena localización, no defrauda. ¡Cinco estrellas!

Siguió leyendo, sintiéndose más feliz:

Cama cómoda, conexión a internet rápida y gratis, vistas al mar. Si ofrecieran arenques ahumados en el desayuno, sería perfecto.

Pero entonces su buen humor se hizo añicos cuando leyó otra opinión, en este caso procedente del usuario falso Porgy42:

Lo ciento. No os alojéis aquí.

Se quedó mirando la pantalla, y el corazón le empezó a martillear mientras la rabia le inundaba las venas. Respiró hondo varias veces para tranquilizarse. ¿Quién era Porgy42 y por qué le tenía tanta manía? Ahora le resultaba mucho más difícil presentar una queja a CriticHotel por una reseña falsa, puesto que el hotel estaba en pleno funcionamiento. ¡Echaba chispas! Cerró de golpe la tapa del portátil, haciendo que Suki levantara los ojos del lugar donde estaba, frente a las puertas del patio.

En ese instante sonó el timbre de la puerta, y Helen subió al piso de arriba. Abrió y vio a Marie, que gritaba al teléfono:

–… y quiero que hayas desaparecido para cuando vuelva a casa, ¿lo pillas? No. No… Tú escúchame, sabandija adúltera. Quiero que tú y todas tus cosas os esfuméis. Todo. Sí. ¿Qué? No, no te puedes quedar con Alexa, es mía. No, yo la compré, Daran. Yo la pagué. Sí, tengo el maldito tique. La pagué con el dinero que gané sudando sangre en mi salón de manicura. Gano mi dinero con esfuerzo, a la antigua usanza, ¿te acuerdas de eso, Daran? Una palabra bastante común llamada «trabajo». ¡Eh! ¿Qué me acabas de llamar? Bueno, pues puedes irte a la mier… ¿Daran? ¿Daran?

Helen permaneció inmóvil mientras Marie se quedó mirando al teléfono echando humo por las orejas.

–Me ha colgado. Se ha atrevido a colgarme –susurró entre dientes.

Pasó como una exhalación al lado de Helen, murmurando obscenidades mientras avanzaba, y justo cuando bajaba las escaleras que llevaban al apartamento de Helen, entró Jimmy en el vestíbulo.

–¿Es un buen momento para hablar? –preguntó.

–No, Jimmy, lo siento. Te busco más tarde –dijo Helen, que se fue corriendo detrás de Marie.

En la sala de estar de Helen, Marie iba de aquí para allá, agarrando su móvil como si fuera un arma.

–Esta vez ha ido demasiado lejos –bramó.

Cada vez que caminaba cerca de Suki, la perra acercaba la cabeza hacia sus zapatos de tacón escarlata.

–¿Qué ha pasado? –quiso saber Helen.

–¡Esa maldita Sandra DeVine, eso es lo que ha pasado! –gritó Marie hacia las puertas del patio–. Se lo ha estado montando con Daran durante los últimos seis meses, y yo soy la última estúpida en enterarse. He conseguido que Gav, el colega de Daran, me contara toda la historia ahora mismo.

Helen tardó unos segundos en comprender lo que estaba ocurriendo.

–¿Sandra DeVine, la que trabaja en el restaurante de *fish and chips* Seaside Sam? ¿Esa Sandra?

–¿Acaso conocemos a alguna otra Sandra que tenga un apellido tan ridículo? –chilló Marie–. Y ni siquiera es su nombre real. Sandra Potts, así la llamábamos en la escuela, con ese estúpido tic que solía tener en la comisura del labio. Su apellido es tan falso como ella.

Una imagen de Sandra DeVine apareció en la mente de Helen. Era alta y delgada, con unos pechos sobredimensionados y una cintura de avispa. Llevaba el cabello largo, teñido de negro como la noche y peinado con la forma del algodón de azúcar. Siempre tenía los ojos maquillados a la perfección, con lápiz de ojos ahumado, y los labios pintados de rojo pasión. El efecto final era una presencia cautivadora,

aunque algo inquietante, sobre todo cuando servía la comida.

–¿Sabes? Hace algunos meses Bev me dijo algo de Sandra. No lo quise creer en aquel momento, pero supongo que todos tenemos que ganarnos la vida como podemos. Por lo que parece, le gusta mucho hacer la calle.

–¿Quieres decir que ahora reparten a domicilio?

Helen soltó una carcajada.

–No. Ejerce una de las profesiones más antiguas del mundo.

–¿Es limpiacristales?

–Madre de Dios, Marie. ¿Dónde tienes la cabeza hoy?

–Hecha pedazos –respondió ella con tristeza.

–Lo siento, cariño. Lo que quiero decir es que Sandra es una mujer de la vida. Una prostituta. Una trabajadora sexual o como sea el término políticamente correcto que se estile ahora.

–Qué curioso, Gav no me lo ha mencionado –dijo Marie descolocada.

Helen se acercó a ella con los brazos abiertos, lista para darle un abrazo, pero Marie dio un paso atrás, irguió la espalda y se recolocó detrás de los hombros su largo pelo castaño.

–No sientas pena. Ya te comenté la última vez que te vi que creía que se estaba cociendo algo. Es el fin de mi matrimonio, de eso no me cabe duda, pero no será el fin de mi mundo.

–Siéntate, Marie –le pidió Helen calmadamente–. Tienes que contarme todo lo que sepas acerca de los zapatos de gamuza azul que Daran llevó a casa.

Marie se acercó la mano a la frente.

–Ay, Dios mío, los zapatos. Está atravesando la crisis de los cuarenta, estoy segura. Ni siquiera le gusta Elvis.

–Esos zapatos significan algo mucho más importante que una crisis de los cuarenta –reveló Helen seriamente.

Marie arqueó las cejas.

–¿Qué quieres decir?

–El imitador muerto de Elvis llevaba puestos unos zapatos de gamuza azul cuando salió de aquí en dirección al concierto. Pero, cuando recuperaron su cuerpo del lago, no los tenía.

Marie abrió la boca, pero ninguna palabra emergió de ella durante unos segundos hasta que entendió por completo la magnitud de las palabras de Helen.

–¿Me estás diciendo que quizá Daran va por ahí con los zapatos de un muerto? –dijo al fin.

–Creo que debemos tener cuidado con dar nada por sentado. Ambas sabemos que Daran está metido en negocios turbios en el pueblo, pero ¿es un tipo capaz de matar a alguien?

Marie negó con la cabeza.

–Daran no. No tiene lo que hay que tener. No le gusta ensuciarse las manos, ya sabes. Le gusta quedarse un paso atrás de lo que sea que esté pasando para que no lo pueda incriminar ninguna prueba. Pero conoce a gente, gente mala. Nunca he permitido que los lleve a casa. Se lo dejé claro desde el principio: lo que él haga es asunto suyo, pero a mí que no me involucre. He hecho la vista gorda con lo que hace para ganarse la vida durante todo nuestro matrimonio.

Helen alargó la mano hacia el brazo de su amiga.

–¿De verdad te vas a separar?

–Quiero que se largue, Helen. No le voy a dar la oportunidad de reírse de mí una segunda vez. Que le aproveche Sandra DeVine. Que sea ella la que se quede en casa preguntándose dónde está él y cuánto dinero está derrochando en apuestas o bebida por las noches.

–¿Estás segura de que dejarlo es lo que quieres?

–Oh, muy segura –afirmó Marie. Helen se dio cuenta de que se le dibujaba una sonrisa maliciosa en los labios–. Y cuando haya acabado con él, no sabrá ni qué ha pasado. Le voy a sacar hasta la última moneda que pueda. –El semblante se le entristeció–. Solo hay un problema.

–¿Cuál? –preguntó Helen.

–Necesitaría un buen abogado. El que tengo para el salón de manicura es mercantil. Nunca antes he tenido que lidiar con leyes matrimoniales. ¿Conoces a alguien en el pueblo con quien pueda hablar?

–Solo el bufete al que acudimos cuando compramos este sitio –respondió Helen. Pero entonces le vino una idea–. Te puedo recomendar a alguien, ahora que lo pienso.

–¿Quién?

–Uno de los imitadores de Elvis que se ha ido hoy. Sam, ese era su nombre. Es abogado. Un tipo encantador.

–¿Me mandarías sus datos de contacto?

–Incluso algo mejor; te daré una de sus tarjetas de visita que me dejó aquí. ¿Cuánto tiempo planeas darle a Daran para que se lleve sus cosas?

Marie giró el brazo y Helen vio brillar, alrededor de su delgada muñeca, el reloj de plata de diseño.

–Le doy un par de horas.

–Entonces pondré en marcha la tetera. ¿Te apetece comer algo mientras estás aquí? Puedo meter algo en el horno y preparar una ensalada como acompañamiento en un periquete. Si te soy sincera, me iría bien tener a alguien con quien hablar. Han estado pasando algunas cosas muy raras y estoy algo inquieta.

Marie dejó al fin de deambular y se hundió en el sofá.

–Comer me parece estupendo, gracias. Pero ya que me preguntas,

Helen, te diré que necesitas comer algo más que ensalada. Empiezas a tener un aspecto demacrado. Ay, siento haber estado dando la lata con lo mío; es lo único que he hecho desde que he cruzado la puerta. Estoy aquí porque me dijiste que querías hablar. ¿Qué cosas raras están pasando? ¿Qué ha ocurrido?

–Ven a la cocina. Podemos charlar mientras preparo la comida.

Diez minutos después, habían sacado una tarta de verduras mediterráneas de la caja y se estaba calentando en el horno. Dos porciones generosas de hojas verdes y brotes rebosaban en sendos platos; una botella de vino tinto estaba medio vacía; dos copas aguardaban llenas, y Marie se había quedado boquiabierta de estupefacción.

–¿Crees que el hombre de Traveltime mató a Elvis? ¿Y Miriam está involucrada de algún modo? Me cuesta entenderlo.

–A ti y a mí –reconoció Helen–. Hay cosas peores también. Creo que alguien me está acosando. Un tipo no deja de caminar por el lado del Seaview Hotel y observar el bar. Y un intruso entró en mi patio. Quien fuera rompió un tiesto y dejó una huella en el suelo.

–Deberías decírselo a la Policía.

–Ya lo he hecho, pero ¿qué pueden hacer? No pueden arrestar a nadie por estar mirando un hotel. Hay algo más. Un paquete me llegó con uno de esos muñecos para niños dentro, un perro de peluche del mismo color que Suki.

–¿Y? –inquirió Marie.

–Y lo atravesaba una pequeña aguja de punto afilada.

–Hostia, Helen.

Marie le dio un largo sorbo a la copa.

–Me temo que no acaba ahí la cosa. Hay algo que no le he contado a la Policía.

–¿Ocultando información? ¿No es ilegal eso?

–No estoy segura de que sea información, en realidad. Pero esta mañana estaba limpiando la habitación donde se hospedaba el fallecido…

–Ufff.

–Y siempre descubro, ya sabes, cuándo alguien más ha estado en la habitación. A veces es porque se dejan artículos de aseo en el baño. Otras, porque veo a alguna chica escabulléndose, aunque suelen ser muy sigilosas. Pero esta mañana había algo distinto, un olor en la almohada…, un perfume, quiero decir. Siempre hay dos almohadas en cada habitación…

–¿Únicamente dos? Con razón solo tienes tres estrellas –le soltó Marie.

Helen la ignoró y siguió hablando.

–Y una de las almohadas olía a su *aftershave*. Lo reconocería en

cualquier sitio. Se me pone la piel de gallina nada más recordarlo. La otra almohada apestaba a perfume.

–¿Chanel? ¿Dior? –preguntó Marie.

–Como si yo fuera a reconocer uno de esos. No, este era un aroma barato y desagradable, empalagosamente dulce… –fijó la vista en Marie–, como de chicle de fresa.

Marie abrió los ojos como platos.

–¡No!

–Sí. Y todavía hay más. Unos pelos largos negros sobre la almohada.

–¿Estás pensando lo mismo que yo? –dijo Marie casi sin aliento.

–Podría ser una coincidencia, y no tenemos ninguna prueba –le advirtió Helen–. Por eso no he comentado nada. Pero me pareció muy raro que el perfume perdurara durante tanto tiempo. Recordé lo que me habías dicho de que Daran volvía a casa apestando a ese mismo olor.

–¡Maldita Sandra DeVine! –exclamó Marie.

Helen asintió.

–Y si es su perfume el que está en la cama de Brian, significa que durmió aquí con él la noche del viernes. Con razón no quería que Sally limpiara su habitación. Le asustaba lo que pudiera encontrarse. Tampoco bajó a desayunar el sábado por la mañana. ¿Crees que se lo tendríamos que contar a la Policía?

Marie pensó durante unos segundos, luego bajó de un salto del taburete arrimado a la encimera de la cocina.

–Todavía no. Encontraré yo misma las pruebas para colgar al adúltero de mi marido. Aunque tendré que ir rápido si quiero alcanzarlo antes de que haga las maletas y se vaya con sus zapatos de gamuza azul. Cuando las tenga, le diremos a la Policía todo lo que sabemos.

Se dirigió hacia las escaleras.

–¿No prefieres comer primero? –le dijo Helen a sus espaldas.

–Guárdame la mitad de la tarta. ¡A ti te vendrá bien alimentarte! –gritó Marie.

Helen la siguió hasta el pasillo y luego observó, desde el bar, como su amiga salía disparada con su coche deportivo. Estaba a punto de alejarse de la ventana cuando algo le llamó la atención fuera del Glendale. Jimmy estaba cerca de alguien que le daba la espalda a ella. Llevaba puesto un abrigo negro con la capucha levantada y tenía las piernas delgadas y unas zapatillas deportivas mugrientas. Tal vez estaba equivocada, pero tenía la sensación de que había visto a aquella persona antes.

¿Sería la misma a la que había sorprendido observando el Seaview Hotel? Se derrumbó. Le gustaba Jimmy; parecía un hombre muy agradable, alguien de quien, siendo honesta consigo misma, podría

llegarse a enamorar en el momento adecuado. Pero quizá se había estado autoengañando. Si la persona con la que estaba hablando era la misma que había estado husmeando por el Seaview Hotel, lo cual parecía más que probable, entonces, ¿qué conexión tenía con Jimmy? El hecho de que ambos se encontraran fuera del Glendale le hizo saltar las alarmas. ¿Estaría Jimmy involucrado de alguna manera en el asunto de Traveltime, en el que Brian se había visto atrapado? ¿Acaso Traveltime había enviado a otro miembro de los Docelvis para que interpretara el papel de poli bueno en contraposición al poli malo de Brian, intentando ganarse el afecto de Helen con halagos y simpatía, con la esperanza de obligarla a vender? Se sintió mareada tan solo de pensar que Jimmy pudiera tener alguna relación con algo tan sórdido. Y se enfadó consigo misma por haber estado a punto de sucumbir a sus encantos.

Capítulo 22

Helen se giró hacia la fotografía de Tom encima de la barra.

–No estoy pensando con claridad, Tom. Oyó que se abría la puerta. Alguien estaba entrando y solo podía ser Jimmy, puesto que no esperaba ni a Sally ni a Jean hasta el día siguiente. Sin dilación, apareció en la puerta del bar. Helen notó la incertidumbre del hombre de si debía o no entrar allí.

–Acércate, Jimmy. Ya va siendo hora de que tengamos esa charla.

Él entró, se quitó el abrigo empapado y lo colgó en el respaldo de la silla. Helen se acomodó en una punta del asiento junto a la ventana, y Jimmy se sentó en la otra.

–¿Te apetece un café? ¿Té? ¿Algo del bar?

–No, gracias –respondió.

A Helen se le revolvía el estómago de la ansiedad después de haberlo visto hablar con aquella persona desconocida allí fuera. Sabía que tenía que abordar ese tema para enfriar los ánimos antes de comenzar su conversación sobre Brian.

–Te acabo de ver delante del Glendale.

Jimmy se tensó y su sonrisa desapareció.

–Ah, sí, había un joven que preguntaba direcciones. Estaba un poco perdido.

Helen se lo quedó mirando. Se dio cuenta de que había cruzado primero los brazos y luego las piernas, a la defensiva. Pero no estaba dispuesta a darse por vencida.

–He tenido un problema con un joven que tiene exactamente el mismo aspecto y que merodea fuera del hotel, observándolo.

–¿Ah, sí? –repuso Jimmy.

Helen se percató del tono de sorpresa en su voz.

–Y creo que alguien se coló en mi casa también. Alguien estuvo en el patio de mi apartamento, rompió un tiesto y dejó su huella impresa en la tierra. –Jimmy se removió en el asiento mientras ella proseguía–. Pero bueno, no es que esté diciendo que el intruso fuera la misma persona que observaba el bar, ni que quien sea con quien estuvieras hablando antes fuera el intruso que estuvo aquí, pero…

–No creo que se trate de la misma persona –intervino Jimmy rápidamente–. Como te he dicho, se había perdido. Quería saber cómo llegar a la estación de tren, nada más.

Mantenía los brazos apretados al cuerpo. Helen no era ninguna experta en lenguaje corporal, pero incluso ella podía ver que Jimmy no estaba sentado cómodamente y se preguntó si le estaba ocultando

algo. Le escrutó la cara en busca de alguna señal delatadora de que pudiera estarle mintiendo, pero, en realidad, no tenía ni idea de en qué debía fijarse. ¿Un tic nervioso? ¿Dientes apretados?

–Es solo que el abrigo que llevaba puesto, ¿sabes?, me resulta familiar –dijo Helen al fin.

–Muchos jóvenes llevan ese tipo de abrigo hoy en día. Debe de haber cientos en Scarborough –repuso Jimmy.

Helen se sintió como si él estuviera intentando quitársela de encima, con la intención de que la conversación llegara a su fin. Presionó la espalda contra el ancho marco de la ventana y oteó el mar. ¿Le estaba contando la verdad? Ay, ojalá pudiera saberlo.

–¿Sabes ya cuánto tiempo te vas a quedar? –preguntó tras unos segundos.

–Hasta que la Policía solucione el asesinato de Brian o, al menos, hasta que consigan encontrar alguna pista. He avisado al agente Hutchinson de que estoy aquí por si necesita que le proporcione más información. Conocía a Brian mejor que cualquier otro de la banda. Sabía sus secretos, su lado oscuro.

Se había relajado en el asiento y descruzó los brazos. Helen decidió presionarlo un poco más. Quizá entonces descubriría si era merecedor de su confianza.

–¿Sabías que Brian me ofreció dinero para que vendiera este sitio?

Jimmy se quedó con la boca abierta de la sorpresa y el gesto ensombrecido. En ese momento, Helen supo que él no tenía ni idea de lo que Brian había hecho. No podía ser del todo malo, pensó, con un atisbo de esperanza. O era eso, o tenía enfrente a un actor muy bueno.

–¿Qué? ¿Por qué iba a hacer eso? Estaba arruinado, Helen. Quiero decir, tenía serias deudas desde que enfermó su mujer. Ella necesitaba cuidados las veinticuatro horas del día, y él se negó a que la ingresaran en ningún sitio. Pagó para que cuidadores privados acudieran a su casa. Ya te puedes imaginar lo que vale eso. Lo dejó seco, así que se fue al banco a pedir un préstamo, pero acabó siendo incapaz de afrontar las cuotas. Entonces acudió a un prestamista, y ahí es cuando sus problemas empezaron de verdad. Esas personas no están en el negocio de prestar dinero porque tengan un gran corazón o por su propensión a la empatía, así que no puedo imaginarme de dónde sacó el dinero para ofrecerte comprar el hotel. Dudo que fuera suyo. No tenía ningún ahorro.

Helen le dio vueltas a esa nueva información sobre Brian. En retrospectiva, se dio cuenta de que casaba con la desesperación que él había mostrado para que vendiera el hotel. Alguien en un puesto de mando superior lo había estado amenazando, pero eso no era excusa para su comportamiento. Sin embargo, le infundía ánimo el que Jimmy estuviera confiando en ella; la ayudaba a dejar en un segundo

plano las sospechas que tenía sobre él. Con todo, todavía sentía que tenía que ser cautelosa con lo que iba a decir a continuación. No quería revelar demasiada información, solo por si acaso.

–¿Has oído hablar alguna vez de la cadena Traveltime?

Negó con la cabeza, y Helen prosiguió.

–Están interesados en comprar el hotel Glendale al otro lado de la calle, pero necesitarían un aparcamiento para sus huéspedes. Por eso van tras mi hotel, para demolerlo y convertirlo en un *parking*.

–¿Y eso qué tiene que ver con Brian? –preguntó Jimmy.

–Eso me gustaría saber. Me ofreció dinero para vender, y no fue precisamente educado. Me dijo que tenía un amigo interesado en comprar este sitio, un amigo que no aceptaría un no por respuesta.

–¿Brian te amenazó? –inquirió Jimmy, levantando la voz.

–Sí, y después lo vi fuera del Glendale con un tipo con pinta de funcionario que llevaba un portapapeles. Por eso necesitaba saber con quién estabas hablando antes. Han pasado tantas cosas raras, Jimmy, que tengo que saber la verdad.

–Y te la he dicho, solo estaba hablando con un joven –repuso.

Pero mientras las palabras abandonaban sus labios cruzó los brazos de nuevo, encerrándose en sí mismo.

Helen siguió adelante, intentando sonsacárselo, preguntándose todavía si podía confiar en él.

–Brian y el hombre trajeado discutieron, y entonces el hombre se marchó en un Porsche negro.

–¿El coche en el que viste subir a Brian ayer, antes del concierto?

–El mismo. Se lo conté a la Policía, por supuesto.

Jimmy descruzó los brazos y se reclinó en el asiento, asimilando las palabras de Helen. Ella se preguntaba si se habría ido de la lengua. ¿Habría estado jugando sus cartas demasiado abiertamente, cuando debería haberse contenido, por si acaso? Dos días antes ni siquiera conocía a Jimmy Brown. Y allí estaba, hablando con él sobre un hombre muerto. Aunque parecía ser bastante agradable, tenía muy presente que no lo conocía en absoluto.

–Pareces sorprendido de oír esto sobre Brian –dijo ella, observándolo con atención.

–¿Sorprendido? Estoy en estado de *shock*. Lo único que se me ocurre es que sus tejemanejes con prestamistas y Dios sabe quién más lo han podido llevar a hacer algún trabajo sucio para la cadena Traveltime.

–Bueno, ya te he contado todo lo que le dije a la Policía. Me has comentado antes que conocías los secretos de Brian y su lado oscuro –se envalentonó ella–. ¿Hay algo que tú le contaras a la Policía que los pueda ayudar a encontrar a la persona que lo mató?

Jimmy se pasó una mano por el pelo.

–Mira, quiero ser sincero contigo, Helen.

La animó oír eso, pero había algo que todavía le preocupaba. Algo en Jimmy no acababa de encajar, algo que Helen sentía que se estaba guardando, pero no sabía exactamente qué era.

–Adelante –lo alentó.

–A Brian le gustaban las señoritas. Quiero decir, su mujer no estaba bien. No es que esté excusando lo que hizo, pero él… –Soltó una exhalación–. Uf, esto es muy vergonzoso para mí.

Esbozó una sonrisa nerviosa.

–Tómate tu tiempo –lo persuadió Helen.

Él continuó con cautela, casi incapaz de mirarla a los ojos.

–Brian usaba páginas web de citas.

–¿Para conocer mujeres?

Jimmy asintió.

–Había organizado encontrarse con una mujer este fin de semana. Me mostró una foto suya cuando estábamos en el tren de camino hacia aquí.

–No me lo digas, déjame que lo adivine –intervino Helen–. Tenía el pelo negro azabache con un peinado de colmena, unos labios rojos brillantes y ojos oscuros.

Jimmy se inclinó hacia delante.

–¿Cómo diantres lo sabes?

El silencio se extendió durante un segundo, antes de que Helen volviera a hablar.

–No te lo iba a decir, pero ya no sirve de nada que me lo guarde. Esta mañana cuando estaba limpiando la habitación, descubrí que Brian había estado con una mujer. Todavía persistía su olor a perfume, había cabellos negros largos en la almohada…, ese tipo de cosas. Y creo que sé quién es ella.

–Se llamaba Sandra. Con un apellido estrafalario –señaló Jimmy.

–DeVine –aportó Helen.

–¡Eso es! Sandra DeVine. Recuerdo que me burlé del nombre cuando me mostró su perfil en la web. ¿Pero las forenses no vieron los pelos en la almohada cuando inspeccionaron la habitación?

–Metieron su ropa y sus pertenencias en bolsas y se las llevaron, pero dejaron las sábanas y las almohadas sin tocar. Sin embargo, a mi entrenada vista de hostelera no se le pasa ni una.

–¿Se lo has dicho a la Policía?

–Todavía no.

–Entonces no lo hagas, Helen, por favor. Destrozaría a la familia de Brian que saliera a la luz que se dedicaba a estas cosas. Su esposa ya está muy afectada con la noticia de su muerte. En lo que a la familia concierne, era un marido leal y un padre entregado. Si la verdad sale a la luz y descubren que se acostaba con otras mujeres…

Helen extendió las palmas en alto.

–Mantendré el pico cerrado, por ahora.
Jimmy se levantó de un brinco del asiento.
–Ay, Dios mío, no me pudo creer que haya sido tan estúpido.
–¿Qué pasa?
–¿Y si esa mujer, esa tal Sandra…? ¿Y si fue ella la que mató a Brian?
Helen lo sopesó durante unos segundos.
–Es poco probable. Yo iba a la escuela con ella y conozco a su familia. Actualmente se dedica al trabajo sexual, pero no la veo como una asesina.
–¿Una trabajadora sexual? –exclamó Jimmy sorprendido–. Dudo que Brian lo supiera. No se habría podido permitir sus servicios, a menos que hubiera tomado prestado más dinero de los prestamistas. Estoy seguro de que, en su perfil de la web de citas, decía que trabajaba en un restaurante…
–¿De *fish and chips*?
–Sí, algo así.
–Escucha, Jimmy. Conozco a Sandra y sé dónde trabaja. Déjamela a mí, yo iré a hablar con ella. Sabré discernir si me está mintiendo.
–¿Cómo?
–Simplemente lo sabré –afirmó con rotundidad, sin desvelar nada.
Se acordaba de cuando Marie, Sandra y ella habían sido amigas en la escuela, aunque eso fuera en otra vida. Cuando Sandra llegaba tarde a clase y le mentía a la profesora sobre dónde había estado, pese a que todo el mundo sabía que había estado fumando un cigarrillo a escondidas detrás del gimnasio, le salía un tic en la boca. No podía mentir, su tic la delataba siempre.
–Todo esto es un buen lío –se apenó Jimmy.
–En eso llevas razón. ¿Te puedo preguntar otra cosa sobre Brian?
–Pregúntame lo que quieras, Helen. Quiero ser tan sincero como pueda contigo.
Helen pensó en la persona con el abrigo fuera del Glendale. Algo seguía sin encajarle. ¿Estaba siendo Jimmy tan sincero como le quería hacer creer? Ojalá pudiera saberlo con exactitud.
–¿La esposa de Brian… es su primera mujer? Quiero decir, ¿alguna vez te mencionó si había estado casado antes?
–Por lo que yo sé, solo se ha casado una vez.
–¿Y nunca te comentó si tenía algún hijo de una relación anterior?
–No, nunca. ¿Por qué lo preguntas?
Helen escrutó su rostro de nuevo. Al parecer, le estaba diciendo la verdad.
–Simplemente me preguntaba si habría algo en su pasado que pudiera haber regresado para atormentarlo –dijo con el tono más casual que pudo.

Estaba dándole vueltas a lo que sabía sobre Miriam y la hija de Brian, pero no sentía la suficiente confianza con Jimmy como para revelarle más detalles.

–Si el agente Hutchinson me dice algo, te lo haré saber –repuso él.

–Te lo agradezco, Jimmy. Gracias.

El hombre miró por la ventana hacia el cielo oscuro.

–¿No tendrás un paraguas que me puedas prestar? Quiero salir esta noche y desmelenarme un poco haciendo una visita a la bolera.

–Dejaré un paraguas en el vestíbulo, ningún problema.

–Gracias, Helen.

Cuando Jimmy se hubo marchado a su habitación, Helen bajó las escaleras y se preparó para sacar a Suki a dar un paseo. Anhelaba despejar la mente con el aire fresco y cavilar sobre lo que le había contado Jimmy. Parecía haberle dicho la verdad, pero cada vez que ella le había mencionado a la persona que merodeaba por el hotel –la que llevaba el abrigo y con la que había estado hablando enfrente del Glendale– él se había cruzado de brazos y cerrado en banda ante cualquier otra pregunta. Helen deseaba saber lo que de verdad estaba ocurriendo. Le parecía que nada tenía sentido. Su mente estaba sumida en una espiral.

–Vámonos antes de que empiece a llover otra vez –dijo, y la perra trotó hasta ella y empujó con la cabeza las manos de Helen.

Como la marea estaba alta y no serviría de nada ir a la playa, Helen giró a la derecha cuando salió del Seaview Hotel y se encaminó hacia el centro. Las calles empedradas por encima del puerto estaban flanqueadas por una combinación de casas altas y estrechas, y cabañas de pescadores. Le encantaba esa parte del pueblo, con sus paredes de piedra y sus adoquines; allí era fácil imaginarse cómo había sido la vida en Scarborough siglos atrás. Siguió Castle Road hasta la iglesia de St Mary, donde habían celebrado el funeral y la ceremonia conmemorativa de Tom. Un pequeño grupo de turistas deambulaba por la iglesia, señalando la tumba de Anne Brontë. Dejó la iglesia atrás y siguió por Paradise, la calle cuyo nombre siempre la hacía sonreír. Los orígenes de Paradise estaban vinculados a un antiguo monasterio que hubo allí, pero luego había pasado a ser una pintoresca calle adoquinada en lo alto de una colina desde la que se divisaba South Bay, con vistas a la playa y al *spa*.

Mientras caminaba, iba pensando en Jimmy y en Brian, en Traveltime, en Daran y en Sandra, y en los desaparecidos zapatos de gamuza azul. Sentía que tenía las piezas de un puzle en la cabeza, pero ninguna de ellas encajaba con otra, por más que les diera la vuelta o las girara. Cada vez que pensaba en Jimmy, se reprendía a sí misma por haberse dejado llevar tan rápidamente por su encanto y cercanía. Por lo que sabía, tal vez podía estar involucrado en el

taimado plan de Traveltime para obligarla a abandonar el Seaview Hotel. Se sorprendió cruzando los dedos y deseando que no fuera así.

Dio la vuelta y caminó de nuevo hacia la iglesia. Cuando llegó, se asomó por encima del muro y vio que la puerta estaba abierta de par en par. Parecía que la misa del domingo había acabado. Se dirigió hacia allí y echó un vistazo a su interior. Un par de mujeres de mediana edad se movían afanosamente, recogiendo salterios de los bancos desiertos.

–Quédate aquí, Suki –le ordenó, guiándola hacia la puerta de la iglesia y atando la correa a un poste de metal.

Cuando empezó a alejarse, oyó que Suki gimoteaba.

–Vuelvo ahora mismo –le dijo antes de adentrarse en el templo.

Se deslizó hacia uno de los bancos de la parte trasera de la iglesia. Una de las mujeres la vio y le dedicó una sonrisa alentadora. Helen agachó la cabeza y cerró los ojos para calmar su mente. Los mantuvo cerrados y pensó en Tom. No le parecía bien hablarle sobre Jimmy o preocuparlo con lo de Traveltime. Solo quería, más que nada, sentirse cerca de él. Si las mujeres de la iglesia la veían sentada sola, con los ojos cerrados, las palmas juntas y la cabeza inclinada, creerían que estaba rezando. Y eso hacía, a su manera. Pero no le estaba dando las gracias a un ente incorpóreo. Estaba susurrando un mensaje silencioso para el único hombre al que había querido.

–Voy a mantener el Seaview Hotel abierto, Tom, pero sé que no va a ser fácil. Me dejaré la piel, ya lo sabes. Haré todo lo que pueda para conseguir esas cuatro estrellas. Incluso le pediré a Jean que prepare gachas.

Capítulo 23

Cuando Helen salió de la iglesia, vio que Suki estaba levantada al lado de la puerta. Normalmente la perra estaría echada esperándola, pero, en ese momento, lamía algo del suelo y mascaba lo que fuera que hubiera encontrado.

–Venga, tú –le dijo Helen, desatando la correa–. Deja eso. –Parecía que a alguien se le habían caído unas patatas y Suki estaba ocupada deleitándose con ellas–. Si luego te duele el estómago, no me vengas llorando.

La lluvia que había estado chispeando durante toda la mañana empezó a apretar. Helen aceleró el paso mientras se dirigía al Seaview Hotel, pero Suki caminaba lentamente y parecía estar aletargada, así que Helen tenía que azuzarla para que fuera más rápido. Por lo general, la perra estaría trotando a su lado, pero, por alguna razón, se estaba quedando rezagada.

–Vamos, chica –la alentó, pero Suki no prestó atención a la orden y Helen acabó por arrastrarla prácticamente hasta casa–. ¿Qué pasa, Suki? –le preguntó cuando llegaron al hotel. Se puso en cuclillas y acarició la cabeza de la perra. El animal tenía los ojos de un extraño color lechoso en vez de su habitual gris–. Vamos a meterte dentro.

Se levantó y tiró de la correa. Suki no se movió, así que Helen lo intentó de nuevo. Entonces la perra se desplazó hacia delante, pero, de repente, empezó a vomitar y a babear.

–Esas malditas patatas –maldijo Helen–. Tenías que meter el hocico, ¿verdad? Siempre comiéndote cosas que no deberías ni oler, y yo… ¿Suki? ¿Suki?

Suki colapsó, con el cuerpo convulsionando y las patas estiradas.

–¡Suki! –gritó Helen.

La puerta del Seaview Hotel se abrió y Jimmy salió como una exhalación. Helen buscó a tientas su teléfono en el bolsillo.

–¿Qué pasa? Estaba en el bar y te oí chillar –dijo Jimmy, bajando los escalones a toda prisa.

–Tengo que llamar al veterinario, tengo que avisarlo ya –gritó sollozante Helen.

Sumida en el pánico, el móvil se le cayó de las manos. Jimmy lo recogió y se lo dio.

–¿Qué ha pasado?

–Creo que ha comido algo malo. Tengo que llevarla al veterinario, Jimmy. Nunca antes la había visto así. Mi coche está allí –señaló–, el 4x4 azul.

Jimmy se acercó a Suki y se agachó; entonces, deslizó las manos debajo del cuerpo de la perra y empezó a levantarla lentamente. Había dejado de convulsionar y se quedó inerte en sus brazos. Helen subió los escalones corriendo, cerró la puerta del hotel y luego salió disparada hacia su coche. Lo abrió, levantó el maletero y Jimmy colocó a Suki dentro. El pánico de Helen dio paso a las lágrimas.

–No estás en estado de conducir, yo me encargo –se ofreció Jimmy.

Sin vacilar ni un instante, Helen le pasó las llaves. Luego bajó los asientos traseros y trepó para colocarse al lado de Suki, acariciándole la cabeza y diciéndole que todo iba a salir bien. La respiración de la perra era muy débil. Tenía los ojos cerrados y las piernas se le sacudían. La baba le caía por la boca y seguía intentando vomitar.

–¿Hacia dónde, Helen? –preguntó Jimmy.

Helen le dio las señas y, mientras Jimmy echaba marcha atrás y se incorporaba a la calle, cogió de nuevo el teléfono. Esta vez consiguió desbloquearlo con éxito y llamar a la recepcionista para decirle que iban de camino con Suki.

Cuando llegaron al veterinario, Jimmy detuvo el coche de golpe con un chirrido. Salió de un salto, se dirigió al maletero y lo abrió. Colocó los pies con cuidado para no perder el equilibrio y alzó a Suki, rodeándola con los brazos, para llevarla lenta y cuidadosamente hasta la puerta de la consulta. Helen se adelantó para informar de los detalles acerca de lo que había visto que había comido Suki y de la reacción de la perra. Un hombre alto de pelo cobrizo entró en la sala de espera. Se estaba atando un delantal verde por la espalda y le indicó a Jimmy que le dejara a Suki. Helen observó, con el corazón en un puño, mientras Jimmy entregaba a su adorada mascota al veterinario.

–Iré a aparcar el coche –dijo Jimmy.

Helen se desplomó en una silla con las piernas temblando incontrolablemente. Después de unos minutos, la recepcionista se acercó a ella.

–¿Señora Dexter? El veterinario le va a hacer algunas pruebas. Creemos que es mejor que Suki pase aquí la noche para que podamos tenerla vigilada.

–¿Puedo esperar aquí?

–No, es mejor que no. La llamaré en cuanto sepamos qué le está ocurriendo.

–¿Sabe el veterinario lo que le ha causado las convulsiones?

–Es demasiado pronto para saberlo. Puede haber sido una reacción alérgica.

–Pero no es alérgica a nada, que yo sepa –dijo Helen.

–O quizá haya comido algo tóxico. Lo descubriremos pronto; el veterinario está con ella ahora. Por favor, señora Dexter, es mejor que

se vaya a casa y deje a Suki a nuestro cargo. Haremos todo lo posible por ella.

–Y me llamarán cuando pueda llevármela a casa, ¿verdad?

La recepcionista, muy curtida en su trabajo, sabía que no debía decirle que los animales que llegaban de urgencia no siempre volvían a casa.

–La llamaré tan pronto como tenga noticias. –Miró la pantalla del ordenador–. ¿Me puede confirmar que sus números de contacto son…? –Recitó el número de móvil de Helen y el número del fijo del Seaview Hotel. Luego leyó otro número. Al principio Helen no lo reconoció, pero luego, con una sensación de creciente inquietud, se dio cuenta de que se trataba del teléfono de Tom–. ¿… y que esos dos números de contacto de Suki pertenecen a usted y a Thomas Dexter?

Con todo el trajín de llevar a Suki al veterinario, Helen no había pensado en ningún momento en Tom. Era la primera vez, desde que lo habían ingresado, que no había estado en su mente, y percatarse de ello le dio miedo.

–¿Señora Dexter?

–Lo siento –se disculpó–. Estaba en Babia. Preocupada por la perra.

–No se preocupe. Si me pudiera hacer el favor de confirmarme los números, le estaría agradecida.

–El último número de móvil que ha leído… era el de mi marido. –Se tragó el nudo que le estrechaba la garganta–. Mi marido fallecido.

Era la primera vez que decía esa frase, y sintió las palabras incómodas, crueles y erróneas.

–Lo entiendo –dijo la recepcionista.

Helen vio como el dedo de la mujer se deslizaba hacia la tecla de suprimir, en el teclado, para eliminar el número de Tom, y en un movimiento rápido desapareció. Así era como iba a ser a partir de entonces, pensó. Tom iría desapareciendo en pequeñas dosis: su nombre borrado de la pantalla de un ordenador en el veterinario, sus datos suprimidos en la biblioteca, su vida archivada en los registros.

–Ya puede irse, señora Dexter.

Helen salió de la clínica veterinaria y encontró a Jimmy esperándola justo delante de la puerta, con el motor en marcha. Subió al asiento del copiloto.

–¿Quieres conducir? –le ofreció él.

Ella negó con la cabeza.

–No, no creo que sea capaz. La conmoción me ha dejado fuera de juego. Gracias, Jimmy. Gracias por todo lo que has hecho.

Sacó el coche del aparcamiento y se metió en la carretera.

–¿Saldrá de esta? –preguntó.

Helen miraba por la ventanilla sin fijarse en nada en concreto.

–Eso espero. La van a tener en observación toda la noche y me han

dicho que me llamarán si hay alguna novedad. ¿Tienes animales, Jimmy? Gira a la izquierda.

–No, yo no –respondió, poniendo el intermitente izquierdo para girar hacia la calle principal que llevaba de vuelta al Seaview Hotel–. Teníamos un hámster, recuerdo, cuando Jodie era pequeña.

–¿Jodie es tu hija?

–Sí, con la que veníamos a menudo de vacaciones al Seaview Hotel. A la que solía encantarle bailar con tu marido.

–Ojalá pudiera recordarla, pero hemos tenido muchos clientes a lo largo de todos estos años. ¿Tiene su propia familia ahora? ¿La ves a menudo?

El coche llegó a un semáforo justo cuando se ponía rojo. Jimmy frenó con un poco más de brusquedad de la que esperaba Helen.

–Preferiría no hablar de ella, si no te importa.

Condujo el resto del camino en silencio.

Capítulo 24

De vuelta en el Seaview Hotel, Helen y Jimmy se fueron al bar. Fuera, la lluvia había parado, aunque el cielo seguía oscuro. –Tengo que ir a Paradise –dijo Helen.

Jimmy le lanzó una mirada extrañada.

–¿Perdón?

–Paradise. Está arriba, en el centro del pueblo; es una pequeña calle preciosa –le explicó–. Es donde dejé a Suki mientras entraba en la iglesia. Salí y me la encontré comiendo unas patatas del suelo. Quizá pueda encontrar algunos restos; puedo recogerlos y meterlos en una bolsa, y llevarlos al veterinario. Podrían analizarlos, ¿no? Les ayudará saber lo que ha comido. Sé que las patatas no estaban allí cuando até a Suki a la verja. Jamás la habría dejado cerca de comida, sé lo que le gusta engullir cualquier cosa del suelo.

–¿Estás segura de que eso les será de ayuda? –le preguntó Jimmy–. ¿Te ha pedido el veterinario que le lleves la comida?

–No, pero quiero hacer todo lo posible por descubrir qué le ha pasado –dijo Helen–. No me puedo quedar aquí de brazos cruzados esperando a que suene el teléfono.

–¿Quieres que vaya contigo?

–Gracias, pero estaré bien sola.

–Bueno, perdona que te lo diga, Helen, pero no tienes aspecto de estar bien. Te has llevado un buen susto.

–Esta semana ha sido uno detrás de otro.

–Creo que a los dos nos iría bien algo de aire fresco –afirmó Jimmy–. Y la verdad es que me gustaría conocer un poco más de Scarborough. Cuando solía venir aquí con mi familia hace tantos años, nunca nos alejábamos demasiado del paseo marítimo y de la playa.

–¿Estás seguro de que quieres venir?

–¿Está lejos? ¿Hay que ir en coche?

Helen hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Son solo cinco minutos a pie, pasada la tumba de Anne Brontë.

–¿Anne Brontë, la escritora famosa? ¿La que escribió *Cumbres borrascosas*?

–Esa fue Emily, su hermana. Anne escribió *La inquilina de Wildfell Hall*. Es un buen libro.

–Me temo que no lo había oído nunca –admitió Jimmy–. Leer no es lo mío.

–Bueno, si estás seguro de que quieres venir…, me iría bien tener compañía. Gracias, Jimmy.

Caminar siempre ayudaba a Helen a despejar la mente. Y en esa ocasión, aparte de buscar pistas que pudieran arrojar algo de luz sobre lo que había comido Suki, tenía la esperanza de que Jimmy se abriera, y así conocer más aspectos de su persona. Había algo que le estaba ocultando, de eso no tenía duda, y le causaba inquietud.

Cogió el paraguas que había dejado en el vestíbulo y revisó su teléfono por si el veterinario le había dejado algún mensaje, pero no había nada. Salieron y caminaron en silencio durante un rato hasta que Jimmy empezó a hacerle preguntas sobre el centro del pueblo y el puerto, el castillo y la historia de Scarborough. Helen estaba feliz de poder compartir con él sus conocimientos y aprecio por el pueblo. Intentó desviar la conversación hacia el desconocido con el que había estado hablando Jimmy fuera del Glendale, pero, igual que antes, cambió rápidamente de tema. Helen se sentía frustrada, pero sabía que, si seguía insistiendo en ese tema, él se cerraría en banda.

Llegaron a la iglesia y a la verja donde Helen había atado a Suki, pero, como se temía, no había ni rastro de comida.

–Estaba aquí –le señaló–. Pero ya no queda nada. Esas voraces gaviotas probablemente se lo hayan comido. Sabía que me estaba agarrando a un clavo ardiendo. –Levantó la mirada hacia el cielo–. No podría soportar perder a Suki. No sé qué haría sin ella. Ha sido mi punto de apoyo desde que Tom enfermó.

–El veterinario hará todo lo que pueda –dijo Jimmy para consolarla–. Está en las mejores manos posibles. Sabe lo que se hace.

–Sé que tienes razón, pero no puedo dejar de preocuparme. –Helen miró hacia delante, donde los aguardaban los adoquines de Paradise–. ¿Tienes que volver, Jimmy? ¿O te gustaría un *tour* guiado por el casco antiguo mientras estamos aquí? Me ayudaría a no pensar en Suki.

Se sintió aliviada cuando él aceptó el ofrecimiento, y marcharon hacia las calles estrechas y zigzagueantes. Helen señalaba hacia las cabañas destartaladas construidas por los pescadores que, en su día, llevaban a Scarborough arenques y atún. El paseo terminó cuando la lluvia comenzó a caer de nuevo. Helen abrió el paraguas y lo inclinó hacia Jimmy para que pudiera resguardarse también.

Cuando volvieron al Seaview Hotel, Jimmy se quitó el abrigo mojado en el vestíbulo.

–Mmm…, la bolera esta noche… –titubeó–. No sé si te gustan los bolos ni si te gustaría ir conmigo; quizá sea un buen plan para la noche, nos distraería la mente después de un fin de semana bastante desagradable para los dos.

–Ay, creo que no –empezó a decir Helen.

Seguía dándole vueltas a lo reticente que se había mostrado Jimmy a la hora de explicarle quién era la persona con la que había estado hablando enfrente del Glendale.

–He leído que también preparan comida –continuó–. Quizá podríamos ir a probarla.

–Jimmy, es muy amable por tu parte, pero tengo que quedarme aquí.

Esbozó una sonrisa bondadosa.

–¿Y preocuparte por Suki toda la noche?

Helen se quedó pensativa un momento. Miró a Jimmy, su expresión abierta, su sonrisa amigable y su rostro atractivo. ¿Qué secretos ocultaban aquellos ojos enternecedores? Quizá una noche con él en la bolera podía hacer que se relajara y se abriera.

–En eso tienes razón –le concedió. Echó un vistazo a su teléfono–. Todavía sin noticias del veterinario.

–¿Por qué no los llamas y así te quedas más tranquila? Y luego, si quieres ir conmigo esta noche, podemos quedar en el bar… ¿a eso de las seis? Si decides no presentarte, iré yo solo. Sin presión, solo es una invitación abierta que puedes rechazar si quieres. ¿Qué te parece?

–Me parece genial. Gracias, Jimmy.

Jimmy subió a su habitación y Helen bajó a su apartamento, donde llamó al veterinario de inmediato. Suki estaba durmiendo, según le dijeron, y querían mantenerla en observación durante la noche por si volvían las convulsiones. Colgó y se preparó un sándwich. Se dio cuenta de que no había comido nada desde el desayuno; el día había pasado como un soplo. Sopesó la invitación de Jimmy de ir a la bolera. Había disfrutado de su compañía paseando por el centro y la había ayudado a salvarle la vida a Suki. Si aceptaba su ofrecimiento, pensó de nuevo, podía ser una oportunidad ideal para que se relajara un poco y se abriera, y así descubrir de una vez por todas si le estaba contando la verdad.

Más tarde, en la bolera, Helen y Jimmy se sentaron uno enfrente del otro en una mesa al lado de la barra, observando cómo jugaban en las pistas. Jimmy se había ofrecido a pagar las bebidas y la cena. Por más que Helen insistió en pagarse lo suyo, él no dio su brazo a torcer.

–Soy de la antigua usanza, Helen, déjame hacerlo.

Ella levantó la copa de vino blanco seco.

–Gracias, Jimmy –le dijo.

Mientras esperaban la comida, hablaron sobre los juegos de bolos, manteniendo una conversación neutral y sin meterse en terrenos pantanosos. Pero Helen estaba decidida a descubrir qué tipo de hombre era Jimmy. Era amable, eso estaba claro, y la había ayudado a salvarle la vida a Suki. También era atractivo, con un arrebatador encanto que ella había sentido desde el mismo momento en que había cruzado la puerta del Seaview Hotel. Pero había otra cosa, algo que no era capaz de descifrar. Quería saber más de él; quería confiar en él de verdad y apartar las sospechas de su mente. Pero, como había

sucedido antes, cuando Helen sacó a relucir el tema del Glendale, Brian y Traveltime, Jimmy desvió la conversación con el pretexto de que esperaba que pudieran pasar unas horas juntos sin pensar en el perturbador asesinato de uno de sus amigos.

–Por supuesto, lo siento –se disculpó Helen.

–Dejemos que se encargue la Policía –concluyó Jimmy.

El resto de la velada pasó gratamente, con una conversación que fluía con naturalidad sobre temas que abarcaban desde las atracciones turísticas de Scarborough hasta la ciudad natal de Jimmy, cerca de Londres. Como la propia Helen tuvo que admitir más tarde, aquella fue una de las noches más agradables que había disfrutado desde hacía mucho tiempo.

A la mañana siguiente, Helen ojeaba su teléfono constantemente, esperando un mensaje del veterinario. Estaba que se subía por las paredes, preocupada por Suki, y no había podido dormir nada. Había llamado a la clínica veterinaria en cuanto se había despertado, pero le habían dicho que le devolverían la llamada tan pronto como hubieran explorado a Suki. Estaba sentada en un taburete junto a la encimera de la cocina, hablando con Jean, que estaba preparando el desayuno.

–¿Fuiste adónde? –preguntó Jean, subiéndose las gafas por el caballete de la nariz–. ¿Tú? ¿A la bolera? No sabía que te gustaran esas cosas.

–Ni yo tampoco –dijo Helen–. Pero, después de todo lo que ha ocurrido en los últimos dos días, una noche fuera es lo que necesitaba para distraer mi mente.

–¿Y fuiste con tu huésped, el imitador de Elvis?

Helen advirtió el tono inquisitivo de Jean.

–Jimmy. Es un hombre agradable.

–¿Y no hay nada más entre tú y él?

–Jean, ¿por quién me tomas? –la reprendió Helen–. No tengo ninguna intención de empezar nada con nadie, y mucho menos con uno de mis huéspedes. No estoy preparada para una nueva relación, es demasiado pronto para eso.

–Y la vida es demasiado corta para no hacerlo –replicó Jean sabiamente mientras abría la puerta de la nevera–. Y bien, ¿qué se supone que debo hacer con estas salchichas vegetarianas?

–Mételas en el congelador –le dijo Helen–. Y deja de cambiar de tema. Ya sabes que Tom era mi vida. No quiero a nadie más, todavía estoy de luto, Jean. Jimmy es un buen hombre, nada más. Disfrutamos mutuamente de nuestra compañía. Fin de la historia.

Jean abrió un paquete de salchichas de cerdo.

–Cuando mi Archie murió, tenía a tres tipos detrás de mí, ¿sabes? Clive solía acercarme al bingo los viernes por la tarde; John me llevaba al cine una vez a la semana, a la sesión especial para los

pensionistas, en la que nos daban gratis una taza de té, y Malcolm me invitaba a bailar al *spa*. Lo pasaba bien, pero a ninguno le prometí nada más allá de estar con ellos dos horas a la semana. Me funcionó bien durante un tiempo. Hacía que no me encerrara en mí misma; me sacaban de casa, evitaban que pensara demasiado y que cayera en una depresión.

–¿Qué ocurrió? ¿No quisiste comenzar nada serio con ninguno de ellos?

Jean negó con la cabeza.

–No. Archie era mi vida. Nadie podría haberlo reemplazado jamás.

–Y así es exactamente como me siento yo con Tom.

–Eso no significa que no te lo puedas pasar bien con Jimmy.

–No me lo quiero pasar bien con nadie, al menos no de la manera que pareces estar insinuando. Ya te he dicho que no estoy preparada para salir con nadie todavía, y no sé si lo llegaré a estar algún día.

–Ah, llegará con el tiempo, ya verás –le aseguró Jean–. Bueno, ¿una salchicha o dos?

–Dos para Jimmy. Jean, ¿puedes meter un par en la parrilla para mí, y hacerme un huevo pochado y unas judías? Tengo que empezar a comer de nuevo como es debido.

Jean se la quedó mirando.

–Me alegra oírlo, muchacha, porque ese cuerpo pide que te alimentes un poco más.

El móvil de Helen vibró y, cuando vio el número del veterinario en la pantalla, respondió de inmediato.

–¿Lo está? –soltó una exhalación–. Ay, qué buena noticia. Sí, iré a recogerla. ¿Sabe qué le causó…? No me diga. ¿Quién sería tan cruel de hacer algo así? Bueno, muchísimas gracias. Sí, por supuesto. ¿Seguro de mascotas? No. Ah. ¿Cuánto? ¿En serio? Llevaré la tarjeta de crédito. Hasta luego. Y gracias de nuevo por todo.

–Suki se está recuperando, no? –dijo Jean cuando Helen colgó.

–Está bien, gracias a Dios.

Pero se le ensombreció el semblante.

–¿Qué pasa? –preguntó Jean.

–Dicen que la han envenenado. Esas patatas que se comió tenían algún tipo de sustancia tóxica. ¿Quién haría algo así?

–Hay gente muy rara suelta por ahí –afirmó Jean.

La noticia de que Suki estuviera lo suficientemente bien como para que pudiera ir a buscarla alegró inmensamente a Helen. Estaba sirviendo té de la tetera para ella y Jean cuando la puerta de la cocina se abrió y entró Sally. A su lado iba su hija pequeña, agarrada firmemente a su mano.

–Helen, lo siento mucho, he tenido que traer a Gracie conmigo esta mañana. Mamá tiene una de sus migrañas y no se podía hacer cargo

de ella, y tengo que ir al instituto a entregar una tarea cuando haya acabado aquí. No hay nadie más con quien pueda dejarla. Espero que no te importe. Solo tengo que limpiar una habitación, según me dijiste, y los espacios comunes. No me llevará mucho rato. Se quedará sentada y callada esperándome, te lo prometo.

–No molestaré –pio Gracie.

–Claro que no me importa –la tranquilizó Helen–. Ya sabes que me encanta tenerla aquí.

–¡Tía Helen! –gritó Gracie, y se soltó de la mano de Sally y salió a la carrera hacia Helen.

–¡Gracie, no corras! –la regañó Sally.

–La llevaré al comedor –dijo Helen.

–Te llevaré el desayuno cuando esté hecho. –Jean se giró hacia Sally–: ¿Le hago a Gracie un huevo y que moje pan?

–Jean, eso sería una pasada, gracias.

Helen cogió a Gracie de la mano y la guio fuera de la cocina. Mientras entraba en el comedor desvió la mirada hacia las puertas que daban al patio, y recordó el tiesto roto y la huella en la tierra, el desconocido del abrigo con capucha que observaba el bar y el perro de peluche perforado que había llegado con el correo. Y encima habían envenenado a Suki. Un escalofrío le bajó por la espalda. ¿Era posible que todo aquello tuviera alguna relación con la muerte de Brian? ¿Estaría Traveltime empleando tácticas tan turbias para asustarla y obligarla a vender? No podía evitar sentirse inquieta y molesta.

Ayudó a Gracie a quitarse la chaqueta, luego colocó a la niña en el sofá para que viera unos dibujos animados en el televisor, intentando distraerse con el placer de cuidar a su sobrina honoraria. Entonces sonó el teléfono otra vez. Era Marie.

–Los tengo.

–¿Los zapatos de gamuza azul? –preguntó Helen.

–Así es.

–Tráelos y decidiremos qué hacer.

–¿Ahora?

–Más tarde. Tengo que ir al veterinario antes para recoger a Suki.

–¿No se encuentra bien?

–Está… Mira, Marie, he tenido un fin de semana nefasto, con el asunto de Brian… –Miró a Gracie, que estaba enfrascada en las proezas de un pato amarillo poniéndose un traje de astronauta. Sabía que tenía que ser prudente con lo que decía. Aquellas orejillas tenían fama de prestar atención a cosas que se suponía que no tenían que oír–. Bueno, ha sido una locura, con todo lo que ha ocurrido. Y sé que, con esto, vas a pensar que estoy loca o paranoide, pero…

–¿Qué pasa, Helen?

Helen alejó su cabeza de Gracie y susurró al teléfono:

–Creo que alguien ha envenenado a mi perra.

Capítulo 25

–¿Dónde está Suki? –preguntó Gracie cuando Helen hubo colgado.

Helen se sentó en el sofá junto a la niña.

–No se encontraba muy bien, Gracie, y está en el hospital de los animales. Pero esta mañana está mejor y en nada volverá a casa.

–¿Tenía mal la patita? Porque mi gato tuvo mal la patita, y yo sé cómo arreglarlo.

–¿Ah, sí?

–Lo arreglé yo solita, tía Helen. Envolví el pañuelo de mami alrededor de su pobre patita. –Gracie paseó la mirada alrededor del comedor de Helen–. No tienes juguetes en casa. ¿Por qué no, tía Helen? Yo tengo muchos juguetes en casa.

–Bueno… –empezó a decir Helen, intentando encontrar las palabras adecuadas para responder–, es porque no tengo niños en casa.

Gracie abrió los ojos como platos y se la quedó mirando.

–¿Por qué no?

A Helen le dio un vuelco el estómago. ¿Cómo narices iba a salir de aquella?

–Porque ya tengo bastante con cuidar de Suki, y además te tengo a ti cuando vienes de visita.

La respuesta pareció satisfacer a Gracie.

–¿Suki tiene algún juguete?

–Tiene una pelota que persigue por la playa.

–Yo tengo una pelota, es rosa con princesas. También tengo un vestido de princesa. ¡Tengo tantas princesas en mi vida!

Gracie soltó un largo suspiro, como si la responsabilidad por el bienestar de tan ilustres personajes fuera una carga para ella.

Helen se alegró de que el tema se hubiera desviado de lo que podría haber acabado siendo una conversación peliaguda sobre Tom y la muerte; una conversación que no quería mantener con una niña de cuatro años.

Tras acurrucarse Gracie al lado de Helen, las dos siguieron mirando la televisión durante un rato. Se quedaron sentadas en silencio, disfrutando de la mutua compañía, hasta que la pequeña se giró hacia Helen otra vez.

–Mami dice que el tío Tom se ha ido a vivir con los ángeles.

Helen se inclinó y la besó en la coronilla.

–Es verdad.

–¿Cuándo volverá?

–Ay, cielo, no va a volver.

Gracie abrió mucho los ojos, intentando encontrarle sentido.

–Les debe de gustar mucho a los ángeles si quieren quedarse con él –dijo.

Helen sonrió.

–Sí, eso creo.

Y luego la niña se centró en la televisión de nuevo, embelesada con las peripecias de un ratón de color naranja chillón que caminaba sobre la cuerda floja en un circo. Había dejado aparcado el tema; no hablaron más de Tom ni de la falta de juguetes. Helen se sintió algo reconfortada al saber que, según Gracie, Tom estaba viviendo feliz entre los ángeles. Eso era lo único que tenía que saber.

Jean entró sosteniendo una bandeja que contenía el desayuno caliente de Helen, y un huevo pasado por agua con una tostada para Gracie.

–Gracias, Jean, te lo agradezco encarecidamente –declaró Helen.

–No es nada, tesoro.

Gracie cogió su plato y rompió el huevo con la cuchara antes de mojar las rebanadas de pan tostado con mantequilla en la yema, que se desparramaba.

–Me encantan los huevos, tía Helen –le informó–. Y me encanta Suki, y te quiero a ti, y quiero a mi mami.

–Yo también te quiero, Gracie –dijo Helen, y engulló la comida más sabrosa y saciante que había tomado desde que había vuelto de Escocia.

Después de que Jean se hubiese acabado el desayuno y Sally hubiese terminado de limpiar, esta asomó la cabeza por la puerta del comedor.

–¿Un café, Helen?

–Sí, por favor –respondió–. Gracie, vamos a ver a mamá a la cocina. Pero recuerda que no puedes correr por allí.

Gracie saltó del sofá de un brinco y se aferró a la mano de Helen mientras se dirigían a la cocina.

–Parecía estar más animado esta mañana –le comentó Sally a Helen.

–¿Quién?

–Tu huésped. Elvis. Estaba de buen humor cuando le he llevado el desayuno; me ha estado preguntado sobre Scarborough, sobre cuál era el mejor *fish and chips* de la zona, ese tipo de cosas. Tenía la lengua suelta.

–Como si algo… o alguien le hubiese dado energía –intervino Jean.

Helen decidió ignorar el comentario.

–En cualquier caso, cambiando de tema, ya he hablado con Miriam.

–Ah, ¿entonces no la han encerrado? –preguntó Jean.

–¿A quién han encerrado? –quiso saber Gracie.

–A nadie, cariño –dijo Sally, poniendo los ojos en blanco.

–La soltaron después de interrogarla, pero no está libre de culpa todavía. Será sospechosa hasta que descubran quién lo hizo.

–¿Qué ha pasado, mami? –preguntó Gracie.
–Nada, mi amor –contestó Sally, negando con la cabeza.
–Me dijo que podrías echarle una mano, espero que no te importe. Te pagaría la tarifa habitual.
Sally se encogió de hombros.
–No me importa dónde trabaje mientras me paguen.
–Es solo durante el tiempo que no haya mucho que hacer aquí, hasta que vengan las primeras reservas de Semana Santa.
–Jesús trae huevos de chocolate en Semana Santa –apuntó Gracie.
–¿Cuándo me necesita? Hoy no puedo, Helen; me avisas con muy poco tiempo. Tengo que pasar por el instituto. La fecha límite para entregar la tarea es esta mañana y, si no lo hago, me meteré en un lío.
–Será a finales de esta semana. Le llega un grupo de señoras que viene de Durham. Te llamaré para confirmártelo.
Después del café y las galletas, Jean y Sally se marcharon. Helen las acompañó hasta la puerta.
–Adiós, tía Helen –se despidió Gracie.
Helen dijo adiós con la mano.
–Hasta mañana, Jean, Sally.
Mientras miraba cómo se alejaban por Windsor Terrace, divisó a Jimmy, que caminaba hacia el Seaview Hotel.
–Vengo de dar un paseo por la playa –le explicó–. Es una maravilla lo que hay ahí abajo.
–¿A que sí? –Helen sonrió–. Soy muy afortunada de tenerla al lado de casa.
–¿Has dormido bien? –inquirió él.
Aquella familiaridad la pilló por sorpresa.
–Sí, gracias. ¿Y tú?
–Como un tronco. ¿Cómo está Suki hoy?
–Recuperándose por completo, gracias a ti.
Jimmy se encogió de hombros.
–Ah, no fue nada. Solo hice lo que cualquier persona con dos dedos de frente haría.
–Bueno, no tengo palabras para expresarte lo mucho que aprecio tu ayuda.
–¿Sabes?, me lo pasé muy bien anoche. Hacía mucho tiempo que no…
Se quedó callado y le sonrió a Helen, que supo instintivamente a qué se refería.
–También hacía mucho tiempo para mí. Jamás pensé que una bolera pudiera ser tan interesante. Gracias, Jimmy.
La noche que habían pasado fuera le había ayudado a Helen a formarse una opinión de Jimmy. Había logrado conocerlo mejor y, lo que era más importante, especialmente después de lo que él había

hecho para salvarle la vida a Suki, sentía que podía confiar en él. Bueno, al menos un poco. Todavía tenía la mosca detrás de la oreja a causa de la persona con la que lo había visto hablando fuera del Glendale.

–Ah, me ha llamado Mandarina –informó Jimmy–. Su esposa es muy amiga de la de Brian y ha estado consolándola; la pobre mujer está fatal. Mandarina te envía saludos. Y Colin me escribió y me pidió que te mandara recuerdos también.

–Me alegra oírlo, gracias.

Helen observó a Jimmy mientras subía a su habitación. Estaba a punto de irse hacia su apartamento cuando sonaron los compases de la canción de Elvis *Rock-A-Hula Baby* que llegaban de lo alto de las escaleras: era el tono de llamada del teléfono de Jimmy. Entonces oyó que hablaba mientras acababa de subir: –No me vuelvas a llamar. No vas a sacarme más. Ya te dije la última vez que te había dado suficiente.

La puerta de su habitación se abrió y se cerró con un portazo. ¿Qué diantres estaba pasando? ¿Justo cuando parecía que estaba más cerca de conocerlo, descubría que guardaba más secretos? Era como si su amistad diera siempre un paso adelante para luego desandarlo. Pero no podía perder el tiempo dándole más vueltas, puesto que tenía que conducir hasta el veterinario para recoger al único ser en su vida en el que podía confiar a ciegas. Cogió el abrigo y el bolso, subió al coche y se fue a buscar a Suki.

–Estará bien. Que descanse hoy, y dele solo comida blanda –le indicó el veterinario.

Suki se arrimó a Helen y gimoteó cuando abrió la puerta del maletero. No tuvo que persuadirla para que entrara. Saltó hacia dentro directamente, moviendo la cola con energía. Helen estaba a punto de subir al asiento del conductor cuando le sonó el teléfono. Se sorprendió al ver el número de la inmobiliaria Benson en la pantalla.

–Helen Dexter, dígame –habló con un claro deje de frustración.

Lo único que quería hacer en aquel momento era llevar a Suki a salvo a casa. Creía que había terminado con Benson. ¿Qué querrían? ¿Tendría esa llamada alguna relación con el seguimiento que estaba haciendo Hutchinson sobre la oferta del misterioso comprador?

–Ah, señora Dexter.

Era la voz empalagosa de Frederick Benson.

–¿Qué pasa ahora? –le soltó.

–Ay, por favor, señora Dexter, no hay ninguna necesidad de mostrarse tan descortés.

Helen raspó impacientemente con el pie la gravilla del aparcamiento, esperando que el hombre fuera al grano.

–Me pilla con prisa, señor Benson.

–Entonces no le robaré demasiado tiempo. Llamaba para comunicarle que hemos recibido otra oferta de la persona interesada en comprarle el Seaview Hotel.

–Ya le he dicho que no está a la venta.

–Claro, señora Dexter; pero, si algo he aprendido en los más de treinta años que me dedico al sector inmobiliario, es que todo tiene un precio. Me ha contado un pajarito que la puntuación de las reseñas en línea del Seaview Hotel se está desplomando desde que han asesinado a uno de sus huéspedes.

Helen agarró el teléfono con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

–Ese tipo de cosas pueden ser malas para un negocio, y llevarían a cualquier persona con dos dedos de frente a pensar en vender y seguir con otra cosa –añadió.

–Pues a mí no –masculló Helen.

–Mejor no nos apresuremos, señora Dexter. Como le he dicho, hemos recibido otra oferta…

–¿De la cadena Traveltime?

–Me temo que no le puedo revelar los detalles de mi cliente. Por supuesto, la oferta vigente no es tan alta como la que ofreció la otra vez. Pero, dadas las circunstancias, mi cliente cree que es un precio justo por un hotel que se ha visto salpicado por un escándalo y que tal vez nunca se recupere.

Helen le dio una patada a la gravilla, y las pequeñas piedras salieron disparadas por doquier.

–Ahora escúcheme, señor Benson…

–No, señora Dexter, escúcheme usted a mí –la interrumpió. Su voz pasó de empalagosa a amenazante–. Piénseselo seriamente. Es la oferta final de mi cliente, y su última oportunidad de vender y dedicarse a otra cosa y hacer algo con su vida. Porque, si se queda en el Seaview Hotel, las cosas podrían ponérsele incluso más complicadas.

–¡Cómo se atreve! –gritó Helen.

Pero era demasiado tarde, el agente inmobiliario ya había colgado. Se quedó paralizada unos segundos esperando a que su acelerado corazón se calmara, haciendo surcos con las botas en la gravilla. Algo siniestro estaba teniendo lugar, algo que ella no entendía. Tenía miedo, estaba nerviosa, pero, por encima de todo, estaba decidida a no dejarse intimidar para vender su querido hotel.

Cuando aparcó fuera del Seaview Hotel, vio el coche deportivo rojo cereza de Marie estacionado delante del hotel y a ella en el asiento del conductor. Tocó el claxon para llamar la atención de su amiga, y Marie salió con una bolsa de plástico en la mano. Helen ató la correa al collar de Suki y la perra salió del coche de un salto.

–¿Cómo está la chucha? –preguntó Marie.

–Parece que bien –respondió Helen–. ¿Hace mucho que esperas?

Marie hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Acabo de llegar.

Helen señaló la bolsa que llevaba en la mano.

–¿Son los zapatos?

–Sí.

Helen le echó una ojeada nerviosa a la calle antes de marcar el camino hacia el Seaview Hotel. Abrió la puerta y ya estaba a punto de entrar cuando se dio cuenta de que había un sobre encima del felpudo. No le pareció raro, pues, probablemente, el cartero había pasado mientras estaba fuera. Pero no era el típico sobre delgado marrón o blanco que indicaba que se trataba de una factura pendiente de pago, o de una reserva que entraba por correo postal o quizá un requerimiento para el abono de impuestos. Era un insólito sobre cuadrado y negro. Se agachó, lo recogió y le dio la vuelta. En la parte de delante, escritas con tinta plateada, estaban las palabras SEÑORA DEXTER, SEAVIEW HOTEL. Suki tiraba de la correa, así que Helen se metió el sobre en el bolsillo del abrigo y se dirigió escaleras abajo, con Marie detrás de ella.

Suki deambuló por todo el apartamento, olisqueando, habituándose a estar en casa de nuevo, antes de echarse al lado de las puertas del patio, donde empezó a roncar al cabo de poco.

–Veamos los zapatos –dijo Helen.

Marie abrió la bolsa.

–¿No los has tocado, verdad?

–Usé unas pinzas para levantarlos, ya sabes, las que se usan para darle la vuelta a las salchichas. No tienen mis huellas marcadas, pero tendrán las de Daran. Se los he mangado cuando no miraba, mientras metía sus cosas en la maleta para irse.

–¿Crees que ya se habrá mudado con Sandra DeVine?

–No lo sé y, sinceramente, no me importa –repuso Marie–. De lo único que estoy segura es de que lo tendría que haber echado de una patada hace años.

Helen escudriñó la bolsa y vio dos zapatos grandes y toscos de gamuza azul. Tenían unas suelas gruesas de goma y estaban atados con cordones azules.

–Esto podría ser lo que la Policía necesita para atrapar al asesino –dijo ella–. Voy a llamar al agente Hutchinson ahora mismo y a avisarle de que vamos de camino.

Metió la mano en el bolsillo en busca del móvil, pero encontró el sobre que había recogido en el felpudo de la entrada. La cabeza le iba a mil por hora; tenía muchas cosas en las que pensar, y lo último que necesitaba eran las emociones que despertaría en ella lo que parecía

ser una tarjeta tardía de condolencia por la muerte de Tom. La abrió a regañadientes.

–¿Qué es eso? –preguntó Marie.

Helen se quedó mirando boquiabierta la tarjeta, que mostraba una imagen funeraria de lirios. Dentro había un mensaje corto, escrito a mano, que le produjo un escalofrío que le recorrió toda la espalda.

–¿Helen? ¿Qué es?

Le pasó la tarjeta a Marie para que pudiera leer por sí misma el mensaje.

–«Seaview Hotel. D. E. P.» –pronunció Marie–. Alguien tiene un sentido del humor enfermizo. ¿Quién diantres te mandaría algo así?

–Alguien que quiere tirar abajo el hotel y demolerlo –respondió Helen, con los engranajes de la cabeza girando a toda velocidad–. Tiene que ser de la persona que está detrás de Traveltime.

Le quitó la tarjeta a Marie, la hizo añicos y se acercó al cubo de la basura de la cocina para tirar los papelitos y el sobre.

–Bueno, sea quien sea la persona que está detrás no me va a amilanar –aseguró, con más osadía de la que sentía en realidad.

Helen y Marie se dirigieron a la comisaría de policía en el coche de Marie. Le dejaron los zapatos de gamuza azul al agente Hutchinson, y Marie prestó declaración sobre cómo habían llegado a sus manos. Hutchinson arqueó las cejas cuando oyó el nombre de Daran Clark. Por su parte, Helen le contó que habían envenenado a Suki –era demasiada coincidencia, después de haber recibido el perro de peluche atravesado por la aguja– y le habló también de la tarjeta con los lirios que acababa de recibir.

A Hutchinson no le gustó saber que había destruido la tarjeta y la reprendió por no habérsela llevado, ya que podía contener alguna pista útil.

Cuando salieron de la comisaría, Helen le preguntó a Marie si le apetecía ir a tomar un café al pueblo.

–No puedo, cielo. Tengo que volver al salón de manicura. Y ya que lo menciono, pásate cuando quieras y te regalaré un tratamiento. Tienes que empezar a pensar en arreglarte un poco más, Helen. No puedes ir por ahí vestida medio de luto toda la vida.

Helen bajó la vista hacia sus tejanos azules y sus botas negras.

–¿Luto?

–Ya sabes a qué me refiero. Deberías considerar el hacerte un cambio de imagen, al igual que quieres renovar el Seaview Hotel. Tienes que ponerte en el mercado de nuevo, exponer tus mejores productos en el aparador principal; eso es lo que solía decir mi madre.

Helen se llevó una mano al pelo.

–No quiero un cambio de imagen. No hay nada malo en mi aspecto…, ¿no?

–Como tu hotel, tu aspecto está atrapado en los ochenta –le dijo Marie.

–La delicadeza no es lo tuyo, ¿eh? –se rio Helen.

–Lo siento, cariño, pero te iría bien un cambio. ¿Qué me dices de ponerte rubia?

–Ni en sueños. Soy morena y así moriré.

–Entonces, ¿por qué no pruebas algo más corto, tipo *pixie*?

–¡Pero me gusta mi media melena! Se ve arreglada y limpia. La estilista de Chez Margery me la cuida bien. Ya sabes que no tengo demasiado tiempo para ocuparme del cabello y el maquillaje cuando tengo que dirigir el Seaview Hotel.

–Bueno, pues déjame que te lleve de compras. Podríamos coger el tren hasta York, pasar el día y comer allí.

–Marie, escúchame, por favor. Soy feliz tal y como estoy. Además, dudo que me pudiera permitir las tiendas de ropa a las que me llevarías.

–En fin, tienes que hacer algo para salir de la rutina en la que te has metido. Además, te ayudaría a distraer la mente de todo lo que está pasando con Traveltime. Y nunca sabes cuándo le puedes llamar la atención a un tipo atractivo, una vez que hayas superado el luto.

–No empieces tú también. Jean me ha estado avasallando con lo mismo. No estoy preparada para nada de eso. Ni sé si lo estaré algún día. O si lo quiero estar. Aunque…

Marie arqueó una ceja perfectamente delineada.

–Aunque… ¿qué?

–Anoche salí con un hombre.

–¡Helen Dexter! Quién te ha visto y quién te ve. ¿Y quién es él?

–Elvis Uno.

–¿Tu huésped?

–Jimmy, sí. Fuimos a la bolera y comimos algo. No fue nada, solo somos amigos. Es un hombre muy agradable.

–¿Te llevó a cenar fuera?

–Comí un poco de pastel de carne con patatas y salsa, Marie. Apenas se le puede llamar «cena». Y me ayudó a llevar a Suki al veterinario, incluso se podría decir que le salvó la vida.

–¿De verdad crees que alguien la envenenó deliberadamente?

–Creo que alguien quiere asustarme para que venda, y esta vez fueron a por Suki. Me debieron de seguir desde el Seaview Hotel hasta la iglesia. Me pone los pelos de punta pensar que alguien está vigilando mis movimientos.

–¿Opinas que los de Traveltime están detrás de esto?

–Ya has oído lo que acabo de contarle a Hutchinson. ¿Quién podría ser, si no? Las llamadas de los agentes inmobiliarios Benson, la extraña oferta de Brian, el intruso, el estrafalario perro de peluche

atravesado por la aguja, y ahora la tarjeta. Todo esto tiene que estar relacionado, estoy segura.

–Deberíamos pedirle al agente Hutchinson que te proporcione un guardia de seguridad para ti en el hotel.

–Tonterías –replicó Helen–. Como si fueran a gastarse dinero y recursos en mí. No, Marie, el Seaview Hotel es mío. Tengo que lidiar con esto yo sola. No puedo ceder ahora.

–¿Crees que le tendríamos que haber contado a Hutchinson que Sandra DeVine estuvo en el Seaview Hotel con Brian la noche antes de que lo mataran?

–No –respondió Helen con firmeza, recordando lo que Jimmy le había dicho sobre mantener en secreto, de momento, el lado mujeriego de Brian–. Tengo planeado hablar con Sandra yo misma. Por lo que sé, todavía trabaja en la freiduría y voy a ir allí esta noche. Le preguntaré directamente qué sabe de Brian y averiguaré si me está mintiendo o no.

–¿El temblor en la comisura del labio? –dijo Marie.

–Por supuesto. Mira, Marie, he estado dándole vueltas a la idea de instalar un circuito de cámaras de vigilancia, y ahora estoy convencida de que es el momento de hacerlo. Ayudará a que me tranquilice un poco.

–Te enviaré un mensaje con el número de Gav –se ofreció Marie–. Tiene mano para encontrar e instalar cosas de esas.

–¿Me hará precio de amigo? No me puedo permitir gastar mucho.

–¿Acaso te puedes permitir no hacerlo? –rebatió sabiamente.

Helen suspiró.

–Es lo que hay que hacer, ¿verdad?

–No hay otra.

Marie echó un vistazo a su lujoso reloj de plata y le dio un beso a Helen en la mejilla.

–Tengo que irme corriendo. Cuídate, Helen. Y si te dice algo la Policía sobre los zapatos, avísame.

Helen caminó desde la comisaría de policía hasta Westborough, la principal avenida comercial del pueblo. Al final de la calle giró a la derecha, hacia la estrecha Huntriss Row, y se dirigió a Bonnets, su cafetería preferida. Tenía más de cien años; era un pequeño lugar pintoresco, donde el aroma a chocolate casero le dio la bienvenida. Sorteó las mesas hasta el mostrador y pidió un café espumoso grande.

–¿Para tomar dentro o fuera? –le preguntó la camarera.

–Me sentaré dentro, en el piso de arriba –contestó Helen.

–Se lo subiré en unos minutos.

Helen subió las escaleras y se instaló en una mesa para dos. Mientras esperaba el café, miró alrededor de la sala. Entonces, le llamó la atención una mujer sentada sola, una mujer con los ojos oscuros, los

labios pintados de rojo pasión, y un pelo negro amontonado en un peinado de colmena, con toda la laca que era capaz de absorber.

Capítulo 26

Sandra DeVine estaba trasteando su teléfono cuando Helen se acercó a ella.

–¿Sandra?

Levantó la vista en un centelleo de sus ahumados ojos.

–¡Helen! Me cago en la leche, ¿cómo estás?

Se contoneó para ponerse en pie y envolvió a Helen en un abrazo. Helen tuvo que hacer un esfuerzo para no ahogarse con la nube del empalagoso aroma a fresa. Sandra la soltó, luego se sentó y le dio la vuelta al móvil, ocultando la pantalla.

–Madre mía, deben de haber pasado…, ¿qué?, ¿dos, tres años desde que nos vimos por última vez? –preguntó.

–Bueno, nos podríamos haber tropezado el fin de semana pasado, cuando pasaste la noche del viernes en mi hotel –contestó ella fríamente.

Sandra se quedó paralizada.

–¿Has venido con alguien?

–No, estoy sola.

–Entonces, siéntate conmigo, por favor.

Helen recogió su chaqueta y el bolso de la mesa, y se instaló en la silla enfrente de Sandra justo cuando la camarera apareció con su café. Se quedó mirando a Sandra fijamente, permaneciendo tranquila y quieta hasta que la camera se alejó lo suficiente para que no pudiera escucharla, y entonces se inclinó hacia delante, por encima de la mesa, y fue directa al grano. Encontrarse casualmente con Sandra DeVine era una oportunidad demasiado buena como para desaprovecharla tontamente.

–¿Qué está pasando?

–Bueno –respondió Sandra con cautela–, me gustaría decirte que qué bien verte y tal, y que nos pusiéramos al día con media hora de cumplidos y bromas; pero, como lo has sacado a relucir directamente, ¿qué quieres decir con que estuve en tu hotel?

–Mira, siento mencionarlo así, pero sé que pasaste en el Seaview Hotel la noche del viernes.

Sandra se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos.

–Ya lo has dicho. ¿Y?

–Y el hombre con el que tú…, bueno, el hombre con el que compartiste cama es el hombre cuyo cuerpo encontraron en Peasholm Park.

El rostro perfectamente empolvado de Sandra se descompuso.

–¡No! –gritó–. ¿El Elvis muerto? ¿Estás completamente segura de que era él?
–Eso me temo.
–¿Sabe la Policía quién lo mató?
–Todavía no –dijo Helen, pensando en los zapatos de gamuza azul–, pero lo descubrirán.
Sandra se reclinó en la silla, pero Helen le hizo señas de que se acercara, para evitar tener que hablar demasiado alto por si acaso alguien las oía.
–Sé lo que estabas haciendo en el Seaview Hotel, Sandra. Sé lo de la página web de citas y el dinero extra que ganas por los servicios que ofreces. Además…, sé de tu relación con Daran Clark.
–¿Daran? No sé a qué te refieres.
Y entonces Helen lo vio: el primer tic en la comisura del labio de Sandra.
–Venga, Sandra, dime la verdad.
–Hago algunos trabajillos para llegar a fin de mes –repuso Sandra a la defensiva–. ¿Te crees que me puedo permitir lucir así con lo que gano en la freiduría? Necesito dinero para mantener a mis hijos. Los dos mayores están en la Universidad de York: uno estudia Física y el otro, Matemáticas. También tengo a Cassandra, que está en el instituto, en Scarborough. Y Adam está preparando los exámenes de acceso a la universidad. Son unos hijos maravillosos, pero ¿acaso sus respectivos padres han dado señales de vida alguna vez y me han ofrecido ayuda? Nunca. Menudo fiasco resultaron ser. He criado a mis hijos yo sola, lo he pagado todo yo, y no pienso escuchar a nadie que me diga que la manera como me gano la vida está mal.
Helen sostuvo las manos en alto.
–Ey, yo no he dicho en ningún momento que estuviera mal. Lo que hagas para ganar dinero es asunto tuyo. Pero no vuelvas a usar el Seaview Hotel.
Sandra asintió, y su colmena se bamboleó.
–Muy bien, me mantendré alejada. ¿Pero por qué has mencionado a Daran Clark?
–Sé que tú y él tenéis una aventura. Soy la mejor amiga de Marie, ¿recuerdas?
–¿Una aventura? –dijo Sandra secamente–. ¿Cómo va a ser una aventura si se divorció hace meses?
–¿Que se divorció? ¿Quién te ha dicho eso?
–Daran.
Helen negó con la cabeza.
–Siguen casados.
–No, Daran me dijo…
–Daran te mintió, Sandra.

Sandra desvió la mirada hacia la ventana y Helen vio que sus ojos empezaban a brillar. No quería ni imaginar qué le pasaría a su maquillaje inmaculado si las lágrimas comenzaban a caer.

–Mintió –murmuró Sandra–. De ninguna manera habría iniciado una relación con él de haber sabido que estaba casado. –Hinchó su protuberante pecho–. No soy ese tipo de mujer.

De repente, Helen descubrió el lado más vulnerable de su antigua amiga de la escuela, que no había apreciado antes.

–¿Crees que debería ir a la Policía para contarles lo que sé sobre el fallecido? –preguntó Sandra.

Una vez más, Helen recordó la petición de Jimmy de ocultarle a la familia el lado mujeriego de Brian.

–Quizá sea mejor que no lo hagas. A menos que sepas algo que pueda ayudar.

Sandra se quedó pensativa durante unos instantes, luego negó con la cabeza.

–No, no era más que un cliente habitual. –Entornó los ojos–. ¿Qué poli lleva la investigación?

–Los agentes Hutchinson y Hall –respondió Helen.

Sandra cogió su taza de café y le dio un buen sorbo. ¿Se equivocaba Helen, o le temblaba la taza en las manos?

–¿Dónde estabas la noche del sábado cuando murió el hombre?

–¿De qué va esto? ¿Te estás poniendo en plan Miss Marple conmigo?

–Solo pregunto, nada más.

Se fijó en la comisura del labio de Sandra, preparada para localizar el tic que podía delatar sus mentiras.

–Vamos a ver –empezó a decir Sandra–, el sábado estaba… Ah.

–¿Qué?

–Prefiero no decirlo.

–Sandra, mataron a un hombre. Tienes que contarme la verdad.

–Estaba con alguien, ¿vale?

–¿Trabajando?

–Sí, trabajando. No en el restaurante. Estuve la noche del viernes en el Seaview Hotel con el imitador de Elvis y el sábado con otra persona.

–¿Daran?

–No.

–¿Entonces quién?

–No te lo puedo decir.

–¿Porque está casado?

–¿Casado? ¿Divorciado? Para mí, eso no tiene ninguna importancia mientras me paguen. Por un tío que encuentro que me gusta lo suficiente como para querer verlo fuera de mi trabajo… Me aseguré de que no estuviera viéndose con nadie más. ¡Maldito Daran! –masculló

Sandra–. Lo creí cuando me dijo que él y Marie se habían separado. Ahora me pregunto en qué más me habrá mentido.

–Sandra, ¿por qué no me puedes decir dónde estabas el sábado?

–Porque… –Sandra miró a través de la ventana a los transeúntes que iban de compras por Huntriss Row. Tardó un rato en responder– porque estaba con el agente Hutchinson.

–¿En serio?

Helen se quedó de piedra con la revelación de Sandra.

–Estarás contenta, ahora que ya lo sabes, ¿no? Y no se te ocurra decir ni pío sobre esto a nadie. Es un hombre muy reservado.

–Mmm…, ¿a qué hora concluiste tus negocios con él? –preguntó Helen.

–Sobre las siete –contestó Sandra.

Su rostro estaba completamente sereno, sin ningún tic a la vista.

Satisfecha porque le estaba diciendo la verdad, Helen se acabó el café y le dijo que tenía que volver al Seaview Hotel. Sandra le dio otro abrazo aromatizado de fresa.

Mientras Helen se despedía, la camarera se acercó a Sandra para recoger las tazas vacías.

–¿Estaba todo bien? –preguntó.

–Todo bien –respondió Sandra, y su boca empezó a temblar.

De vuelta en el Seaview Hotel, Jimmy la estaba esperando.

–Creí que debías ver esto –le dijo, y le pasó un ejemplar del *Scarborough Times*.

El asesinato de Brian aparecía en portada. A Helen se le cayó el alma a los pies en cuanto empezó a leer la noticia. Mencionaban el Seaview Hotel sin ningún tipo de discreción.

–Esto es mi ruina, Jimmy.

–Para nada. El periódico de hoy es el envoltorio del *fish and chips* de mañana, ¿no es eso lo que dicen?

–Antes de internet, quizá –se lamentó Helen.

–¿A quién le importa dónde se hospedara un hombre muerto? A nadie. Eso no va a hacer que la gente deje de reservar en el Seaview Hotel, y además, aquí no lo mataron, ¿no crees?

–¿Ah, no? –levantó la voz–. No lo entiendes, Jimmy. Este sitio es mi vida. Es todo lo que tengo. Puedo ignorar algunas reseñas desagradables en internet, pero esto… –agitó el diario en el aire–, ¿cómo voy a superar esto?

Le sonó el teléfono y salió disparada del bar para responderlo en privado.

–Helen, soy Bev.

–¿Bev? ¿Cómo estás?

–Eso da igual, acabo de ver los titulares. Debes de estar destrozada.

Helen apoyó la espalda contra la pared.

–No sé qué hacer, Bev. Si no tenía bastante con un rarito espiando mi hotel, un tiesto roto y huellas en el patio, reseñas falsas en internet, amenazas de quien sea que quiere comprar este sitio, cosas desagradables que me llegan por correo y alguien que ha intentado envenenar a mi perra, ahora encima tengo titulares como este con los que lidiar. Apenas puedo con todo sin Tom. Es demasiado. Creo que me estoy viniendo abajo.

–Ah, bueno, pues ahora es cuando entra en escena tu hada madrina.

–Mi hada ¿qué? ¿De qué hablas? –le soltó Helen.

–Te vamos a sacar esta noche.

–¿Quiénes? ¿Adónde?

–Sue, Marie y yo te vamos a llevar al Scarborough Arms. Marie dice que tienes que comer más, así que he reservado una mesa. Te vemos allí a las siete.

Y, con eso, Bev colgó. Helen estaba apoyada contra la pared, intentando serenarse, cuando Jimmy salió al vestíbulo.

–Lo siento, no era mi intención molestarte –dijo.

–No, perdóname tú, Jimmy. –Sonrió–. No tengo por costumbre gritarles a mis huéspedes.

Jimmy se excusó y subió a su habitación. Helen bajó a su apartamento, donde descubrió, para su felicidad, que Suki estaba animada y volvía a ser la misma de siempre. Ató la correa a su collar y partieron hacia la playa. Mientras caminaba, repasó la conversación que había mantenido con Sandra DeVine. Lo que Sandra hacía para ganarse la vida no era asunto suyo. Helen no era nadie para juzgarla. ¿Pero sería Sandra una asesina? No, no lo creía. Pero si ella no había matado a Brian, entonces, ¿quién había sido?

Cuando faltaban diez minutos para las 19:00 h, Helen salió del Seaview Hotel para andar el corto trecho que separaba el hotel del Scarborough Arms. Era un *pub* histórico que gozaba de buena reputación por servir abundante comida casera. Nada más cruzar la puerta, vio a Marie, a Bev y a Sue sentadas a una mesa, en la esquina. No recordaba la última vez que había salido con las chicas. Cuando se acercó, tanto Sue como Bev se levantaron para abrazarla, luego ella se deslizó por el asiento de piel para sentarse al lado de Marie, que le dio un beso en la mejilla. Helen pensó que Bev tenía la cara un poco pálida y demacrada, pero no le hizo ningún comentario; estaba muy contenta de que Bev y Sue volvieran a ser amigas y estuvieran una al lado de la otra.

–He pedido una botella de tinto en el bar –le informó Marie–. No estábamos seguras de si querrías otra cosa.

–No, vino tinto está bien. Es justo lo que necesito después de estos últimos días. –Helen suspiró.

Entonces miró a Sue, que era la mayor de las cuatro. Llevaba el

cabello gris cortado en una media melena perfecta, y siempre desprendía un aura apacible y calmada que Helen admiraba.

–¿Cómo fue el retiro de yoga?

–Caro –intervino Bev, antes de que Sue pudiera contestar–. Esos *hippies* siempre la despluman.

–Fue reparador –dijo Sue–. Me ayudó a comprender algunas cosas que me rondaban por la mente.

–¿Qué está pasando entre tú y Clive? –le preguntó Helen a Bev.

–No va a volver. Nos vamos a divorciar. –Bev miró a Helen y luego a Marie–. He encontrado a otra persona.

–¿A quién? –preguntó Marie.

Helen se dio cuenta de que Sue y Bev se intercambiaron una mirada; entonces, Bev le cogió la mano a Sue. Sue pasó su brazo libre protectoramente por encima de los hombros de Bev, y las dos mujeres se acurrucaron, mirándose a los ojos.

–¿Vosotras dos? ¿En serio? –dijo Helen casi sin aliento. Luego se giró hacia Marie–: ¿Tú lo sabías?

Marie negó con la cabeza.

–Estoy tan sorprendida como tú.

–¿Cuánto tiempo lleváis así? –quiso saber Helen.

–Desde Navidad –respondió Bev.

–¿Y lo habéis mantenido en secreto todo este tiempo? ¿Por qué no nos lo dijisteis?

–Porque nosotras tampoco lo teníamos claro –explicó Sue–. Las dos hemos pasado por un infierno, agonizando por nuestros sentimientos. Hace años que somos amigas, y dar el siguiente paso nos pareció lo adecuado. Pero ello significaba romper el matrimonio de Bev. Teníamos que pensar en sus hijos y en Clive. Debíamos estar completamente seguras de que esto es lo que queríamos antes de decirle nada a nadie.

Helen se hundió en el asiento de cuero, pasmada por las noticias. La camarera llegó con la botella de vino, cuatro copas y cuatro menús. Helen sirvió vino en cada una de las copas y a continuación levantó la suya para hacer un brindis.

–Por Sue y Bev –dijo–. Os deseo a las dos todo el amor del mundo.

–Por Sue y Bev –repitió Marie.

Bev y Sue intercambiaron una sonrisa.

–Por nosotras dos.

Bev dejó la copa con cuidado sobre la mesa.

–Pero me temo que esa no es mi única novedad. Hay algo más. Sue ya lo sabe, y ha sido mi pilar en todo momento.

–¿Qué ocurre? –inquirió Helen preocupada.

–¿Recuerdas que te comenté que no me encontraba demasiado bien últimamente? Bueno, me han hecho pruebas… –Su voz vaciló–. El

doctor me envió al especialista y…

–Vamos, puedes hacerlo –dijo Sue amablemente, apretándole el hombro.

Bev levantó la vista hacia Helen y Marie.

–Me han encontrado un bulto en el pecho.

Capítulo 27

Al final de la noche, Helen abrazó a sus amigas antes de hacer el corto trayecto de vuelta al Seaview Hotel. Su mente estaba nublada y daba vueltas a las malas noticias de Bev, y a su relación con Sue también. Esto último no lo había visto venir. Y aun así, cuanto más pensaba en ello, más sentido le encontraba, puesto que las dos siempre habían tenido una conexión especial. Sentía lástima por el marido de Bev, Clive. Era un hombre amable, tranquilo, quizá demasiado tímido para el gusto de Helen, pero siempre le había parecido auténtico y solo tenía ojos para Bev. Helen se sentía cansada y algo más que achispada por todo el vino que había tomado. Las botellas no habían parado de desfilar, primero para celebrabar la relación de Bev y Sue, y luego para ahogar las penas y calmar los nervios por lo que pudiera esperarle a Bev cuando recibiera el resultado de la biopsia.

Cuando llegó al Seaview Hotel, le sorprendió ver que la luz del bar estaba encendida. Aunque le sorprendió aún más encontrarse a Jimmy viendo la televisión, donde dos críticos de fútbol comentaban un partido que había tenido lugar aquella misma noche. Dos botellas vacías de cerveza descansaban sobre la mesa al lado de Jimmy, que tenía una tercera en la mano. Cuando Helen entró en el bar, él se irguió y fue en busca del mando a distancia.

–No te importa, ¿verdad? Te pagaré las cervezas, por supuesto.

Helen hizo un gesto con la mano para que se relajara.

–No pasa nada, Jimmy, no te preocupes.

–No podía soportar estar sentado en la cama de mi habitación mirando la tele, así que he pensado venir aquí. Se está bien, hay una vista maravillosa de la bahía.

Apagó el televisor. Helen señaló la botella que tenía en la mano.

–¿Quieres otra?

–Sí, por favor.

Abrió una cerveza para Jimmy y ella se sirvió un *brandy*. Tuvo que sujetarse a la barra para mantener el equilibrio mientras trabajaba. Ya había bebido demasiado, pero aquel *brandy* era demasiado tentador como para rechazarlo.

–Oh, tú no te andas con chiquitas –bromeó Jimmy.

–Me han dado malas noticias. –Helen colocó la cerveza al lado de Jimmy, se sentó en la punta del banco de la ventana y levantó el vaso.

–Salud.

Jimmy cogió su bebida.

–¿Quieres hablar de ello?

Helen miró por la ventana hacia la oscura noche. Al pie del acantilado, una sucesión de farolas en Marine Drive iluminaba la playa. Dio un buen sorbo al *brandy* y dejó que le calentara la garganta.

–No. Mejor no quieras saberlo.

–Un problema compartido es un problema dividido, y todo eso.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

–No, es algo personal.

Cerró los ojos, pensando en Bev. No podía soportar perder a su amiga por la misma enfermedad que le había arrebatado a Tom.

–¿Estás bien? –preguntó Jimmy.

Helen pestañeó y se dio cuenta, demasiado tarde, de que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

–Te voy a dar un pañuelo –dijo Jimmy, palpándose los bolsillos y luego buscando desesperadamente por el bar.

–No te preocupes, tengo uno aquí –señaló Helen, abriendo su bolso y sacando un pañuelo del paquete.

Se le cayó el bolso al suelo y alargó la mano para recogerlo justo cuando Jimmy tuvo la misma idea. La mano de él rozó la suya, y ninguno de los dos la retiró.

–Lo siento –se disculpó Jimmy al final.

Levantó el bolso y lo colocó sobre una silla.

–No, lo siento yo, Jimmy. Tengo que irme a dormir. He bebido demasiado. Me siento… cansada y sensible.

Se levantó para irse, pero se tambaleó ligeramente y tuvo que asirse a una silla para recobrar el equilibrio. Jimmy se puso de pie también.

–Permíteme –dijo él, ofreciéndole el brazo.

Helen se agarró agradecida y, juntos, cruzaron el vestíbulo hasta la puerta que llevaba a su apartamento. Mientras rebuscaba en su bolso la llave, Jimmy se volvió hacia el bar.

–Jimmy –lo llamó ella. Él se detuvo y la miró–. Gracias. Por todo.

Los dos mantuvieron la mirada durante algunos segundos más de lo necesario. Entonces Jimmy se acercó lentamente hacia ella. Su aliento le acarició la cara mientras se acercaba, y Helen se embriagó de su *aftershave* con aroma a limón y especias. Notó la aspereza de su mejilla contra su piel, y luego sus labios en los suyos, delicados y fugaces, no demandando más.

–Buenas noches, Helen –le dijo, dando un paso atrás–. Te veré por la mañana.

El corazón le salía por la boca. ¿Qué diantres acababa de ocurrir?

–Buenas noches, Jimmy –repitió ella, luego giró la llave en la cerradura y bajó las escaleras.

A la mañana siguiente, los primeros pensamientos de Helen la llevaron a buscar los analgésicos para ayudarla a amortiguar la resaca, eso… hasta que recordó el beso.

Era como si volviera a tener diecisiete años, levantándose la mañana después de haber salido de fiesta con Marie y haber estado bebiendo en bares para los que no tenían la edad suficiente para entrar y besuqueándose con chicos a los que acababan de conocer, y tomando conciencia, al despertarse, de las travesuras que habían hecho.

Solo que ahora no tenía diecisiete años. Era ya mayorcita como para estar comportándose así.

–Lo siento, Tom –susurró mientras levantaba la vista al techo.

Salió trepando de la cama, pisó a la perra y se dirigió a la ducha. Cuando se hubo vestido y se dirigía a dar un paseo con Suki, su teléfono sonó con un mensaje de Marie:

Gav va de camino para instalar el circuito de cámaras.
Es un buen chico. ¡Menudo escándalo anoche!
Llámame si sabes algo de la biopsia de Bev. Besos.

De nuevo en el Seaview Hotel, después del paseo por la playa, en el que no había podido dejar de pensar en Jimmy, Helen entró en la cocina, donde Jean estaba sacando lonchas de beicon de un paquete.

–¿Podrías prepararme un sándwich? –preguntó.

Jean levantó la vista.

–Madre mía, qué mal aspecto tienes. ¿Sigues sin dormir bien?

–Yo también me alegro de verte. He dormido como un tronco, pero salí anoche con las chicas y acabamos bebiendo demasiado.

–Te hará bien empezar a salir más.

El timbre de la puerta sonó, y Helen y Jean intercambiaron una mirada.

–¿No esperas a nadie a estas horas, verdad? –preguntó Jean.

–Debe de ser Gav, el amigo de Marie. Viene a instalar las cámaras de seguridad hoy.

Helen subió las escaleras y abrió la puerta. El hombre que tenía delante debía de tener, supuso, treinta y pico años. Era alto y esbelto, con el cabello oscuro largo y ondulado, y un rostro agradable y afable.

–Soy su hombre, Gav –dijo, adentrándose en el pasillo y mirando alrededor del vestíbulo–. Bueno, ¿dónde quiere las cámaras?

Gav llevaba unos tejanos azules y una camiseta negra en cuya espalada podía leerse Los Taxis de Gav en grandes letras naranjas. Fuera del Seaview Hotel, Helen vio una furgoneta azul con el eslogan Servicios de Jardinería de Gav impreso en el lateral. Abrió la boca para hablar, pero él la interrumpió.

–Vaya, ¿es beicon eso que huelo? –Se palmeó el estómago, plano y tonificado, por encima de la camiseta negra–. Me iría de lo lindo para afrontar este día de trabajo si pudiera probar bocado. No he tenido tiempo de desayunar esta mañana antes de salir de casa. Me lo podría descontar de la factura.

Helen señaló con la cabeza hacia el comedor vacío.

–Vale, adelante pues. Espera allí. ¿Desayuno completo inglés? ¿Taza de té?

–Eso sería un pasote.

La deslumbró con una sonrisa y desapareció en el comedor. Helen bajó las escaleras para darle a Jean la noticia, y luego volvió a subir para hablar con él sobre el trabajo que tenía que hacer.

–Cuando instales la cámara en la parte trasera, procura esquivar la basura lo mejor que puedas –le informó–. No huele muy bien ahí detrás.

–Ah, la huelga –dedujo Gav–. ¿Sabe?, presenté una instancia en el ayuntamiento para intentar conseguir un contrato temporal hasta que la huelga acabe, pero no he obtenido respuesta todavía.

–¿Eres basurero también?

–Haría lo que fuera para ganar dinero –se rio–: conducir un taxi, limpiar ventanas, instalar cámaras de seguridad y alarmas… Me lo piden, y yo lo hago.

–¿Puedes cambiar cerraduras y puertas? –preguntó Helen, pensando en la habitación 7, donde se había alojado Brian.

–Sin problema –dijo Gav.

Todo el rato que Helen estuvo hablando con Gav iba lanzando miradas nerviosas hacia la puerta del comedor. Sabía que Jimmy bajaría para el desayuno pronto y aún estaba intentando buscar el significado a lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior.

–¿De qué conoces a Marie? –preguntó.

–Ah, es un ángel. La conozco por Daran. Hice algunos trabajos en su jardín: instalé los aspersores y cavé un estanque. Y enlosé el baño mientras estuve allí.

Fuera del comedor sonó la campana del montaplatos, la señal de que el desayuno iba de camino. Mientras Helen le servía la comida a Gav, vio a Jimmy por el rabillo del ojo. Pero no estaba bajando las escaleras, como esperaba, sino que entraba por la puerta principal.

–Hace fresquito ahí fuera –dijo cuando la vio.

–Buenos días, Jimmy. –Respiró hondo para calmarse–. ¿Un completo inglés esta mañana?

–Por favor. Y Helen, siento lo de anoche. No debería…

Ella negó con la cabeza, entonces señaló discretamente hacia el comedor, donde Gav estaba embadurnando de salsa las salchichas perfectamente cocinadas por Jean.

Capítulo 28

Cuando Jimmy se hubo terminado el desayuno, compartiendo el comedor con Gav, Helen lo guio hasta el bar y cerró la puerta. Estaban tan cerca el uno del otro que podía oler otra vez el aroma a limón y especias de su *aftershave*. Helen afianzó los pies en el suelo y enderezó los hombros. Jimmy tenía el mismo aspecto cansado que ella, y se preguntaba si también estaría bajo los efectos de una horrible resaca.

–Mira, Jimmy, lo que pasó anoche no debería haber ocurrido –dijo con sequedad.

Él asintió, secundando sus palabras.

–Tienes toda la razón del mundo, y lo siento. Jamás debería haber…

Ella levantó la mano indicándole que callara.

–No fue todo culpa tuya. Tampoco yo te aparté. No pienso con claridad en estos momentos, Jimmy –explicó ella–. Tengo todo tipo de problemas; ocurren cosas raras a mi alrededor: reseñas falsas, amenazas para que venda…, por no hablar del asesinato de Brian… Tengo miedo, es como si fuera a perder la cabeza.

Jimmy la escuchó atentamente.

–Lo entiendo –habló al fin.

–¿En serio? –preguntó Helen–. No creo que nadie pueda entender por lo que estoy pasando ahora mismo. Ni mis amigas, ni mi personal, nadie. Apenas consigo mantenerme cuerda.

Jimmy abrió la boca para responder, pero se vio interrumpido cuando la puerta del bar se abrió de golpe y Gav entró a sus anchas.

–¡Muy bien, jefa! ¿Dónde quiere esas cámaras?

Helen lo acompañó fuera.

–Estaré contigo dentro de cinco minutos– le dijo.

Gav miró a Helen y luego a Jimmy.

–Ah. Bien. Voy a ver si puedo estrujarle otra gota a la tetera mientras espero.

Helen cerró la puerta. Se sentó al lado de Jimmy y colocó la mano sobre su brazo. Él se giró hacia ella y sonrió, pero su semblante se ensombreció en cuanto Helen empezó a hablar.

–Creo que lo mejor sería que te marcharas, Jimmy. No puedo tenerte aquí, no mientras estoy intentando encontrarle un sentido a lo que está pasando en mi vida. Estoy peleando con sensaciones y emociones que no sé cómo gestionar. Todavía sigo de luto por mi marido, y después de lo que ha pasado, del beso, siento que lo estoy traicionando.

Jimmy le cogió la mano.

–Entonces me iré –dijo en voz baja–. Lo último que quiero es hacerte daño.

Ella liberó la mano.

–¿Te irás a casa?

Él negó con la cabeza.

–Tengo que estar aquí, en Scarborough –admitió, rascándose la nuca–. El agente Hutchinson me llamó para decirme que quería que me quedara, por si acaso encontraban alguna pista. Además, me empieza a gustar este lugar.

–¿Nadie te espera en casa? –le preguntó Helen.

–Solo mis amigos, los que quedan de los Docelvis, lo cual me recuerda que tendremos que iniciar los trámites para admitir a un nuevo miembro que ocupe el lugar de Brian. Es un complejo proceso con el que no quiero aburrirte. Por supuesto, tendremos el funeral de Brian. Iré en cuanto me llame Mandarina y me informe de todo. Pero podría tardar aún, puesto que la Policía todavía tiene el cuerpo. Y si lo que me estás preguntando es si hay una mujer en mi vida, la respuesta es no. Hubo alguien después de que se marchara mi mujer. Estuvimos juntos unos cuantos años antes de distanciarnos. He estado solo desde entonces, viviendo en un adosado con tres habitaciones, que es demasiado grande para mí. Llevo mucho tiempo pensando en venderlo y mudarme.

–Yo también.

Helen sonrió.

–¡Pero no puedes abandonar este sitio! –repuso Jimmy–. Es una pequeña joya. Y hace falta una mujer especial como tú para llevarlo. –Se levantó–. Bueno, iré a hacer las maletas.

–¿Dónde te quedarás?

–Iré en busca de algún cartel de habitaciones libres que cuelgue de la ventana de algún hotel decente. ¿Me recomiendas el de aquí al lado?

–¿El Vista del Mar? –Helen no le había contado a Jimmy que Miriam era la exmujer de Brian. Le había prometido a Miriam que no se lo mencionaría a nadie–. Probablemente sea mejor que te hospedes en algún lugar en el que nuestros caminos no puedan cruzarse.

La puerta del bar se abrió, y Gav entró de nuevo.

–¿Lista para mí ya, jefa?

–Solo un par de minutos más –rogó Helen.

–De fábula.

Cerró la puerta tras de sí.

–¿Te importa si te pido que nos volvamos a ver? –dijo Jimmy vacilante–. ¿Quizá para ir a tomar algo una noche?

–Me lo pensaré.

Se quedaron sentados en silencio durante unos segundos.

–¿Te ha dicho algo la Policía? –se interesó Jimmy.

–El agente Hutchinson me prometió mantenerme informada, pero, al parecer, no tienen mucho por donde tirar. –Se guardó para sí que le había llevado los zapatos de gamuza azul a la comisaría. Sentía que ya le había contado demasiado a Jimmy. ¿Y si tenía algo que ver con Traveltime o, incluso, estaba involucrado en el asesinato de Brian? Intentó evitar que las emociones le ensombrecieran el semblante–. Llamarán en cuanto tengan noticias.

–¿Y me avisarás cuando lo hagan? –preguntó Jimmy.

–Por supuesto. Mira, Jimmy, no quiero que nos peleemos por lo que pasó anoche.

La puerta del bar se abrió una vez más, y Gav se quedó en el umbral, sin atreverse a entrar.

–¿Jefa?

–Ya voy –dijo Helen, y luego se dirigió hacia Jimmy–: Podemos estar en contacto mientras sigas en Scarborough, si te parece.

–Eso me gustaría mucho. Dejaré la llave sobre la barra cuando me marche.

Helen salió del bar, obligando a sus pies a avanzar. Se iba diciendo a sí misma que había hecho lo correcto al pedirle a Jimmy que se marchara. Era un hombre agradable y bueno, y, si no estuviera de luto por Tom, si en la mente no le pesara tanto el Seaview Hotel y su futuro, si lo hubiese conocido en cualquier otro momento de su vida, hubiera sucumbido fácilmente a sus encantos.

Sonrió a Gav.

–Por aquí, te mostraré dónde quiero que instales las cámaras.

Helen se pasó toda la mañana poniéndose al día con las gestiones administrativas en su portátil, con Suki tumbada a sus pies. Cada dos por tres la perra se levantaba, se estiraba y caminaba hacia donde Gav estaba trabajando. Hubo un momento, cuando él estaba concentrado instalando el monitor en la cocina, en que Suki empezó a mordisquearle suavemente los talones de las deportivas.

–¡Suki, no! –le ordenó Helen, y volvió a sus correos electrónicos.

Le llamó la atención una lista de cinco mensajes de CriticHotel. Cuatro de ellos eran notificaciones para informarle de que habían dejado más reseñas, y Helen abrió los enlaces. Dos eran brillantes: una de Sam y otra de Jimmy; las otras dos las habían escrito Porgy42 y Pudding&Pie, y eran completamente idénticas, incluso con el mismo error de tecleado, a las que ya enviaron en su momento.

Lugar lamentable. Sucio. La comida es una basura.

Personal incompetente. Antipático. No os alojéis en él.

Lo ciento, este hotel no es bueno. No lo recamiendo.

Esa vez, sin embargo, también había un correo electrónico de la página web de reseñas en respuesta a la queja de Helen. Se trataba de un mensaje generado automáticamente en el que se le indicaba que tenía que probar que la reseña falsa violaba las normas del sitio, y, de ser así, entonces podía denunciarlo.

Mientras se disponía, una vez más, a presentar su queja, Gav asomó la cabeza por la puerta.

–¿Es una tetera lo que oigo hervir? Creo que esas galletas están gritando mi nombre. «¡Gav! ¡Gav!», puedo oír cómo me llaman desde la puerta trasera.

Avivado por el té y las galletas digestivas de chocolate, Gav trabajó sin descanso y, a media tarde, ya había terminado su labor y le explicaba a Helen cómo funcionaba el sistema de seguridad. La pantalla de la cocina le mostraría y grabaría las imágenes de cada una de las cámaras (una en la puerta trasera, otra en la principal y la última en el patio). Pero cada vez que encendía el monitor lo único que veían eran imágenes parpadeantes.

–Es como una de esas películas antiguas en blanco y negro donde la imagen va saltando –dijo ella.

–No pasa nada, solo necesita que lo afine un poco –respondió él confiado–. Y si la tetera está hirviendo para otro té, puede que sea justo lo que necesito para concentrarme y arreglarlo.

Helen lo complació con otra taza de té y con las galletas digestivas que quedaban. Pero ni el té ni las galletas pudieron estimular lo suficiente a Gav para que consiguiera hacer que el monitor funcionara.

–El material es legal, ¿verdad? –preguntó Helen–. Quiero decir, ¿no es una falsificación?

–¡Jefa! –exclamó con una irritación sobreactuada–. ¿Qué está sugiriendo? ¿Que se ha caído de la parte trasera de un camión? Se lo compré legalmente a Daran.

–Bueno, sé cómo opera Daran Clark y sé que consigue los materiales baratos. Me he dado cuenta de que no has traído ningún manual de instrucciones, ni la garantía.

–No, yo, mmm…

–Y supongo que tampoco me vas a dar un recibo o factura, ¿a que no?

–Preferiría metálico, me facilita las cosas –dijo Gav, con una sonrisilla insolente. Dio un largo sorbo al té y luego se secó la boca con el dorso de la mano–. Deje que su hombre Gav lo solucione. Lo arreglaré. Tendré que pedir una pieza. En cuanto me llegue, regresaré y lo arreglaré.

–¿Cuánto tardará eso?

Se encogió de hombros.

–Tengo que organizar una fiesta de niños esta semana, lo que me recuerda que debo conseguir un castillo hinchable en algún lado. Y luego he de arreglar el techo de un garaje y un camino en Scalby. –Se frotó el mentón–. Supongo que estaré de vuelta antes de que acabe la semana. –Dejó la taza vacía al lado de la pantalla parpadeante–. Dele mis recuerdos a Marie cuando la vea. Dígale que, si quiere que termine con la bañera, solo tiene que darme un silbidito.

Y con eso, se marchó. Helen se quedó durante un rato observando las imágenes parpadeantes de cada una de las cámaras. Forzó la vista, pero ni aun así lograba ver nítida la pantalla. Se fue hacia el comedor y dejó que Suki saliera al patio, luego volvió delante del monitor para ver si podía localizar a la perra caminando delante de la cámara. Lo único que vio fue un oso borroso envuelto en una tormenta de nieve rondando por el patio.

Justo cuando cogió su teléfono para enviarle un mensaje a Marie contándole cómo había ido su encuentro con Gav, se iluminó con una llamada. Era de la comisaría. Helen se armó de valor.

–Helen Dexter –pronunció con toda la seguridad que pudo.

–Señora Dexter, soy el agente Hutchinson.

No pudo evitar que una imagen de él con Sandra DeVine se proyectara en su mente. Sacudió la cabeza para quitársela de encima.

–¿Alguna novedad? –preguntó ella.

–Llamo en relación con los zapatos de gamuza azul que usted y la señora Clark trajeron ayer.

–¿Y bien? –lo urgió Helen, desesperada por saber.

–Los hemos examinado, señora Dexter. Y es verdad que hay abundantes huellas del señor Clark en ellos. Sin embargo…

A Helen se le cayó el alma a los pies. Justo cuando parecía que la pesadilla del asesinato de Brian podía llegar a su fin, las palabras del agente sonaban como si vinieran más malas noticias.

–Ninguna de las huellas impresas en los zapatos pertenecen a Brian McNally.

–Pero ¿cómo…?

–Hemos descubierto algunas cosas más sobre los zapatos, señora Dexter.

–¿Qué tipo de cosas?

–La pareja que trajo eran de una talla 42, pero hemos recibido la confirmación de la hija de Brian de que él calzaba un 46. Y no solo eso, también tenía los pies muy anchos, por lo que usaba siempre zapatos extraanchos. Los que tenemos aquí son de horma estándar. Además, los zapatos que trajeron tenían cordones, mientras que los que llevaban puestos los Elvis, que fueron comprados todos en el mismo lote, carecían de cordones, señora Dexter. Así que, aunque nos trajo un par de zapatos de gamuza azul, puedo confirmarle que no son

los que estamos buscando. –El agente Hutchinson soltó un largo suspiro–. Parece ser que ese escurridizo hijo de puta de Daran Clark está libre de culpa, una vez más.

–¿Le puedo pedir que pase esa información a Jimmy lo antes posible, por favor? –preguntó Helen.

–Sin problema –respondió–. Tengo su número de móvil, lo llamaré. También tengo su fijo. Será mejor usar este, ahora que ha vuelto a casa.

–No, sigue aquí en Scarborough –replicó Helen confundida–. Me dijo que se iba a quedar por aquí por si acaso necesitaba usted hablar con él sobre el caso.

–¿Yo? Nunca le he dicho eso, señora Dexter. Si el señor Brown se queda aquí, lo hace por voluntad propia. No tiene nada que ver con ninguna petición de la Policía de Scarborough ni con el caso. Les dije a todos los imitadores de Elvis que podían irse después de tomarles declaración en el Seaview Hotel. ¿Se le ocurre alguna razón por la que haya decidido quedarse, y, si me permite el atrevimiento, por la que le haya mentido sobre ello?

Esas palabras le arrancaron el alma a Helen. Estaba confundida, enfadada y más dolida de lo que esperaba por que Jimmy no le hubiera contado la verdad.

–No, no se me ocurre nada –dijo, y colgó.

Capítulo 29

Helen llamó a Marie de inmediato. Su conversación pasó de los zapatos de gamuza azul de Daran a las impactantes noticias de Bev y Sue de la noche anterior, pasando por la preocupación de ambas por la biopsia de Bev y el tema de la instalación fallida del circuito de cámaras por parte de Gav, para terminar con la revelación de Helen sobre su beso con Jimmy y cómo lo había echado.

–¿Que has hecho qué?

–Ha ido a hospedarse en algún otro lugar. Es lo mejor. Tengo sentimientos hacia él a los que soy incapaz de poner nombre. Si se quedara aquí, lo tendría siempre en la mente. Es necesaria cierta distancia entre nosotros.

–¿Se ha ido a casa?

–Se queda en Scarborough.

–¿Lo verás otra vez? ¿Quieres verlo?

–Sí que quiero. Pero… es un hombre que oculta algo, Marie.

–Dime de alguno que no lo haga –replicó Marie con una sonrisa burlona–. ¿Quieres un consejo?

Helen se rio.

–No, pero me lo vas a dar igualmente, así que adelante.

–Yo creo que deberías darle una oportunidad. Por cierto, ni te imaginas lo que ha ocurrido.

–¿Qué ha pasado ahora?

–¡Sandra DeVine le ha dado la patada a Daran!

La siguiente llamada de Helen fue a Jean para decirle que Jimmy se había ido, aunque no le contó el motivo…, lo que había ocurrido entre ellos. Sin huéspedes para los que cocinar, no había ninguna necesidad de que Jean volviera a trabajar hasta Semana Santa. Helen desoyó las preocupaciones de la cocinera por que se quedara sola en el hotel hasta que llegaran los siguientes huéspedes. Pero Helen sabía que se estaba engañando a sí misma, intentando convencer a su amiga de que estaría bien ella sola. Se podía imaginar a Jean sentada en su sofá, en la casa adosada de Dean Road, con el ceño fruncido y chasqueando la lengua.

Media hora después de colgar, alguien llamó a la puerta de la cocina. Helen se quedó paralizada. Nadie tenía permitido el paso al piso inferior, donde estaba su apartamento. La puerta del vestíbulo estaba cerrada, incluso cuando no había clientes. Las únicas personas que tenían llave eran Sally y Jean, y no esperaba a ninguna de las dos.

Ya se estaba acercando a la puerta cuando Jean entró arrastrando una pequeña maleta negra con ruedas. Helen se quedó boquiabierta de la impresión.

–Ni te darás cuenta de que estoy –le dijo Jean, subiéndose las gafas por el caballete de la nariz–. Cogeré las llaves de la habitación uno, siempre me ha encantado las vistas que tiene. Cocinaré para las dos mientras esté aquí. Alguien te tiene que echar un ojo, muchacha. Mírate, estás en los huesos. Limpiaré lo que ensucie. Ni te enterarás de que existo. Me he traído mis revistas de pasatiempos y las agujas para hacer punto. Ahora sal ahí fuera a dar un paseo y respirar algo de aire fresco. Hace un día glorioso. Parece ser que se avecina otra racha de buen tiempo.

–Pero… –empezó a decir Helen.

–Pero nada, muchacha. Necesitas que alguien cuide de ti. Y yo…, bueno, yo necesito a alguien a quien cuidar. Además, para mí serán como unas pequeñas vacaciones lejos de casa. Esto me ayudará a distraer la mente del estado de salud de mi madre.

–Jean, no sé qué decir.

Jean extendió los brazos.

–No tienes que decir nada, tesoro. He pasado por lo mismo que tú estás sufriendo, y sé cómo te sientes. Ya haces todo lo que puedes para mantenerte fuerte, pero, mira lo que te digo, es mucho más duro de lo que piensas. Cuando mi Archie murió, creía que no volvería a ser la misma. Ven aquí y dame un abrazo.

Ante la insistencia de Jean, Helen sacó a Suki a dar un paseo bajo los rayos del sol. Saber que alguien estaba en el hotel con ella era un alivio, y más si ese alguien era Jean. Helen se sentía como si la hubiesen arropado con una manta calentita. La marea estaba baja, pero, en vez de ir hacia la arena de North Bay, Helen decidió aprovechar al máximo el buen tiempo y caminó hasta South Bay. Soltó la correa de Suki y la perra se fue a chapotear en las olas. Cuando llegó al lugar donde había esparcido las cenizas de Tom, Helen giró la cara hacia el sol y cerró los ojos, sintiendo el calor en la piel. Con los ojos entornados, los gritos de las gaviotas sonaban más estridentes y el océano parecía rugir.

Subió los escalones que llevaban desde la arena hasta el *spa*. Qué diferente se sentía en ese momento, comparado con la última vez que había estado allí, con los Docelvis. Muchas cosas habían pasado desde entonces, y si ya eran demasiadas para procesarlas estando serena, mucho más cuando seguía de luto. Caminó por el paseo marítimo, dejando atrás el *spa*, y observó las primeras señales que denotaban que la temporada turística empezaba a cobrar vida. La heladería estaba abierta, como lo estaba también el puesto que ofrecía tumbonas y sombrillas; las banderas ondeaban con la brisa, y vendían cubos y

palas.

Continuó andando, siguiendo el camino que subía por el acantilado hasta los grandes hoteles de la Esplanade. El sendero era irregular y giraba, ofreciendo vistas espectaculares de la bahía y el castillo. Era un paseo que a ella y a Tom les encantaba dar con la perra, y la reconfortaba imaginárselo a su lado. El jardín de rosas en lo alto del acantilado era uno de sus lugares favoritos en verano, cuando los dulces aromas florales impregnaban el aire. Sin embargo, en marzo, los rosales no eran más que palos desnudos que sobresalían de la tierra. Estaba a punto de pasar de largo, ya que no tenía ningún sentido entrar en esa época del año, cuando vio a un hombre sentado solo en un banco, y se quedó de piedra al advertir quién era. Suki tiró de la correa, deseando seguir con el paseo.

–Por aquí, chica –le indicó Helen, y entró en el jardín de rosas.

Era un lugar apartado y privado, rodeado de alheñas.

Había bancos de madera que marcaban el camino, y Jimmy estaba sentado en medio de uno de ellos.

–¿Hay sitio para alguien más? –preguntó Helen cuando estuvo cerca.

Sus palabras parecieron sacar a Jimmy de su ensimismamiento, y, cuando descubrió de quién se trataba, miró detrás de ella, como si buscara algo. Helen esperaba que se desplazara, al menos un poco, para que pudiera sentarse. Pero no se movió. Se preguntó si estaría molesto con ella por haberle pedido que se marchara del Seaview Hotel.

–Es un lugar encantador en el que sentarse cuando brilla el sol –dijo ella animosamente–. Los arbustos mantienen el viento a raya. Y deberías verlo en verano, es espectacular cuando florecen las rosas.

Jimmy miró alrededor nerviosamente.

–Helen, deberías irte –le instó.

–Acabo de llegar –repuso ella, confundida–. ¿Has encontrado algún sitio en el que alojarte?

–El Grand Hotel –murmuró impaciente.

Helen lo volvió a intentar.

–¿Te llamó el agente Hutchinson con las novedades?

–¿Qué? –dijo Jimmy distraído, intentando de nuevo mirar detrás de ella. Justo entonces, abrió los ojos como platos y agachó la cabeza–. Ay, no –musitó.

Suki ladró, algo que rara vez hacía, y Helen se giró para ver qué había llamado la atención del animal. Alguien estaba caminando hacia ella y Jimmy, una persona de piernas delgadas y zapatillas deportivas sucias, con un abrigo negro y la capucha ocultándole la cara.

Capítulo 30

–Helen, te presento a mi hija, Jodie –dijo Jimmy.

Helen abrió la boca y la cerró mientras escrutaba la delgada figura que tenía delante. Por la forma del abrigo y la altura de Jodie, estaba segura de que era la misma persona que había pillado observando el bar del Seaview Hotel, la misma con la que vio a Jimmy hablando fuera del Glendale. Una mezcla de emociones y sensaciones la invadieron, pero, sobre todo, se quitó un peso de encima. Jodie era la razón por la que Jimmy se había cerrado en banda cada vez que intentaba sonsacarle con quién había estado hablando. Jimmy estaba protegiendo a su hija. ¿Confirmaba eso que no estaba relacionado con Traveltime ni con la muerte de Brian? Muchas preguntas burbujeaban en su mente.

Miró fijamente a Jodie, intentando ver la similitud con Jimmy. Apenas encontraba rasgos parecidos. La chica tenía los ojos de Jimmy, pero su rostro era enjuto y su tez, pálida.

Suki dio un paso adelante y empezó a olisquear los zapatos de Jodie. Helen tiró de ella hacia atrás, luego bajó la vista hacia los zapatos, que no eran más que unas zapatillas deportivas completamente desgastadas, con agujeros en la puntera. Una tenía una brecha en un lateral. Parecían estar medio sueltas y no ajustarse bien, atadas con los restos de unos cordones negros.

–¿Tú qué miras? –le soltó Jodie.

Helen levantó la vista de golpe.

–Lo siento –se disculpó.

Jodie le dio la espalda a Helen.

–¿Qué hace ella aquí? –le preguntó a Jimmy–. No voy a hablar con otra trabajadora social, ya tengo una. –Se volvió a girar hacia Helen–: Y ya puedes ir apartando a ese chucho. ¿Eso es lo que usan como perro antidroga hoy en día? Sé que el ayuntamiento ha tenido que hacer recortes, pero esto es ridículo. Ni siquiera es un perro, no es más que una rata con correa. De todos modos, llevo años limpia. ¡Papá, díselo!

–Te presento a Helen. Es una amiga mía. No es una trabajadora social –dijo Jimmy calmadamente.

–¿Dónde está, papá? –preguntó Jodie.

–Jodie, aquí no, por favor –susurró Jimmy.

–Mira, os voy a dejar solos –intervino Helen rápidamente–. Te llamaré luego, Jimmy.

–Helen, no. Espera –le pidió Jimmy.

–¿Papá? ¡Lo necesito! –lo apremió Jodie–. Me muero de hambre.

Jimmy metió la mano en el bolsillo trasero y sacó una cartera de piel. La abrió, extrajo dos billetes de diez libras y se los dio a Jodie, que se agachó y los escondió dentro de uno de sus zapatos, entre el pie y la suela.

–Nos vemos, papá –dijo ella, y empezó a alejarse.

Helen y Jimmy observaron cómo se iba.

–Ojalá no hubieras visto esto –se apenó Jimmy.

–No es tu culpa; algo me dice que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado –replicó Helen amargamente.

–Te debo una explicación. Es lo menos que puedo hacer.

Helen le echó un vistazo a su reloj. No tenía ninguna prisa. Jean se había ofrecido a preparar la cena y le había dicho que estaría sobre la mesa a las 18:00 h. Tenía un par de horas muertas antes de eso.

–¿Te apetece un café? –preguntó ella–. Hay una cafetería no muy lejos de aquí.

–Gracias, Helen –aceptó Jimmy.

Abandonaron juntos el jardín de rosas.

–Jodie tiene algunos problemas, como ya habrás podido suponer –añadió Jimmy.

–¿Vive aquí?

–Se mudó a Scarborough cuando se fue de casa. Se sintió atraída por el lugar en el que había sido tan feliz durante las vacaciones cuando era pequeña, las vacaciones en el Seaview Hotel.

–Ojalá me acordara de ella –señaló Helen–. Ojalá me acordara de ti también, pero soy incapaz, con la de huéspedes que han pasado por el hotel. Deben de haber sido miles después de tantos años.

Se dirigieron hacia la Esplanade y caminaron de vuelta en dirección al pueblo.

–¿Cuántos años tenía cuando se marchó de casa? –preguntó Helen.

–Quince. Se fue sin decirnos nada ni a mí ni a su madre. Se juntó con algunos gamberros en la escuela y tomaban drogas. Intentamos ayudarla lo mejor que pudimos. Pero no sabíamos por lo que estaba pasando, en realidad. Uno intenta ayudar a los hijos, ¿sabes? Es tu hija, tu mundo, quieres hacer lo mejor para ella. Cuando desapareció, llamamos a la Policía y la encontraron aquí, viviendo en un piso okupa. La arrastramos de vuelta a casa, pero seguía escapándose, y la vida fue un infierno durante mucho tiempo.

–¿Qué papel juega su madre en todo esto?

–Ella la abandonó. Dijo que no podía soportarlo más. Eso es lo que hizo que nos separáramos. Jodie…, bueno, ya has visto su estado. Tiene problemas. Hace años que está así, llevando una vida dura. El único momento que la veo es cuando necesita dinero.

–Ay, Jimmy, lo siento.

–No pasa ni un solo día que no sienta que le he fallado –confesó.

Cruzaron el puente hacia el café St Nicholas, a la sombra del Grand Hotel. Helen ató a Suki a una barandilla fuera, pidieron dos cafés, que Jimmy insistió en pagar, y tomaron asiento al lado de una ventana desde la que se veía la playa de South Bay.

–Un lugar encantador –dijo Jimmy, echando un vistazo alrededor.

–Esto solía ser un funicular que subía el acantilado –le explicó Helen–. Pero después de varias décadas abandonado lo transformaron en una cafetería. Hay otro a los pies del acantilado.

Los cafés llegaron junto a dos círculos gruesos envueltos en papel de aluminio dorado y que prometían contener chocolate en su interior.

–Jodie creía que yo era una trabajadora social cuando me ha visto –comentó Helen–. ¿La están ayudando los servicios sociales?

–Hacen lo que pueden. Y forma parte de un proyecto comunitario que también se ocupa de ella. Cuando supe que veníamos aquí para la convención de Elvis, le escribí. Vive en una pensión en el pueblo. Me suplicó que nos viéramos; yo sabía que me iba a pedir dinero. ¿Pero cómo puedo negarme? Es mi única hija.

Jimmy removió la espuma de leche de su capuchino.

–Ella es la persona con la que te vi hablando fuera del Glendale, ¿verdad?

–Sí, vino para pedirme dinero después de que le dijera dónde me hospedaba. Siento haberte mentido sobre ella. Tenía que protegerla.

Helen sintió que la invadía otra oleada de alivio con la confesión de Jimmy. Le empezaron a temblar las manos y las relajó, poniéndolas sobre las rodillas.

–Me dio un susto de muerte una o dos veces cuando la vi observando directamente el bar –admitió ella–. Creía que era un chaval intentando encontrar la manera de entrar.

–Sí, era ella –confirmó Jimmy–. Vino en mi busca, a por mi dinero. Cuando me contaste que alguien había intentado entrar en tu apartamento le pregunté sobre ello, pero me juró con el corazón en la mano que no había sido ella. Y la creo.

–Y me parece que tienes razón. –Helen suspiró–. Quien fuera que estuviera merodeando por el patio tenía los pies más grandes que Jodie; sus zapatos dejaron una huella bien definida en la tierra. Las pequeñas deportivas de Jodie no habrían hecho eso. –Le dio un sorbo al café–. Ella es la razón real por la que te has quedado en Scarborough, ¿no es así? El agente Hutchinson me dijo por teléfono que nunca te pidió que te quedaras. Me aseguró que eras libre de marcharte.

Jimmy levantó los ojos hacia ella.

–Bueno, ahora ya conoces la verdad. Hutchinson me llamó esta mañana y me contó lo de los zapatos de gamuza azul que encontraste. Si hubiese sabido que tenían cordones, te habría ahorrado el engorro

de tener que llevárselos.

Helen suspiró.

–No te conté lo de los zapatos porque no sabía si podía confiar en ti. Sentía que me estabas ocultando algo. Ahora que sé lo de Jodie, estoy mucho más tranquila. En cuanto a los zapatos, no es solo que tuvieran cordones, tampoco coincidían la talla y la anchura. ¿Te comentó el agente Hutchinson si había descubierto alguna pista nueva sobre el asesino de Brian? ¿No mencionó a nadie de Traveltime o el Porsche negro?

–No me dijo ni pío.

Helen cogió las dos monedas doradas.

–¿Quieres una?

Jimmy asintió. Le pasó una y desenvolvió la otra para ella.

–Hasta la semana pasada hacía años que no había visto a Jodie –se sinceró él–. Mantenía el contacto con ella a través de la pensión: postales de Navidad, tarjetas de cumpleaños…, ese tipo de cosas. Cuando la volví a ver, se me rompió el corazón y decidí quedarme cerca de ella tanto como pudiera. Empezamos a hablar, estábamos haciendo progresos. Incluso accedió a permitirme conocer a su trabajadora social la semana que viene.

–Y entonces, esta mañana he aparecido yo y la he asustado –dijo Helen–. Lo siento mucho.

–No es culpa tuya. Es nerviosa y voluble. La volveré a ver pronto. Sabe que estoy en el Grand Hotel. –Señaló por la ventana de la cafetería–. Mi habitación es la de allí arriba, al final del tercer piso.

El Grand Hotel era un punto de referencia en Scarborough, pues era visible desde prácticamente cualquier lugar del pueblo. Había sido erigido en el siglo XIX para los turistas pudientes, de acuerdo con la estética de aquel tiempo. Tenía doce pisos –por los doce meses del año–, trescientas sesenta y cinco habitaciones –una por cada día del año– y cuatro alas –una por cada estación–. En su día fue el hotel más grande de Europa.

Jimmy le dio un sorbo al café.

–Entiendo perfectamente que me hayas echado.

–Eso me hace quedar como un ogro –se rio Helen–. Te pedí que te marcharas, nada más. Era lo mejor.

Los compases metálicos de *Rock-A-Hula Baby* interrumpieron la conversación. Jimmy sacó su teléfono del bolsillo y ojeó la pantalla.

–Es Mandarina –informó–. Lo llamaré luego. –Se metió el móvil de nuevo en el bolsillo y miró a Helen–. Quiero disculparme otra vez, Helen. No debería haberte besado.

–Los dos tenemos muchas cosas en la cabeza. Quizá cuando estemos más despejados, podamos volver a intentar ese beso.

Jimmy esbozó una sonrisa y toda su cara se iluminó.

–Eso estaría bien –afirmó.

Mucho rato después, tras más café, más chocolates envueltos en aluminio dorado y mucha más conversación, Helen y Jimmy abandonaron finalmente la cafetería. Helen desató a Suki de la barandilla, y la perra gimoteó de placer por estar de nuevo a su lado.

–Bueno, aquí me quedo yo –dijo Jimmy, tras girarse para encaminarse hacia el Grand Hotel.

Helen lo acompañó hasta la ancha escalera de piedra que conducía a las imponentes puertas, y ambos se quedaron quietos y callados durante unos incómodos segundos, hasta que ella lo atrajo hacia sí en un abrazo breve y cordial. Ninguno de los dos sabía qué esperaba del otro. Era como si estuvieran escribiendo las normas a medida que iban avanzando.

–Espero que todo vaya bien con Jodie –deseó ella–. Y llámame si la Policía te informa de alguna novedad.

Se despidió de Jimmy con la mano y se dispuso a cruzar el pueblo. Mientras caminaba, se sorprendió a sí misma al darse cuenta de que no solo tenía ganas de comer la cena casera que habría preparado Jean, sino también de compartir la mesa y charlar. Pensó en contarle a Jean lo de Jimmy y el secreto de Jodie. Cuando llegó al Seaview Hotel, vio a Miriam limpiando los escalones del Vista del Mar con un cubo lleno de agua jabonosa y un cepillo.

–¿Miriam? ¿Estás bien?

Miriam se levantó y fue una satisfacción para Helen el ver que volvía a tener el aspecto de siempre, con su maquillaje inmaculado y su largo pelo gris amontonado sobre la cabeza, en una masa de rizos. Se quitó los guantes de goma rosas.

–Ah, Helen, querida. Justo la persona con la que quería hablar. Me han dado buenas noticias. –Oteó la calle de arriba abajo y luego le hizo señales a Helen para que se acercara a ella–. Deja el perro en la verja, no quiero que me ensucie el camino.

Helen ató a Suki al poste de Miriam.

–¿Qué es? –preguntó.

Miriam se inclinó hacia ella.

–Que quede entre nosotras: la Policía me acaba de decir que ya no soy sospechosa –susurró.

Helen arqueó las cejas de golpe.

–¿No?

Miriam miró a izquierda y derecha antes de proseguir.

–Parece ser que vieron a tu Elvis muerto subir a un coche la noche que lo asesinaron.

–No es mi Elvis muerto, Miriam. Y ya le dije a la Policía que lo vi subir a un Porsche negro.

–No, este que te digo era otro coche, más tarde. Por lo que se ve,

volvió al Seaview Hotel y llamó a un taxi para que pasara a recogerlo y lo llevara al *spa*. Pero cuando el conductor llegó vio a un hombre vestido como Elvis subirse a un coche y alejarse, dejando al pobre taxista esperando fuera del Seaview Hotel a un pasajero que nunca llegó.

–¿Cuándo te ha dicho eso la Policía? –preguntó Helen.

–Hará una media hora.

Helen desató a Suki y salió corriendo hacia el Seaview Hotel mientras sacaba su teléfono del bolso. Sabía que debía llamar al agente Hutchinson para descubrir qué estaba pasando. Pero, en su lugar, marcó el número de Jimmy.

Capítulo 31

—¿Jimmy? Soy Helen. ¿Te ha llamado el agente Hutchinson con nuevas noticias sobre un coche?

–¿Qué coche?

Le contó todo lo que había sabido por Miriam.

–Se suponía que tenía que mantenerme al corriente del asunto –dijo Jimmy. Helen advirtió un tono de frustración en sus palabras–. Deberíamos ir a hablar con él a la comisaría.

–Tengo una idea mejor. Tenemos que encontrar al tipo de Traveltime, el que conduce el Porsche negro.

–¿Y de qué nos serviría eso? Acabas de decir que el taxista que fue al Seaview Hotel vio a Brian subirse a otro coche.

–Sospecho que tiene que haber algo más que eso. Creo que deberíamos hablar con el hombre del Porsche.

–No lo tengo claro, Helen –repuso Jimmy con cautela–. ¿De verdad piensas que deberíamos localizar a ese tipo? Prefiero que se encargue la Policía. No deberías involucrarte.

–No me estoy involucrando… del todo –puntualizó Helen–. Quiero decir, pongamos por caso, que, si yo estuviera sacando de paseo a Suki y me lo encontrara ahí delante del hotel frente al mío, lo único que yo estaría haciendo es actuar amablemente si fuera a darle los buenos días. No hay ninguna ley que lo prohíba, ¿o sí?

–Helen, no –la advirtió Jimmy.

–¿No quieres que atrapen al asesino de Brian y que se acabe esta horrible situación?

–Claro que quiero, pero…

–Pero nada, Jimmy. Voy a hablar con él mañana por la mañana si está allí, y puedes venir conmigo si quieres.

Hubo un instante de silencio.

–¿Mañana? –preguntó Jimmy desanimado–. No puedo mañana, Helen. Tengo que irme a primera hora a casa. Por eso me llamaba Mandarina. Han programado audiciones para elegir al nuevo miembro de los Docelvis.

–¿Con la muerte de Brian tan reciente? –se sorprendió Helen.

–Aceptar a alguien nuevo en el grupo es un proceso complejo y se tiene que hacer rápido. Mandarina también me ha dicho que nos han ofrecido un contrato a los Docelvis para un trabajo dentro de unos meses, y tenemos que hablarlo en detalle antes de que nos tomen fotos promocionales con el nuevo miembro.

–¿Regresarás? –preguntó Helen.

Le sorprendió lo mucho que esperaba que así fuera.

–Estaré fuera uno o dos días, pero sí, me seguiré alojando en el Grand cuando vuelva.

Sintió que el sosiego le aleteaba dentro del pecho.

–Debo volver. Tengo la esperanza de acercarme de nuevo a Jodie para ayudarla, ¿sabes? –Permaneció en silencio unos segundos, antes de proseguir–: Y también me gustaría verte a ti.

Helen recordó los consejos de Marie y Jean sobre acoger la felicidad que pudiera presentársele.

–Gracias, Jimmy. A mí también me gustaría.

–Espera a que vuelva e iremos juntos a hablar con el hombre de Traveltime.

–No, iré mañana yo sola –dijo Helen, decidida.

–¿Estás segura?

–No –respondió con una sonrisa–. Pero tendré a Suki conmigo. Tanto tú como yo sabemos que es dócil como un corderito, pero no todo el mundo tiene por qué saberlo. Su aspecto es bastante feroz cuando enseña los dientes. Además, si ese hombre es el que envenenó a Suki, quiero verle el blanco de los ojos y saber si me está diciendo la verdad cuando lo tenga delante.

–Ten cuidado –la avisó Jimmy.

Helen colgó y bajó a su apartamento.

–¡Jean, he vuelto!

Qué reconfortante fue anunciar su llegada y oír la respuesta de alguien. Era la primera vez desde hacía meses que eso ocurría.

–Estoy en la cocina, querida.

Encontró a Jean arremangada y con un delantal atado alrededor de su robusta cintura. Estaba estirando una masa sobre una tabla enharinada.

–¿Te apetece una tarta de pollo y setas? –preguntó.

Helen notó que se le empañaban los ojos.

–No tengo palabras para expresarte lo agradecida que estoy contigo.

Jean hizo un movimiento con la mano llena de harina.

–Ah, no es nada. La meteré en el horno dentro de cinco minutos y estará lista en media hora. Y de postre he hecho un crujiente de manzana.

–Jean, podría besarte.

–No hay ninguna necesidad de cochinadas –dijo Jean con sequedad.

Mientras Helen observaba cómo colocaba un círculo de pasta encima del molde de tarta antes de coger un cuchillo y girar el plato con maestría para recortar el excedente, su teléfono sonó con un número desconocido. La llamada fue corta y concisa: era otro huésped que cancelaba su reserva y lo achacaba a las noticias que habían leído sobre el asesinato. Helen se dejó caer en una silla con el teléfono en las manos. ¿De verdad estaba haciendo lo correcto aferrándose al

Seaview Hotel? Se le vino a la mente la oferta que el señor Benson le había propuesto, luego sacudió la cabeza para deshacerse de ese pensamiento. ¡No y no! No se iba a permitir ni planteárselo, por muy mal que anduviera el negocio. Capearía el temporal. Tenía que hacerlo. Volvió a sonar el teléfono, y el estómago le dio un vuelco al reconocer en la pantalla el nombre de Bev.

–Tengo que atender esta llamada en privado –le dijo a Jean, yéndose hacia el comedor.

Pero, cuando se puso el teléfono en la oreja, lo único que pudo oír fue el llanto de Bev. Se desplomó en una silla y esperó durante un momento, preparándose para lo peor.

–¿Bev?

–He… Helen –sollozó Bev.

Helen tragó con dificultad y cerró los ojos.

–Estoy… es… –lo intentó de nuevo Bev.

Helen se llevó la mano libre a la sien y apretó con fuerza. Escuchar el llanto de su amiga era algo completamente devastador.

–Bev, si me necesitas, aquí estoy, pase lo que pase. Todas estamos contigo.

Oyó la respiración entrecortada de Bev.

–No… –balbuceó Bev–. Tengo…

Helen se armó de valor para oír la odiosa palabra. El corazón le empezó a martillear y notó que un nudo le comenzaba a apretar la garganta.

–¡Tengo los resultados! –gritó Bev.

–¿Bev?

–Es… es benigno.

Y de nuevo rompió a sollozar y llorar, y Helen se dio cuenta de que aquellas no eran lágrimas de pena, sino de alegría.

–Ay, Bev… –exclamó sin aliento.

Una primera lágrima se deslizó por su rostro, abriendo camino a todas las demás.

–Llevo llorando todo el día –dijo Bev, sorbiendo por la nariz–. Todavía no me lo creo.

–¿Está Sue contigo?

–Está a mi lado, cuidándome. Estoy en su casa ahora. Me he mudado aquí, prácticamente. Siento que me han regalado unos años más de vida, Helen. Las enfermeras del hospital y el especialista que me trataron son increíbles.

Helen cerró los ojos con fuerza.

–Recuerdo que Tom solo tenía buenas palabras para ellos también, cuando estaba en quimioterapia allí.

–Sé que soy una afortunada, Helen, y quiero disfrutar al máximo cada día. Hay algo más que quiero hacer también.

–¿Una lista de deseos que cumplir antes de morir, como ir a nadar con delfines y cosas así?

–No, quiero recaudar dinero para el Área de Oncología del hospital. Estaba pensando en organizar una carrera benéfica o algo por el estilo. Aún no lo sé exactamente, solo es una idea.

–A mí también me gustaría colaborar, por Tom –dijo Helen–. Hablaremos dentro de unos días, nos recompondremos del susto y elaboraremos un plan. Dale mis recuerdos a Sue.

Cuando hubo colgado, apretó la cabeza contra el sofá y se quedó sentada en silencio durante unos minutos antes de volver a la cocina para compartir las buenas noticias con Jean.

Poco después, ambas disfrutaban de la tarta de pollo con una conversación amena y una botella de vino tinto que Helen había abierto para celebrar la noticia de Bev. Después del postre, Helen insistió en limpiar los platos y echó a Jean hacia el comedor a ver la televisión con Suki, que estaba tumbada al lado de las puertas del patio. Helen puso el lavavajillas, limpió la cocina y preparó una tetera con té, que llevó al comedor en una bandeja. Suki se movió para tumbarse en el suelo, entre las dos mujeres. Helen sirvió el té y le pasó una taza de cerámica azul a Jean. Esta hizo un gesto con la cabeza hacia el televisor.

–Mira.

Helen se quedó completamente boquiabierta. El reportero estaba fuera del Seaview Hotel, informando sobre la muerte de Brian y asegurando que la Policía estaba siguiendo las pistas, pero que aún no se había producido ningún arresto. El nombre del hotel aparecía en letras grandes bien visibles sobre la puerta principal.

–Deben de haberlo filmado hará un buen rato. Yo no he visto a nadie ahí fuera, ¿tú sí? –preguntó Helen.

–Si los hubiera visto, les habría echado una buena bronca –aseveró Jean.

Helen se derrumbó.

–Esto es mi ruina. Los recortes de prensa y las historias que circulan por internet desaparecen de los recuerdos de la gente. Pero la televisión…

–La televisión local –le recordó Jean–. Se olvidará. ¿Ves? Ya han cambiado de tema: ahora hablan de las vacas lecheras.

Helen le dio un sorbo al té.

–Jean, ¿puedo hacerte una pregunta?

–Por supuesto, querida.

–Cuando murió Archie, me refiero a pasado un tiempo, ¿cuánto tardaste en empezar a empaquetar sus cosas, su ropa y sus zapatos? No sé qué se supone que debo hacer. Una parte de mí acepta que Tom se ha ido y que tengo que deshacerme de… No, eso suena demasiado

definitivo… Que tengo que cambiar de sitio su ropa y guardarla donde no pueda verla cada día. Me recuerda demasiado lo que he perdido; me duele cada vez que veo sus tejanos, sus botas o sus pantalones. Me viene a la mente cuándo fue la última vez que se los puso, adónde fue, los paseos que disfrutamos con la perra…

–Y nunca olvidarás ninguna de esas cosas. Pero lo mejor será que las vayas soltando poco a poco. No lo hagas todo de golpe, solo te arrepentirías de ello. Tómate tu tiempo. Primero mete las cosas en una caja –le aconsejó Jean–. Eso es lo que hice yo. Como bien dices, cuando su ropa está colgada en el armario y la ves cada día, se hace duro. Sientes que estás atrapada en el pasado. Yo doné la mayoría de las cosas de Archie a la beneficencia. Hay un montón de sitios en el pueblo que te estarían muy agradecidos por la ropa de Tom. Aunque sí me quedé algunas cosas de Archie, las más especiales: sus gemelos y sus gafas, objetos de los que no podría soportar desprenderme. Están en un cajón que abro de vez en cuando. Pero no los necesito para acordarme de él. –Se llevó la mano al corazón–. Siempre estará aquí.

–Gracias, Jean, significa mucho para mí el saberlo. –Helen dio otro sorbo al té–. Bev quiere organizar algo para recaudar dinero para el Área de Oncología del hospital. Le he dicho que la ayudaría. ¿Sabes si el hospital tiene algún sitio al que pueda donar las cosas de Tom?

–Por supuesto que las podrías donar al hospital –aseguró Jean con una mirada astuta–, pero se me ocurre otra manera mejor con la que podrías ayudar a recaudar dinero para ellos.

Helen arqueó una ceja.

–¿Cuál?

Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de Jean.

–Venga, Jean, suéltalo ya.

–Ah, digamos que tiene que ver con Elvis y un grupo de hombres dirigido por un tipo muy atractivo de nombre Jimmy.

Helen no se podía creer lo que parecía estarle sugiriendo Jean.

–¿Te refieres a los Docelvis? –preguntó, esforzándose por hacerse a la idea.

–Una actuación benéfica. ¿Por qué no? –dijo Jean.

Helen negó con la cabeza.

–No, no les puedo pedir eso. No después de lo ocurrido con Brian. Creo que no tendrán muchas ganas de volver al pueblo en el que mataron a su amigo. Todavía están de luto. Es demasiado pronto. ¿No deberíamos esperar al menos a que encuentren al asesino de Brian?

Jean se subió las gafas por el caballete de la nariz.

–Bueno, si quieres mi opinión, podría ser justo lo que los Docelvis y el Seaview Hotel necesitan para contrarrestar la mala publicidad. Considéralo como un tributo para ese pobre hombre. Solo sería una noche. ¿Qué es lo peor que puede ocurrir?

–No lo sé –repuso Helen vacilante–. Además, solo son once ahora. Jimmy se va mañana a casa para reclutar a alguien que reemplace a Brian. Por lo visto, hay todo tipo de problemas relacionados con la entrada de un nuevo miembro.

Jean se inclinó hacia ella con los ojos brillantes.

–Al menos piénsalo. Conozco a una de las mujeres que trabajan allí como voluntarias. Le pediré que te ponga en contacto con la persona adecuada.

–No –dijo Helen, negando con la cabeza–. No puedo pedirle a los Docelvis que hagan algo así. ¿Y si me dicen que no?

–Solo hay una manera de saberlo. ¿Por qué no hablas con Jimmy y vemos qué opina? Quizá podríais repartir las donaciones que recibierais entre el hospital y la familia de Brian. ¿No me dijiste que su esposa está enferma y su tratamiento cuesta una fortuna?

Helen se quedó callada durante unos segundos. A pesar de todo, empezaba a contagiarse del entusiasmo de Jean.

–Bueno, tal vez tengas algo de razón en lo de que nos daría buena publicidad, y es probable que Jimmy lo valore –dijo con cautela–. Y estoy segura de que la familia de Brian lo agradecería. Supongo que puedo darle un par de vueltas al tema. Pero tendríamos que alquilar alguna sala del pueblo. La Asociación Cristiana de Jóvenes quizá nos pueda ayudar. Dispone de un pequeño teatro que nos podría prestar.

–No necesitas un teatro, muchacha. –Jean levantó la vista al techo–. No cuando tienes un bar arriba.

–¡No puedo acoger un concierto ahí, es demasiado pequeño! –exclamó Helen.

–Tienes el bar, el vestíbulo y el comedor –rebatió Jean–. Imagínatelo como un gran espacio de conciertos. Sacaremos las mesas y las sillas del comedor, y yo pondré un bufé. Será como antaño, cuando Tom y tú organizabais las fiestas de Elvis.

–Ay, ya veo que sabes qué teclas tocar conmigo. –Helen se rio–. Muy bien. Hagámoslo. Llamaré mañana a Bev para comentárselo y también hablaré con Jimmy.

Jean levantó la taza.

–Por el Rey del Rock and Roll.

–Por Elvis –añadió Helen–. Y por Tom.

–Y por mi Archie –agregó Jean–. Que descansen todos en paz.

Capítulo 32

A la mañana siguiente Helen se despertó con el canturreo de Jean. Sonrió al reconocer una canción pop de los sesenta. Suki estaba tumbada en el suelo a los pies de la cama, y Helen podía oír sus ronquidos. Sabía que Tom no le habría permitido que la perra durmiera en la habitación; siempre la encerraba en la cocina durante la noche. Pero, como Helen vivía sola en el apartamento, agradecía la compañía de Suki. Cuando se despertaba en mitad de la noche, le daba algo de consuelo saber que había un ser vivo que respiraba en la habitación, aunque solo se tratara de su mascota.

Sopesó la sugerencia de Jean de organizar un concierto benéfico. Primero debía llamar a Jimmy para preguntarle si los Docelvis estarían interesados. No albergaba muchas esperanzas, por lo que se negó a dejarse llevar por el entusiasmo de acoger una fiesta de Elvis. Y entonces recordó lo que Jean le había dicho sobre empezar a retirar la ropa de Tom. Era una tarea horrible, una que le causaba pavor, pero sabía que tenía que hacerlo. Con todo, el solo hecho de pensar en quitar sus camisas de los colgadores para meterlas en cajas se le hacía demasiado cuesta arriba. ¿Qué había dicho Jean? Que no lo abarcara todo de una vez. Unas palabras sabias, sin duda alguna. Conseguir algunas cajas de cartón y bolsas de plástico sería su primer paso.

–Te echo de menos, Tom –dijo con un hilo de voz mientras salía de la cama y se dirigía a la ducha.

Cuando se hubo vestido, se fue a la cocina, donde la esperaba la imagen de Jean de pie delante de los fogones, removiendo algo con una cuchara de madera. Una caja abierta de copos de avena reposaba junto a un cartón de leche sobre la encimera.

–¿Estás preparando lo que creo que estás preparando? –preguntó Helen, sorprendida.

Jean levantó la vista de la sartén.

–Buenos días, tesoro. Hoy tienes mucho mejor aspecto. Y sí, he pensado que ya era hora de que les diera una oportunidad a las gachas. Hasta ahora nunca he sido capaz de pillarles el truco, pero ni de broma voy a permitir que me ganen la partida esta vez.

–Sé que nuestros huéspedes apreciarán un menú de desayuno más amplio.

–Venga, tú serás mi conejillo de Indias –dijo Jean.

Sirvió una cucharada de las gachas en un cuenco, que deslizó en dirección a Helen. Ella hundió la cuchara dentro mientras Jean no le quitaba el ojo de encima.

–¿Qué tal? –preguntó.

–Bueno… –empezó a decir Helen.

–¿Necesitan más azúcar? ¿Más leche?

–Jean, están perfectas.

Jean vació la sartén en un cuenco para sí misma y se sentó al lado de Helen en un taburete junto a la encimera.

–¿Sabes qué necesitas, Jean? –preguntó Helen mientras comían.

–¿Qué?

–Un *spurtle*.

–¿Cómo dices?

–Un *spurtle* –repitió Helen–. Es un palo de madera para remover las gachas, un utensilio tradicional escocés.

Jean le clavó la mirada por encima de las gafas.

–Y yo soy un elemento tradicional de Yorkshire, así que seguiré usando la cuchara de madera, muchas gracias.

–¿Sabes que Miriam ofrece cruasanes acabados de hornear para el desayuno? –la provocó Helen.

–¿Cruasanes? –Jean inspiró por entre los dientes y negó con la cabeza–. Eso ya es pasarse.

Después del desayuno, Helen sacó a pasear a Suki. Era otro día cálido de primavera con un precioso y despejado cielo azul. Cuando salió del Seaview Hotel, dirigió la mirada hacia el Glendale, pero no había ni rastro del Porsche negro ni de ninguna actividad alrededor del viejo hotel. Siguió por el camino que descendía por el acantilado y que desembocaba en la playa de North Bay. La marea estaba baja, así que le quitó la correa a Suki y la perra se fue dando brincos hacia las olas. Helen paseó por la arena, respirando la brisa marina. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien consigo misma. Mientras caminaba, recordó lo que le había contado Jimmy de los Docelvis, lo de que el grupo tenía la norma estricta de solo admitir un miembro nuevo cuando otro salía. Se preguntó cuánta competición habría para hacerse con el codiciado puesto.

Después de una hora aproximadamente, volvió al Seaview Hotel con Suki atada a la correa. Cuando puso un pie en Windsor Terrace, sin embargo, se quedó de piedra. El Porsche negro estaba allí.

Enderezó los hombros y, antes de que pudiera cambiar de parecer, se encaminó hacia la puerta. Las ventanas estaban tapiadas, haciendo que el lugar ofreciera un aspecto destartalado y dejado. Llamó a la puerta. Al cabo de unos segundos, esta se abrió de golpe y se encontró cara a cara con el hombre que había estado discutiendo con Brian. El corazón se le salía por la boca, pero se obligó a mantenerse firme. No podía flaquear. Sin embargo, de cerca y en persona, le pareció que aquel hombre era muy joven, poco más que un muchacho, en realidad. Tenía el pelo castaño y corto, recogido detrás de las orejas,

lo que hacía que estas parecieran sobresalirle. Su rostro no tenía expresión alguna, y llevaba puesto un traje negro que no encajaba bien en su alta y delgada figura. Un traje viejo que habría visto días mejores, con la chaqueta y los pantalones brillantes y desgastados. Debajo de la americana negra, el joven llevaba una camisa azul y una corbata oscura.

–¡Ay, no…! ¡Usted no! –gritó, y le cerró la puerta en las narices.

Helen intentó girar la manilla, pero sin éxito. Golpeó la puerta con el puño.

–Sal aquí –le vociferó–. Quiero hablar contigo.

–Señora Dexter, por favor, váyase –le suplicó el muchacho.

–Así que sabes quién soy, ¿eh? Entonces sabrás por qué estoy aquí.

–Señora Dexter, si sabe lo que le conviene, váyase ahora mismo.

–No te atrevas a amenazarme –dijo Helen.

–No es una amenaza. Es una petición educada de que se vaya.

–¿Y si no me voy?

–Haré que la saquen de aquí, y la aviso de que no será agradable para usted. Tengo hombres a los que no les importaría hacerle daño.

–Mándalos aquí fuera, pues. Venga –repuso Helen con bravuconería. Miró alrededor, a lo largo de la calle, aliviada al ver viandantes a los que podía llamar si lo necesitaba–. Ninguno de vosotros me puede asustar más de lo que ya lo habéis hecho estos últimos días.

El silencio se extendió durante unos segundos.

–No están aquí –replicó el muchacho–. Pero lo único que tengo que hacer es llamarlos.

–¿Así que estás ahí dentro solo? Entonces, ¿por qué no tenemos una charla agradable tú y yo?

Más silencio.

–¡Abre! –gritó Helen, golpeando fuertemente la puerta con el puño.

La rendija del buzón a la altura de la mitad de la puerta se abrió, y una voz emergió de dentro.

–Por favor, déjeme en paz. Nada de esto es culpa mía.

Helen se puso en cuclillas, aguantó el buzón abierto y se asomó.

–Tenemos que hablar –dijo lo más calmada que pudo–. ¿Por qué no me abres la puerta, me dejas entrar y así podemos charlar sobre lo que ha estado ocurriendo?

–No, no me pueden ver con usted.

–Entonces, tendremos que charlar a través del buzón. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que todo el mundo que pase por la calle pueda oír lo que tengo que decirte?

Se oyó un ajetreo detrás de la puerta y luego se abrió lentamente. Helen mantuvo la vista fija en el rostro suave e impecable del chico. Se preguntaba si aquella era la cara de alguien culpable de haber envenenado a su perra. Desprendía un aura de inocencia que la

inquietaba. ¿De verdad podía alguien como él ser la persona que la había estado asustando? Entró en el Glendale, cuyo frío vestíbulo olía a humedad.

–Por favor, venga al final del pasillo. Hay sillas. Podemos sentarnos –propuso.

Helen lo siguió hasta una habitación, en la parte trasera del edificio, con ventanas decoradas en rojo y dorado. Estas no estaban tapiadas, y la habitación daba a un gran jardín invadido por las malas hierbas. Había dos mesas cuadradas y tres sillas blancas de plástico. Helen observó atónita mientras el muchacho se sacaba un pañuelo de algodón blanco perfectamente doblado del bolsillo de la chaqueta y lo pasaba por una de las sillas, limpiando el polvo. Luego le indicó que se sentara, arrastró otra silla para él y se sentó enfrente. Suki se quedó al lado de Helen, alerta, olfateando el aire desconocido. Luego agachó la cabeza y empujó la nariz hacia los zapatos del joven.

–Suki, no –le dijo Helen, tirando de la correa.

Dirigió la vista hacia los zapatos negros. Eran inusualmente alargados y puntiagudos, parecidos a los que había visto que usaban algunos de los hombres de los Docelvis cuando no estaban actuando.

Cuando Suki se hubo echado, Helen miró directamente al hombre a los ojos.

–Quiero saber qué narices está pasando –le exigió–. Traveltime ha estado detrás de mi hotel para demolerlo y construir un aparcamiento para este sitio. He recibido ofertas para vender, incluyendo una del hombre que acabó muerto en Peasholm Park. Creo que alguien intentó entrar en mi apartamento, me mandaron por correo unas cosas horripilantes y envenenaron a mi perra. –Apretó con fuerza la correa de Suki.

–Señora Dexter, se lo puedo explicar –dijo él–. Pero primero deje que me presente. Soy George Weber, el hijo de Leon Weber.

Helen reconoció el nombre de inmediato.

–¿Leon Weber, el dueño de la cadena Traveltime?

–Sí, el mismo.

Helen advirtió cómo el rubor se abría camino desde el cuello raído de la camisa azul de George. Lo observó fijamente.

–¿Qué haces tú para Traveltime exactamente?

–Soy el vicepresidente ejecutivo digital para los asuntos en línea.

Helen se lo quedó mirando.

–¿Y en lenguaje llano?

–Me encargo de llevar Facebook, Twitter y demás redes sociales de la compañía. Es un trabajo que mi padre me asignó. Insistió en que trabajara para la empresa de la familia. Pero eso no es lo que yo quiero hacer, yo no soy así. Yo quiero ser músico y tocar la guitarra. –Bajó la vista y negó con la cabeza–. Lo siento, hablo demasiado

cuando estoy nervioso.

Helen notó cómo se le ablandaba un poco el corazón.

–Pero si eres el encargado de las redes sociales, ¿qué haces aquí ahora? Tu compañía ni siquiera es dueña del Glendale todavía.

–Estoy tomando fotografías para nuestro arquitecto, nada más. El agente inmobiliario me permite tener las llaves, siempre y cuando se las devuelva en la oficina al final del día.

–¿Qué estabas haciendo aquí con Brian McNally? –le preguntó Helen–. Oí como discutías con él en la calle. Lo amenazaste, le dijiste que tu jefe no aceptaría que no hubiese sido capaz de convencerme para vender el Seaview Hotel. ¡Incluso me llamaste «perra»! Y vi como te lo llevabas en el Porsche la noche que lo mataron.

George se tiró del cuello de la camisa.

–¿Cómo está su perro? –balbuceó, bajando la vista al suelo.

–No cambies de tema –le soltó Helen.

George parecía abstraído, mientras se rascaba la piel alrededor de las uñas.

–El señor McNally…, Brian…, le debía dinero a mi padre… –empezó a decir vacilante–. Mucho dinero. Cuando mi padre se enteró de que estaba de visita en Scarborough y de que se hospedaba en su hotel, lo vio como una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar. Así que lo obligó a que se acercara a usted proponiéndole una oferta para vender. Sabía que a Brian le gustaba alternar con mujeres y pensó que podría seducirla para que vendiera su propiedad. Cuando no funcionó, mi padre exigió verlo. Por eso discutí con Brian, lo cual me resultó muy difícil.

–¿Difícil? ¿Qué quieres decir?

George agitó las manos a ambos lados de la cara como si se estuviera abanicando para aliviar el sonrojo.

–Difícil, emocionalmente. No soy una persona irascible, señora Dexter. Es muy sacrificado para mí el trabajar para Traveltime y llevar a cabo las órdenes de mi padre.

Helen siguió adelante, impertérrita ante la confesión de George y determinada a llegar al fondo de lo que había ocurrido la noche del concierto de los Docelvis.

–¿Así que llevaste a Brian en coche para ver a tu padre?

–Sí, tuve que llevarlo a la casa de mi padre en Scalby. Traveltime es una compañía enorme, y nada ni nadie puede interponerse en su camino.

–¿Tampoco mi hotel y yo? –preguntó Helen.

George esbozó una débil sonrisa.

–Brian iba vestido como Elvis Presley aquella noche. Cuando llegamos, mi padre se burló de él y lo obligó a bailar delante de sus amigos. Fue humillante, vergonzoso.

–¿Tu padre lo mató? –preguntó Helen.

George se irguió en la silla.

–¡No! Mi padre podrá ser muchas cosas, pero no es un asesino, señora Dexter. Eso se lo puedo asegurar.

–¿Entonces qué ocurrió después de que tratara a Brian como un mono de feria?

–Llevé de vuelta a Brian con el coche hasta el Seaview Hotel, salió del vehículo y me fui.

–¿Viste lo que hizo a continuación?

George negó con la cabeza.

Helen le clavó una mirada penetrante.

–¿Intentase entrar en mi apartamento?

Él la observó inexpresivo.

–No.

–¿Y mi perra? ¿Fuiste tú el que intentó envenenarla?

Vio como los hombros del muchacho se sacudían y, para su sorpresa, se dio cuenta de que estaba llorando.

–No era mi intención. No quería hacerlo. Mi padre me obligó para asustarla y forzarla a vender. No puede comprar el Glendale y convertirlo en un hotel de Traveltime a menos que tenga un aparcamiento. Sin el Seaview Hotel, tiene las manos atadas.

–¡Serás cabrón! –murmuró Helen–. Casi la matas.

Al lado de Helen, Suki empezó a gruñir. George apretó la espalda contra la silla, intentando poner distancia con la perra.

–Lo siento, señora Dexter, de verdad. Por favor, perdóneme. Es mi padre. Me obliga a hacer esas cosas, y yo…

Helen se levantó, con la rabia recorriéndole las venas. Sabía que tenía que irse antes de que acabara propinándole un puñetazo al imberbe rostro de George o dándole un bofetón que le pusiera del revés sus grandes orejas. Tiró de la correa de Suki y desanduvo el camino hacia la puerta del hotel, dejando a George atrás derramando lágrimas.

Capítulo 33

Helen volvió a toda prisa al Seaview Hotel, lanzó las llaves sobre la barra, se dejó caer en una silla del bar y apoyó la cabeza entre las manos. No podía evitar sentirse, en cierto modo, responsable de la muerte de Brian. Doce imitadores de Elvis habían llegado al Seaview Hotel, pero solo once habían salido de él. Luego estaba el asunto del tiesto roto y las huellas en la tierra fuera del apartamento. ¿Había intentado alguien entrar en su casa? Sin tener más pruebas, no podía saber con certeza lo que había ocurrido. Sentía que George Weber había sido sincero con ella. Se había derrumbado con demasiada facilidad cuando le había preguntado si había envenenado a Suki. Si hubiese estado en su patio aquella noche, lo habría confesado también. No, definitivamente no parecía nada probable que fuese George el intruso que había intentado colarse. ¿Entonces quién diantres era?

Mientras su mente daba vueltas sumida en la preocupación, Suki se acercó a ella y le colocó la cabeza en el regazo.

–¿Qué haría yo sin ti? –le dijo Helen, y Suki gimoteó en respuesta.

Helen sacó el teléfono del bolsillo y llamó a la Policía de Scarborough. La pusieron de inmediato con el agente Hutchinson y le contó la conversación que había mantenido con George Weber. También le proporcionó el número de matrícula del Porsche, que anotó al salir del Glendale. Hutchinson prometió hablar con George y su padre, y le garantizó que sus hombres estaban haciendo todo lo posible por encontrar al asesino de Brian.

–Me dijo usted que me mantendría al corriente sobre el caso, pero sé que no se me ha informado sobre todo lo que ha estado ocurriendo –le señaló Helen.

Se guardó para sí que había sido Miriam la que le había contado que Brian había subido a un segundo coche la noche que lo mataron, para no meter a su vecina en más problemas.

–Señora Dexter, le puedo asegurar que, en cuanto tengamos noticias, se las comunicaremos tanto a usted como al señor Brown. Los recortes en comisaría han comportado una notable reducción del personal que teníamos para seguir las posibles pistas y efectuar llamadas. Nuestros esfuerzos se concentran en un meticuloso trabajo policial y hacemos todo lo que podemos. Queremos atrapar al asesino y resolver el caso tan rápido como usted.

Y colgó, dejando a Helen pasmada mirando el teléfono.

Bajó las escaleras hacia su apartamento y encontró una nota sobre la

mesa de la cocina:

He ido a ver a mi madre, sus piernas no están bien. Tienes scones de queso al lado de la tetera. Jean

Puso a calentar el agua, preparó café y estaba a punto de untar con mantequilla uno de los *scones* de queso azul caseros de Jean, todavía calientes del horno, cuando alguien llamó a la puerta de la cocina. Sin esperar respuesta, Sally asomó la cabeza.

–Me he pasado un momento a saludar. Voy de camino a hacer la limpieza aquí al lado.

–¿Tienes tiempo de tomarte un café y de picar algo? –preguntó Helen.

Sally negó con la cabeza.

–No, lo siento. Solo quería darte las gracias, Helen. Estoy muy contenta con el trabajo en el Vista del Mar.

–¿Te está tratando bien Miriam?

–Es una tía rara, pero eso no es nada nuevo.

Sally sonrió.

–Y para que lo sepas, no es tan quisquillosa como tú con la limpieza de las habitaciones.

–¿En serio? –Helen se sorprendió al oírlo–. Pensé que sería muy pesada con la higiene.

–Está limpio lo justo, pero me dijo que hiciera solo lo mínimo; nada comparado con lo que hago para ti.

–Ten –le dijo Helen, metiendo dos de los bollitos en una bolsa de plástico–. Uno para ti y otro para Gracie, de parte de Jean.

–¿Jean está cocinando para ti? Empiezas a tener mejor aspecto, Helen. Tienes las mejillas más sonrojadas.

–Gracias, cielo. ¿Cómo van los estudios en la escuela profesional?

Sally sonrió de oreja a oreja.

–Me pusieron matrícula de honor por el trabajo que hice sobre gestión empresarial.

–Bien hecho. Sigue así.

–Tú también. Nos vemos, Helen.

–Adiós, querida.

Cuando Sally se hubo ido, Helen se llevó su *scone* y el café a la mesa de la cocina y le echó un vistazo al móvil. Tenía un mensaje de Marie:

Gracias por recomendarme al abogado Elvis Sam. Es un crack. Voy a dejar seco a Daran con el acuerdo de divorcio. Me ha pedido que vuelva con él (Daran, no Sam, jajaja) ahora que Sandra DeVine le ha dado puerta. ¡Ni de coña! ¡Ja! No hay límites para Marie

Clark ahora que estoy soltera y libre. ¿Te ha dicho algo la poli? Maravillosa la noticia de los resultados de la biopsia de Bev. Deberíamos ir a celebrarlo. Besos.

Helen llamó a Jimmy, pero no obtuvo respuesta. Le dejó un mensaje en el contestador, pidiéndole que la llamara cuando tuviera un momento. Luego contactó con Bev para contarle la loca idea de Jean de organizar un concierto con los Docelvis a fin de recaudar dinero para el Área de Oncología. Bev se mostró entusiasmada al oírlo, pero Helen le advirtió que mantuviera la calma y no se lo comentara a nadie todavía. Primero tenía que hablar con Jimmy antes de que pudieran hacer ningún plan, y no estaba segura de que él aceptara.

Dirigió la vista hacia el monitor del circuito de videovigilancia que Gav había instalado. La imagen de la cámara del patio estaba completamente quieta, mientras que la de la puerta principal mostraba sombras indefinidas que pasaban de largo por la acera. Pero en la transmisión de la cámara de la puerta trasera se percibía un movimiento borroso: alguien caminaba hacia los cubos de basura de Helen. Los basureros seguían en huelga, así que no podían ser ellos. La imagen parpadeaba y se mostraba granulosa, y ni siquiera podía discernir si se trataba de un hombre o una mujer. Se dirigió a la puerta trasera y la abrió justo a tiempo de oír como la puerta trasera del Vista del Mar se cerraba.

–¡Ay, Miriam! –gritó, pero no obtuvo respuesta–. Usando mis malditos cubos cuando los suyos están llenos. ¡Menuda jeta! –masculló.

Volvió a la cocina y se acabó el café y el bollo. Luego abrió el portátil para ponerse al día con el papeleo. Se sintió descorazonada al recibir más cancelaciones; varias de ellas lo achacaban a la mala publicidad por la muerte de Brian. Sus planes de reabrir el Seaview Hotel, con la esperanza de tener unas temporadas de primavera y verano exitosas, se iban desmoronando con cada reserva cancelada. Para su frustración, todavía no había respuesta de la página web de reseñas sobre las publicaciones falsas. Lo siguiente que hizo fue buscar en internet el número del Departamento de Urbanismo del ayuntamiento, y sacó su teléfono, preparada para preguntar qué sabían sobre el futuro del Glendale.

–Sí, le puedo confirmar que hemos recibido propuestas de la cadena Traveltime –dijo una jovencísima voz de pito femenina.

–¿Pero no se ha aprobado nada todavía, no se ha presentado ningún plan, verdad? –preguntó Helen.

–No se puede hacer ninguna oferta hasta que el asunto del aparcamiento esté resuelto.

–¿Y me puede confirmar si…?

–Ah, espere un momento –la interrumpió la chica–. Hay una anotación en el archivo que dice que Traveltime ha revocado su oferta justo hoy.

El corazón le dio un vuelco de alegría.

–¿Quiere decir que ya no están planeando comprar el Glendale?

–Sí, eso es. La nota dice que el asunto del aparcamiento no se ha podido resolver y ya no tienen intención de comprar.

–¿Qué pasará con el Glendale ahora?

–Todavía está a la venta. Ya tenemos otro promotor interesado y lo llamaremos esta misma mañana para comunicarle que ha quedado disponible.

–¿La nueva compañía quiere convertirlo en un hotel?

–Me temo que no le puedo dar más detalles. Lo único que le puedo asegurar es que es poco probable que se otorgue la licencia para levantar un hotel en ese lugar sin un aparcamiento. Las normas son muy estrictas hoy en día, en comparación con las de la época en que se construyeron originalmente los hoteles de esa calle. No puedo decirle más.

–Gracias. Me ha sido de gran ayuda.

Colgó y levantó el puño en el aire con alegría. Entonces, algo en el monitor del circuito de videovigilancia le llamó la atención: una forma borrosa se movía cerca de la puerta de entrada. Sonó el timbre, y Helen subió las escaleras. Antes de que llegara al vestíbulo, sonó de nuevo el timbre.

–¡Un momento, ya voy! –gritó.

Cuando abrió la puerta, se encontró con un enorme ramo de rosas de color rosado y blanquecino, sostenido por una mujer bajita y rechoncha.

–¿La señora Dexter? ¿El Seaview Hotel? –ladró la mujer.

–Sí –respondió, sin poder despegar los ojos de las flores.

Su primer pensamiento fue que serían de alguien que quería darle el pésame por la muerte de Tom. Aunque había pedido expresamente que no hubiese flores en el funeral y que, en vez de eso, se hicieran donaciones al hospital, no todo el mundo debía de saberlo. Pero entonces le sobrevino una repentina punzada de desasosiego. ¿Sería otra táctica rastrera de Traveltime, acaso su manera de hacerle pagar por haberse negado a vender? ¿Aceptaría el ramo y se encontraría con que estaba podrido? Pero, lejos de presentar un aspecto amenazador, tenía un aire más…, cómo decirlo, romántico.

Cogió el ramo de las manos de la mujer y se lo llevó al bar. En ningún momento vio a la mujer girarse y alejarse, ni subirse a su pequeña furgoneta azul decorada con una guirnalda de flores. Tampoco se fijó en que un muchacho alto y enclenque, vestido con un traje negro barato, se acercaba a la puerta con algo en la mano.

Las rosas eran flores anticuadas, de tallo largo, y estaban atadas a mano con un cordel de rafia. Un pequeño sobre azul presentaba, escritas a mano, las palabras SEÑORA HELEN DEXTER. Lo abrió, sacó la pequeña tarjeta de su interior y leyó el contenido: DE JIMMY.

Pasó los dedos por la tarjeta. Qué gesto más considerado y amable por su parte. Apreciaba la sutileza de las flores rosas y blancas. Se habría sentido incómoda si hubiesen sido rojas, por simbolizar la pasión y el amor. Por lo poco que sabía de Jimmy, aquellas rosas y aquella tarjeta correspondían a su forma de ser, la de un hombre respetuoso, chapado a la antigua, educado.

El traqueteo del buzón en la puerta principal la sacó de sus pensamientos. Miró por la ventana, esperando ver al cartero. En vez de eso, se sorprendió al ver a George Weber, con sus orejas de soplillo y su traje barato, alejándose rápidamente. Se arrodilló en el asiento de la ventana, inclinándose hacia delante para poder ver bien el hotel Glendale, y fue testigo de cómo subía a su Porsche y se marchaba a toda velocidad. Luego se fue al vestíbulo, donde halló un sobre blanco en el suelo.

Lo giró y levantó la solapa, que estaba metida dentro. La tarjeta que contenía salió por el lado equivocado, mostrando una etiqueta de color amarillo chillón que indicaba que había costado la pasmosa cantidad de cincuenta y nueve peniques. Le dio la vuelta a la tarjeta. En su parte frontal había una fotografía brillante de un perrito blanco sentado en un campo exuberante. Abrió la tarjeta y se quedó atónita cuando leyó las dos únicas palabras que había escritas: LO CIENTO.

Capítulo 34

Helen llevó el ramo de Jimmy y la tarjeta de George a su apartamento. Rebuscó en el armario de debajo del fregadero, encontró un jarrón y colocó dentro las rosas. Luego tomó una fotografía y se la envió a Jimmy con un mensaje para darle las gracias.

Abrió la tarjeta de George de nuevo, se quedó mirando la palabra mal escrita, y un escalofrío le recorrió la espalda.

–Cabrón –musitó.

No solo había admitido haber envenenado a Suki, sino que la prueba de la tarjeta revelaba que había sido él quien había dejado las reseñas falsas. Rasgó en dos la tarjeta y la tiró al cubo de la basura.

Entonces, su teléfono sonó con un mensaje:

Te llamaré esta noche después de las audiciones para elegir al nuevo miembro de los Docelvis. Estoy ahora en el tren de camino a casa, y no tengo buena cobertura en los túneles. Me alegra que las flores llegaran bien. El agente Hutchinson me llamó y me puso al día sobre lo de Weber y Brian subiéndose en otro coche. Se lo contaré esta noche a los chicos. Jimmy.

Se metió el móvil en el bolsillo y aspiró el embriagador aroma de las rosas. Sin Jean atareada en la cocina, de repente se sintió desesperadamente sola. El apartamento estaba demasiado tranquilo y se sorprendió al descubrir lo rápido que se había acostumbrado a tener a alguien con ella. Decidió empezar a empaquetar la ropa de Tom mientras Jean estuviera todavía con ella, por si necesitaba su apoyo moral. Decidió que iría al pueblo a buscar algunas cajas; no le parecía correcto usar bolsas. Veía demasiada similitud con estar tirando la basura, y Tom merecía algo mejor que eso.

Le dio un vistazo al reloj de la cocina y se preguntó si tendría tiempo de llamar al salón de manicura de Marie y aceptar el tratamiento gratis que le había ofrecido su amiga. «Ah, qué demonios», pensó. También podía permitirse el capricho de comer en el pueblo. No tenía nada que hacer, salvo sacar a Suki más tarde.

Se dirigió a las puertas del patio y tiró de las dos manillas para asegurarse de que estuvieran cerradas. Desde el episodio del intruso, se sentía bastante insegura. Miró hacia fuera. Sus tiestos con bulbos de tulipanes mostraban recios tallos verdes. En otros tiestos de colores llamativos, los narcisos se mecían suavemente, mientras alegres

azafranes de color morado y blanco animaban la vista. Dejó a Suki durmiendo junto a las puertas, cogió su forro polar, la bufanda y el bolso, y salió a dar un paseo por el pueblo.

Las principales avenidas comerciales de Scarborough albergaban una mezcla de negocios, desde grandes cadenas a tiendas de segunda mano, pasando por pequeños establecimientos y cafeterías. Muchas de ellas contaban con el extra de unas vistas espectaculares, ya fueran del castillo sobre el acantilado o una imagen del mar brillante entre antiguas calles angostas adoquinadas. Entró en la librería y preguntó si tenían alguna caja vacía que no necesitaran. Le dieron media docena, y dijo que pasaría a buscarlas de camino de vuelta al Seaview Hotel.

Mientras hacía una parada para tomar café en Bonnets, donde afortunadamente en aquella ocasión no había ni rastro de Sandra DeVine, le escribió a Marie para preguntarle cuándo podía pasarse por el salón de manicura, y ella le ofreció un hueco a las dos. Helen caminó a lo largo de Westborough, curioseando en los escaparates, y cuando localizó una tienda de menaje, entró y compró un *spurtle* para las gachas, con la esperanza de convencer a Jean para que lo usara. Bueno, cosas más raras se habían visto.

Siguió por Westborough hasta el centro artístico Stephen Joseph Theatre, donde se estrenaban las nuevas obras del galardonado dramaturgo y residente de Scarborough Alan Ayckbourn, y donde revivían también los antiguos clásicos. Luego giró a la derecha hacia Hanover Road, donde estaba escondida la joya que era la cafetería Eat Me. El pequeño y agradable local había sido uno de los favoritos de Tom y Helen; sin embargo, Helen se dirigía hacia ella vacilante, puesto que iba a ser su primera vez allí sin Tom.

Una vez dentro le asignaron una mesa para dos al lado de la ventana y colocó el bolso sobre la silla que debería haber ocupado Tom. Pidió un cuenco de caldo de ramen con fideos y luego se pasó un rato observando a la gente por la ventana. Pensó que se sentiría sola y bastante perdida allí, pero el ambiente alegre de la cafetería, con sus obras de arte cursis y su amable personal, hizo que estuviera cómoda, y se reconfortó al ver que no se sentía extraña para nada. Sabía que Tom querría que ella siguiera con su vida, y esperaba que él pudiera verla desde dondequiera que estuviera.

Después de comer se fue al salón de manicura, donde Marie le había dejado una nota para disculparse, ya que se había tenido que marchar por trabajo. En su lugar, la atendió una chica joven llamada Chelsea, que le acarició y le masajeó las manos, le empapó e hidrató los dedos, y luego le pulió y abrillantó las uñas cortas y redondeadas.

De vuelta en el Seaview Hotel, se dispuso a preparar la cena; era su manera de darle las gracias a Jean por cuidarla. Era la primera vez

que cocinaba desde hacía meses, y pronto se vio inmersa en los movimientos casi olvidados de cortar y pelar, añadir especias y remover mientras preparaba un pollo al curri. Nada más llegar, lo primero que hizo Jean fue encender la tetera para preparar té. Solo entonces se quitó el abrigo, dejó el bolso y señaló hacia las rosas.

–¿De parte de Jimmy?

–¿Cómo diantres lo has sabido? –preguntó Helen.

–No se me escapa nada, querida. Lo he visto todo en esta vida. Cuando tú vas, yo ya he ido y vuelto dos veces.

Helen soltó una carcajada.

–Sí, son de Jimmy.

–Le deben de haber costado un buen pellizco –apuntó Jean–. Está claro que cree que lo vales.

Y otra noche transcurrió plácidamente. Jean le informó a Helen sobre el estado (nada bueno) de las piernas de su madre, y Helen le contó a ella que había recogido unas cajas en el pueblo. Al día siguiente, le dijo, las armaría y dejaría listas para el próximo temible paso. Tras la cena, las dos se pusieron a ver en la tele las noticias locales. Helen estaba tensa por si volvían a mencionar el Seaview Hotel, pero su preocupación fue en vano. No hubo alusión al asesinato de Brian y estaba claro que no había nada nuevo sobre lo que informar. Después de eso, ambas se enfrascaron en una telenovela, mientras Jean iba poniendo al día a Helen sobre la vida amorosa de todos los personajes, el drama vivido por ellos y los hijos perdidos que habían surgido de la nada durante los meses que Helen había centrado su tiempo en sus viajes diarios al hospital y su preocupación por Tom. Sobre las 21:30 h, Jean se fue a la cama. Helen sacó a Suki a dar un último paseo, y cuando volvió, recibió una llamada de Jimmy.

–Hemos encontrado a nuestro nuevo Elvis –le explicó con tono animado.

–Qué buena noticia. ¿Y cómo es?

–El más joven de todos. Incluso más que Colin. Solo tiene dieciocho y se entrena para ser bombero. Estamos pensando en cómo sacarle partido cuando cante *Love Me Tender*.

Helen rio con ganas.

–Entonces, ¿te gustaron las rosas? –preguntó Jimmy.

–Son preciosas. Pero no te tendrías que haber molestado, Jimmy, de verdad.

–Elvis siempre le enviaba rosas a Priscilla, ¿sabes? –le dijo.

–¿En serio?

–Ah, pues claro que lo hacía –contestó Jimmy, haciendo su mejor imitación de Elvis, y Helen se volvió a reír.

Lo estaba haciendo mucho últimamente, y le sentaba bien.

–Ah, y soy yo el que te tiene que dar las gracias a ti, Helen.

–¿Por?

–Por hablarme de Anne Brontë y de *La inquilina de Wildfell Hall*. No leo demasiadas novelas, pero pensé en darle una oportunidad a esta y la compré en la librería. No está nada mal.

–Cómo me alegra oír eso –repuso ella–. Jimmy, estuve…, esto…, hablando con una amiga mía. –Se quedó callada, escogiendo las palabras con cuidado–. Está intentando recaudar algo de dinero para una obra benéfica local, y nos preguntábamos si los Docelvis estarían interesados en…

–¿Quieres un concierto gratis? –preguntó.

Helen suspiró.

–Lo siento. No debería habértelo propuesto. Ya le advertí a Jean que era demasiado pronto, pero me insistió en que te lo mencionara, y ahora me doy cuenta de que no debería…

–Sí, sí deberías.

–¿Cómo?

–Creo que es una idea fantástica.

–¿De veras? –Se irguió en la silla–. Me gustaría organizarlo aquí, en el Seaview Hotel.

–Podría funcionar –dijo Jimmy pensativo–. Necesitamos que nuestro nuevo miembro coja rodaje con un concierto sencillo. Y el concierto nos iría genial. Solo hay un problema.

–¿Cuál?

–Tiene que ser este fin de semana.

–¿Tan pronto?

–¿Recuerdas que te comenté que nos ofrecieron un contrato para un nuevo trabajo? Pues empieza antes de lo que esperábamos. Así que nos urge que Trevor, el chico nuevo, actúe con nosotros lo antes posible y gane así confianza como miembro del equipo.

–No estoy segura de poder organizar algo con tan poco tiempo, Jimmy.

–¿Por qué no? –se rio–. Me da a mí que eres el tipo de mujer que puede conseguir todo lo que se proponga, Helen Dexter.

–¿Pero este fin de semana? Es una locura.

–Así somos los Docelvis –bromeó Jimmy–. Podríamos hospedarnos todos allí otra vez, siempre y cuando tengas habitaciones libres.

–Sí, están libres hasta Semana Santa. Podéis quedaros aquí.

La mente de Helen empezó a elucubrar y planear. Tendría que llamar a Bev, hablar con Jean, liberar a Sally de Miriam, organizar un bufé, enviar invitaciones…

–¿Cuántas personas crees que pueden caber en el Seaview Hotel? –preguntó Jimmy.

–Unas cincuenta en el bar y el comedor. Pero solo si quitamos los muebles.

–No es mal número. Podrías pedir donaciones y enviar invitaciones a las personalidades locales.

–Pero no conozco a nadie…

–Me refiero a las personas involucradas en la obra benéfica de tu amiga: voluntarios, recaudadores de fondos y organizadores. Invita al alcalde y a los regidores del ayuntamiento también, en fin, ese tipo de cosas. Al Seaview Hotel no le iría nada mal que fueran, ¿no crees? –señaló.

–Es una idea excelente –dijo Helen entusiasmada–. Y podríamos repartir el dinero recaudado entre la organización benéfica y la familia de Brian, si te parece bien.

–Helen, eres un sol. Llamaré a los hicos esta noche y veré si los puedo convencer de que vayan a Scarborough el fin de semana. Es un aviso de última hora, así que quizá algunos no estén disponibles, pero cruza los dedos. Te informaré de los que seremos tan pronto como lo sepa. ¿Te iría bien si fuéramos el viernes y nos quedáramos hasta el domingo, como hicimos el fin de semana pasado?

–Ningún problema.

–¿Sabes?, estoy muy contento con el chico nuevo: canta como los ángeles –dijo Jimmy.

–Tengo muchas ganas de conocerlo. Me comentaste que el proceso para admitir a un nuevo miembro en los Docelvis era peliagudo. ¿Ha ido todo bien al final?

Hubo un largo silencio antes de que Jimmy hablara de nuevo.

–Bueno, hicimos una audición a seis hombres, pero Trevor fue, de lejos, el mejor. Clavaba los movimientos, las palabras, se sabía todas las canciones. Pero también tenía el toque escurridizo de Elvis. Todos creemos que lo tenemos, pero, cuando lo vemos en otra persona, nos damos cuenta de que solo somos unos aspirantes al trono. Trevor lo tiene a raudales. Ayudará a llevar a los Docelvis al triunfo.

–¿Seis? ¡Guau!, mucha gente quiere unirse a vuestra banda –dijo Helen.

–No, no me has entendido. Les hicimos la audición a seis. Pero todavía quedan más de cincuenta en lista de espera para una futura audición cuando vuelva a haber una plaza libre.

–¡Cincuenta! –exclamó ella.

–Somos un grupo elitista –explicó Jimmy–. Desde que creé la banda, muchos se pelean por entrar y formar parte de ella. Algunos chicos incluso han intentado sobornarme para que los deje entrar. Me han ofrecido sumas importantes de dinero. Tuvimos uno que se puso algo violento cuando no pasó la prueba; llegó a amenazar a Gran Al con que, si no entraba, le enviaría matones.

Helen se quedó horrorizada por lo que estaba oyendo, pero aún había más.

–Otro se dedicó a acosar a Mandarina y lo siguió hasta su trabajo en coche. La situación se puso muy tensa y tuvimos que llamar a la Policía para que el tipo se alejara de él.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Helen.

–Jimmy…

–¿Sí?

–Cuando dices que hay más de cincuenta personas esperando para entrar en los Docelvis…

–Cincuenta y tres había esta noche en nuestra lista de espera. Gran Al es el encargado de mantenerla actualizada, pero no se le dan muy bien los ordenadores; la llevaba al día cuando solo necesitaba bolígrafo y papel. Debería pasarle la tarea a alguno de los muchachos. Creo que hay algunos nombres que no deberían estar en la lista.

Helen se quedó pensativa un momento.

–Esa lista de espera… ¿Me estás diciendo que algunos de esos hombres están tan desesperados por entrar en el grupo como para amenazar y sobornar?

–Pero nunca aceptaría a nadie así, si es lo que estás insinuando.

–No, claro que no –afirmó con rotundidad–. Pero supongamos que alguien de tu lista se obsesionara con unirse a los Docelvis, ¿hasta dónde llegaría con el fin de entrar en la banda?

–Sabes que solo aceptamos miembros nuevos cuando hay un sitio disponible…, es decir, cuando uno de los miembros se va o, como en este caso, cuando muere. ¿Adónde quieres ir a parar con todo esto?

–Lo que me estoy preguntando –adujo Helen con cautela– es qué pasaría si un fan se obsesionara tanto que no se detuviera ante nada. Dices que algunos de esos hombres llevan años en la lista. Bueno, ¿y si uno de ellos cree que ha esperado demasiado tiempo? ¿Y si se ha hartado de esperar a que alguien se marche? ¿Y si… –tragó saliva– y si está lo suficientemente desesperado como para matar?

Capítulo 35

—¡No! –exclamó Jimmy–. Te equivocas, Helen. Son hombres de familia, fans de Elvis. No son capaces de matar.
–¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Conoces personalmente a cada uno de esos cincuenta y tres hombres?
–No, pero…
–Entonces, deberíamos averiguar dónde estaba cada uno de ellos la noche del sábado a la hora de la muerte de Brian.
–Es una locura. No podemos investigarlos a todos.
Helen captó el desánimo de Jimmy, pero estaba empecinada y no iba a darse por vencida.
–¿Por qué no?
–Porque la muerte de Brian es un asunto que tiene que resolver la Policía. Fue un asesinato, Helen. No podemos ir metiendo las narices y haciendo preguntas personales a todos esos hombres basándonos solo en la primera idea disparatada que se te ha venido a la cabeza.
El tono empleado por Jimmy hizo que Helen se crispara.
–¿Y acaso tienes tú un plan mejor? –le reprochó, notando cómo su rabia crecía en su interior–. No podemos dejar esto en manos de la Policía. No tienen ninguna pista. Ni siquiera han encontrado los zapatos de gamuza azul. La última vez que hablé con el agente Hutchinson me dijo que, debido a los recortes en la comisaría, ni siquiera nos pueden mantener al corriente, así que ni en sueños se van a poner en contacto con más de cincuenta sospechosos. Tenemos que hacer esto por nuestra cuenta.
–No, Helen, es una locura –le suplicó Jimmy.
–Sois doce en la banda y hay cincuenta y tres hombres a los que llamar. ¿Cuánto es cincuenta y tres dividido entre doce? Apenas un puñado de llamadas para cada miembro de los Docelvis. Lo único que tenéis que hacer es formularle esta simple pregunta a cada hombre: «¿Dónde estabas el sábado por la noche?».
–No funcionará, necesitaríamos coartadas y pruebas –repuso Jimmy, exasperado.
–Entonces, pídelas –dijo Helen, intentando no estallar–. Haz que la aportación de coartadas sea una condición para seguir en la lista de espera de los Docelvis.
–No podemos hacerlo –sentenció–. Estaríamos infringiendo ciertas leyes de privacidad. ¿Qué me dices de la ley de protección de datos y de los derechos humanos y todo eso?
A esas alturas Helen estaba ya que echaba humo.
–Así pues, ¿te vas a quedar sentado y vas a dejar que el asesino de

Brian campe a sus anchas?

–No, claro que no.

–Hay una mujer que ha perdido a su marido y una hija que ha perdido a su padre, Jimmy. Tenemos que hacerlo por ellas. Además, la muerte de Brian se ha extendido sobre Scarborough como una nube negra; está alejando a los turistas y ni siquiera ha empezado la temporada alta. Ya me han cancelado varias reservas tras saberse la noticia. No podemos permitir que esto siga así. Tenemos que hacer todo lo que podamos para encontrar al asesino. Te sugiero que cojas el teléfono, contactes con los Docelvis y les digas que comiencen a hacer esas llamadas mañana a primera hora.

–Helen…

Pero ella ya había colgado y arrojado el móvil sobre el sofá.

Cuando Helen despertó a la mañana siguiente, la primera persona que le vino a la mente por primera vez en meses no fue Tom. El estómago le dio un vuelco al recordar su conversación con Jimmy, una palabra estúpida tras otra. Sabía que había ido demasiado lejos atosigándolo para que actuara siguiendo la loca idea que se le había ocurrido. Él tenía razón: aquella era una locura que no se había parado a pensar del todo bien. Se duchó y se vistió, mientras planeaba llamarlo y disculparse en cuanto se hubiese terminado el desayuno. Pero, cuando cogió el teléfono tras apurar un cuenco con las gachas de Jean, se sorprendió al ver que tenía un mensaje suyo que le había llegado durante la noche: He estado pensando en lo que has dicho. Me sigue pareciendo una locura, pero hablaré con los chicos. También les preguntaré si pueden ir al concierto benéfico este fin de semana, y te informaré lo antes posible. Jimmy.

Sacó a pasear a Suki por North Bay bajo un cielo taciturno y lluvioso, y, cuando volvió al Seaview Hotel, le agradó ver que todo estaba tranquilo fuera del Glendale, sin rastro del Porsche negro. Esperaba no volverlo a ver, puesto que Traveltime había retirado su oferta por el lugar.

Ya en la puerta, oyó una voz detrás de sí.

–¡Buenos días, Helen!

Se giró y vio a Sally, que se dirigía al Vista del Mar.

–Buenos días, cielo.

Le hizo señales a Sally para que se acercara.

–Escucha, no digas nada de momento, pero puede que volvamos a tener a los imitadores de Elvis de vuelta este fin de semana. Te informaré tan pronto como sepa algo seguro.

–¿Por qué van a volver?

–Es una larga historia –respondió Helen.
–¿Han encontrado al asesino?
–Todavía no.
Justo entonces se abrió la puerta del Vista del Mar e hizo su aparición el rostro perfectamente maquillado de Miriam, con sus grandes gafas y su canoso pelo rizado.
–Entra, querida –le dijo a Sally, tras lanzarle una ojeada a Helen–. No voy a permitir que mis empleadas estén de cháchara como verduleras delante de mi puerta.
Sally y Helen se intercambiaron una mirada.
–Ven a tomar el café cuando acabes –susurró Helen.
Se fue al piso de abajo, le dio de comer a Suki y le dijo a Jean que le había comentado su idea del concierto benéfico a Jimmy, quien la informaría cuanto antes de lo que hubiesen decidido.
Jean sacó un bloc de notas y un bolígrafo de su bolso, y empezó a hacer una lista.
–Necesitaremos salchichas, bollitos, ensalada de atún, huevos, berros…
–Puede que al final no lo hagamos, Jean. No te emociones preparando el bufé –la advirtió Helen.
Jean le guiñó un ojo.
–Ese tal Jimmy te idolatra, querida. Algo me dice que vamos a tener una fiesta este fin de semana.
Jean volvió a su lista mientras Helen se sentaba a la mesa de la cocina y abría su portátil. Revisó los correos electrónicos y se derrumbó al comprobar que había más cancelaciones de reservas. Al parecer, la noticia de la muerte de Brian había trascendido Scarborough, yendo más allá incluso de Yorkshire. Las redes sociales la habían difundido más de lo necesario. Cada nueva publicación que aparecía mostraba una fotografía de Brian vestido como Elvis y, para mayor espanto de Helen, en alguna salía el Seaview Hotel.
–Necesito una taza de té bien cargado, Jean –dijo, avanzando hacia la tetera. Pero Jean se le adelantó.
–Siéntate, muchacha. Ya me encargo yo.
–Me han cancelado más reservas. Los turistas no solo no quieren hospedarse en el Seaview Hotel: ni siquiera quieren venir a Scarborough.
–Entonces necesitamos ese concierto más que nunca. Quizá pueda cambiarlo todo.
–¿Eso crees? –preguntó Helen.
Jean se subió las gafas por el caballete de la nariz.
–Eso lo sé –dijo y sonrió.
Helen cruzó los dedos.
–Espero que tengas razón, Jean. Porque no sé si podré aguantar

mucho más.

Esa misma mañana, más tarde, mientras Helen trabajaba en una hoja de cálculo en el ordenador, con Suki a los pies, y Jean leía el *Scarborough Times*, llamaron a la puerta de la cocina y entró Sally.

–¡Esa maldita mujer! –mascculló.

Helen levantó la vista de la pantalla.

–¿Miriam? ¿Qué ha hecho ahora?

–Deberías oír cómo les habla a sus huéspedes. Los trata con desprecio, con desdén. Me sorprendería mucho que alguno volviera a ese lugar.

–¿Tiene muchos huéspedes ahora?

–Hay un montón de señoras mayores de Durham, que son un encanto. Y una familia con una hija joven, que siempre está discutiendo con sus padres.

–¿Café y una porción de mi tarta de chocolate para las dos? –ofreció Jean.

–Sí, por favor –respondió Helen–. Es justo lo que necesito.

Sally tomó asiento en la mesa de la cocina.

–¿Qué es eso? –preguntó, señalando hacia las imágenes borrosas de la pantalla del circuito de cámaras.

–¿Me crees si te digo que son imágenes en vivo de las cámaras de seguridad que he instalado? –contestó Helen–. Se suponía que el tipo tenía que volver para arreglarlo, pero cada vez que lo llamo me salta directamente el contestador. En fin, no importa. Dinos todo lo que está ocurriendo ahí al lado. Me irá bien un poco de chismorreo para distraer la mente.

–No hay mucho que contar –repuso Sally–. Solo que estoy dejando esas habitaciones más limpias de lo que han estado en años. Miriam asegura que le sorprende mi atención a los detalles, pero yo le he dicho que no es más de lo que hago aquí para ti. Ya sabes, pasar el aspirador por debajo de la cama, quitar el polvo de las superficies de los armarios, ese tipo de cosas.

–¿No hace nada de eso en el Vista del Mar? –preguntó Jean tras chasquear la lengua.

–Y en la parte superior de los armarios es donde muchos huéspedes se olvidan cosas. Ay, el montón de cachivaches que he encontrado y he tenido que enviarles a casa una vez que se han ido. –Helen suspiró–. A pesar de todos los años que llevo en el negocio hotelero, no creo que llegue a acostumbrarme nunca a las cosas tan raras que los huéspedes se dejan en las habitaciones.

–Mira esa familia de la que te he hablado –continuó Sally–. Cuando he limpiado su habitación esta mañana, su hija todavía estaba en ella. Me ha dicho que había estado discutiendo con su madre y la habían amenazado con salir a pasar el día fuera sin ella. Estaba bastante

enfurruñada.

–Todos los adolescentes lo están –intervino Jean.

–Parecía una buena niña, alegre. Se quedó sentada en la cama y me miró mientras limpiaba; me hizo preguntas como cuánto cobraba y si me gustaba mi trabajo. Cuando le respondí que trabajaba como limpiadora para pagarme los estudios, empezó a mostrar interés por ello. Me dijo que odiaba Scarborough y detestaba estar lejos de sus amigos y de su hermana mayor. Estaba pegada al móvil constantemente.

–Todos los niños lo están –metió baza Jean.

–Me pareció que era bastante inocente. Tenía un osito de peluche a su lado, sobre la cama. –Sally hundió el tenedor en su porción de pastel de chocolate fundente–. Entonces, su padre entró mientras yo seguía limpiado y me dijo lo mucho que su hija adoraba Scarborough, y yo pensé para mis adentros: «Eso no es lo que me acaba de decir, colega».

Helen se metió una porción de pastel en la boca.

–Jean, está delicioso. –Le sonó el teléfono, y le lanzó una mirada a Jean cuando vio quién la llamaba–. Es Jimmy.

Jean dejó el tenedor, aguardando las noticias.

–¿Jimmy? Bien, sí. ¿Tú? Ningún problema. ¿En serio? Ay, Jimmy, qué bien… ¿De verdad? ¿Los doce? ¡Maravilloso! –Helen asintió hacia Jean, confirmando que había estado en lo cierto–. Mañana, sí, hasta el domingo –continuó–. Os estaremos esperando. –Entonces el semblante se le oscureció–. Probablemente sea lo mejor. ¿Les has dado la lista? ¿El agente Hall va a llamar a los cincuenta y tres? Bien hecho, Jimmy. Bueno, no ocurre a menudo que tenga ideas así, pero estoy contenta de que de vez en cuando se me encienda la bombilla. Sí, yo también. Tengo ganas de verte.

Bajó el teléfono y paseó la mirada de Jean a Sally.

–¡Los Docelvis vuelven!

Capítulo 36

—¿Lo ves? ¿Qué te había dicho yo? –soltó Jean con una sonrisa.

–Llegarán mañana temprano –informó Helen. –¿Necesitarán desayuno cuando lleguen?

–No, Jimmy me ha dicho que comerán en una estación de servicio por el camino. Les han organizado una entrevista en directo en la radio local, y el locutor quiere que estén en el estudio, vestidos como Elvis, para el programa del desayuno. Los de la radio les van a tomar fotos y las van a compartir en las redes sociales, y el jefe de la emisora está cooperando con el agente Hutchinson. La Policía espera que la publicidad sobre la vuelta de los Docelvis al pueblo pueda destapar alguna pista para atrapar al asesino de Brian.

–Un procedimiento extraño, cuando menos –musitó Jean sombríamente.

Helen miró a Sally.

–¿Qué planes tienes para hoy?

–Tengo que ir a recoger a Gracie, que está con mi madre, llevarla a casa, darle la comida, y luego tenía pensado acercarnos a la tienda de animales para comprarle un juguete nuevo al gato.

Helen se quedó pensando un momento.

–¿Qué te parece si tú y Gracie pasáis la tarde aquí conmigo? Me vendrían bien un par de manos extra para preparar el regreso de los Docelvis.

–Pero no debe de quedar nada por limpiar, ¿no? Nadie se ha hospedado aquí desde que se marcharon, y dejé todas las habitaciones impolutas.

–Solo hay que hacer la habitación uno, que he estado ocupando yo –dijo Jean–. Y no tengo ningún problema en limpiarla y preparar ropa de cama limpia y toallas por la mañana.

–No es con la limpieza con lo que necesito ayuda –explicó Helen–. Es para hacer llamadas y enviar correos invitando a la gente al concierto benéfico. Puede que llame a esa muchacha del *Scarborough Times*, la que quería una historia sobre el Seaview Hotel y a la que despaché y se marchó con cara de perro. Tendré que usar ahora todos mis encantos para disculparme por mi comportamiento. Le diré que es una exclusiva; eso funcionará y la ablandará. Tendremos que poner una decoración festiva. Quizá Gracie nos pueda ayudar a colorear y hacer banderines y cosas así. ¿Cómo lo ves?

–Por supuesto que echaré una mano, estaré en mi salsa –dijo Sally–. Y sé que Gracie estará feliz de pasar más tiempo aquí. Te tiene en un pedestal. Siempre está hablando de tía Helen y de Suki.

Helen colocó la mano sobre la de Sally.

–Gracias, cielo. Tendríamos que ir al supermercado. Nos podemos llevar a Gracie un poco en plan aventura.

–¡Eso le encantará! –exclamó Sally.

Jean se levantó y puso los brazos en jarras.

–Bueno, si vamos a comer aquí, será mejor que me ponga las pilas. –Abrió un cajón, sacó su delantal y se lo ató alrededor de su gruesa cintura–. ¿Os apetece una quiche Lorraine?

Cuando Sally se hubo marchado a recoger a su hija, Jean encendió el horno y empezó a extender harina por la encimera. Sentada en la mesa de la cocina, Helen sacó su móvil. Lo primero que tenía que hacer era llamar a Bev para darle las buenas noticias.

–¿Este sábado por la noche? Caramba, qué justo, Helen –lamentó Bev–. Me pondré en contacto ahora mismo con el coordinador de la beneficencia y te mandaré por correo electrónico una lista de personas a las que habría que invitar.

–No pueden ser muchos, recuerda –le advirtió Helen–. Esto no es precisamente el Royal Albert Hall.

–¿Todavía no tienes ninguna noticia de que la Policía haya encontrado al asesino? –preguntó Bev.

–No, nada –contestó Helen–. Aunque Jimmy les ha hablado sobre una lista de espera de las personas que quieren unirse a los Docelvis.

–¿Por qué? ¿Acaso cree que uno de ellos pudo haber matado a Brian?

–Es posible. De hecho, fue idea mía que la Policía revisara la lista. –Helen suspiró–. Aunque, visto en retrospectiva, no estoy segura de que haya sido una de mis mejores ideas.

–Mejor pedir perdón que permiso, ¿no es así? –dijo Bev–. Oye, ¿necesitas ayuda con la preparación de la fiesta?

–Jean y Sally lo tienen todo bajo control –respondió Helen–. Solo tienes que presentarte sobre las seis con tu vestido de fiesta puesto. Y trae a Sue, claro.

–No se me pasaría por la cabeza ir sin ella.

Cuando hubo terminado la llamada con Bev, Helen decidió contactar con la periodista del *Scarborough Times* para ver si podía generar algo de publicidad en torno a los Docelvis, la organización benéfica contra el cáncer y el Seaview Hotel. Abrió un navegador web en su móvil y buscó la página del periódico. Encontró en ella una lista de los trabajadores, con su fotografía al lado. ¡Bingo! Allí estaba la chica, Rosie Hyde, mirándola con seguridad desde la pantalla. La imagen iba acompañada de una dirección de correo electrónico, seguida de un número de teléfono.

El tono de Rosie fue frío al principio, cuando Helen se presentó y mencionó el Seaview Hotel. Pero aflojó rápidamente cuando Helen le

reveló que tenía una historia exclusiva para ella y le dio la noticia del concierto benéfico de los Docelvis.

–Y por supuesto, estarías invitada a asistir –le ofreció–. Es mi manera de pedirte disculpas por cómo te hablé la última vez que nos vimos. Es lo menos que puedo hacer.

–Tal vez acepte su invitación –contestó Rosie.

Sally volvió al cabo de media hora, con Gracie cogida de la mano.

–¡Tía Helen! He traído mis lápices de colores –dijo Gracie animada.

Sally miró a Helen.

–No pasa nada, se va con agua. Te va a dejar las paredes todas pintadas en cuanto le quite el ojo de encima.

Helen colocó hojas de papel en el suelo para que Gracie las coloreara y así convertirlas en banderines. Suki se tumbó al lado de ellas y Helen observó como Gracie pintaba con la mano derecha y acariciaba la cabeza de Suki con la izquierda. Mientras Jean freía beicon y batía huevos para la quiche, Sally se acomodó en un asiento al lado de Helen y sacó su teléfono del bolso.

–Muy bien, haré una lista de la gente del ayuntamiento a la que tenemos que invitar –dijo–. Conozco a algunos por el instituto; están metidos en la Junta Examinadora. Como avisamos con muy poca antelación, no te sorprendas de que muchos no puedan venir. Se les suele tener que pedir cita con meses de antelación.

–Pero esto es una obra benéfica y publicidad positiva para Scarborough. –Helen sonrió–. Todos van a querer que su foto aparezca en los periódicos.

Helen y Sally trabajaron duro y sin pausa, enviando correos, llamando al ayuntamiento e incluso a los noticieros de la televisión local. El mensaje que había prometido Bev llegó, con la lista de personas de la organización benéfica a las cuales debían invitar.

–Tenemos que diseñar las invitaciones, pero a mí no se me dan bien esas cosas –dijo Helen.

–Yo lo haré –se ofreció Sally–. He aprendido en el instituto. Aunque tendré que usar tu portátil. No puedo hacerlo en el teléfono.

Helen giró el portátil hacia ella.

–Adelante.

Helen se levantó y se acercó a Gracie para admirar los círculos y cuadrados coloreados.

–¿Quieres que te cierre el correo antes de que abra al programa de diseño? –le preguntó Sally–. Tienes un mensaje aquí que acaba de entrar. ¿Lo quieres leer?

Helen volvió a la mesa a paso tranquilo y se asomó por encima del hombro de Sally.

–Es de la página web de reseñas. He tenido problemas con alguien que colgaba comentarios falsos –le dijo–. Hazme un favor, Sally,

pincha en el enlace y veamos qué nos cuentan.

Sally hizo lo que le pedía, y tanto ella como Helen leyeron el mensaje. Helen tuvo que hacerlo dos veces para convencerse de que lo que leía era correcto, y luego exhaló aliviada.

–¡Sí! ¡Han desaparecido! –gritó–. Por fin. Dicen que han quitado las reseñas falsas.

–¿Quieres que vaya a la página para asegurarnos? –preguntó Sally.

Sin esperar respuesta, buscó el apartado del Seaview Hotel en la página web de reseñas y ambas echaron un vistazo a las opiniones, que eran todas positivas, brillantes, cinco estrellas.

Helen sonrió de oreja a oreja.

–El día de hoy no deja de mejorar.

Le llamó la atención una imagen borrosa que se movía en el monitor de la cámara de la puerta principal, y entonces sonó el timbre.

–Ya voy yo –dijo cuando vio que Jean se secaba las manos en el delantal.

En el piso de arriba, abrió la puerta, y, sin un «hola» o un «buenos días», Gav entró cargando una voluminosa y maltrecha caja de herramientas.

–Aquí ha llegado Gav –soltó con una amplia sonrisa, tan entusiasta como siempre–. Me he encontrado con que tenía un par de horas libres y me he dicho «¿quién necesita tu ayuda hoy, Gav?». ¿Y sabe qué? Aquí estoy. Guíeme y le arreglaré ese cachivache. Y si está la tetera puesta y las galletas de chocolate dispuestas, no seré yo quien las rechace.

–Vayamos abajo –asintió Helen–, aunque me habría gustado saber que venías. Tengo visita.

Él le guiñó un ojo.

–Si no molestan a Gav, entonces yo no los molestaré.

Helen bajó la primera y Gav la siguió hasta su apartamento.

–Jean, te presento a Gav, que ha venido a arreglar el monitor de las cámaras de seguridad.

–Ya era hora –afirmó bruscamente Jean.

Sus palabras no afectaron a Gav lo más mínimo.

–Soy un hombre ocupado, jefa –replicó.

Para llegar hasta el monitor, tuvo que inclinarse sobre la mesa donde estaba trabajando Sally.

–Espera un momento, ahora me muevo –dijo ella.

–No hace falta, princesa. Tú ahí quieta –contestó con una sonrisa insolente.

Se puso a trabajar en el monitor, apagándolo y desatornillando la parte posterior, y Helen se dio cuenta de que, durante el proceso, le iba echando miraditas a Sally.

–¿Trabajas aquí? –le preguntó.

Sally levantó la vista del portátil y le sonrió, y empezaron a hablar y a flirtear. Helen se entretuvo en la cocina, simulando que no estaba escuchando su conversación cuando Sally presentó a Gracie al muchacho. Vio como él le encajaba la mano a la pequeña y luego le hizo una reverencia y la saludó majestuosamente, lo que hizo que Gracie estallara en carcajadas.

–¿No será comida eso que hay en el horno? –preguntó mientras trabajaba–. Sé reconocer, sin temor a equivocarme, cuándo tengo delante a una excelente cocinera tan solo por los irresistibles aromas en su cocina.

Jean lo miró por encima de las gafas.

–Regalarme los oídos no te va a servir de nada.

–Jean ha preparado una quiche para comer –intervino Sally.

–¿No me digas? ¿Y no será este el día de suerte de Gav? Puede que sea eso justo lo que necesito para concentrarme y arreglar este monitor.

Helen miró a Sally y arqueó las cejas en una pregunta muda, a la que esta asintió a modo de respuesta.

–¿Te gustaría quedarte a comer, Gav? –preguntó Helen–. Creo que la quiche de Jean es lo suficientemente grande para todos.

Capítulo 37

Mientras Helen engullía la quiche recién horneada de Jean, se tomó un momento para observar a las personas que se sentaban con ella: Jean a su izquierda, Sally a la derecha, y Gracie y Gav enfrente. Se percató de que Gracie miraba descaradamente cómo Gav devoraba la comida.

–Un papeo cojonudo, jefa –le dijo a Jean.

–De postre, hay un bizcocho de crema –informó Jean–, pero no va a salir de la nevera hasta que no le hayas arreglado esas cámaras a Helen.

–Todo lo que haga es poco por un bocado de comida casera, y el bizcocho de crema es uno de mis favoritos –repuso Gav–. Las arreglaré y estarán en funcionamiento antes de irme, ya verá.

–¿Vives en el pueblo? –preguntó Jean, directa al grano como siempre.

–Al final de Filey Road.

–¿Tienes familia?

–No, jefa, estoy solo. Sin ataduras ni responsabilidades, solo yo –añadió, sonriéndole a Sally–. Estoy esperando a la chica adecuada con la que asentar la cabeza. Hasta que la encuentre, todo mi tiempo y energía van directos a mi trabajo.

–¿Cuántos negocios tienes? –preguntó Helen.

–Seis. Puede que pronto siete. Solo tengo que atar un par de cabos sueltos de un contrato que tengo por firmar.

–¿Seis negocios? –se sorprendió Sally–. ¿De qué son?

Gav dejó su cuchillo y tenedor, y se puso a contar con los dedos mientras hablaba: –Los Taxis de Gav, mi compañía de taxis; Las Cañerías de Gav, mi negocio de fontanería; La Vigilancia de Gav, la empresa de seguridad con la que le facturaré el circuito de cámaras, Helen…

–Y le harás un descuento, supongo, después de haber instalado unos cacharros que no funcionan –le recriminó Jean.

Gav la ignoró y continuó con el recuento:

–También tengo La Manduca de Gav, una tienda de bocadillos en Filey; los Servicios de Jardinería de Gav, cuyo nombre ya lo dice todo, y Los Karts de Gav en el paseo marítimo.

–¿Y cuál es el séptimo negocio que vas a montar? –inquirió Sally.

Él se concentró en su plato, evitando su mirada.

–No se me permite decirlo hasta que el contrato esté firmado.

–Eres un tipo ocupado –dijo Helen–. Estoy impresionada.

–Ah, pero no lo hago todo yo solo. Contrato a buena gente. Miro por ellos y los trato bien.

A Helen le picaba la curiosidad.

–¿Cuál fue el primer negocio que montaste?

–La empresa de taxis –contestó Gav con una sonrisa–. Lleva en funcionamiento ya más de quince años. A uno de mis conductores lo interrogó la Policía esta semana sobre el imitador de Elvis que…

Helen negó con la cabeza, se llevó un dedo a los labios y señaló hacia Gracie, que estaba intentando sin éxito pinchar un pedazo de beicon con el cuchillo.

–Cuidado con las orejitas que nos oyen –le advirtió.

–Orejitas –repitió Gracie, tras tirarse del lóbulo de la oreja con la mano libre.

–… sobre el imitador de Elvis que se fue a vivir a una granja en el campo –continuó Gav.

–Yo fui a una granja, ¿verdad, mami? –dijo Gracie–. Vi gallinas y cerditos.

–¿Qué le contó tu conductor a la Policía? –preguntó Helen.

–La verdad.

–¿Y le crees?

–No tengo ningún motivo para no hacerlo. Es un buen chaval. Hace años que lo conozco. Recibimos una llamada en la central y lo enviamos a recoger a un cliente que necesitaba ir desde este hotel hasta el *spa*; la reserva se hizo a nombre de Brian McNally.

–No, tonto. El *spa* no es una granja, allí no hay cerditos –dijo Gracie.

–Acábate la comida, cariño –le pidió Sally.

–Cuando mi conductor llegó, vio a un hombre fuera del Seaview Hotel que se subía a un coche –prosiguió Gav–, y, bueno, como no sabía que se trataba de su cliente y la petición de taxi no había sido cancelada, esperó un rato. Al no aparecer nadie, tocó el claxon, salió del taxi y llamó a la puerta del Seaview Hotel. No obtuvo respuesta, así que llamó por radio a la central y, desde allí, telefonearon al móvil de Brian McNally, pero no respondió nadie. Mi conductor volvió a la base, y ahí quedó todo hasta que vimos la historia del, mmm…, hombre que se fue a vivir a una granja en el campo en la portada del *Scarborough Times*.

–¿Te dijo el tipo de coche en el que se alejó Brian? ¿El color? ¿Vio el número de matrícula?

–La Policía le preguntó todo eso –respondió Gav, negando con la cabeza–. Lo único que recuerda es que era pequeño y de color oscuro. No se quedó con la matrícula ni el modelo, porque estaba concentrado en esperar a su cliente.

–¿Y está seguro de que era Brian a quien vio subiéndose al coche? –preguntó Helen.

–Bueno…, no conocía al tipo, claro, así que seguro del todo no puede estar. Pero dice que vio a un hombre vestido como Elvis, con una chaqueta, una bufanda, unos pantalones de campana y todos los cachivaches que llevan sus imitadores. Y comentó que el hombre subió al coche por voluntad propia.

–¿Quién es Elvis, mami? –preguntó Gracie.

–No es nadie, acábate la comida –contestó Sally.

–¿Vio al conductor?

–No. –Gav hizo un gesto negativo con la cabeza–. ¿Por? ¿Acaso los polis piensan que quien fuera que se lo llevara en coche… –miró a Gracie y escogió sus palabras con cuidado– lo condujo hasta la granja en el campo?

–Eso me temo –confirmó Helen.

–No tengas miedo, tía Helen –intervino Gracie, levantando la vista de su quiche–. Yo te cuidaré.

Después de la comida, Gav volvió a entretenerse con su caja de herramientas, trasteando en el monitor, y al cabo de veinte minutos de trabajo llamó a Helen.

–¡Gav ha venido para salvar el día!

–¿Lo has arreglado? –preguntó ella.

Le guiñó un ojo a Jean.

–Solo porque sabía que no tendría mi bizcocho hasta que lo tuviera listo.

Helen se acercó a él y vio en la pantalla tres imágenes nítidas en blanco y negro.

–Maravilloso. Gracias, Gav.

–Ahora ya no tendría que haber más problemas, pero, si pasa algo, llámeme de inmediato –dijo–. Estos días paso mucho tiempo en el pueblo con asuntos de negocios, así que me será fácil venir.

Después de que se hubieran comido el bizcocho, Gav empezó a recoger su caja de herramientas. Helen le preguntó a Sally si ella y Gracie querían acompañarla al supermercado.

–¿Puedo sentarme delante, en el coche de tía Helen? –preguntó Gracie, pero se decepcionó cuando Sally le dijo que no.

–Aquí está la lista para el bufé de la fiesta –intervino Jean, pasándole a Helen una hoja de papel pautado.

Cuando Gav hubo acabado de recoger, todo el mundo se dirigió al piso superior, excepto Jean, que insistió en quedarse para lavar los platos.

–Hay un programa en la radio que quiero escuchar mientras estáis fuera –dijo–. Suki y yo estaremos bien. Además, así tendré tiempo de buscar la mejor manera de cocinar arenques ahumados.

–Gracias, Jean. Nuestro nuevo menú de desayuno viene bien cargadito.

En la puerta de entrada del Seaview Hotel, Helen vio la furgoneta de Gav aparcada un poco más arriba de Windsor Terrace.

–Hasta pronto –dijo mientras se dirigía hacia el vehículo.

–Parece un buen tipo –opinó Sally.

Helen la ayudó a asegurar a Gracie en la parte trasera del coche y luego subió al asiento del conductor. Giró la llave de contacto y comprobó el retrovisor. Se sorprendió al ver el coche rojo deportivo de Marie detrás de ella. Bueno, si su amiga tenía la esperanza de pasar a verla, se iba a llevar una decepción. Pero Marie no se detuvo en la plaza de *parking* como Helen había supuesto, y se preguntó qué se traía entre manos su amiga. Mientras observaba por el espejo, vio que Gav caminaba hacia el coche de Marie y se subía en el asiento del copiloto.

–¿Qué pasa, Helen? ¿Hay tráfico? –preguntó Sally.

Se giró y miró por la luna trasera.

Lo que ocurrió a continuación las dejó a ambas atónitas. Gav se inclinó hacia Marie y la besó en los labios. Luego el coche deportivo se fue zumbando. Marie estaba completamente concentrada en la carretera, así que no se dio cuenta de que el coche de Helen esperaba para salir.

–Y ha dicho que estaba soltero, menuda rata mentirosa –murmuró Sally–. ¿Qué hace con esa vieja furcia? Parece lo suficientemente mayor como para ser su madre.

–Yo me pregunto lo mismo –dijo Helen, anclada al asiento por el *shock*. Puso el intermitente y esperó a que pasaran los demás coches antes de incorporarse a la calzada–. Ah, resulta que esa «vieja furcia» es mi mejor amiga.

Sally se llevó la mano a la boca rápidamente.

–Lo siento, Helen. Lo he dicho sin pensar. Es solo que me ha sorprendido, ¿sabes?

–No pasa nada, cielo. Yo tampoco sabía que se estaban viendo. Para mí también ha sido un golpe. No me puedo creer que Marie no me lo haya contado; siempre nos lo contamos todo.

–Justo cuando creía que había encontrado un chico majo, alguien a quien no le importara que tuviera a Gracie en mi vida... Bueno, supongo que me puedo ir olvidando de volver a verlo.

–¿A quién, mami? –intervino Gracie desde atrás.

–No se le escapa ni una, ¿verdad?

Helen sonrió. Sally negó con la cabeza.

Al fin dejaron de pasar coches y Helen se incorporó a la vía.

–¡Ay, mira! –exclamó Sally, señalando adelante, hacia el hotel Glendale.

Orgulloso y altivo, se alzaba un cartel de VENDIDO de la inmobiliaria Benson.

Capítulo 38

De vuelta del supermercado, Helen dejó a Sally y a Gracie en su piso de Falsgrave Road.
–Nos vemos mañana, Sally. Será un gran día, con el retorno de los Docelvis el fin de semana.
–¿Hablarás con Miriam para avisarla de que mañana por la mañana será el último día que limpie para ella hasta el lunes?
–Por supuesto –le aseguró Helen–. Nos vemos, Sally. ¡Adiós, Gracie!
Condujo hasta el Seaview Hotel y, con la ayuda de Jean, descargó el coche. En la cocina empezaron a guardar la comida en la nevera y el congelador.
–¿Sabías que han vendido el Glendale? –le comunicó a Jean–. Hay un cartel de VENDIDO puesto en la puerta.
–Va a necesitar algo de amor y mucho mimo por parte de quien sea que se haya hecho con él –opinó Jean sabiamente–. ¿La gente de Traveltime lo ha comprado al fin?
–No creo –respondió Helen, recordando lo que le había dicho la mujer del ayuntamiento–. Quizá llame a Benson para ver si me entero de algo.
–Ah, he oído buenas noticias en la radio mientras estabas fuera. La huelga de los basureros ha terminado. Vuelven al trabajo hoy.
–Gracias a Dios. La basura ahí fuera empieza a oler. ¿Y sabes qué? Miriam tuvo la jeta de usar mis cubos.
Jean negó con la cabeza y chasqueó la lengua.
–Me dejas a cuadros.
–Y no solo eso –continuó Helen–. Encima me había hecho un comentario malicioso pidiéndome que no usara sus cubos cuando los míos estuvieran llenos.
–Es una tipa rara Miriam. Siempre he pensado que estaría mejor regentando un negocio en algún lugar un poco más refinado, como Bridlington.
–Bueno, está pasando por una mala racha en estos momentos. Estoy dispuesta a tener paciencia y a perdonar hasta cierto punto. Sé que tiene muchas cosas en la cabeza. –Helen paseó la mirada alrededor de la sala de estar–. ¿Suki? –llamó.
–Ah, la he dejado salir por la puerta trasera para que tomara algo de aire fresco –dijo Jean.
–¡¿Que has hecho qué?! –gritó Helen–. Pero, Jean…, yo nunca la dejo suelta cuando está sola. Persigue cosas…, corre detrás de otros perros, de niños, de bicicletas…

Se apresuró hacia la puerta de atrás y se tranquilizó cuando encontró a Suki tumbada en el escalón, con medio cuerpo fuera de la puerta. La perra levantó la vista hacia ella con anhelo, y Helen se puso en cuclillas y le acarició la cabeza.

–Buena chica –dijo–. Suki buena, por no salir corriendo. Ahora ven adentro.

Cuando volvió a la cocina con Suki trotando detrás de ella, Jean le dedicó una mirada astuta.

–¿Ves? Ya sabía yo que no se iría lejos. Tienes que confiar más en esa perra. Es mucho más inteligente de lo que crees.

–Pero su instinto es cazar, Jean. Debo tener cuidado o, a la mínima, saldrá corriendo, la atropellará un coche, ¿y entonces qué haría yo sin ella?

–Eres demasiado sobreprotectora con ella –dijo Jean–. Pero me ha hecho pensar en buscarme un perro yo también. Me ha gustado su compañía. Supongo que me ayudaría a espabilar.

–Te mantendría en forma, eso seguro, con todos los paseos que necesitan los perros. Y tienes que sacarlos sin importar el tiempo que haga. Aunque los galgos no precisan demasiado ejercicio, a pesar de su tamaño. Paseo a Suki más para mi propio beneficio que para el suyo. Caminar por la playa con el aire fresco me ayuda mucho a despejar la mente. Te puedo dar el número de la protectora de animales donde adoptamos a Suki, si quieres.

Jean arrugó la nariz.

–Ay, no. No quiero un galgo. Sería demasiado grande para mi pequeña casa.

–Allí hay todo tipo de perros, no solo grandes. Te buscaré el número.

Jean se quitó el delantal, lo dobló y lo metió en el cajón de la cocina.

–Bueno, por hoy ya he terminado. Voy a visitar a mamá. Estaré de vuelta para cocinar la cena.

–¿Y si te llevo a cenar fuera para darte las gracias por cuidarme? Es tu última noche aquí. Podríamos ir a comer *fish and chips* al paseo marítimo y pasear a Suki por la playa.

Jean se pasó la lengua por los labios.

–¿*Fish and chips*? No es mala idea.

Cuando Jean se hubo ido, Helen sacó su teléfono móvil y le envió un mensaje a Marie:

¡Tú y Gav! ¿Qué está pasando?

En la soledad de su apartamento, se armó de valor para lo que estaba a punto de hacer.

–Vamos, Suki. Ya he aplazado esto demasiado –dijo.

Suki ladeó la cabeza y la siguió hasta el dormitorio.

A los pies de la cama había tres grandes cajas de cartón abiertas. Suki se echó a su lado. Helen abrió la puerta del armario y allí estaban las camisas y los pantalones de Tom. Lentamente fue descolgando cada una de las prendas, las dobló con cuidado y las colocó con mimo dentro de la caja. Hizo la tarea ininterrumpidamente, sin prisa, tomándose su tiempo para sostener contra su pecho cada prenda antes de meterla en la caja. Enterró la cabeza en su jersey favorito, el que se ponía cuando paseaba a Suki los días se invierno. Podía visualizar a Tom poniéndoselo, con el cabello erizado por la electricidad estática. Tenía un agujero en la parte de atrás y los puños deshilachados, pero sabía que no se podía deshacer de él, así que lo dejó a un lado. Las perchas de madera traquetearon vacías dentro del armario.

Lo siguiente fue empaquetar los zapatos de Tom: deportivas, chanclas y botas, procurando en todo momento mantener el calzado fuera del alcance de Suki. Y entonces lo vio: un destello blanco en el fondo del armario. El corazón se le encogió y cayó de rodillas al suelo, inmersa en una ola de pena que amenazaba con arrollarla. Creía que lo estaba haciendo bien, sobrellevándolo lo mejor que podía, pero nada más sacar el traje de nailon blanco, se le desbordaron las lágrimas. Suki se acercó a ella y le tocó el hombro con el morro. Helen se llevó el traje al pecho y dejó que se empapara con sus lágrimas.

Al fin su llanto fue remitiendo, y los recuerdos de Tom vestido de Elvis en las fiestas del Seaview Hotel le invadieron la mente. Se levantó y miró el espejo del dormitorio. No se dio cuenta de que Suki se había escabullido de la habitación. Con indecisión, sostuvo el traje contra su cuerpo, empujando las perneras con los pies, moviéndolo hacia delante, dándole forma. Lo sujetó en alto y le echó un buen vistazo. La costura de una de las perneras necesitaba un remiendo. Estaba lleno de polvo, sucio, no olía bien y tenía lo que parecía ser una mancha roja de vino en la parte delantera. Se preguntaba si Tom lo habría guardado en el armario después de su última fiesta de Elvis antes de caer enfermo. Una idea empezó a formarse en su mente, pero negó con la cabeza.

–No –dijo sin aliento–. No podría…, ¿verdad?

Se volvió de nuevo hacia el espejo, esta vez sujetando el traje contra su cuerpo con más fuerza, estirándolo por la zona del pecho y las piernas. Necesitaría algunos arreglos, quizá un cinturón, y acortar las perneras. Cuanto más rato lo miraba, más se afianzaba su idea. Se fue a la cocina, abrió la lavadora y metió el traje de Elvis.

Con la máquina ya en marcha, el teléfono de Helen sonó avisando de la entrada de un mensaje. Esperaba que fuera una respuesta de Marie explicándole lo que estaba ocurriendo con Gav. Pero el mensaje no era de Marie, sino de Jimmy:

Llegaremos al Seaview Hotel mañana nada más acabar la entrevista en la radio. ¡Esta vez los Docelvis se desplazan en minibús para viajar con estilo! Tengo muchas ganas de verte.

El mensaje le hizo recordar a Helen que tenía que ir al Vista del Mar para hablar de Sally con Miriam. Esta abrió la puerta y la invitó a pasar.

–¿Has visto que han vendido el Glendale? –le dijo.

–El cartel de VENDIDO lo han puesto justo hoy –contestó Helen–. ¿Sabes algo sobre eso?

–Nadie me ha dicho ni mu, querida –admitió Miriam mientras se dirigía hacia el floreado bar–. Siéntate, Helen. ¿A qué debo el honor de tu visita esta vez? No tendrá que ver con mi ex y con la Policía de nuevo, ¿verdad? No creo que pueda soportarlo mucho más. Ese hombre me dejó a la buena de Dios hace muchos años y, cuando conseguí olvidarlo, nunca eché la vista atrás, aunque lo cierto es que me costó lo suyo. Y, entonces, un buen día aparece en la puerta de mi casa y lo siguiente que sé sobre él es que lo han encontrado bocabajo y muerto en Peasholm Park. Me ha dejado bien trastornada.

A pesar del maquillaje impecable de Miriam y de sus rizos perfectos, bajo la luz intensa del bar Helen pudo comprobar lo cansada y rendida que estaba.

–No, no tiene nada que ver con eso –le explicó–. Aunque los imitadores de Elvis regresan mañana y se quedarán dos noches. Van a dar un concierto en mi hotel el sábado.

–Y supongo que esa música espantosa retumbará por todos lados –se quejó Miriam.

–Es una fiesta para recaudar dinero para la beneficencia, Miriam. Espero que no te importune demasiado. No terminará a las tantas de la madrugada: empezará a las seis y acabará sobre las diez. No quiero causar ningún problema con el ruido ni a ti ni a ninguno de tus huéspedes. Y, por supuesto, estás más que invitada.

–A mí no me van las fiestas –repuso Miriam rápidamente.

–Bueno, si cambias de opinión… Nunca se sabe, igual hasta te lo pasas bien.

Miriam se quedó pensativa un momento.

–Si tienes huéspedes en el hotel, querrás a Sally de vuelta.

–Por eso estoy aquí. Vendrá encantada a limpiar aquí mañana a primera hora, pero el fin de semana volverá conmigo. Luego podrás seguir contando con ella hasta que mis primeros huéspedes lleguen en Semana Santa, al menos los que no han cancelado todavía su reserva.

–Lo entiendo –dijo Miriam–. Ha trabajado duro. Tienes un buen equipo ahí con Sally y Jean. Eres afortunada. Yo no consigo que mis

trabajadores se queden aquí mucho tiempo. Por más que le doy vueltas al asunto, no encuentro el motivo.

Helen se mordió la lengua.

–¿Te has enterado de que la maldita huelga de basureros ha terminado? –preguntó Miriam.

–Sí, me lo comentó Jean esta mañana. Aunque debo decirte que me resulta muy injusto, por tu parte, que tiraras tu basura en mis cubos. No me habría importado si me lo hubieras pedido. Te habría dicho que sí. Pero fue sarcástico que lo hicieras sin consultarme, cuando tú precisamente ya me habías advertido de que no usara los tuyos.

Miriam irguió la espalda en el asiento.

–¿Qué te hace pensar que yo haría algo así? –se puso a la defensiva.

–Ay, Miriam, ya vale. Te vi. Con mis nuevas cámaras de seguridad.

Miriam soltó una exhalación sorprendida.

–Así que, no contenta con escuchar mis conversaciones a través de la pared, ahora te dedicas a espiarme con un circuito de cámaras.

–No te estoy espiando. Después de lo que pasó con Brian y el intruso en mi patio, tenía que aumentar el nivel de seguridad, así que instalé cámaras. Una en la puerta de entrada, otra en el patio y la tercera en la puerta trasera. Y te vi, Miriam.

–Qué va, querida –replicó Miriam sosegadamente–. Te puedo asegurar que quien fuera que vieras no era yo. Yo nunca haría algo tan ordinario.

–Si no eras tú, ¿entonces quién?

–Supongo que tu cámara mostraría el rostro de la persona.

Helen se removió incómoda en el asiento.

–Bueno, no exactamente. Tuve algún problemilla con el monitor, pero ya está arreglado.

–Entonces, ¿cómo te atreves a venir aquí y acusarme sin tener pruebas? –Miriam se levantó y caminó hasta la puerta–. Creo que es hora de que te marches. Seguro que tienes muchas cosas que atender en esa residencia de tres estrellas.

Helen la siguió avergonzada hasta el vestíbulo. Miriam le aguantó la puerta abierta.

–Miriam, lo siento. Por favor, ven a la fiesta el sábado por la noche.

–Adiós, Helen –dijo Miriam tajante.

Helen oyó cerrarse la puerta con un golpe tras de sí. Estaba confundida. Si no había sido Miriam quien había tirado la basura en sus cubos, entonces, ¿quién habría sido? No serviría de nada ponerse a inspeccionar los cubos en busca de pistas… ¿para encontrar qué exactamente? Y, además, había tirado demasiada basura desde entonces.

Se fue hacia el Seaview Hotel y decidió sacar a Suki a la playa.

–¡Suki! –la llamó, cogiendo el collar de la perra.

Normalmente Suki iría corriendo a saludarla, pero no había ni rastro de ella. No apareció hasta que Helen la llamó por tercera vez, y lo hizo trotando hacia la cocina, con la cabeza gacha, cierta culpabilidad en los ojos y un fragmento de gamuza azul colgándole de la boca.

Capítulo 39

—¡Suki, suelta! –le ordenó Helen.

La perra abrió la boca y el retal cayó al suelo. –¿De dónde has sacado esto? –preguntó Helen.

Suki ladeó la cabeza y gimoteó. Helen recogió la tela. Estaba empapada de la baba del animal y la tiró al cubo de basura de la cocina, sin darle más importancia. Ató la correa al collar de Suki, subió las escaleras y salieron hacia la playa.

En North Bay, la marea estaba baja y una gran extensión de arena se alargaba delante de ellas. Aquella tarde la playa parecía estar más concurrida de lo que había estado desde hacía tiempo, y Helen reconoció las señales de la llegada de los primeros turistas de la primavera, atraídos por la falsa sensación de bonanza generada por las cálidas temperaturas con que habían iniciado la semana. Mientras paseaba, le dio vueltas a lo de Marie y Gav, tratando de encontrarle algún sentido. Nunca había tenido a su amiga por el tipo de mujer que se iría tras un yogurín, pero, claro, si Marie y Daran estaban iniciando los trámites del divorcio, vete a saber dónde tendría la cabeza esos días. Sacó el móvil del bolsillo, pero se desanimó al ver que todavía no tenía ninguna respuesta de Marie.

Pensó en el regreso de los Docelvis al Seaview Hotel, que tendría lugar la mañana siguiente, y sonrió. Pero en esta ocasión recibiría a un grupo muy distinto al que se había hospedado en su hotel el fin de semana anterior.

Por más que cantaran y sonrieran en el concierto benéfico, y por muy animados, entusiasmados y divertidos que se mostraran en la entrevista de la radio, Helen sabía que aquello no era sino una fachada tras la que ocultaban su angustia. Había dejado atrás su enojo por la manera como Brian la había tratado o por la forma en que había repasado con la mirada a Marie; lo único que importaba ahora es que Brian había sido amigo de esos hombres, un amigo de Jimmy.

Sea como fuere, sus pensamientos siempre desembocaban en Jimmy. Dejó la mirada perdida en el mar, observando cómo Suki se abría paso por entre las olas poco profundas. Jimmy era un hombre atractivo, amable y respetuoso. ¿Pero estaba preparada para tener una relación con él? Sacudió la cabeza para despejar la niebla que le empeñaba los pensamientos. ¿Estaría preparada para alguien, cuando solo había estado con Tom? ¿O pasaría el resto de sus días aferrándose a su recuerdo? ¿Debía hacerlo? Pensó en lo que le aconsejaría Jean en esos momentos, en lo que le diría Marie, en lo que le recomendarían Bev y Sue. Sabía que todas estarían de acuerdo en lo mismo: la exhortarían a

disfrutar de la felicidad se le presentase donde se le presentase. Se acomodó el pelo detrás de las orejas y giró la cara hacia el débil sol que intentaba abrirse paso por entre las nubes.

–Te echo de menos, Tom –susurró.

Mientras caminaba a lo largo de la playa, oyó el silbido del trenecito de vapor de la vía férrea de North Bay. Era la prueba definitiva, si se necesitaba una, de que los turistas habían vuelto al pueblo. Levantó la mirada y vio el pequeño tren verde avanzando por el acantilado desde Peasholm Station hasta Scalby Mills. En la parte trasera del tren, de pie sobre la plataforma y saludando a los transeúntes, había uno de los muchos voluntarios que mantenían viva la herencia del ferrocarril. Vio que la taquilla del campo de golf estaba abierta, con las banderillas aleteando al viento. Y en la playa, junto a la fila de casetas de vivos colores, dos jóvenes estaban decorando la puerta de una de ellas pintándola de color rojo y colgándole banderillas. Delante de una caseta azul, había dos tumbonas de rayas, de un alegre verde y blanco.

Llamó a Suki y le puso la correa, luego caminó por el paseo marítimo. Antes de empezar la subida del acantilado hasta el Seaview Hotel, ató a Suki a uno de los postes que había en el exterior de una pequeña cafetería y entró para pedir. Poco después estaba sentada a una mesa en la terraza mirando al mar, con Suki a sus pies y una taza de chocolate deshecho en las manos. Observó a la gente paseando a sus perros, empujando cochecitos de bebé, lamiendo sus helados…; había abuelos persiguiendo a sus nietos y haciéndolos gritar de alegría. Vio el bus de dos pisos sin techo pasando por Marine Drive, transportando pasajeros del *spa* y recorriendo el paseo marítimo hasta la cafetería de North Bay.

Permaneció sentada en la terraza de la cafetería durante mucho rato, después de haberse tomado el chocolate, observando cómo la vida discurría a su alrededor. Se dio cuenta de que así sería a partir de entonces. Los minutos y las horas pasarían; los días y las semanas también; las estaciones florecerían y se marchitarían. Y todo ocurriría sin Tom. Su mente se desvió hacia la decoración del Seaview Hotel para la fiesta del sábado por la noche. Colgaría las coloridas banderillas de Gracie con unos globos que la pequeña había elegido en el supermercado. Sonrió. Albergaría la fiesta como un tributo a Tom y la convertiría en una de las que a él tanto le gustaban.

Pensó en el traje blanco de Elvis dando vueltas en la lavadora. Todavía no estaba segura de si tendría las agallas de ponérselo. De todos modos, no le iría mal lavarlo, solo por si acaso. Le iría demasiado grande, eso ya lo sabía. Tom era mucho más alto que ella, más corpulento, con una barriga generosa y los hombros anchos. Estaba segura de poder encontrar un cinturón en su armario que le sirviese. Y si no, también podía ir al centro a comprar una tira de

satén barato en el mercado para atársela alrededor de la cintura o usarla como una bufanda.

¿Una bufanda? El semblante se le ensombreció. Recordó el retal de satén azul que Suki había encontrado. El color, el material… No, no podía ser…

–¡No! –gritó.

Una mujer en la mesa de al lado se la quedó mirando.

–¿Estás bien, querida?

Helen estaba de todo menos bien. Arrastró hacia atrás la silla, desató la correa de Suki y salió corriendo de la cafetería hacia la parte alta del acantilado. Enseguida se quedó sin aliento, jadeando. Se apresuró por Albert Road hasta Windsor Terrace, con Suki a su lado, disfrutando de la carrera. Cuando llegó a la puerta del Seaview Hotel, rebuscó en el bolsillo la llave, la sacó, se le cayó, la recogió y lo intentó de nuevo. Al fin consiguió entrar, se precipitó escaleras abajo, voló hasta la cocina y abrió la tapa del cubo de la basura.

Estaba allí: el trozo de tela de satén azul claro, deshilachado por los bordes. Se detuvo a observarlo a conciencia, luego lo levantó con cautela, asegurándose de sostenerlo por el borde; no quería que tuviera más huellas suyas. Estaba sucio, manchado y todavía húmedo de la boca de Suki.

–¿De dónde has sacado esto, chica? –dijo en voz alta.

Suki deambuló hasta la sala de estar y se echó delante de las puertas del patio mientras Helen, con el corazón desbocado, se preguntaba qué iba a hacer a continuación. Y luego recordó lo que Jean le había dicho acerca de que había dejado salir a Suki fuera mientras ella estaba en el supermercado. ¿Sería allí donde la perra había encontrado el fragmento de satén azul? ¿Lo habría sacado de las bolsas de basura que había junto a los cubos?

Helen abrió la puerta trasera y miró fuera. Un camión de la basura azul y blanco estaba llegando al final de la calle. Sus cubos no estaban en el patio; ya los habían cogido y vaciado, de modo que su contenido se hallaba en la parte trasera del camión. Miró alrededor en busca… ¿de qué, exactamente? ¿De una pista? ¿De más satén azul? Levantó tiestos viejos y cajas de madera que Tom había tenido la intención de tirar. No había nada, aparte de arañas que huían despavoridas. Volvió dentro y colocó ambas manos sobre la encimera de la cocina, mirando fijamente el retal de satén azul. Se sentía mareada. Tragó con dificultad, se pasó las manos por el pelo, luego abrió el grifo, llenó un vaso y dio un largo sorbo. Sabía lo que tenía que hacer a continuación.

Buscó su teléfono y llamó a la Policía. Un operador de centralita le respondió rápida y eficazmente, y Helen solicitó que la pasaran con la persona que necesitaba. Al cabo de unos segundos, él atendía la

llamada.

–Agente Hutchinson, dígame.

–Soy Helen Dexter, del Seaview Hotel.

–Ah, señora Dexter. ¿Cómo está?

–¿Le soy sincera? No demasiado bien –contestó ella, sin despegar la vista de la tela azul–. Ha ocurrido algo. He encontrado algo.

–Y supongo que ese algo está relacionado con la muerte del señor McNally.

Helen notó que le cedían las piernas y se dejó caer en una silla.

–¿Señora Dexter? –preguntó el agente Hutchinson– ¿Sigue ahí?

–Sí, estoy aquí, lo siento. He encontrado un…, bueno, fue mi perra la que lo encontró en realidad, y me ha… me ha impactado bastante.

–¿Qué es lo que ha encontrado?

–Aunque puede que no sea suyo, ¿sabe? –añadió Helen rápidamente–. No puedo estar segura. Tal vez me equivoque.

–Solo dígame de qué se trata –dijo Hutchinson firmemente.

Helen respiró hondo.

–Creo que he encontrado un fragmento de la bufanda de satén azul de Brian. La que llevaba puesta la noche que lo asesinaron.

Capítulo 40

—¿Su bufanda? –se sorprendió el agente Hutchinson.

–Sí, estoy segura de que es la suya. Recuerdo cómo iba vestido la noche del concierto. Estaba aquí cuando se marcharon todos del Seaview Hotel. Vi que llevaba puesta una bufanda de satén azul.

–Pero tenemos su bufanda aquí, Helen. Los forenses ya la han analizado. Tienen todas sus prendas, y ninguna de ellas está rota o le falta algún fragmento.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Helen, observando el retal que le había traído Suki.

–Todo está aquí, señora Dexter, y su bufanda está intacta.

–¿Todo? –repitió incrédula.

–Todo –confirmó Hutchinson calmadamente.

–¿Está seguro?

–Después de veinticinco años en este trabajo, creo que sé distinguir las pruebas cuando las veo.

–Pero… –balbuceó Helen.

–Señora Dexter, sea lo que sea lo que haya encontrado no es la bufanda de Brian ni nada que tenga que ver con ella.

–¿No debería al menos llevársela para que le pueda echar un vistazo? ¿No quiere examinarla? –preguntó.

–De verdad que no hay ninguna necesidad.

Helen suspiró.

–Pensará que estoy perdiendo la cabeza.

–Para nada –respondió el agente Hutchinson con amabilidad–. Ha pasado por muchas cosas y sé que nada de esto debe de ser fácil para usted o su negocio. He oído que los Docelvis vuelven mañana.

–¿Ha hablado con Jimmy?

–Sí, hemos hablado. Tenemos la esperanza de que el regreso de la banda al pueblo pueda refrescarle la memoria a la gente sobre lo que pudieron ver la noche que Brian murió. Tal vez aparezcan nuevos testigos de la nada.

–Jimmy me contó que le había entregado una lista con el nombre de los candidatos que están esperando para unirse a los Docelvis. ¿Ha salido alguna pista de ahí?

–Estamos trabajando con la lista lo más rápido que podemos –contestó el agente Hutchinson–. Pero, como sabe, con los recortes…

–Lo entiendo –dijo Helen–. Bueno, serán más que bienvenidos, si quieren pasarse por la fiesta, tanto usted como el agente Hall.

–Es muy considerado por su parte. Tal vez le acepte la invitación.

–Puede venir acompañado –propuso Helen, y los ojos ahumados de

Sandra DeVine le vinieron a la mente–. Y dígale a Hall que también puede traer a alguien… ¿Su esposa quizá?

–Dudo que quiera eso –se rio–. Lo abandonó por un bombero el verano pasado y no la ha visto desde entonces.

Helen colgó la llamada y se reclinó en la silla. Cerró los ojos. ¿Cómo podía ser tan estúpida de creer que podía encontrar pruebas de un asesinato en un pedazo de tela raída? Recogió el satén desgastado y lo devolvió al cubo de la basura. Entonces encendió la tetera, preparó algo de té, cogió de un tarro un par de galletas de jengibre caseras que había hecho Jean y llamó a los agentes inmobiliarios Benson.

–¿Benson, buenas tardes? –trinó una voz femenina, cuya inflexión ascendente convirtiendo las frases en preguntas enervó aún más los nervios ya crispados de Helen–. ¿Janine al habla? ¿Cómo puedo ayudarle?

–¿Podría hablar con Frederick Benson, por favor?

–¿Y de parte de quién?

–Helen Dexter, del Seaview Hotel.

–Por supuesto. ¿Un momento?

Se oyó un clic, unos segundos de silencio, y luego la voz grave y atronadora del agente inmobiliario llegó a la línea.

–Señora Dexter, soy Frederick Benson. ¿Qué puedo hacer por usted?

–Me gustaría saber quién ha comprado el hotel Glendale.

–No se anda con sutilezas, señora Dexter. Pero me temo que los detalles de la compra son confidenciales.

–¿Es la cadena Traveltime? ¿Finalmente han obtenido permiso para remodelar sin un aparcamiento?

–Señora Dexter, por favor. Sabe que no me está permitido divulgar esa información. Sin embargo, si en un futuro se encontrara preparada para vender el Seaview Hotel, espero que tenga en cuenta los servicios de Benson para todo lo que pueda necesitar. Y bien, ¿hay algo más en lo que la pueda ayudar hoy?

–No –dijo Helen de mal humor.

Colgó y se metió en la boca una galleta entera. Bebió algo de té, caminó hasta la sala de estar, miró hacia el patio y luego llamó a Marie.

–¿Marie? Soy Helen. ¿Por qué estás ignorando mis mensajes?

Silencio.

–Sé que estás ahí –insistió–. Puedo oír como grita tu esmalte de uñas.

–Estoy aquí –respondió Marie–, pero no sé qué decir.

–Podrías empezar por contarme qué hay entre tú y Gav.

–No puedo –repuso Marie rápidamente–. Es complicado.

–A ver, puedo entender la atracción. Es joven, atractivo, joven, apuesto, atractivo, joven…

–Helen, ya basta, por favor.
–Entonces, ¿qué ocurre? Dímelo.
–No puedo, todavía no.
–¿Qué quieres decir con «todavía no»? Deja de exasperarme, joder, y suelta qué está pasando. ¿Sois pareja?
–Ay, Helen, por favor…
Suspiró.
–No te voy a sacar nada, ¿verdad? Cuando te cierras en banda, es imposible. Te conozco, Marie Clark.
–Es Marie Davenport ahora.
Helen se quedó boquiabierta de la sorpresa.
–¿Vuelves a usar tu apellido de soltera? Eso significa que el divorcio con Daran sigue su curso, ¿no?
–Elvis Sam lleva el caso, Helen. Es brillante. Tiene a Daran cogido por las pelotas en lo que a su cuenta bancaria se refiere. Lo ha amenazado con un proceso judicial para asegurarse el mejor acuerdo de divorcio posible.
Helen arqueó las cejas.
–A Daran no le va a gustar eso. Implicará que le investiguen las cuentas bancarias, y todos sabemos su afición a ocultarlas a la vista de Hacienda.
–Tienes razón, no le ha hecho ninguna gracia. Por eso, me ha ofrecido un acuerdo extrajudicial. Si acepto, significa que me quedo con la casa y con mi precioso cochecito. Obviamente, el salón de manicura está a mi nombre, así que puedo mantenerlo en funcionamiento. Además, me daría el dinero suficiente para invertirlo en algo que llevo deseando de todo corazón desde hace años.
Era la primera vez que Helen le oía algo parecido.
–¿Cuánto tiempo hace que te conozco, Marie? Nunca me habías dicho nada de querer invertir en algo antes. ¿Sería en bolsa, compra de acciones, este tipo de cosas?
Silencio.
–¿Marie?
–No puedo hablar. Estoy en el trabajo y tengo a una clienta esperando. ¿Cuándo vuelves a estar libre? Llamaré al Seaview Hotel, o también podríamos ir al Angel a tomar algo.
–No puedo salir hoy, voy a llevar a Jean a tomar *fish and chips*. Y mañana llegan los imitadores de Elvis a pasar el fin de semana.
–¿En serio? ¿Puedo pasarme para conocer a Sam y darle las gracias?
–Puedes hacer eso y más. Estoy organizando una fiesta el sábado por la noche destinada a recaudar fondos para la organización benéfica de Bev y para la familia de Brian, y los Docelvis van a actuar. Pásate cuando quieras a partir de las seis.
–Ya sabes que no soy fan de Elvis.

–Venga ya, Marie. Es un concierto benéfico. Puedes hacer una donación y ganarte algo de publicidad gratis para tu salón de manicura al mismo tiempo. Vendrá una periodista del *Scarborough Times*.

–Ah, está bien, me lo pensaré. –Pasaron unos segundos de silencio antes de que Marie hablara de nuevo–. ¿Puedo llevar a Gav?

–¿De verdad? ¿Ya estáis en la fase de pareja?

–Helen, no…

–Sí, lo sé, no es de mi incumbencia. Claro que puedes traerlo. Solo que voy a tener que hacerme a la idea de que estás con un yogurín. Mi mundo está tan patas arriba en estos momentos que añadirle una rareza más no marcará ninguna diferencia.

Jean volvió al hotel más tarde. Preparó té, se hundió en el sofá y se subió las gafas por el caballete de la nariz.

–¿Cómo están las piernas de tu madre? –le preguntó Helen.

Jean negó tristemente con la cabeza.

–Nada bien –respondió–. La nueva medicación no está funcionando como esperaba el doctor. Es un caso perdido; no va a mejorar nunca. Estará en el geriátrico hasta el fin de sus días. Lo único que me ha mantenido animada es pensar que me vas a obsequiar con una cena de *fish and chips* esta noche.

–¿A qué freiduría te gustaría ir? Pago yo, recuerda. Hay tantas en el paseo marítimo que ya no sé quién regenta cuál estos días.

–Bueno, ir al paseo marítimo sería una opción –dijo Jean, y Helen percibió una sonrisa maliciosa en sus labios–. Pero hay otro sitio al que podríamos ir, donde sirven el mejor pescado frito de Scarborough. Aunque tendríamos que dejar a Suki aquí, y hay un buen trecho a pie.

–¿El Old Mother Hubbard's en Westborough? –adivinó Helen–. Hace bastante que no voy.

–Tienen buenas críticas en el periódico –explicó Jean.

–También en internet –añadió Helen–. Han creado sus propias etiquetas en las redes sociales.

–¿Etiqueta? –Jean resopló–. Pues yo iré con mi ropa cómoda de siempre.

A la mañana siguiente, Helen se despertó con el sonido de la lluvia golpeando contra la ventana de su habitación. Permaneció tumbada, sintiéndose segura y protegida contra el mal tiempo. Entonces oyó a Jean canturreando en la cocina; esta vez era una balada, una de los años setenta que reconoció. El insólito olor de los arenques ahumados que se cocinaban en la parrilla le dio la bienvenida, y sonrió al pensar que Jean estaba intentando hacerse con otra receta para incluirla en el menú del desayuno. Salió de la cama y se encontró con Suki, que se estiraba y bostezaba.

–Buenos días, Suki –le dijo, acariciándole la cabeza.

Suki gimoteó como respuesta. Helen pasó por el lado de las cajas de cartón, que estaban del todo llenas con la ropa de Tom, aunque todavía no había tenido el valor de cerrarlas y precintarlas. ¿Qué le había recomendado Jean al respecto? Paso a paso, le había dicho, y así lo haría. No tenía ninguna prisa por mover las cajas; las cerraría cuando sintiera que era el momento.

Mientras se duchaba y vestía, se dio cuenta de lo mucho que ansiaba el retorno de los Docelvis. Y sí, en ello tenían mucho que ver sus ganas de encontrarse de nuevo con Jimmy. Se fue a la cocina, donde Jean tenía la radio sintonizada en el programa matutino de la emisora local.

–Buenos días, Jean. ¿Arenques, eh? Hace años que no los como. A Tom le encantaban.

–He pensado en marcarlos en la parrilla y acompañarlos con un huevo pasado por agua. ¿Qué te parece?

–Delicioso –respondió Helen, mientras cogía una bolsa de papel de la encimera–. Me olvidé de decirte que te había comprado esto.

Le pasó la bolsa a Jean, que se asomó dentro con recelo antes de sacar un palo de madera, redondeado en un extremo y decorado con un mango en el otro.

–¡¿Qué diablos es esto?! –exclamó.

–Es un *spurtle* para hacer gachas –le explicó Helen.

Jean lo dejó a un lado.

–Trastos modernos –se quejó, luego señaló con la cabeza hacia la radio–. ¿A qué hora entrevistan a los chicos esta mañana?

–Jimmy dijo que hablarían en directo en el programa de la mañana, así que no tardarán.

–Ah, vi a Sally antes –dijo Jean–. Cuando descorrí las cortinas, se dirigía adonde Miriam. Toqué en el cristal y la saludé.

–Supongo que se pasará por aquí para tomar el café cuando haya acabado en el Vista del Mar –comentó Helen.

–Sally es una buena muchacha –apuntó Jean–. Más te vale mantenerla aquí todo el tiempo que puedas.

–Lo es, y así lo haré –replicó Helen.

–Y ese tal Gav que estaba aquí arreglando tus cámaras… Sé que es un tanto ruidoso, pero parecía tener un corazón que no le cabía en el pecho. Y es muy trabajador también. Sally y él hicieron buenas migas cuando se quedó a comer. Creo que harían buena pareja.

Jean centró su atención en los arenques y untó con mantequilla dos tostadas mientras Helen observaba a través de las puertas del patio cómo la lluvia golpeaba las baldosas.

–¿Sally y Gav? –Negó con la cabeza–. Creo que ese barco ya zarpó.

Capítulo 41

Mientras la lluvia seguía cayendo a cántaros, una canción sonaba en la radio con una alegre letra que prometía que llegarían días más luminosos.

Jean levantó el cuchillo de la mantequilla y lo apuntó hacia la ventana.

–¿Rayos de sol de primavera con esta maldita lluvia? –resopló–. No me hagas reír.

Cuando la canción llegaba a su final, la voz animada del locutor intervino para anunciar que iban a hacer una pequeña pausa para dar las noticias e informar del tiempo, y luego prometió una gran sorpresa a todos sus oyentes.

–¿Crees que será la entrevista de los Docelvis? –inquirió Jean.

–Podría ser –contestó Helen.

Jean le pasó un plato. Contenía dos arenques perfectamente cocinados con mantequilla, acompañados de un huevo pasado por agua y una tostada de pan integral.

–Come. Y hay té de sobra en la tetera.

–Gracias, Jean. Me cuidas mucho, y te estoy muy agradecida por ello.

–Ah, no es nada –repuso Jean.

–No, Jean. Lo es todo. Tu presencia aquí me ha salvado la vida. No podría haber superado esta semana sin ti. Has cocinado para mí, has limpiado…, has hecho mucho más de lo que crees. Que estuvieras aquí incluso me dio la confianza para empezar a empaquetar las cosas de Tom.

Jean se la quedó mirando.

–¿Y cómo te va con eso, querida?

–Bueno, vacié su lado del armario y su cómoda. No puedo soportar tirarlo todo; hay cosas que me quedaré conmigo para el resto de mi vida. Pero voy avanzando. He llenado unas cajas y las llevaré al hospital la semana que viene.

–Puedes hablar con mi amiga Dora, que se encarga de las donaciones. Va a venir a la fiesta. Estará agradecida por tu aportación.

–Es bueno saber que la ropa de Tom ayudará a recaudar dinero para una buena causa.

–Aunque todavía duele, ¿verdad? –constató Jean–. Nunca resulta fácil.

–¿Cuánto tarda en irse el dolor, Jean?

Ella colocó la mano sobre el brazo de Helen.

–Nunca se va del todo, cielo. El dolor se amortigua, pero siempre estará ahí.

Helen dio un sorbo al té, luego cogió su tenedor y pinchó el huevo, derramando la yema por encima de la tostada.

–Jean, está perfecto. Me gustaría incluir los arenques y las gachas en el menú del desayuno este fin de semana mientras los Docelvis estén aquí. ¿Qué te parece? ¿Crees que podrás hacerlo?

–Solo hay una manera de descubrirlo –contestó Jean.

–Perfecto. Imprimiré la nueva carta de menús esta mañana.

En la radio empezaron a sonar los primeros compases de otra canción, una que tanto Helen como Jean reconocieron al instante.

–Esa era una de las canciones de Elvis favoritas de Tom–dijo Helen, siguiendo el ritmo con el pie.

La melodía era dulce. Terminó demasiado pronto. La voz animada del locutor intervino en la última nota, justo cuando comenzó a hablar de los Docelvis.

–Ahí están –se entusiasmó Helen–. Ahora sí. Sube el volumen, Jean.

Jean alargó el brazo hacia la radio y subió el volumen, al tiempo que el locutor le pedía a cada imitador de Elvis que se presentara.

Jimmy habló el primero y Helen se alegró al oír su voz. Lo siguieron Kev; luego Mandarina, siempre tan educado y caballeroso; a continuación, Stuart y después su hermano Alan, con su peculiar modo de arrastrar las palabras imitando a Elvis; continuaron Gran Al, el despreocupado Davey, el entusiasta Colin, el matrimonio formado por Bob y Sam, y, por último, Tim. Parecían felices, bromeando los unos con los otros, y a Helen le resultó fácil imaginárselos apiñados en el estudio, algunos sentados, otros de pie, todos vestidos con sus trajes de cuero negro o blanco, el maquillaje y las pelucas puestas, circonitas y brillantes, y solo Dios sabía qué más. Al fin le tocó el turno de presentarse al nuevo miembro del grupo, Trevor.

–El chico nuevo parece nervioso –dijo Helen.

–No le faltan motivos. Ha reemplazado a un cadáver –replicó Jean.

Y ese fue el momento en el que el locutor adoptó un tono serio y empezó a hablar de Brian, solicitando a los posibles testigos que se presentaran en la Policía para informar de cualquier cosa que pudieran haber visto u oído la noche del sábado anterior y que pudiera resultar útil a las autoridades para atrapar al asesino. Anunció que Peasholm Park había vuelto a abrir sus puertas después de que la Policía lo hubiera acordonado mientras dragaban el lago. Y luego él y Jimmy pasaron a comentar noticias más felices: hablaron sobre la fiesta para recaudar fondos para la organización benéfica y la familia de Brian.

–¿Y dónde tendrá lugar el concierto? –preguntó el locutor.

–En el Seaview Hotel, en Windsor Terrace. Es el mejor hotelito de

Scarborough –aseguró Jimmy.

A Helen se le aceleró el corazón y le sonrió de oreja a oreja a Jean.

–Sabía que lo dejaría caer –dijo Jean.

–El Seaview Hotel es un lugar muy bueno, con un desayuno del que pueden estar bien orgullosos, y, mmm…, el hotel lo regenta la mejor señorita que hay en todo el pueblo.

–¿Ese es Alan? –preguntó Jean.

Helen asintió mientras Jimmy volvía a tomar la palabra.

–Pero es un lugar un tanto pequeño, no es un recinto para un espectáculo a gran escala, así que hemos tenido que restringir la entrada a aquellos que han sido invitados –añadió–. Vendrán algunas personalidades del ayuntamiento y el representante de la Junta de Turismo Local, así como voluntarios de la organización benéfica para la que recaudamos los fondos.

–¿Solo con invitación, entonces? ¡La mía se debe de haber perdido en el correo! –El locutor se rio–. ¿Contempláis alguna opción de volver próximamente a Scarborough para hacer otro concierto abierto a todo el mundo? ¿Quizá en algún espacio mucho más amplio que el recinto de un hotel? ¿Qué tal otro éxito de taquilla en el *spa*?

–Estaremos más que dispuestos a considerarlo, señor –contestó Alan.

Hubo más cháchara, más bromas, y al fin concluyó la entrevista, que se cerró con otra canción de Elvis, pero ahora de tono apenado y triste.

–He puesto la ropa de cama de la habitación uno en la lavadora –informó Jean, abriéndose paso entre los pensamientos de Helen–. Y he limpiado la habitación y el baño para que esté todo listo cuando lleguen los hombres.

–Me pregunto si alguno de ellos querrá quedarse en la habitación en la que estuvo Brian el fin de semana pasado –dijo Helen–. ¿O deberíamos dejarla vacía como muestra de respeto?

–Déjala vacía –le aconsejó Jean–. Estoy segura de que no les importará compartir habitación. Hay muchas habitaciones con dos camas o literas.

En ese preciso momento, el teléfono de Helen sonó con un mensaje de Jimmy: Vamos de camino al Seaview Hotel.

Cuando se hubieron terminado el desayuno y la lluvia amainó un poco, Helen sacó a Suki para su paseo matutino. Hacía fresco y se arrebujó en el forro polar. Pensó que la próxima vez que hiciera tan mal tiempo quizá podría ponerse el antiguo jersey de Tom. Abajo en la playa, la marea estaba subiendo y las olas se alzaban espumosas. Surferos ataviados de negro cargaban con sus planchas hacia el revuelto mar. Helen paseó por la arena hasta la cafetería donde se había sentado el día anterior. Sobre ella se elevaba un lujoso complejo de apartamentos, uno de los más caros del pueblo, y sus ocupantes

gozaban a cambio de unas vistas espectaculares del castillo y el mar.

Llevaba el móvil en el bolsillo y notó como le vibraba contra la cadera. Lo sacó y vio el nombre de Marie.

–¿Marie? ¿Estás bien?

–¡No, no lo estoy! –exclamó ella–. No he sido franca contigo, Helen. Hay cosas que tienes que saber. Voy de camino al Seaview Hotel ahora mismo. Ah, y Gav también.

–¿Está contigo? –preguntó Helen.

–No, está conduciendo uno de sus taxis.

Y, con eso, Marie colgó, dejando a Helen mirando su teléfono estupefacta.

Cuando volvió a Windsor Terrace, vio la puerta del Vista del Mar abierta y reconoció a los huéspedes de Miriam cargando el coche: el hombre delgado y bajo, con gafas y pelo canoso, y la mujer con el cabello corto plateado. Su hija, Daisy, estaba sentada sobre el muro fuera del Seaview Hotel, pegada a su teléfono móvil. Cuando Helen se acercó, pudo oír como discutían, igual que lo habían hecho al llegar.

–Daisy, ven y ayuda a tu madre a cargar el coche.

–¡Estoy liada! –gritó Daisy.

–¡Daisy! ¡Ya!

–No es justo –dijo con voz quejumbrosa y sin moverse–. Esto es abuso infantil. Me estás obligando a trabajar después de la semana más cutre de mi vida en un sitio que no quiero volver a ver nunca más.

Helen cruzó la mirada con la madre mientras pasaba por el lado de la familia en disputa.

–¿Niños, eh? –le dijo la mujer, con una sonrisa irónica.

Helen le correspondió la sonrisa y continuó hacia el hotel.

Mientras bajaba hacia su apartamento, pudo oír a Jean diciéndole a alguien que se calmara. Helen se preguntó de quién se trataría. Desató la correa de Suki y caminó hasta la cocina, donde se sorprendió al encontrar a Sally, que llevaba puesto un uniforme de color melocotón por encima de los tejanos y la camiseta. Lucía el logo del Vista del Mar en la parte frontal, un delfín que saltaba del mar. Sally tenía el rostro enrojecido y parecía agitada y enfadada.

–¿Sally? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Te ha dicho Miriam algo inapropiado? Porque, si es así, voy allí y le retuerzo el maldito pescuezo.

–No, no es Miriam –dijo Sally entre bocanadas de aire.

–¿Es Gracie? Ay, Dios mío, ¿qué ha pasado?

–No me ha querido soltar prenda –intervino Jean–. Ha insistido en esperar a que volvieras.

Helen tomó a Sally del brazo con cuidado y la guio hasta una silla junto a la mesa. Se dio cuenta de que cargaba con una bolsa de

plástico blanco. Jean las siguió, y las tres se sentaron.

–Sally, cálmate y dime qué ocurre –le pidió Helen.

Sally hizo lo que le pedían, haciendo cuatro o cinco inspiraciones profundas para tranquilizar su desbocado corazón antes de hablar.

–Estaba limpiando esta mañana, ahí al lado…

Helen asintió alentadoramente.

–… y había una habitación que tenía que hacer…

Jean se santiguó.

–¡Por los doce apóstoles, que ha visto al fantasma! –chilló Jean–. Ya sabía yo que las historias sobre el hotel de Miriam eran reales.

Helen la miró escandalizada.

–Me sorprende que seas tan boba como para creerte esas paparruchas. Venga, continúa, Sally, te escucho.

La joven respiró hondo.

–Estaba pasando el aspirador y… he tenido que mover un pequeño tocador para hacerlo bien, para llegar detrás. Tú me enseñaste a limpiar las habitaciones como es debido, Helen. Y aunque a Miriam no le importa si muevo los muebles o no, lo hago porque aprecio el trabajo bien hecho.

–Muy bien, ¿y qué ha pasado? –preguntó Jean impaciente.

–Jean, deja que la muchacha lo cuente –dijo Helen con firmeza.

–La habitación estaba vacía –continuó Sally–. Los huéspedes se acababan de ir, así que moví el tocador para darle al sitio una buena limpieza a fondo. Pero el aspirador empezó a succionar la punta de la alfombra… No estaba bien cosida.

–Qué chapuza –soltó Jean y chasqueó la lengua–. Se le debería caer la cara de vergüenza a Miriam y sus cuatro estrellas.

–Continúa, Sally –la animó Helen calmadamente.

–La alfombra se quedó atascada en el aspirador, así que tuve que apagarlo y agacharme para quitar los hilos. Y, al tirar de ella, vi que debajo no había más protección que los tablones de madera del suelo y… estaban arañados y rotos, y…

–Tómate tu tiempo, Sally, no hay prisa –la tranquilizó Helen.

–… y una tabla del suelo se desprendió… Se movió cuando le pasé el aspirador por encima… Así que intenté ponerla de nuevo en su sitio, pero se acabó desprendiendo de las demás, Helen, y había un agujero allí, y luego… luego encontré esta bolsa.

Helen y Jean se intercambiaron una mirada desconcertada mientras Sally se agachaba para recoger la bolsa de plástico blanco. Helen la cogió de sus manos y miró dentro, y se quedó boquiabierta por la sorpresa.

–¿Qué es? –preguntó Jean.

Helen tragó saliva. Era un par de zapatos de gamuza azul. Sin cordones, talla cuarenta y seis y extraanchos.

Capítulo 42

—¡Los zapatos de Brian!

Helen apenas podía respirar. –Los he traído de inmediato. Miriam no sabe que estoy aquí. Cree que sigo allí limpiando.

–¿En qué habitación los has encontrado?

–En la habitación seis, en el segundo piso al fondo.

–¿Y has dicho que los huéspedes ya se habían ido?

–Han hecho el registro de salida después del desayuno. Era la familia…

–¿Con la niña y la mujer del pelo corto platino?

–¿Cómo narices lo sabes? –se admiró Sally.

–Los acabo de ver cargando el coche fuera.

Helen se levantó tan rápido que tumbó la silla, y esta repicó en el suelo. Le lanzó la bolsa con los zapatos a Jean.

–Guarda esto a buen recaudo; son pruebas. Cierra con llave la puerta cuando me haya ido, no permitas que entre nadie y se los pueda llevar. Ah, y mantenlos alejados de Suki. –Se dirigió a Sally–: Vamos, tenemos que detenerlos antes de que se vayan. Solo espero que no se hayan largado ya.

Sacó el teléfono del bolsillo.

–Agente Hutchinson, por favor. Es urgente.

Mientras subía los escalones de dos en dos, le contó al detective lo que había ocurrido.

–Helen, cálmate –le dijo él–. Espera hasta que lleguemos y no hagas ninguna estupidez. Esa gente puede ser peligrosa. La iba a llamar esta mañana. Tenemos una pista relacionada con la lista de espera de los Docelvis que Elvis Uno nos proporcionó. Hemos podido contactar con todos los hombres que aparecen en ella, excepto con uno, un tal Ken Solway. Hemos llamado a su casa, nos ha respondido su hija, y nos ha dicho que está de vacaciones…

Helen cruzó el vestíbulo como una exhalación, dirigiéndose hacia la puerta de entrada.

–… aquí en Scarborough. Vamos de camino.

A Helen se le iba a salir el corazón por la boca cuando ella y Sally salieron corriendo del Seaview Hotel. Delante de ellas, un pequeño coche azul oscuro tenía puesto el intermitente para indicar que iba a arrancar. El hombre estaba en el asiento del conductor; su mujer, al lado, y Daisy, en la parte de atrás, seguía concentrada en su teléfono.

–¡Para el coche! –gritó Helen a pleno pulmón.

Sus palabras se perdieron en la calle vacía. No había tráfico ni transeúntes que la pudieran ayudar.

–Solo estamos tú y yo, niña –le dijo a Sally–. Ten cuidado. No tengo ni idea de cómo vamos a hacerlo, pero tenemos que detenerlos.

Sally rodeó el coche y golpeó con todas sus fuerzas en la puerta del copiloto. La mujer del pelo platino se la quedó mirando como si fuera una loca. Sally intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Helen corrió hacia la puerta del conductor, pero también estaba cerrada. Dentro del coche, la familia parecía estar aterrorizada por el asalto, a ambos lados, de dos mujeres enajenadas.

Helen se detuvo un momento para recobrar la lucidez.

–Tenemos que hablar con vosotros –dijo lo más calmadamente que pudo–. Por favor, salid del coche.

Un rictus de furia cruzó el rostro del hombre, y aceleró el motor.

–¡Salid de en medio! –bramó.

Helen miró a la esposa. Parecía estar extraordinariamente tranquila. En el asiento trasero, la hija lo estaba grabando todo con el teléfono.

–Voy a subir esto a mis redes –se rio–; es lo más excitante que ha pasado en toda la semana.

Helen se movió para interponerse en el camino del coche.

–Vas a tener que atropellarme si quieres irte, porque no me pienso mover hasta que salgas del coche.

El motor aceleró de nuevo con agresividad, y esta vez el coche dio un bote hacia delante.

–¡No serás capaz! –chilló Helen.

–¿¡Cómo que no!? –rugió el hombre.

–¡Sal del coche! Solo queremos hablar.

–¡No tengo nada que decir! –vociferó él.

El coche se arrastró hacia delante una vez más. Helen se abrazó al capó.

–¿Quién te crees que eres, Wonder Woman? –se mofó–. Quítate de ahí, antes de que te hagas daño.

Helen trató, sin éxito, de intimidarlo con la mirada. El coche volvió a avanzar, obligándola a hacerse a un lado.

–¡No podemos dejar que se vayan! –gritó Sally.

Helen miró alrededor esperando un milagro, pero Windsor Terrace seguía desierto. El coche volvió a avanzar, se alejaba de la acera.

–¡Se escapan! –dijo Helen–. ¡Sally, detenlos!

–¿Qué se supone que tengo que hacer? –repuso Sally desesperada.

Y entonces el deportivo rojo de Marie chirrió al doblar la esquina de Windsor Terrace. Helen corrió hacia el centro de la calle, agitando los brazos para atraer su atención.

–¡Detén el coche! ¡Detén el coche! –chilló–. ¡Bloquea la calle con él! ¡Ahora!

Marie no vaciló. Giró el coche bloqueando Windsor Terrace. Dentro del coche azul, al conductor se le descompuso el rostro. Pero el

pequeño coche de Marie no ocupaba la calle por completo, y Helen vio como el hombre maniobraba para intentar escurrirse a través del estrecho hueco. Aceleró el motor una vez más y el coche salió disparado hacia delante justo cuando uno de los taxis amarillo chillón de Gav llegó, obstruyendo con éxito el paso.

–¡Maldita perra! ¡Te acordarás de esto! –amenazó el hombre a Helen.

Helen vio a la esposa inclinarse hacia él, girarse y mirar por la luna trasera. Entonces, las luces de la marcha atrás se encendieron y el coche aceleró en sentido contrario, bajando Windsor Terrace. No venía ningún coche, nada que pudiera detener su huida. Y en ese preciso instante, cuando todo parecía perdido, cuando Helen pensó que aquel hombre y su extraordinariamente tranquila esposa abandonarían Scarborough para siempre, un minibús plateado giró la esquina y se adentró en la calle. Estaba engalanado en ambos lados y el capó con guitarras blancas y el eslogan ¡LOS DOCELVIS DE GIRA!

El pequeño coche se detuvo con un derrape, atrapado entre el deportivo de Marie y el taxi de Gav, en un lado de la calle, y el minibús de los Docelvis, en el otro. El hombre de pelo canoso salió de un salto, sin que su cojera se lo impidiese, y miró alrededor con los ojos desorbitados, buscando claramente una ruta de escape. Solo había un camino que pudiera tomar, y era por encima del acantilado que daba al mar.

–¡Atrapadlo! –ordenó Helen–. ¡Es el que mató a Brian!

Jimmy, vestido con su traje blanco de Elvis abierto hasta el ombligo, saltó del asiento del conductor del minibús.

–¡Vamos, muchachos! ¡A por él! –gritó.

Uno a uno, los Docelvis fueron saliendo del autocar, con las capas ondeando, los cinturones bamboleándose, los peluquines levantándose, el maquillaje de los ojos corrido, las guirnaldas hawaianas volando, las chaquetas de cuero revoloteando y los zapatos de gamuza azul patinando por la subida. El hombre canoso era ágil y rápido, pero no resultó lo suficientemente veloz como para escapar de aquellos doce hombres y su atrevida vestimenta. Helen y Sally se quedaron apostadas al lado del coche azul para asegurarse de que su esposa e hija no pudieran marcharse. Marie y Gav observaron desde lo alto del acantilado hasta que el sonido de las sirenas invadió el aire, haciéndose cada vez más fuerte.

–Vamos, tenemos que mover los coches para dejarles pasar –le dijo Marie a Gav.

Al cabo de unos minutos, Jimmy y Kev tenían inmovilizado en el suelo al hombre canoso. Stuart y Alan les ayudaron a ponerlo en pie, y los cuatro lo arrastraron a la fuerza de vuelta a la cima del acantilado, llegando sudorosos, desarreglados, sucios y sin aliento justo cuando el

agente Hutchinson y Hall salían de su coche de policía. Al mismo tiempo, la puerta del Vista del Mar se abrió de golpe y apareció Miriam con las manos en las caderas y el rostro completamente enfurecido.

–¿Qué diantres es todo este ruido? ¿Qué pasa?

–Me temo que tiene que acompañarme a comisaría para responder algunas preguntas, señor Solway –dijo el agente Hutchinson–. Es usted el señor Solway, ¿verdad?

–Cuatro años esperé para entrar en los Docelvis –murmuró el señor Solway–. ¡Cuatro malditos años! –Escupió en suelo, cerca de las grandes botas negras del agente Hutchinson–. ¡Solo quería una segunda oportunidad! ¡No tenía intención de matarlo!

–Bueno, señor Solway, cuanto antes venga a comisaría y me explique qué hacía con un par de zapatos que pertenecían a un hombre asesinado, antes se resolverá todo.

El agente Hall agarró al señor Solway por uno de los brazos y Hutchison lo hizo por el otro, y juntos lo condujeron hasta su coche y lo aseguraron en el asiento trasero.

–Pide refuerzos –ordenó Hutchinson a su compañero–. Que lleven a la esposa y a la hija a comisaría. Quiero que interroguen a la mujer también. Sé más suave con la hija; es poco más que una niña.

–Muy bien, jefe –dijo el agente Hall.

Mientras Hall se llevaba al señor Solway a comisaría, el agente Hutchinson esperó en la calle con Helen y Sally, Marie y Gav, Miriam y los Docelvis. Otro coche de policía llegó para llevarse a la señora Solway, que seguía manteniendo la calma. La joven Daisy era un mar de lágrimas, pero, aunque estaba temblando y obviamente asustada por lo que acababa de ocurrir, Helen se percató de que su madre no la consolaba de ningún modo. Ningún brazo alrededor de los hombros, ningún beso en la mejilla, nada.

–¿Estás bien?

Jimmy se había acercado hasta Helen.

–Sí, solo conmocionada. Creo que mis piernas no quieren funcionar, están temblando.

Él le alargó la mano y ella la cogió agradecida.

A su lado, Hutchinson tosió sonoramente.

–Tengo que ir a recoger los zapatos como prueba, señora Dexter.

–Por supuesto.

–¿Y puede alguno de sus chicos mover el minibús, Jimmy? Todavía bloquea la calle.

Jimmy metió la mano en el bolsillo de su traje de Elvis, sacó una llave y la lanzó hacia Alan.

–Alan, ¿puedes mover el minibús?

–Ahora mismo, Elvis Uno –contestó Alan.

–Chicos, reunión en el bar –informó Jimmy, y entonces Helen guio a todo el mundo hacia el Seaview Hotel.

Capítulo 43

El agente Hutchinson se marchó del Seaview Hotel llevando los zapatos de gamuza azul dentro de la bolsa blanca. Le prometió a Helen que estaría en contacto con ella para informarla cuanto antes de lo que ocurriera con el señor Solway.

–Su hija lo estaba filmando todo con el teléfono –le reveló Helen.

–Nos aseguraremos de que se elimine. Enviaré de inmediato a los forenses al hotel de al lado. Iré a hablar con la propietaria ahora mismo. Es la mujer que estaba casada con el fallecido, ¿verdad?

–No sea muy duro –le pidió Helen–. Puede sacarle a uno un poco de sus casillas, pero tiene un corazón de oro en el fondo…, si se excava a mucha profundidad.

Helen entró en el bar, donde Marie y Gav estaban sentados juntos, susurrando. A su lado, Sally escribía en su móvil. Los Docelvis se hallaban dispersos por la habitación: algunos sentados, inclinados hacia delante, con la cabeza entre las manos; otros, con los ojos cerrados, y todos ellos intentando asimilar lo que acababa de ocurrir.

–¿Habéis desayunado esta mañana? –le preguntó Helen a Jimmy.

Él negó con la cabeza.

–Nos hemos parado en un área de servicio temprano, pero hace ya una eternidad de eso.

–Bueno, me temo que no hemos podido prepararos un desayuno completo, pero ¿qué tal una ronda de sándwiches de beicon y café caliente?

–Perfecto –respondió él.

–¿Marie? ¿Gav? –inquirió Helen–. ¿Sándwiches de beicon?

–Sí, por favor, Helen. Si eres tan amable –contestó Marie.

–Aquí Gav siempre tiene hambre –añadió él.

Sally se levantó y se metió el teléfono en el bolsillo de su uniforme melocotón del Vista del Mar.

–Iré abajo a ayudar a Jean –dijo.

Helen se giró hacia Jimmy.

–Les daré a tus chicos las llaves de las habitaciones para darles tiempo a que se instalen y se cambien. Le pediré a Jean que prepare bocadillos de beicon para todos en el comedor. ¿En una hora va bien? Sobre las habitaciones, Jimmy, estaba pensando en dejar la número siete vacía. Es donde Brian se quedó la última vez. Solo si a alguno de tus muchachos no le importa compartir habitación.

Jimmy paseó la mirada alrededor de la estancia y sus ojos se posaron en Trevor, el nuevo y más joven miembro de los Docelvis.

Helen se conmovió al ver la inocencia que desprendía y su sorprendente parecido a Elvis de joven, con su piel suave y limpia, sus ojos oscuros y el cabello negro.

–Trevor, tú estarás en la habitación ocho, ¿de acuerdo? –le dijo Jimmy.

–Bravo, Jimmy –contestó Trevor–. El día del nacimiento del Rey, qué detalle.

–Esa es la habitación en la que estuviste la última vez –observó Helen.

–Ahora compartiré con Mandarina. Tenía dos camas en su habitación. Todos los demás estarán de acuerdo con alojarse en la misma habitación del fin de semana pasado.

Helen repartió las llaves, y los hombres se dispersaron lentamente, sacando el equipaje del minibús y luego subiendo las escaleras hacia sus respectivas habitaciones. Después de comprobar cómo les iba a Jean y a Suki, Helen volvió al bar. Marie y Gav estaban sentados al lado de la ventana y miraban hacia el mar. Helen se sentó en una silla delante de ellos.

–Jean va a mandar té y café en el montaplatos dentro de unos minutos –dijo–. Menuda mañanita. Podría vivir perfectamente sin repetir esta experiencia. De hecho, no quiero volver a vivir una semana tan mala como esta.

–¿Los polis han arrestado al hombre? –preguntó Marie.

–El agente Hutchinson me llamará para mantenerme al corriente. Sospecha que todas las pruebas apuntan a que él es el asesino.

–Pero parecía bajito y delgado –apuntó Marie–, y, por lo que recuerdo de Brian, era un tipo fornido.

Helen se encogió de hombros.

–No tengo ni idea de qué pudo ocurrir. Tendremos que esperar a que la Policía nos dé una explicación.

Marie y Gav se intercambiaron una mirada que no le pasó inadvertida a Helen.

–Bueno, vosotros dos –empezó a decir Helen con amabilidad–. ¿Queréis decirme qué pasa?

Gav se removió incómodo en el asiento.

–Es raro verte tan callado, Gav –señaló Helen.

Él miró a Marie.

–¿Se lo quieres decir tú o lo hago yo? –preguntó.

Marie irguió la espalda, plantó sus tacones escarlata firmemente en el suelo, y se llevó enérgicamente el pelo detrás del hombro.

–Helen, mereces que te lo cuente yo misma.

Helen se preparó.

–Pues venga, dispara.

–Es el hotel Glendale –dijo Marie–. Lo hemos comprado.

Helen a punto estuvo de caerse de la silla.
–¿Que has hecho qué?
–El hotel Glendale…, que lo hemos…
Helen sostuvo una mano en alto.
–Ya lo he oído. Pero me cuesta comprenderlo. ¿De verdad habéis comprado el Glendale?
Marie asintió.
–¿Los dos?
–Somos socios –aclaró Gav–. Está ante los nuevos directores de Maz y Gav Sociedad Limitada. Hemos juntado nuestros recursos y ahora somos dueños absolutos del Glendale.
–Estoy invirtiendo en él todo el dinero obtenido del divorcio –explicó Marie–. Tengo que velar por mí y por mi futuro.
–¿Pero qué vais a hacer con él? Sé que no os darán los permisos para reabrirlo como hotel. No tiene aparcamiento.
–Y ese fue precisamente el motivo por el que Traveltime se retiró –dijo Gav–, dejándolo libre para que nosotros lo transformáramos.
–¿Transformarlo en qué? –preguntó Helen, todavía intentando encontrarle un sentido.
–Bueno, ahí es donde entras tú –intervino Marie, arqueando una ceja perfectamente delineada.
–¿Yo?
–Vamos a vaciarlo por dentro –anunció Gav.
–Salvo las ventanas de estilo *art déco* originales de la parte trasera: esas se quedan –añadió Marie firmemente.
–Oído –repuso Gav.
–¿Me va a decir alguien qué narices está pasando? –estalló Helen, fulminando con la mirada a Marie.
Marie le sonrió de oreja a oreja y se tomó su tiempo para saborear el momento antes de revelar la noticia.
–Vamos a abrir un salón de té.
Helen se echó hacia atrás en el asiento.
–Va a ser retro y cursi –siguió Marie entusiasmada–. Todo lo que un buen salón de té debería ser. Bonito y acogedor, ¿sabes? Serviremos la mejor bebida y comida local que podamos ofrecer. Tiene un patio en la parte posterior para poner una terraza. Piénsalo, Helen, no hay ninguna cafetería en este lado de la bahía, ninguna aquí sobre el acantilado. Nuestros clientes podrán disfrutar de las vistas al castillo mientras comen. Será una pasada.
Helen soltó una gran carcajada.
–¿Tú y Gav? ¿Llevando un salón de té juntos?
–Funcionará, jefa –dijo Gav, confiado–. Gav nunca invierte en algo que pueda fracasar. Hemos hecho nuestro estudio de mercado. Tenemos el permiso de obra y ya contamos con tres mil seguidores en

línea. Con el dinero de Marie y mi saber hacer en los negocios, es una apuesta segura.

Una sonrisa se esbozó en los labios de Helen.

–Sois un par de chalados, ¿pero sabéis qué? Tengo la corazonada de que funcionará.

Entonces miró a Gav y luego a Marie.

–Así que… ¿solo sois compañeros de negocios? ¿Nada más?

–¿Qué está insinuando? –Gav se rio–. ¿Que nos estamos revolcando?

Eso era exactamente lo que Helen había estado pensando.

–Vi como os besabais en el coche de Marie.

Marie la miró directamente a los ojos.

–Solo somos socios –le aseguró–, nada más. Cualquier contacto físico que hayas podido ver entre nosotros se debía a nuestra emoción por conseguir al fin el Glendale. Hemos estado mucho tiempo detrás de él.

Helen observó fijamente a su amiga y supo que le estaba diciendo la verdad.

–Pero todavía hay algo que no entiendo. ¿Qué papel tengo yo en todo esto? No me puedo permitir invertir, si es a lo que te referías antes.

–Ah, no es tu dinero lo que busco –dijo Marie–. Son las cortinas, mesas y sillas. Los muebles de aquí son perfectos para el aspecto anticuado que le quiero dar a mi salón de té.

–Nuestro salón de té –replicó Gav.

–Oído –contestó Marie.

Helen echó un vistazo alrededor del bar, deteniéndose en las alfombras y cortinas, en las mesas y sillas.

–¡Pero no te puedes quedar todo esto! –exclamó–. Me lo dejarías vacío y, además, ¿quién te dice a ti que yo me quiero deshacer de todas estas cosas? No me puedo permitir el reemplazarlas, por muy anticuadas que estén.

–Bueno, tal vez tú no puedas permitírtelo. Pero yo sí –dijo Marie con amabilidad.

Helen le clavó la mirada.

–¿Qué significa eso?

–Significa que quiero invertir en el Seaview Hotel, Helen. Quiero invertir en ti. La cantidad que he recibido por el acuerdo de divorcio con Daran es mucho mayor de lo que esperaba. Sam lo ha dejado seco, y eso significa que he acabado con un montón de dinero que necesito invertir.

–Y esa inversión en el Seaview Hotel, ¿sería por parte de Maz y Gav, o como sea que os llaméis?

Marie negó con la cabeza.

–Eso sería solo por mi parte.

Marie se giró hacia Gav.

–Gav, ¿podrías dejarnos a solas unos minutos?

–Por supuesto –contestó Gav–. Helen, ¿le importa si voy abajo? Quizá podría, mmm…, ayudar a Jean con el desayuno.

–Sí, adelante –dijo Helen–. Aunque, mientras estás ahí abajo, sería bueno que le explicaras a Sally que estás libre y soltero después de todo. Creo que ha habido algo de confusión sobre lo que había entre tú y Marie.

Cuando Gav se hubo marchado del bar, Marie se inclinó por encima de la mesa y cogió las manos de Helen.

–Adoras este sitio, Helen. El Seaview Hotel lo era todo para Tom y para ti. Os pasasteis años construyendo este negocio. Recuerdo la primera vez que me dijiste que estabais dándole vueltas a comprarlo y vine a verlo contigo.

–Nos advertiste que no lo compráramos, si no recuerdo mal –contravino Helen–. Opinabas que sería una fuente de gastos y que acabaríamos perdiendo todo nuestro dinero. Pero me enamoré de este sitio nada más cruzar la puerta, y Tom sintió lo mismo.

–Tom y tú siempre pensabais igual. Erais afortunados de teneros el uno al otro. Espero encontrar a alguien que me haga tan feliz como él te hizo a ti.

Helen cerró los ojos.

–Para, Marie, por favor. Al final vas a conseguir que me eche a llorar otra vez.

–Lo que estoy diciendo, Helen, es que no puedes dejar que el Seaview Hotel se hunda ahora que estás sola. Tienes que asegurarle el futuro, hacer que trabaje para ti. Haz que Sally aprenda a llevar las riendas para que puedas tomarte un día libre de vez en cuando. Incluso podrías tener vacaciones un par de veces al año. Nos podríamos ir a Mallorca en una escapada de chicas y llevarnos también a Sue y a Bev.

Helen meditó las palabras de Marie. La idea era tentadora, eso tenía que reconocerlo.

–Mira este sitio, Helen. Imagina qué aspecto tendría con muebles nuevos, decoración actualizada y ropa de cama moderna. Una mano de pintura por aquí, una alfombra nueva por allá. Todo podría conducir a que el Seaview Hotel obtuviera esa estrella extra de la que me has hablado. Y necesitas un sistema de reservas en línea como es debido, uno que te enlace con todas las páginas web de alojamientos que no paran de salir. También te ayudaré a pagar eso.

–Estoy tentada, he de admitirlo. Pero no quiero cambiar tanto el Seaview Hotel que cueste reconocerlo.

–No lo estarás cambiando. Le estarás sacando partido. Será como pulir una gema para hacer que reluzca y brille. Y ahora que hablamos de esto, antes de la fiesta de mañana por la noche, ¿por qué no me

dejas que te concierte una cita con Paulo, mi peluquero? Es maravilloso. Te iría bien arreglarte. ¿Qué tenías pensado ponerte? ¿No serán tus botas y tus tejanos otra vez?

–Ya tengo un conjunto pensado –bromeó Helen, aunque no añadió más detalles. Quería que fuera una sorpresa–. Mira, Marie, todo eso que dices suena maravilloso, y te estoy agradecida por la oferta, ¿pero qué vas a querer a cambio?

–Convertirme en tu socia. Te prometo que no interferiré en el negocio. No quiero ser hostelera, eso no está hecho para mí. Me arruinaría las uñas, para empezar. Buscaremos a alguien que redacte un contrato y lo haremos todo bien.

Helen se tragó las lágrimas.

–¿De verdad harías eso por mí? –preguntó.

–Lo hago por las dos, y por Tom. –Marie paseó la mirada alrededor del bar–. Y por el Seaview Hotel. Los hoteles familiares como el tuyo están en peligro de extinción ahora que las grandes cadenas, como Traveltime, están alargando sus tentáculos por los enclaves turísticos de la costa.

Helen le apretó la mano.

–Entonces, hagámoslo –decidió.

–Aún hay algo más que tengo que decirte –añadió Marie–. El salón de té que vamos a abrir Gav y yo en el Glendale… He decidido un nombre para él, pero me gustaría que me dieras tu aprobación antes.

–¿Mi aprobación? ¿Por qué? ¿Cómo lo vas a llamar? ¿«El Restaurante de Maz y Gav»? –se mofó Helen.

Marie negó con la cabeza.

–Me gustaría llamarlo «El Té de Tom».

Capítulo 44

Poco después, Jimmy y los chicos de los Docelvis empezaron a bajar sin prisa del piso superior, vestidos con tejanos y camisas, tras haber dejado sus ropas de Elvis colgadas en las habitaciones y listas para la fiesta de la noche siguiente. Cuando entraron en el comedor, Helen estaba al teléfono en el bar, atendiendo una llamada del agente Hutchinson. Cuando finalmente colgó, los siguió para darles las noticias que le acababan de comunicar. Todos los ojos se giraron hacia ella cuando alzó su móvil.

–Acabo de hablar con el agente Hutchinson –anunció–. Han acusado al hombre del asesinato de Brian.

Hubo un silencio en el comedor mientras trataban de asimilar la información.

–Ha confesado haberlo matado –continuó ella–. La noche del concierto en el *spa*, yo estaba en el bar tomándome algo antes de que empezara el espectáculo y vi a su hija y a su esposa allí. Estaban discutiendo en la cola, y oí a la mujer decir que su marido se había ido a por un helado para la niña. Parece ser que, mientras estaba fuera, su mujer lo llamó para pedirle que le cogiera la chaqueta de la habitación en el Vista del Mar. Recuerdo que aquella noche refrescó de repente después de un agradable día cálido. Al salir del hotel con la chaqueta, el hombre vio a Brian vestido de Elvis esperando su taxi. Supuso que se dirigía al *spa* y le ofreció llevarlo.

–¿Reconoció a Brian como miembro de los Docelvis? –preguntó Jimmy.

–Eso me temo. El señor Solway os conocía a todos.

–¿Cómo es posible?

–Hizo una audición para unirse a los Docelvis hace algunos años, pero no la superó por no ser lo suficientemente bueno. Había esperado más de cuatro años para esa audición y nunca se recuperó de que lo privaran de un sitio en la banda.

Helen miró en torno al comedor.

–¿Alguno de vosotros se acuerda de él y de su audición?

Todos negaron con la cabeza y se encogieron de hombros.

Mandarina levantó la vista.

–Espere un momento…, reconozco su nombre. Sí, me acuerdo; hizo una prueba para la banda hace unos años, cuando alquilamos el centro comunitario para un día entero de audiciones. Debes de acordarte de él, Jimmy. Era muy intenso, nunca esbozaba una sonrisa y tenía unos penetrantes ojos azules.

Jimmy empezó a asentir lentamente.

–Sí, sí, me acuerdo de él, tienes razón. No podía llegar a las notas altas.

–¡Es ese! –confirmó Gran Al–. Tuve que acompañarlo finalmente a la salida. No se quería marchar. No paraba de volver arrastrándose, pidiendo otra oportunidad para cantar.

–¿Y qué estaba haciendo entonces en nuestra lista de espera? –preguntó Jimmy, fulminando con la mirada a Gran Al–. Tú estás a cargo de las audiciones, ¿por qué no se le tachó de la lista?

–Lo siento, Jimmy –respondió avergonzado Gran Al–. Ya sabes que mantenía esa lista actualizada cuando lo único que necesitaba para ello era bolígrafo y papel, pero, cuando los Docelvis entramos en la era digital, bueno… Ya sabes que los ordenadores y yo no nos llevamos bien. Me hice algo de lío, y los nombres y las direcciones se embrollaron un poco.

Helen pudo notar cómo la tensión iba en aumento, así que medió entre ellos y siguió donde lo había dejado: –El día que llegasteis a Scarborough, el señor Solway oyó a Brian discutiendo con la propietaria del hotel de al lado y descubrió que Brian tenía una hija secreta a la que no le había pasado ni un penique para su manutención. También supo que Brian había usado una dirección falsa para burlar la ley cuando su exmujer lo perseguía para reclamarle la pensión alimentaria. –Helen vio a Mandarina agachar la cabeza hacia la mesa y moverla en un gesto negativo–. Solway intentó chantajear a Brian por lo que sabía, con la esperanza de apretarle las clavijas para que le consiguiera otra audición para la banda. Así que, cuando encontró a Brian esperando el taxi la noche del concierto, no quiso dejar escapar esa magnífica oportunidad.

»Por lo que se ve, Brian subió al coche de Solway por voluntad propia. Debía de estar furioso por ser víctima de su chantaje y querría que el hombre recapacitara hablando con él. Sin embargo, en vez de llevarlo directamente al concierto, Solway condujo hasta Peasholm Park con la esperanza de tener otra oportunidad de exigirle una segunda audición. El parque estaba desierto la noche del espectáculo –continuó Helen–. También estaba completamente oscuro. Y en ese momento es cuando las cosas se pusieron feas. Los dos acabaron peleándose, y, como ya sabemos, a Brian lo estrangularon con su bufanda y arrojaron su cuerpo al lago. Entonces, el asesino condujo hasta el concierto para unirse a su mujer y su hija, y actuó como si nada hubiese ocurrido.

Vio a Sam colocar el brazo con cuidado alrededor de los hombros de Bob y a Colin reprimiendo las lágrimas.

–¿Pero por qué no se marchó de Scarborough después de matar a Brian? –preguntó Kev–. ¿Y por qué se llevó los zapatos de Brian?

–Se quedó porque quería representar a la perfección el papel de inocente padre de familia que estaba de vacaciones con su adorada esposa y su hija. También así le dio más tiempo para ocultar su rastro y esconder los zapatos, y pudo quedarse cerca de la escena del crimen.

–Se estaba escondiendo a plena vista –confirmó Jimmy.

Helen asintió.

–Eso es. El agente Hutchinson me ha dicho que visitaba la escena del crimen todas las mañanas que el parque estuvo acordonado e interrogaba al policía que custodiaba la entrada. El policía de servicio pensó que sería un lugareño, un vecino chismoso que querría saber qué estaba sucediendo. No podía ni imaginarse que se trataba del asesino.

–Qué horror –dijo Mandarina.

–En cuanto a los zapatos, bueno… –Miró a los hombres que tenía delante–. Solway estaba obsesionado con los Docelvis. Al menos, eso es lo que le ha dicho al agente Hutchinson. Se quedó los zapatos de gamuza azul de Brian como un amuleto de la suerte. Pero resultaron demasiado grandes para él, así que los escondió debajo del suelo de su habitación del hotel.

–Eso es muy raro –intervino Davey, negando con la cabeza.

–Te sorprendería saber las cosas extrañas que la gente se olvida en las habitaciones de un hotel –repuso Helen sabiamente.

–¿Y cómo consiguió someter a Brian con ese cuerpo tan delgaducho? –preguntó Colin.

–Sí, y además cojeaba –añadió Gran Al.

–Era pequeño y ágil, mientras que Brian tenía sobrepeso y era lento. El agente Hutchinson me ha dicho que están investigando el pasado de Solway. Parece ser que, anteriormente, ya había estado involucrado en situaciones violentas; de hecho, la herida de la pierna se la hizo cuando lo apuñalaron en una pelea.

–¿Qué pasará con su esposa y su hija? –preguntó Alan.

–Bueno, la hija quedará al cuidado de su tía, que llegará hoy. Es inocente y no tiene nada que ver en todo esto; se ha visto atrapada en la obsesión mortífera de su padre. En cuanto a la esposa, esta ha pedido la presencia de un abogado antes de declarar nada. Sospecho que sabía que su marido se traía algo entre manos. Me pareció que estaba demasiado tranquila esta mañana, incluso lo ayudó a intentar escapar. De todos modos, Hutchinson me ha asegurado que nos mantendrá informados.

–Gracias, Helen –dijo Jimmy–. Apreciamos todo lo que has hecho.

–De veras –añadió Alan.

Justo entonces, un chirrido empezó a sonar al lado de Helen. Supo de inmediato lo que era y se giró, para ver el montaplatos retumbando mientras subía con la primera bandeja de beicon y sándwiches.

Mucho después, Helen estaba en su cocina con Jean, en el piso de abajo, cuando sonó el teléfono. Era Jimmy.

–Los chicos y yo estamos algo desanimados hoy –le dijo–. El agente Hutchinson me ha llamado y nos ha pedido que vayamos a verlo para hablar. Creo que, probablemente, nos repita lo que ya te ha contado a ti. Helen, yo… tenía la esperanza de que pudiéramos hablar hoy o, incluso, de ir a tomarnos algo. Tengo algunas noticias que quiero compartir contigo. Pero los chicos me necesitan, y espero que lo entiendas.

–Claro que lo entiendo –repuso Helen.

–Después de pasar por comisaría, nos daremos un paseo hasta el *spa* y tomaremos algo en el bar de allí para darle nuestro último adiós a Brian. El agente Hutchinson me ha dicho que ya pueden entregar su cuerpo a la familia, así que tenemos que pensar en el funeral que le haremos cuando volvamos a casa. Vamos a cantar en la iglesia, y hemos de elegir aún una canción de Elvis.

–Por supuesto.

–Y me gustaría ver a Jodie también. Va a mudarse de la pensión a su propio piso.

–Es un avance.

–Lo es –convino Jimmy–. Así que lo que quiero decirte es que puede que no te vea antes de la fiesta de mañana por la noche.

Helen no pudo evitar sentir una punzada de decepción.

–No pasa nada –lo tranquilizó intentando sonar animada–. Sé que tienes cosas que hacer y que debes ver a tu hija. De todos modos, yo tengo decoraciones por colgar y he de ayudar con el bufé. Te veré en la fiesta, Jimmy. Será una gran noche.

Hubo unos segundos de silencio antes de que Jimmy hablara de nuevo.

–Eres una buena mujer, Helen Dexter.

Y, con eso, colgó. Helen colocó el móvil sobre la mesa y soltó un largo suspiro.

–¿Todo bien, cielo? –preguntó Jean.

Helen abrió la boca para responder justo cuando una de las cámaras de seguridad saltó en la pantalla del monitor, activada por el sensor de movimiento del exterior. Era la tercera cámara, la que estaba en las puertas del patio. En el monitor se veía, clara como el agua, la figura de un hombre. Suki pasó por encima de la alfombra hacia las puertas y profirió un ladrido a medio gas.

–Jean, mira –susurró Helen.

–Llama a Jimmy, que baje aquí –dijo Jean.

–No. Tengo que lidiar con esto yo sola –aseveró Helen.

Miró a su alrededor en busca de un arma, algo con lo que protegerse. Lo único que tenía a mano era el *spurtle* de las gachas, y lo

cogió de la encimera de la cocina.
–Jean, ponte detrás de mí por si acaso necesito refuerzos.
–¿No deberías llamar a la Policía?
–No –contestó Helen tajante–. Voy a solucionar esto de una vez por todas.
Se dirigió hacia las puertas con el palo de madera en una mano. Se asomó al cristal y espió al hombre, que vestía un abrigo de lana gruesa anticuado con botones de madera, unas botas de lluvia negras y un gorro negro con borla. Tenía el rostro exhausto y curtido. Helen aferró el palo con fuerza, lo levantó en el aire y abrió las puertas del patio de golpe.
–¡Te pillé! –gritó.
El hombre trastabilló hacia atrás y se cayó. Helen avanzó, abalanzándose sobre él con Suki al lado.
–¡No me pegues! –imploró.
–¿Qué haces en mi propiedad? –le recriminó–. ¿Creías que podrías volver a colarte, verdad? Bueno, pues esta vez no.
Suki empezó a lamer las botas del hombre.
–¡Aparta al chucho de mí! ¡Por favor! –chilló–. ¡Soy alérgico!
–Levántate –le ordenó Helen, sujetando férreamente el palo.
El hombre se puso de pie a trompicones.
–¿A qué crees que estás jugando? –preguntó ella.
–Es Esponjita –dijo él.
–¿Cómo?
–Mi gata. Se llama Esponjita –explicó–. Se escapa siempre, y la última vez que salió corriendo acabó aquí, así que pensé en venir a buscarla.
Helen lo miró con recelo. Tenía un aspecto vulnerable que hizo que el corazón se le ablandara.
–¿Has estado aquí antes? –inquirió, bajando el *spurtle*.
–Sí, Esponjita se metió de un salto y tuve que venir a sacarla. No podía salir por su propio pie. Solo tiene tres patas.
El corazón de Helen se derritió.
–Y está ciega de un ojo.
Helen se tragó las lágrimas.
–¿Por algún casual no romperías un tiesto cuando la rescataste la última vez?
El hombre agachó la cabeza.
–Lo siento. Lo pagaré. Te lo prometo.
Por su aspecto, Helen dudaba mucho que tuviera suficiente dinero como para pagar su comida y la de la gata, y menos el tiesto.
–No hace falta, está bien.
–Por favor, el chucho… –suplicó el hombre, dando un paso atrás.
Helen agarró a Suki del collar.

–Jean, llévatela dentro –le indicó.

Jean hizo lo que le pedían, dejando a Helen sola con el intruso.

–Lo siento mucho –se disculpó el hombre–. Un día encontré a Esponjita en la parte trasera del hotel; se las había apañado para caerse dentro del cubo de la basura. Se había subido a unas cajas y bolsas que estaban apiladas al lado y…

–¿Eras tú el que estaba junto a los cubos?

Él asintió, y a Helen se le vino el mundo abajo. Si las cámaras de Gav hubiesen funcionado en condiciones cuando las instaló, no habría acusado a Miriam de estar tirando basura en sus cubos. Sabía que le debía una disculpa a su vecina. Miró alrededor del patio.

–Bueno, parece que Esponjita no está aquí.

–Me iré. Lo siento –repitió el hombre–. Si alguna vez la ves…, bueno, es difícil que pase desapercibida…, seguro que agradecería un platillo con leche. Y lo único que tienes que hacer es levantarla y devolverla a la calle.

Y, con eso, trepó por la pared y desapareció, llamando a su gata extraviada.

Capítulo 45

La noche del sábado, media hora antes de la fiesta, Helen y Jean le dieron un último repaso a la mesa del bufé repleta de comida. –¿Crees que he preparado suficientes sándwiches y salchichas? –preguntó Jean preocupada–. Todavía queda tiempo para hacer algunos más. ¿Y qué me dices de esos volovanes? ¿La gente sigue comiendo volovanes? No debería haberlos hecho, ¿verdad? Sabía que tendría que haber cocinado más tartas de carne en vez de eso.

–Jean, cálmate –le dijo Helen. Tiró de la anciana mujer hacia ella y le pasó un brazo por encima de los hombros–. Has hecho que el Seaview Hotel sea todo un orgullo.

A las 17:55 h, Jimmy condujo a sus hombres al bar y al comedor. Helen se tranquilizó al ver que parecían estar todos animados.

–Estoy listo para disfrutar de la fiesta, señorita –dijo Alan.

–Tú y yo –dijo Helen.

El timbre de la puerta del Seaview Hotel sonó, anunciando la llegada de los primeros invitados, y Jean tomó su posición detrás de la barra, ofreciendo a todo el mundo una copa de jerez a cargo de la casa. Encendieron la máquina de discos, y las melodías de Elvis inundaron la estancia. Sally llegó cogida de la manita de Gracie, que llevaba puesto un vaporoso vestido rosa y unos zapatos brillantes.

–¡Mira, tía Helen, mis zapatos se encienden! –gritó.

Bev y Sue aparecieron cogidas de la mano, seguidas por Rosie Hyde, la periodista del *Scarborough Times*.

–Me alegra que haya venido –la saludó Helen, esperando un recibimiento glacial por su parte, pero Rosie no parecía estar para nada molesta.

Helen la guio hasta Jimmy a fin de que obtuviera algunas declaraciones.

Marie y Gav llegaron juntos en un taxi amarillo chillón conducido por uno de los empleados de este.

–Tienes un aspecto despampanante, Helen –le dijo Marie cuando entró en el Seaview Hotel con sus sandalias de tacón de aguja color escarlata y un entallado pantalón de traje rojo rubí.

Helen llevaba puesto el traje blanco de Elvis que había pertenecido a Tom, arreglado con un dobladillo en las perneras y con la cintura ceñida mediante una banda turquesa que había comprado en el pueblo.

–Paulo ha hecho maravillas con tu pelo –añadió Marie, admirando la

media melena sedosa y brillante de Helen.

–Bueno, en eso te equivocas –la corrigió Helen.

Marie le dedicó una mirada de desconcierto.

–Paulo tenía dos reservas simultáneas cuando me presenté a la cita que me habías concertado, y yo no podía esperar. Llamé a Chez Margery y, afortunadamente, uno de sus estilistas estaba libre, así que me fui allí y me arreglaron el pelo por mucho menos de lo que me habría cobrado Paulo.

Marie esbozó una sonrisa burlona y luego miró hacia los hombres vestidos de Elvis.

–Y bien, ¿cuál de ellos es Sam? Quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho con mi demanda de divorcio.

Helen guio a Marie hacia el comedor, donde la conversación fluía animadamente, y le presentó a Sam y a su marido. Entonces sonó de nuevo el timbre, y Helen fue a abrir. En la puerta estaba el agente Hutchinson y, a su lado, la morena Sandra DeVine, que, enfundada en un vestido azul eléctrico con zapatos a juego, desprendía el glamur de toda una reina del *rock and roll* de los años cincuenta.

–Adelante –les indicó Helen, manteniendo la puerta abierta.

–Ah, allí está Mandarina. Tengo que hablar un momento con él, cariño –le dijo el agente Hutchinson a Sandra.

Cuando se quedaron solas, Helen se giró hacia su antigua amiga de la escuela: –¿Te acaba de llamar «cariño»? ¿Estáis saliendo? No estarás trabajando aquí esta noche, ¿verdad? Porque ya sabes lo que te dije de usar el Seaview Hotel para ese tipo de cosas.

–No pierdas los papeles –le dijo Sandra–. No, no estoy trabajando. Está soltero y me gusta. Hemos empezado a salir, ¿qué hay de malo?

Helen observó la comisura del labio de Sandra, esperando ver el delatador temblor, pero no apareció. Sostuvo las manos en alto en un gesto de rendición.

–No es de mi incumbencia, lo sé. Pasa y ve a por una bebida.

Estaba a punto de cerrar la puerta cuando Miriam llegó afanosamente por el camino. Helen enderezó los hombros y apretó las botas contra el suelo.

–¿Vienes, Miriam?

–Bueno, no voy a poder encontrar ni un momento de paz ahí al lado cuando la música está tan alta que ni siquiera puedo oír mis propios pensamientos.

–No está tan alta, y lo sabes –le reprochó Helen.

Miriam entró en el vestíbulo.

–Ya que estoy aquí, ¿por qué no quedarme? –repuso enojada.

–Miriam, antes de que entres, te debo una disculpa.

–¿Por escuchar a hurtadillas mis conversaciones personales a través de la pared?

–No, quiero decir…, sí. Lo siento mucho por eso, por supuesto, pero quería disculparme por acusarte de tirar la basura en mis cubos. Ahora sé que no fuiste tú.

–Y por todo ese espantoso escándalo con la Policía, y los zapatos, y el hombre que mató a Brian. Ha sido demasiado. Las señoras de Durham estaban tan alteradas que se fueron un día antes para casa.

–Lamento oír que tu negocio se ha visto afectado por ello –le dijo Helen–. El mío también.

Miriam hizo un gesto con la mano como para restarle importancia.

–Ah, no toda la publicidad ha sido mala. Me acaba de entrar una reserva de un grupo de escritores de novela negra que me ocuparán todas las habitaciones.

Helen se dio cuenta de que, mientras Miriam le hablaba, iba mirando por encima de sus hombros hacia el comedor, como si estuviera buscando a alguien.

–En fin, puedes arreglarlo haciendo dos cosas por mí –le indicó–. La primera, podrías traerme un *whisky* con cola a cargo de la casa. Y la segunda, preséntame a aquel hombre de allí.

Helen giró en redondo y vio a los más jovencitos de los Docelvis, Trevor y Colin, enfrascados en una conversación, y, detrás de ellos, a Alan y a su hermano Stuart.

–¿A cuál?

–Al alto del cabello oscuro. Es justo mi tipo.

–¿Alan? –se sorprendió Helen–. Bueno, si estás segura…

Miriam se pasó la lengua por los labios.

–Uy, estoy muy segura.

Helen hizo las presentaciones y luego le pidió a Jean un *whisky* con cola. Cuando volvió donde estaba Miriam con su bebida, Alan la miró con las cejas arqueadas.

–Nunca me dijo que tuviera una amiguita tan bella viviendo aquí al lado.

Los dejó con sus asuntos y volvió al bar. Encontró a Gav hablando animadamente con Jean, intentando camelarla para que accediera a preparar tartas y bizcochos para venderlas en El Té de Tom. Helen se sirvió una copa de vino blanco seco y cogió la figurita de Elvis que los Docelvis le habían regalado. Presionó su cabeza negra, y el pequeño cantante empezó a contonear sus caderas de plástico.

Habló con sus invitados del ayuntamiento y de la organización benéfica hasta que fue la hora de la actuación de los Docelvis. Apagaron la máquina de discos y se hizo el silencio. Jimmy pronunció unas palabras sobre su amigo Brian, y luego los doce hombres se atrevieron con una versión a capela de una de las famosas baladas del Rey. El sonido subió hasta el techo, inundando todo el Seaview Hotel, y, con la última nota, no hubo ojo de los allí presentes que no quedase

empañado de lágrimas.

Luego siguieron con una canción más movida, que hizo que todo el mundo se lanzara a bailar. El agente Hutchinson y Sandra DeVine acabaron besuqueándose en una esquina. Bev y Sue bailaron juntas, con las faldas ondeando. Gav y Sally lo hicieron con Gracie, formando los tres un círculo y cogidos de las manos. Miriam se acabó de un trago su segundo *whisky* con cola. Y, desde su lugar en la pared detrás de la barra, Tom estaba atento, observando cómo se desarrollaba la fiesta. Helen también bailaba, concretamente con un tipo corpulento del ayuntamiento, hasta que algo le llamó la atención y se excusó un momento. Se escabulló del Seaview Hotel sin que la vieran y cruzó la calle hacia donde una figura vestida con un abrigo negro con capucha, unos tejanos negros y unas deportivas sucias estaba sentada y sola.

–¿Eres Jodie, verdad? –le preguntó, sentándose a su lado.

Jodie asintió. Helen levantó la vista hacia el hotel, vibrante con la fiesta que albergaba en su interior.

–¿Quieres entrar? No tienes por qué quedarte aquí fuera, empieza a hacer frío. Hay comida y bebida de sobra.

–Qué va, estoy bien aquí.

–¿Has venido a ver a tu padre? ¿Quieres que le diga que estás aquí?

Jodie se encogió de hombros.

–Ya lo he visto hoy.

Helen se preguntaba para qué se había presentado allí, si no era para ver a Jimmy.

–Tu padre me ha contado que te has mudado a un piso.

Jodie se metió las manos en los bolsillos.

–Sí.

El silencio las envolvió durante unos segundos hasta que Jodie habló de nuevo.

–Le gustas. A mi padre le gustas.

Helen sonrió.

–Él también me gusta a mí.

Jodie se giró para mirarla, y solo entonces Helen se dio cuenta de lo frágil y delgada que estaba.

–Te recuerdo –dijo Jodie.

–Sí, nos encontramos en el jardín de rosas –contestó Helen, confundida.

–Siento haberte hablado mal allí. No sabía quién eras y no se me da bien hablar con gente a la que no conozco. Pero no me refería a eso. No sabía quién eras hasta que papá me lo contó más tarde. Te recuerdo de hace años, de cuando era pequeña. –Jodie señaló con la cabeza hacia el Seaview Hotel–. Recuerdo estar allí.

–¿De veras?

Jodie rascó el suelo con sus zapatos raídos.

–Son buenos recuerdos. Es lo que hizo que volviera a Scarborough. Me siento segura aquí. Recuerdo las fiestas de Elvis y bailar con mamá y papá. –Se le ensombreció el semblante–. Eso fue antes de que todo se fuera al traste en nuestra familia. Antes de que yo me echara a perder. Antes de que mamá nos abandonara a papá y a mí. Recuerdo las vistas sobre el mar y también el castillo. Recuerdo a tu marido, y bailar con él en el bar. Me decía que era la mejor bailarina del mundo y… –Se detuvo y esperó un momento antes de proseguir–. Papá me dijo que murió. Lo siento.

Helen se mordió el labio.

–Recuerdo el comedor –continuó Jodie–. Y el desayuno más copioso que he comido nunca. Había mucha comida, y la señora que preparaba el desayuno, me acuerdo bien de ella, era muy amable.

–¿Jean? Todavía trabaja para mí. Está dentro ahora. ¿Te gustaría entrar y saludarla?

Jodie levantó la vista hacia el Seaview Hotel y negó con la cabeza.

–No puedo soportar estar rodeada de mucha gente. Me da claustrofobia. De todos modos, papá está trabajando. No va a querer verme.

–Yo creo que sí, ¿sabes? –repuso Helen con suavidad.

–No –dijo Jodie con sequedad. Se levantó y se cruzó de brazos–. Tengo que irme. ¿Le dirás que he venido?

–¿Quieres que lo haga?

–Sí.

–Entonces lo haré. Y Jodie…

–¿Qué?

–Si necesitas cualquier cosa, ya sabes, para tu piso, o si necesitas comida, solo tienes que venir y decírmelo.

Jodie asintió.

–Sí. Gracias.

Se alejó con los hombros hundidos y la cabeza gacha.

Helen se quedó unos minutos mirando al mar, respirando el aire nocturno. Oyó unos pasos y se giró para ver a Jimmy.

–¡Te encontré! –le dijo él–. Nos vamos a tomar un pequeño descanso antes de volver a cantar. Te he buscado por todas partes, pero no podía dar contigo, y ahora te veo aquí fuera. ¿Va todo bien?

–Jodie estaba aquí.

–¿Jodie? ¿Mi Jodie?

–No es una mala chica, Jimmy. Creo que es maravilloso que los dos estéis tratando de arreglar las cosas.

–Voy a hacer todo lo que esté en mi mano por ayudarla antes de irme.

Helen le dedicó una mirada.

–¿Irte? Pensaba que tal vez te quedarías por aquí.

Jimmy miró al horizonte, donde una luna perfectamente redonda se reflejaba en el mar.

–¿Recuerdas que te mencioné que nos habían ofrecido a los Docelvis un contrato nuevo?

–Sí, ¿y?

–Bueno, de eso quería hablarte ayer. Resulta que es un trabajo en un crucero y, si aceptamos, estaremos fuera durante seis meses.

A Helen se le cayó el alma a los pies.

–¡Vaya!

–Y que lo digas. No puedo rechazarlo, Helen. Es un sueño hecho realidad para alguien como yo. Será el viaje de mi vida.

–Entonces, tienes que irte –le dijo, reprimiendo las lágrimas.

–No todos los Docelvis podrán hacerlo. Algunos de los chicos tienen compromisos de trabajo que no pueden desatender o familia de la que no quieren separarse. Aquellos de nosotros que podamos ir, bueno…, no actuaremos propiamente como los Docelvis, sino solo como un grupo que canta canciones de Elvis.

–Ya veo –susurró Helen.

–Y me preguntaba… –titubeó él– me preguntaba qué te parecería acompañarme, quiero decir, unirte al grupo. Podrías volver a ser Helvis y actuar con nosotros como una cantante femenina de Elvis. A los clientes les encantará. Estás sensacional con ese traje. Tendrías tu propio camarote en el barco, tu propio espacio. –Se giró hacia ella y le envolvió las manos con las suyas–. Y significaría que tanto tú como yo tendríamos la oportunidad de conocernos mejor.

Helen lo miró a sus oscuros ojos.

–No puedo, Jimmy. No puedo dejar el Seaview Hotel, es mi vida. –Enterró la cara en su ancho pecho y respiró el aroma a limón y especias de su *aftershave*–. Lo siento –se disculpó con un hilo de voz–. Tengo que quedarme donde estoy.

–¿Porque te necesita el Seaview Hotel?

Ella negó con la cabeza.

–Porque yo necesito el Seaview Hotel.

Jimmy la envolvió con los brazos y la atrajo hacia sí. Bajo la luz de la luna, con el mar ondeando suavemente, compartieron un beso largo.

–¿Te veré cuando vuelva del crucero? –preguntó Jimmy al fin.

–Sabes dónde encontrarme –contestó ella.

Cogidos de la cintura, regresaron a la fiesta.

Una semana después, Helen estaba sentada en el asiento junto a la ventana, en el Seaview Hotel, tomando un café caliente y con la mirada perdida en el revuelto mar. Suki permanecía echada en el suelo, acurrucada contra el antiguo jersey de lana de Tom. Jimmy le acababa de mandar un mensaje con la foto del crucero, el primero que

hacía en su vida.

Jean y Sally debían incorporarse al trabajo a la mañana siguiente, coincidiendo con la llegada al Seaview Hotel de los primeros huéspedes de la temporada. Las reservas de Helen se habían disparado después de la buena publicidad generada por la fiesta, y esperaba con ansias una temporada movida.

Fuera, en Windsor Terrace, Miriam pasó de largo. Helen tocó en la ventana y la saludó. Luego levantó la taza de café hacia la fotografía de Tom detrás de la barra. Su imagen ya no estaba simplemente colgada en la pared, sino dentro de un elegante marco de plata.

Justo entonces, sonó el teléfono fijo del Seaview Hotel.

–Buenos días, Seaview Hotel.

–Buenos días, le habla Susan Kennedy –se presentó una mujer de acento refinado–. Soy la asistente ejecutiva personal de Richard Dawley, de Esquire.

Hizo una pausa, y Helen se preguntó si se suponía que tenía que saber quién era ese tal Richard Dawley. Al no responder, la mujer prosiguió.

–El señor Dawley está buscando un lugar en el que se pueda hospedar el elenco de su nueva obra de teatro, que estará ensayando en Scarborough antes de que la producción se estrene en el pueblo. ¿Tendría habitaciones libres en el Seaview Hotel? Necesitaríamos tener la exclusividad del establecimiento. Los artistas del señor Dawley pueden ser bastante…, bueno, digamos que son un poco temperamentales. Las personas creativas son difíciles a veces.

–Espere un momento, por favor –dijo Helen, abriendo rápidamente la nueva aplicación de reservas en su teléfono. Sonrió para sí misma, sintiéndose bien con el rumbo que estaba tomando el Seaview Hotel y optimista con lo que la vida le podía deparar–. Sí, tengo habitaciones libres. ¿Cuál sería la fecha de llegada?

Agradecimientos

El Seaview Hotel, el hotel Glendale y el Vista del Mar de esta historia son establecimientos ficticios y no se basan en ninguno de los existentes en Scarborough. De igual manera, la Windsor Terrace y la King's Parade son calles imaginarias.

Doy gracias al cantante de Scarborough que homenajea a Elvis, Tony Skingle, cuya inestimable ayuda me ha permitido inventar a los personajes; podéis visitar su página web en tonyskingleiselvis. me.uk. Gracias también a Angie Pearsall por ayudarme a que nazca Suki, la galga, y a Jamie, a Elaine y a Tony, de La Baia, un hotel de Scarborough. Gracias a Norman Kirtlan, a Joe Parkinson, a Gillian Galway y a Iain Rowan, del grupo de escritura Holmeside Writers, de Sunderland, y a mi hermano pequeño Chris Young. A mi marido, Barry, por su amor, su apoyo y por todos esos cafés espumosos que me han mantenido con las pilas cargadas mientras escribía esta novela. A mi maravillosa agente, Caroline Sheldon, y a mi editora, Kate Byrne, de Headline, por mostrarme siempre la dirección correcta. Y, por último, pero no por eso menos importante, gracias a Scarborough, mi lugar feliz siempre.

Gracias a todos. No podría haberlo logrado sin vosotros.

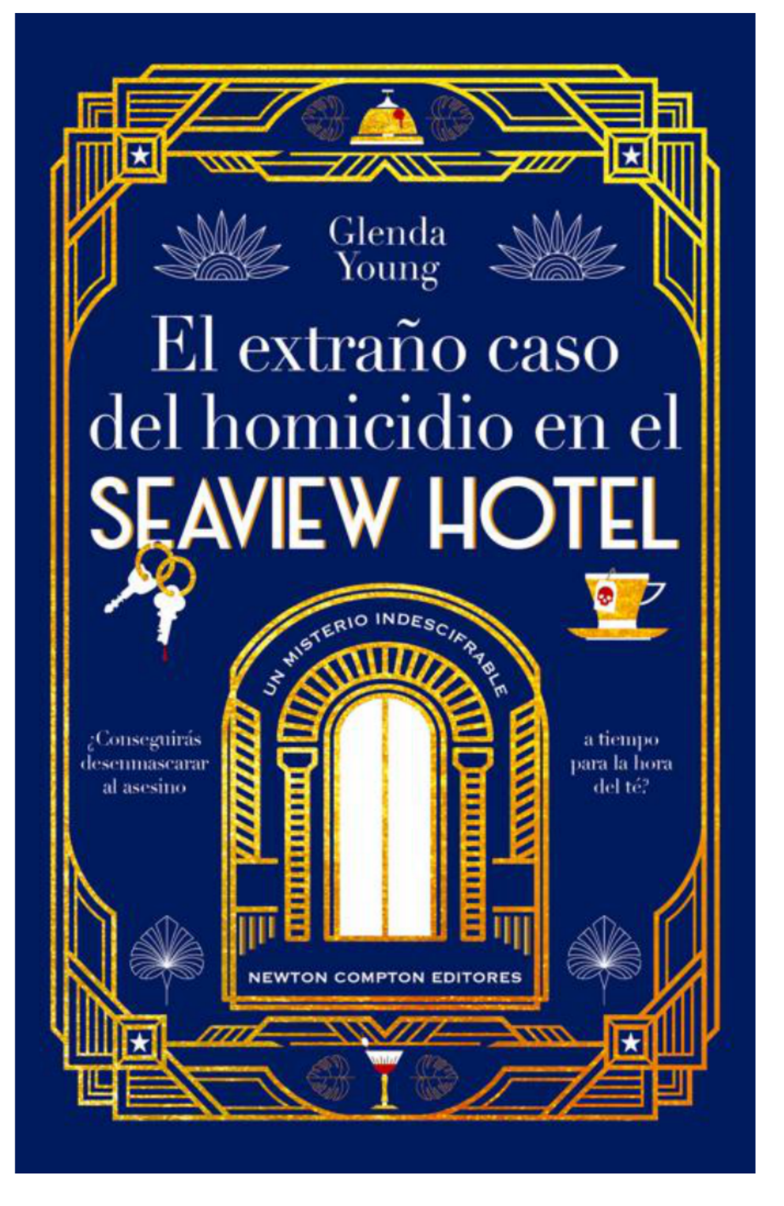
Título original: *Murder at the Seaview Hotel*

Primera edición en formato digital: junio de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España) www.newtoncomptoneditores.com
Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-12-6
Código IBIC: FA
DL: B 4.876-2024

Diseño de interiores: David Pablo Composición: Javier Sánchez Meco Conversión a formato digital: www.acatia.es Diseño de cubierta: © Sebastiano Barcaroli Imágenes de cubierta: © Shutterstock


Glenda
Young
El extraño caso
del homicidio en el
SEAVIEW HOTEL
UN MISTERIO INDESCIFRABLE
¿Conseguirás
desenmascarar
al asesino
a tiempo
para la hora
del té?
NEWTON COMPTON EDITORES